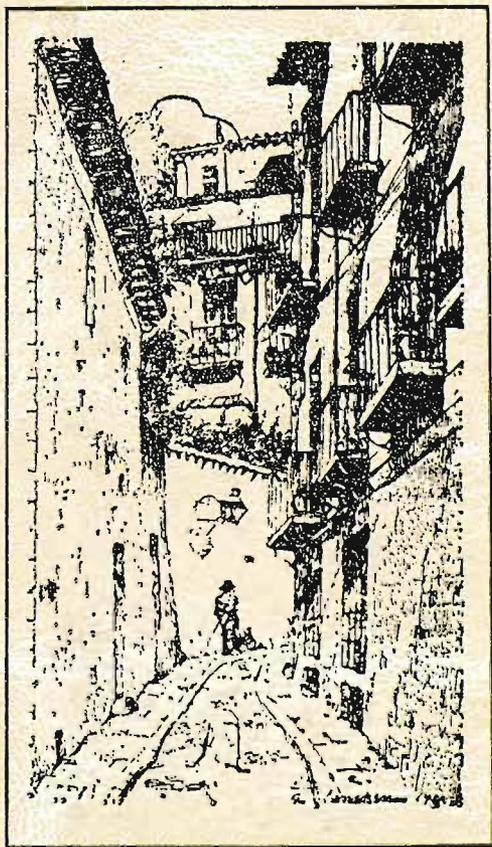


ELUCIDARIO DE MADRID

RAMON GOMEZ DE LA SERNA



Comunidad de
Madrid

Consejería
de Cultura



ELUCIDARIO DE MAJRID

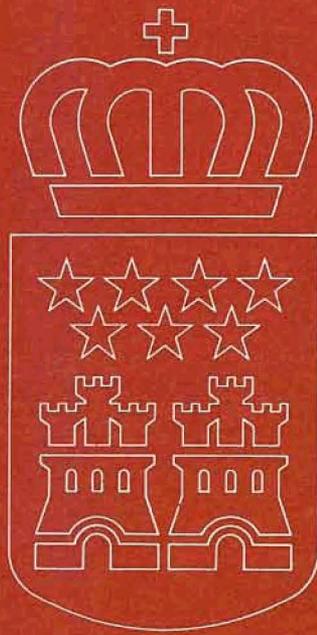
RAMON
GOMEZ
DE LA
SERNA





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,
Comunidad de Madrid





ELUCIDARIO DE MADRID



ENCICLOPEDIA DE MADRID



ELUCIDARIO DE MADRID

RAMON GOMEZ DE LA SERNA



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID

Ref. : 0182



Comunidad de Madrid
Consejería de Cultura



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

Editado por:
Editorial Ayuso

Diseño de Portada:
Gabinete de Diseño de Medios de Comunicación.
Comunidad de Madrid.

© Eduardo A. Ghioldi, 1988.
© M.^a Rosa R. Losantos, 1988.
Impresión: Grafur, Madrid.
I.S.B.N.: 84-336-0301-9.
D.L.: M. 15.984-1988.

Esta edición ha sido posible
gracias a la Consejería de
Cultura de la Comunidad de
Madrid.





PRÓLOGO

El primer deber del cronista de Madrid es remontarse hasta hace por lo menos setenta siglos y revolver en el yacimiento paleolítico de San Isidro.

De su emblema también hay que decir que su escudo es plateado y hay en él un madroño verde con su fruto rojo, con un oso empinado hacia su copa y una orla con siete estrellas rodeándolo, debido el madroño al triunfo de Madrid en pleito sobre pastos, el oso a los muchos osos que pululaban por la comarca y las siete estrellas a que la constelación del «Carro» brilla nítida como en ningún cielo en el cielo de Madrid.

Del Madrid histórico hay que apuntar que fue mora, con el nombre de «Magerit», hasta que después de un breve dominio de Mageritum por Ramiro II en 939, en 1047 Fernando I la conquistó provisionalmente, para que después Alfonso VI, en 1083, confirmara la conquista, llamándose por entonces «Majeri-acum», y más tarde, bajo Fernando IV, Madrit, apareciendo el nombre de Madrid en el breve señorío de León V, rey destronado de Armenia al que se le concedió ese favor por compadecimiento y generosidad del rey D. Juan I.

A dos cronistas que han fijado sus costumbres he de consagrar un recuerdo: a D. Ramón de la Cruz y a D. Ramón Mesonero Romanos, que en su despacho, lleno de archivos, escribió toda una galería de obras sobre Madrid, en que está reunido el historial de sus piedras. También a Fernández de los Ríos, como divulgador perfecto de Madrid, y a «Figaro», como alcaloide de la madrileñería, en elevación y concentración de sus esencias, hay que dedicarles un recuerdo.

¿Quizá un recuento también de sus grandes hombres? Señá-

lese como a madrileños principales a Juan Álvarez Gato, Lope de Vega, Moreto, Tirso, Francisco Gómez de Quevedo, D. Pedro Calderón de la Barca, Moratín, «Fígaro», etcétera, etc.

Hecha esta reseña del Madrid histórico, cuyo monumento más antiguo es la iglesia de San Nicolás, que fue mezquita mora, voy a las disculpas por la parcialidad del libro.

En primer lugar, yo debía explicar por qué sólo en mi libro va lo esencial, aunque lo «esencial» va íntegro, rodeado de todas las alealalas que le corresponden.

Abomino de esas perdiciones del lector en laberintos de palabras, en vericuetos sólo soslayados, y prefiero la mayor franqueza.

Este libro destaca lo más amable de Madrid, lo que le da carácter sobre el ensañamiento de la demasiada erudición madrileñista. Lo que está en pie con vitalidad perenne y ayuda a divulgar su secreto, ya demolido en parte, es lo que erijo en este libro.

No aspiro a ser esa especie de sereno literario a que aspira a ser el cronista obcecado de Madrid.

Quiero aclarar gestos que hace lo aún redivivo sobre sus anécdotas soterradas, los ademanes de sus torres.

Dejaré esas calles en que había un alamillo de historia incierta o que sólo tienen renombre porque murió en ellas un cura de muerte algo misteriosa. Todos sabemos en qué libros están esas historias y lo triviales que son.

No hay que añadir sonsonetes fáciles y organilleros a la belleza de Madrid, con «ritornellos» que lo alfeñican: eternizar la capa, jactarse demasiado en ella, ladear el sombrero, poner insoportables ratimagos en el decir como guizque del habla que quiere ser madrileña y que sólo resulta resabio de golfemia o de chulería pretenciosa.

Tengo mis temas prohibidos y no quiero nada con la palabra Salesas, ni con las nuevas ni con las viejas, y tampoco con la basílica de Atocha, que es una cosa muerta aunque la hayan reconstruido.

Estoy harto de la Casa de los Duendes, que fue una abultada tontería del tiempo pasado, y el Palacio Real en su conjunto no me interesa.

He dejado necrologías que tenía hechas, como la dedicada al teatro Apolo, y como me he tenido que mover dentro de ciertos límites, he tenido que obrar por simpatías.

Me apesta lo que de clasificador arquitectónico tiene el cronista que habla de que tal erección es de «la orden de Pesto», recargando esas columnas pestíferas que vienen de la antihigiene del mundo antiguo.

En una perspectiva de las afueras es quizá como se reconoce mejor a Madrid, viendo que tiene un paisaje doble, que se desdobra en sus mismas colinas, un paisaje de Norte y otro de Sur, de un lado viendo los trenes sobre su pelada vía, como andando desnudamente sobre la cuerda tirante de sus vías, y del otro viendo sólo un copete de humo entre ramajes, como si fuesen buscapies que se han disparado entre la espesura.

No puede tener Madrid el tono tétrico que se le ha querido dar. Está a cien mil leguas de El Escorial. La Inquisición aquí fue cosa más política que religiosa, y la displicencia mundana de este pueblo se delata en que pasea alrededor del Ángel Caído con sonrisas luciferianas.

El espíritu de Madrid es paranoico contrastante, o sea, que vive del optimismo y de pronto cae en profundos pesimismos, siendo notable cómo comienza súbitamente a temblar de pobreza y todo toma en sus escaparates tono de inasequible y nadie entra en las tiendas, y, sin embargo, brillan como joyerías y el tendero sólo se consuela en sus cachupinadas íntimas.

Nuestro casticismo es un casticismo que admite la comparación.

Lo castizo de París es ese aire bohemio, pícaro, desgarrado, nivoso que vamos buscando a él.

Lo castizo de Londres es la seriedad inglesa, ese ir sólidamente vestidos con trajes rectos, el engreimiento de la familia, la niebla, los impermeables.

Lo castizo de Italia es su entusiasmo frenético, su fe en la obra de arte, su marmoridad.

El casticismo de Madrid, y no precisamente por Goya, es un casticismo de lujo sobrio, sin lo que tienen otros casticismos españoles, en que lo morisco es inseparable de lo independiente. Lo castizo de Madrid es barroco, propio.

Madrid es la capital del mundo más difícil de comprender. Es incomprensible como un gran artista, como lo que tiene algo de genial.

Madrid es finura y postración, silencio y luz. Sólo alguna ciudad egipcia de otro tiempo pudo tener tan masticada psicología.

Madrid se disimula con su modestia, y se muestra en casas bajas que huelen a pan.

La condición de Madrid es hacer que todas las cosas tengan el regusto de sí mismas. La gracia de todo está en esa bifurcación sencilla y honesta alrededor de sí mismo.

Yo, que soy madrileño, no he perdido de vista nunca su aire leve, límpido para las teorías, humilde para mayor claridad del vivir, que hace que todos los grandes ambiciosos se desplacen en su estadio.

Todos los que viven en Madrid tienen que no tener grandes ambiciones, aunque se crean un poco genios y les conceda esa pretensión el que da ese tratamiento el vivir en tan ática y sensata ciudad.

No hay demasiados borrachos ni ningún apache, pues los que viven en Madrid adquieren una «politesse» especial, ya que es tregua en las brutalidades, y no arraiga en él más que el crimen pasional.

Madrid estriba en gracias inaprehensibles que por su falta de tono no son muy literatizables. Algunas son gracias con repeluzno, como esas nubes madrileñas que parecen blancas y que al atardecer nos encontramos con que son moradas, y como ese misterio de su primavera sin el cariz bobo y sobradamente optimista de las primaveras, pues la nieve de la Sierra pone arrepentimientos de ser primavera en la primavera y la cruza de hondura.

Madrid es encontrar esas afueras optimistas y no profesionales del afuerismo, en que revuela el resultado del escrutinio de las meriendas reunidas.

Madrid es una capital blanquita, blanquinosa, sobre todo cuando se da polvos de invierno.

Su mismo frío no es tampoco ese frío grisáceo oscuro de casi todos los otros pueblos, sino un gris fluorescente y en el que se sostiene la luz hasta última hora todos los días.

Las casas, las esquinas, los faroles tienen familiaridad campechana con las gentes. La argamasa de la ciudad es afable. Todo se fija, se conoce, tiene menos indiferencia esquinal que en las otras grandes ciudades.

Madrid es tomar por humo de fábrica el humo de las hojas que se queman en montones, y así las fábricas —cuya única misión en el paisaje es echar humo— no le quitan su inverosímil

vivir de cúpulas y paseos, siendo hasta discreto el ruido de sus campanas iglesieras.

Madrid es un sitio en que no hay que hacer caso de síntomas engañosos, como de que todo el mundo se queje de todo cuando nadie tiene por qué quejarse de nada, pues todos han inventado su sinecura, ya que sólo aquí los ministros responden a las peticiones pidiendo una fórmula para cumplirlas.

Madrid es una fábrica de patatas fritas y de falsos objetos de concha, encontrando para la pasta imitadora los juegos graciosos y la venosidad de luz que hay en la pura tortuga.

Madrid es el platero de portal, y el regatonero de portal que pone una contera por cincuenta céntimos, y es la participación gratuita en las grandes loterías.

Madrid es el encontrar muchas prenderías y tener junto a la Gran Vía librerías de viejo y tabernáculos baratos.

Sus suburbios no son suburbios, pues llevan una vida meridiana y pueblerina.

Frente a toda grandiosidad responde Madrid apaisándose, y no tiene ese emprendimiento piratesco y sin fondo de otras ciudades. Madrid vive en parentesco de todas sus calles, y mucho nos tendríamos que complicar para que surgiese el sentimiento acaparador del Universo que alienta en el monstruo de las capitales de nación.

A Madrid hay que traer al joven para que lo comprenda casi todo, aunque también se desengañe un poco de todo.

Por todas esas razones, y por otras de sutileza, pienso en los latinoamericanos en Madrid.

Visión difícil la del latinoamericano en Madrid, pues varían mucho los tipos y sus pronunciamientos.

Yo me alegro de verle, de saludarle en la tierra firme de su habla y su inquietud, pero tiemblo ante las soledades que tiene que vivir. ¡Dura prueba!

Madrid es pueblo de dejar solos a sus propios hijos, a sus propios grandes hombres. No se ocupa nadie de ellos. Viven perdidos. Así es que el hispanoamericano que llega comienza a vivir esta completa perdición. ¡Sólo él puede volverse a encontrar o perderse definitivamente en la ciudad central huyendo de ella hacia otros climas!

No se puede hacer nada por él. Nada está preparado para eso: ¡no hay patriotismo de lo de dentro, para que haya patriotismo de lo de fuera, por fraterno que sea lo de fuera!

No es pueblo el mío de imitaciones, de pamemas, de levitas con «rosetas», de amigos de nada, de membretes consoladores, de gacetillas comprometidas, de engaños tutelares.

El latinoamericano entonces o se asusta de no ser tratado como secretario de Embajada en el único país que tiene confinadas las Embajadas en las callecitas de sus barrios, y se va a París, o encuentra en Madrid la soledad apetecida, la maravillosa soledad en un pueblo alegre, despreocupado, franco hasta hacer sospechar si su franqueza es hostilidad.

Ese latinoamericano que se queda comienza a descubrir una ciudad clara y que no le envolverá, como otras, en amores interesados.

Su voluptuosidad entonces es la de un Cristóbal Colón que viene de América y que comienza a poseer plazoletas incógnitas, pueblecitos insospechados, oasis encantadores.

Todo viaje es un descubrimiento; pero se encuentran países, como Francia, en que este descubrimiento no tiene el carácter virginal y primerizo que el descubrir España. En Francia y en el resto de Europa se ve que son tierras jalonadas y requetejalonadas por todos los catastradores del mundo.

El latinoamericano, convertido en Cristóbal Colón de la revancha, encuentra en esta España consentida, confiada y acostada en sus tierras la explicación de toda la Historia, la rápida manera de dejar libre al hijo que se quiso independizar, la falta de rencor por el hijo que no volvió nunca.

El latinoamericano que se queda en Madrid llega un día que no quiere marcharse y que no le seducen ni los más halagüenos cablegramas.

Yo he recibido innumerables hispanoamericanos de todas las Repúblicas, a través de las noches de Pombo, dándoles la mano, como si les ayudara a alcanzar el escalón de un puerto seguro.

El latinoamericano familiarizado con Madrid ve que lo que pierde de la cortesía circunstancial, porque no se le considera como extranjero, ni siquiera como forastero, lo gana en confidencialismo de alma a alma, en ser tratado como de la familia, en el goce compartido, en los bautizos de la vida que le envuelve. Va comprendiendo que Madrid es la ciudad que tiene más unidad vital y que por todos los barrios corre la misma hilaridad, el mismo sentido del vivir sin miedo al porvenir y sin celos del extraño.

Ya en este ambiente de calma salgo con él alguna tarde, y

viendo que éste es un país de entrar en la realidad y no en el flautismo complicado de los diplomáticos, se deja llevar por vericuetos de verdad, y entonces hacemos por etapas algún descubrimiento maravilloso, como el de los «boteros», esos zapateros del vino que hacen sus botas, como en un día del siglo XVII, para la embriaguez modesta del vino, para el festeo individual de un buen bebedor.

De las botas pasamos a los pellejos, y vemos cómo se preparan esos corambres, que son como seres de tamaño humano, entes bestiales con torpor de borrachos natos, que pudieron ser confundidos con seres vivos por el sin par caballero Don Quijote.

La realidad con sus fantasmas de bulto se contenta con sus inventos berroqueños y con un inmenso escepticismo que la liberta hasta de los dioses.

Seguimos la calle de la corambrería y enseño el fuelle complementario en la fábrica de fuelles, el fuelle con que inflan el pellejo para orearlo antes de la reingurgitación, y por fin tomamos la copa del reconocimiento sangral de la realidad en la taberna cuyas llaves poseo y en la que puedo llegar hasta el pesebral de los pellejos, donde se desanuda el cuello de uno de ellos, y por el muñón de guillotinado sale el vino pastoso, ensangrentado, con viva entraña, con reviviscentes redaños.

Ya el latinoamericano se da cuenta del arraigo en siglos y paces de cada cosa madrileña, todo confortado por el goce de esta estabilidad maravillosa, sin sobresaltos, con tino sencillo, sin obcecación de grandeza ni de vanidad ninguna.

Es difícil, tormentoso, sólo conseguido en ejercicio de austeridad y renuncia, el conocimiento de Madrid para el hispanoamericano; pero cuando llega al conocimiento de su arraigo se siente más anclado que nunca en el mundo corrido por los vientos más desarraigadores y que siempre están poniendo en cuidado al hombre.

En estos días de conocimiento modesto y verdadero de Madrid es cuando celebramos lo confraternal en el parador de la calle de la concordia.

Sobre la algarabía de la reunión levanto mi voz de «speaker»:

—¿Y cómo encuentra Madrid?

El fraternal y nuevo amigo se sobrecoge, se ve que quiere contestarme muchas cosas, se ve que no encuentra diferencias con algo que ya había en la capital de su país; pero responde al fin:

—Muy bien..., la segunda patria.

Muchas veces sospecho de esa amabilidad, y como me conviene más atajar la suspicacia en vez de dejarla irse entera a los compartimientos remotos del mapa, le explico lo que es este pueblo sin ambición, con durezas paleontológicas, que sólo tiene su vivir al día con la sola inspiración de la hora, con la amistad del compañero reciente en la mesa de al lado, en el café o en la terraza de la casualidad.

Ese egoísmo de concentración que le caracteriza es porque no tiene más que su tiempo, su sol y su ir pensando. Si algo de esto se le quita, está perdido, se siente robado, desnivelado, cargado de trampas hasta la desesperación.

En otros sitios se espera ser rico alguna vez, poder tener a lo menos una renta vitalicia que calme la vejez, acabar dejándose proteger por parientes acomodados; pero aquí no se espera nada y, por lo tanto, se goza el día con avidez, sin mezclarlo de convencionalismos ni recepciones. La vida no tiene un último plan colonizador ni se preparan mercados futuros.

El latinoamericano que vuelve varios sábados a Pombo me va mirando cada vez con más gusto de estar en el mismo secreto y en la misma convivencia. Se ve que ya no hay nada que le moleste o le hostilice en la vida española, pues ha llegado a comprender la perfecta igualdad de trato. En España no hay «metecos», y el americano podría optar a un puesto en la gobernación del Estado y en el Parlamento, en cuyo banco azul, si se sentase, nadie le trataría como a un usurpador de personalidad.

En París todo el mundo pasa con la mirada fija en lo bajo, problematizado sólo por el problema de vivir y el ahorro.

En Madrid no se nota la tragedia por la lucha por la vida, ni hay barrio ruso, ni judío, ni chino.

Se aprovecha de la luz y de la vida. Aun hay en él ecos vivos del solo vivir.

Tiene capitalidad sin tener habitantes.

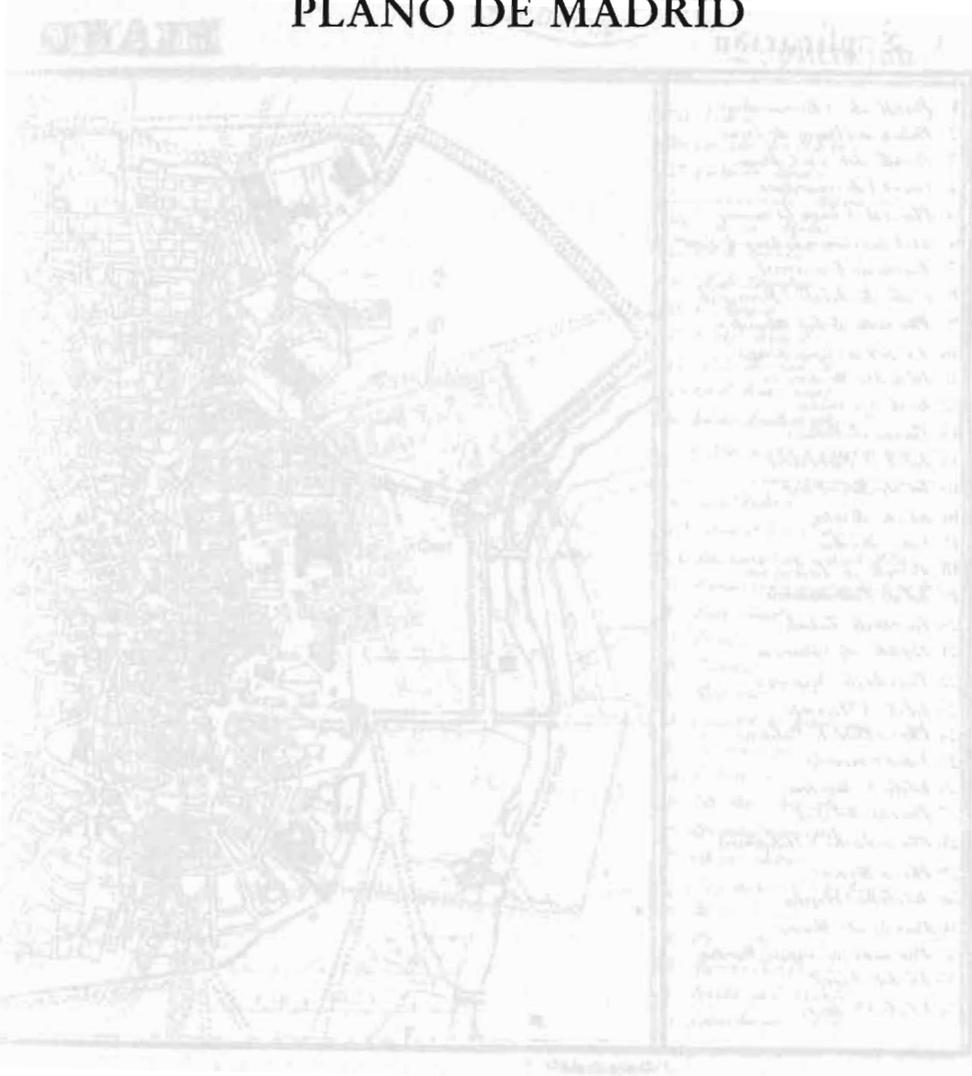
No ha inventado la palabra denigrante del extranjero, ni «meteco» ni «gallego».

En resumen, Madrid es la ciudad de la luz sensible y nada más. Es sólo luz espacial, presencia enternecida.

R. G. S.



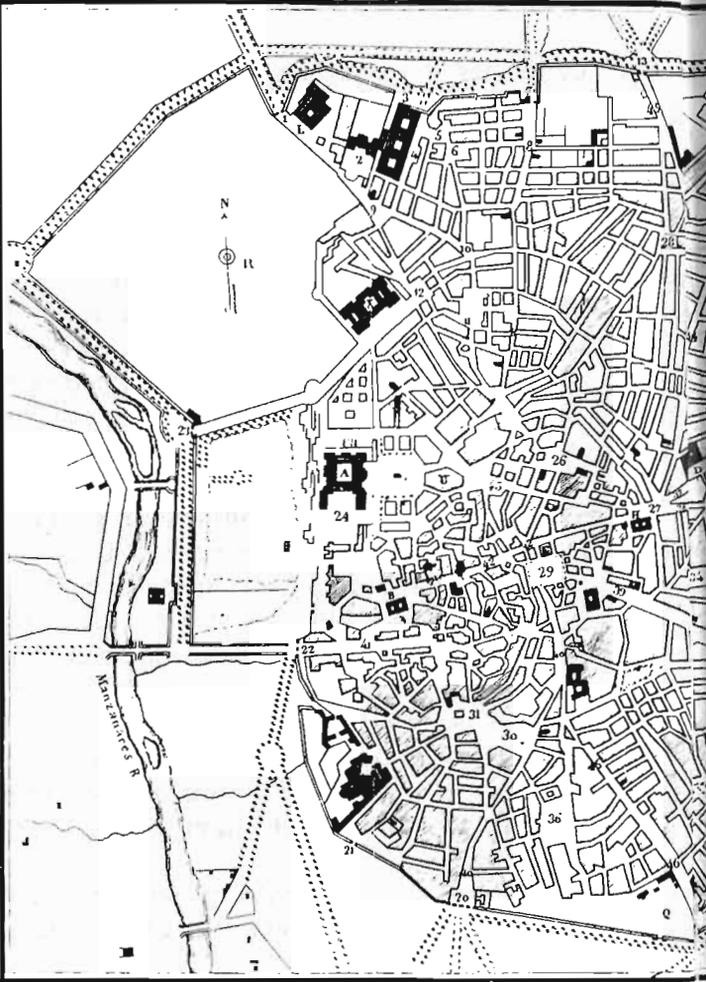
PLANO DE MADRID



Explicacion

PLANO DE

- 1 Puertillo de S. Bernardino
- 2 Palacios del Parque de la Reina
- 3 Puertillo del Conde Duque
- 4 Cuartel de Guardias
- 5 Plaza de S. Juan la Nueva
- 6 Al. de las Comendadoras de Sant^a
- 7 Puerta de Encarnal
- 8 Calle Ancha de S. Bernardo
- 9 Plaza de las Alcapalancas
- 10 Al. de las Capuchinas
- 11 Al. de las Mercedarias
- 12 Al. de Leganillos
- 13 Puerta de Salva
- 14 Al. de S. Barbara
- 15 Al. de Escobedo
- 16 Al. de Arco
- 17 V. de Arco
- 18 Puertillo de Valenciu
- 19 Al. de Embajadores
- 20 Puertillo de Toledo
- 21 Puertillo de Valenciu
- 22 Puerta de Segovia
- 23 Al. de S. Vicente
- 24 Plaza Real de Palacio
- 25 V. del Oriente
- 26 Al. de S. Martin
- 27 Puerta del Sol
- 28 Plaza de S. Mateo
- 29 Plaza Mayor
- 30 Al. de la Cebada
- 31 Puerta de Moros
- 32 Plaza de San Martin
- 33 Al. del Angel
- 34 Al. de S. Ana

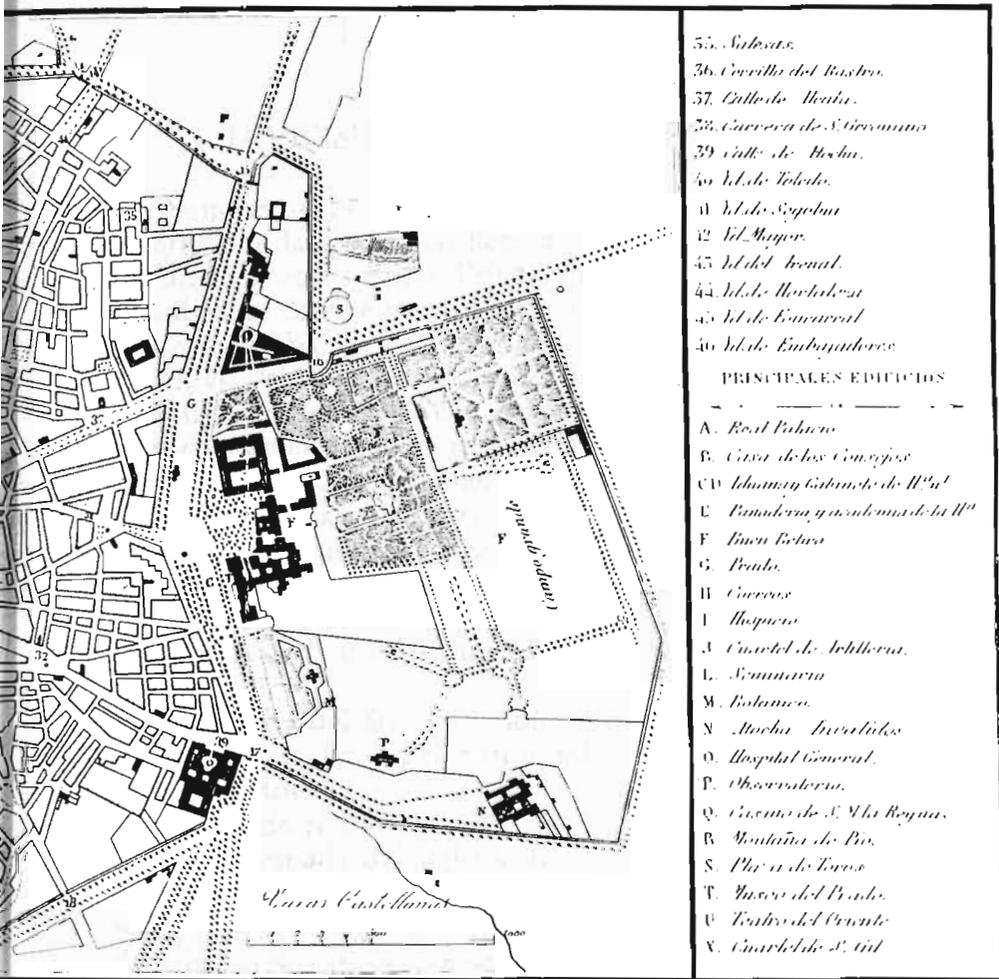


El Cuartel de S. M.



MADRID

Explicacion.



C. Veneranda





Madrid, 1944

SECRETARIA 15



I

LA PUERTA DEL SOL

DIVERSIDAD DE LA PUERTA DEL SOL

Aunque no es la Puerta del Sol desde el principio la plaza coronilla de la ciudad, lo llega a ser en definitiva poco después de fundarse con arraigo. Primero el centro y el salón público y presidencial de este pueblo estuvo en la morisca plaza del Alcázar, que estaba allí donde estuvo —casi donde está ahora— el primitivo Palacio, anterior al del Retiro, y ni que decir tiene que el actual; después, a la llegada de los Reyes Católicos, fue destronada por la plaza de la Paja esa plaza del Alcázar; después, ya sedimentada y consolidada la reconquista, se establece el centro en la plaza Mayor, yendo, como se ve, hacia Oriente; pero no para mudarse indefinidamente, sino para hallar el centro más propio, el definitivo. ¿No será ese centro providencial, proverbial y esencial la Puerta del Sol, aunque la plaza de la Lealtad, la de la Independencia y la de la Alegría esperen ser las herederas?

La Puerta del Sol no es sólo importante por su colocación, sino por su carácter y por su nombre, y porque es la vitrina del pasado pintoresco.

Punto de reunión desde la época en que iban los hombres de capa y espada del siglo XVIII y se asomaban a las gradas de San Felipe como a un balcón público y ancho de la Puerta del Sol, pasando por el siglo XVIII, en que los hombres de casaca y de pelucones empolvados se paseaban por ella, siguiendo a través del siglo XIX, en cuyo principio la transitan los currutacos y petimetres que van allí a charlar, a tomar el sol, a sorber un polvo, a fumar un cigarrillo y a esperar el último toque de misa de dos del Buen Suceso, hasta llegar a estos principios del siglo XX, en que el reloj de los siglos que está en el cielo de la Puerta del Sol ha dado las veinte.

La Puerta del Sol resume por todo, por su abigarramiento y por su greguería, el carácter de España. Varios escritores la han llamado el foro o el *forum* matritense, gran frase tópico que yo no tengo más remedio que repetir.

Ha dado optimismo ella sola a una nación pobre y de difícil problema diario. Así, Manuel del Palacio decía que en Madrid, «donde más de una vez se cierran las puertas del trabajo al hombre laborioso, las de la caridad al mendigo y las de la Academia al sabio, hay, sin embargo, una puerta que no se cierra nunca: la Puerta del Sol».

El sol de España, ese sol que es distinto en cada sitio, está aquí en esta caja de mazapán de la Puerta del Sol. La gran ensaimada de la luz, la harina, el huevo, la leche y el azúcar de Castilla se pueden gustar en esta plaza.

La Puerta del Sol varía con el tiempo, aunque permanezca eterna. La Puerta del Sol de hoy no es la de ayer, y el cronista diario que debería tener la gran plaza redactaría mejor la Gaceta del tiempo si pudiese anotar estas variaciones.

La Puerta del Sol gana lucidez y tristeza todos los días, y toma diferentes tornasoles según pasan las horas.

La Puerta del Sol de estos últimos tiempos tiene una facha de ser que va tirando con cierto optimismo inconsciente, sin preocuparse demasiado de las ideas, mezclándose con desidia al aire removido por los automóviles.

Está un poco parado el corazón lúcido de la Puerta del Sol, y como anegado en subconsciencia. En términos generales, la Puerta del Sol vive en pleno deslumbramiento un tiempo que la ha desconcertado y sobre el que aun no ha podido formar juicio.

Se podría decir que la Puerta del Sol presente tiene actualidades, pero no tiene ideas. Aquella ebullencia de ideas que la caracterizaba ha llegado a ser sólo algarabía de palabras y bocinazos.

Se podría decir que, como a un estanque —en este caso, estanque de ideas—, se le ha marchado todo el agua que contenía, y tiene una vacía alegría, una material bonanza falta de espíritu.

En la madrileña salsa a la mayonesa de los días soleados que allí se fragua y se bate los días buenos y se reparte por Madrid para solaz de todos los condumios, no hay en estos últimos tiempos esa aleación de una gota de idealidad que hace doble buena y tramada la salsa mayonesa del optimismo español.

Sólo se ve la hora en el reloj de torre, sin intrínquilis ni misterio, por este abandono de las iniciaciones y las esperanzas en el público, como divorciado del fondo literario y filosófico de la vida.

Con su gran aire, la Puerta del Sol de estos últimos tiempos tiene decadencia en su espíritu, languidez en su alma, impronunciación en su mente. Mi pulsómetro dice eso.

Resplandece, engaña, conmueve, pero carece de aquella vida fervorosa y cabalesca que producía el folletín novelesco de todos los días españoles. La Puerta del Sol actual no tiene folletín.

¡Y qué fácil dejarse engañar con su cielo raso y su rotundidad amarilla! La riqueza y la estabilidad se reflejan en ella, y los automóviles amarillos prestan su amarillez artificial al conjunto; pero no sólo de eso se compone la conciencia de la vida, la psicología de una gran plaza. Se necesita en ella, para que sea digna plaza central de una nación, eso que se disputa por superfluo y que se cree que es discusión sobrante; todo eso que inquieta el tiempo y perturba lo evidente y lo cotidiano: todo lo que da una emoción honda a la tarde de cada día.

¿Es que puede bastar esta vida que lleva la Puerta del Sol, de ver pasar, de ver suceder, de presenciar un desfile lleno de procacidad más que de inteligencia? El correr de los automóviles en *carrousel* que marea, ¿puede bastar a la diversidad de pensamientos en que debe abundar un pueblo? ¡Los vagos despreocupados miran pasar a los despreocupados sumos!

PRIMERA ÉPOCA

¡Puerta del Sol! ¡Puerta del Sol! Es el nombre simpático que va bien a las afinidades hasta retóricas de nuestra alma madrileña y morisca. Todo Madrid era la ciudad del Sol, y así dice fray F. Pereda, en su libro *La Patrona de Madrid*, con palabras casi inéditas, que «los árabes antiguos vinieron a llamar a este pueblo *El lugar del Sol*».

¿Pero por qué se la llama Puerta del Sol? Esto es lo que hay que aclarar, y lo que parece mentira que no estuviese lo bastante fijo en los comentaristas de esta gran plaza.

Hacia mediados del siglo XVI es cuando se comienza a citar la Puerta del Sol alguna vez, pero sin subrayarla casi.

Cuando surgió el tercer recinto, quedaron dentro de la nueva

tapia, o cerca, los arrabales de San Martín, San Ginés y Santa Cruz; la Puerta de Guadalajara era la puerta de ingreso en el sitio más oriental de Madrid, continuando la tapia que venía desde Santo Domingo por el sitio de las calles de Preciados y del Carmen, terminando todo en un anchuroso espacio, comprendido entre los olivares y el arrabal de San Ginés. Habiendo también hacia 1546 un muro de la Puerta del Sol al Portillo del Gato y a Puerta Cerrada.

En esa especie de muralla del tercer recinto de Madrid, y enfrente del camino de San Jerónimo, es donde se abrió, pues, un postigo, del que apenas hacen referencia los historiadores, pero que por algunos datos puede sospecharse que estaba en medio de la actual Puerta del Sol, y frente al camino que iba hacia los monjes Jerónimos, y a la izquierda del que quedaban las ermitas de San Luis y Santa Bárbara, así como a su derecha las casuchas del arrabal de Santa Cruz. Postigo que, cuando se convierte en puerta, no es un monumento original y primero, sino una traslación de la de Guadalajara, que se trajo desde Milanese a esa esquina de la Carrera de San Jerónimo.

Aun después de esa última ampliación, que hizo que quedase la Puerta del Sol en el punto central de la nueva villa, tardó más de un siglo en conseguir su mayor éxito, pues en el siglo XVII apenas la mencionan, como no sea esa su esquina, en que estaban las gradas de San Felipe.

Para dar claridad a este comienzo o balbulceo de la Puerta del Sol, me tengo que referir a lo dicho por López de Hoyos, en 1570, de la Puerta del Sol:

«Llegando (la reina doña Ana) cerca del Monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que es de frailes de la Orden de los Mínimos, junto al *hospital real de esta corte*, se le ofreció un arco, exquisitamente fabricado y medianamente elegido... Éste se fabricó en un lugar harto espacioso, que llaman la *Puerta del Sol*; ésta tuvo este nombre por dos razones: la primera, porque está ella a Oriente, y en naciendo el sol, parece ilustrar y desparcir sus rayos por aquel espacio; la segunda, porque cuando en España hubo aquellos alborotos, que comúnmente llaman las *Comunidades*, este pueblo, por tener guardado su término de los bandoleros y comuneros, hizo un foso en contorno de toda esta parte del pueblo y fabricó un castillo en el cual pusieron un sol encima de la puerta, que era el común tránsito y entrada de Madrid. Y después de la pacificación y quietud de estos

reinos, por lo mucho que el invictísimo emperador Carlos V, rey de España, nuestro señor, trabajó en allanar los grandes tumultos y pacificar todos los reinos de España, este castillo y puerta se derribó para ensanchar y desenfadar a tan principal salida.»

La primera de las dos razones que da López de Hoyos de por qué la Puerta del Sol se llama así, debe quedar solitaria, porque es la verdadera y esencial, y depende, indudablemente, de ese sentimiento del Oriente, eminentemente árabe, que ha dado el nombre de Puerta del Sol a tantas puertas de las murallas españolas de muchas provincias y hasta pueblos.

Además, ese castillo tiene una atracción de juguete y de artificio pintoresco, que distrae y absorbe la otra verdad incontestable, pues parece que no fue sino un aprovechamiento de esa puerta, un remate y promontorio de ella, y que el sol, antes de fabricarse el castillo, estaba ya inscrito sobre la puerta.

Hay que dar todo el valor a esa puerta como tal puerta, cuyo sitio de colocación tampoco está seguro, pues hay alguien que escribe en 1300 sosteniendo que estaba en la embocadura de la antigua calle de los Preciados.

Todo lo referente a esa puerta que fecundizó esta plaza, como madre chiquitita de un gran hijo, es digno de apuntarse.

Así, a principios del siglo XVI, también se lee la presupuestación de muchos miles de maravedises para variar obras, entre las que figura el empedrado de la Puerta del Sol y la reconstrucción de dicha Puerta, tapiada y almenada «con anchura suficiente para que por ella pasaran dos carros a la vez». (Después se amplió la población; se trasladó, por fin, la Puerta del Sol al camino de Alcalá, la de Santo Domingo al de Fuencarral, y la de Antón Martín al arroyo de Atocha. Así es que antes de la gran Puerta de Alcalá había en aquel sitio una modesta Puerta, que era la Puerta del Sol.)

Tanta es la orientación hacia el sol a que obedecía ese sitio, que la Carrera de San Jerónimo se llamó en un principio la calle del Sol.

Dentro de la Puerta del Sol apenas quedaba, en los primeros tiempos de formarse ese tercer recinto que terminaba en ella, otra cosa que esas casillas de arrabal insignificantes e innominadas. Fuera, en el sitio que después ocupó la iglesia del Buen Suceso, había un humilladero, uno de esos monumentos de piedra que son algo más que una cruz y menos que una ermita,

aunque son como el primer brote de una iglesia, remate de gran árbol de una crucería, la punta de lo que podrá ser después hasta una catedral. Es la señal de que acababa o principiaba la ciudad, y ya la arquitectura prueba a hacer un monumento, aun dentro de la gran sencillez del monumento.

La iglesia del Buen Suceso fue después el primer gran monumento de la Puerta del Sol, aunque nació fuera de ella, en el camino del campo, en la medrosa noche de fuera de las tapias de la ciudad.

El Hospital del Buen Suceso se fundó fuera de la población, en 1438, con ocasión de la peste que se declaró en aquel año y para socorrer a los contagiados, siendo reconstruido en 1529 por Carlos V y convertido en Hospital Real de Corte de San Andrés, para que se curasen en él sus soldados, enfermos por causa de la guerra, y su servidumbre.

El nombre del Buen Suceso se lo debía a una imagen que después fue al Colegio de Loreto —que recibió el pontífice Paulo V, a quien fue presentada, en 1696, por dos hermanos de la Congregación de los Obregones, que yendo en peregrinación a Roma se refugiaron en unas peñas cerca de Tortosa, huyendo de una terrible tormenta, peñas entre las que hallaron escondida a esta imagen, que llevaron a Roma, y a su vuelta a Madrid colocaron en la enfermería y luego en la iglesia, a la que dio así su nombre.

La iglesia del Buen Suceso tenía una pequeña lonja o atrio con verja de hierro, y antes unos fosos que cegaron al enterrar en ellos a los fusilados del 2 de mayo de 1808 en el claustro de ese convento. De esto y de su reloj ya habrá otra ocasión de ocuparse, porque no existiendo el ministerio de la Gobernación y su reloj hasta mucho después, fue ella la custodia del reloj guiador principal de la corte.

Después de este momento de su puro origen en que he presentado esta iglesia, sufre transformación y arreglos, que es la que le dan carácter más tiempo, y así llega hasta últimos del siglo pasado. Quesada, que habla de ella a mediados de ese siglo, diga lo que sabe:

«A causa de haber fundado el emperador Carlos V el Hospital de San Andrés, se hizo posteriormente la actual iglesia, que es de crucero y de regular forma, aunque muy pequeña. La decoran pilastras, y en el centro se levanta una cúpula proporcionada al edificio. El retablo mayor, construido en 1832, consta

de un solo cuerpo, con cuatro columnas corintias, y en el nicho del centro se venera una imagen de Nuestra Señora del Buen Suceso, viéndose también los cuatro Evangelistas puestos sobre el basamento, y encima del arco en que se halla el altar está San Andrés. Los retablos colaterales son de la misma época que el mayor, y tienen decoración de pilastras jónicas. Antes de la guerra de la Independencia había en esta iglesia algunos objetos artísticos que no existen, pues quedó tan maltratado este sagrado recinto que al retablo mayor, de que hace mención Baena expresando que se había estrenado en 1641 con magníficas fiestas, sucedió un hueco, en el que la imagen del Buen Suceso estuvo colocada hasta que se abrió el retablo en que actualmente se halla. Da ingreso a esta iglesia una portada con dos columnas entregadas, que sostienen un cornisamento, sobre el que hay un nicho con una efigie de Nuestra Señora. Esta portada es de granito, y el resto de la fachada de fábrica. Está servida por un administrador capellán de honor de Su Majestad y tres penitenciaros, de los cuales el primero es predicador de número.»

San Felipe el Real es el otro edificio principal y primero que también se presenta en la Puerta del Sol del remoto pasado, más célebre que como elemento de la Puerta del Sol como mentidero de Madrid y como principio de la calle Mayor, pues si entonces ya existe la Puerta del Sol, aun tiene más importancia la plaza Mayor.

San Felipe el Real se funda en 1547 —en ese espacio que hay entre el Bazar de la Unión y el resto de la casa de Cordero—, siendo su claustro espléndido, alto, espacioso y de orden dórico una de las mejores joyas que tenía Madrid. Su aspecto general era muy del gusto, un poco insípido y sombrío, del tiempo de Felipe II.

Sus frailes no eran los principales moradores de ese convento, sino la gentuza que subía a sus gradas. Sin embargo, en el fondo de la iglesia estaban los Agustinos Descalzos, entre los que vivió el padre Canal, continuador de la España Sagrada, que fue condenado por la Inquisición a tener siempre abierta la puerta de su celda y el bufete frente a ella, para que el prior pudiese ver en todo momento lo que escribía.

La lonja alta que tenía delante San Felipe el Real es lo que se llamó «El Mentidero». Esas célebres gradas de San Felipe, en las que estaba el cuartel general de los soldados que venían o querían engancharse para Italia o Flandes, los pícaros y los

grandes ingenios de la época, saliendo de allí las patrañas «como bola de nieve que después recorría todo Madrid», aumentándose y creciendo. Moreto le definió muy bien, diciendo por boca de un alférez de su teatro: «Mas yo con estas gradas me consuelo —de San Felipe, donde gran contento—es ver luego crecido lo que miento...—Por la mañana yo, al irme vistiendo,—prendo una mentirilla de mi mano:—vengo luego y aquí la siembro en grano,—y crece tanto, que de allí a dos horas—hallo quien con tal fuerza la prosiga,—que a contármela vuelve con espiga.»

Vélez de Guevara dijo, refiriéndose al Mentidero, que «de él salen las nuevas primero que los sucesos».

En aquel rincón suceden muchas cosas importantes, como si fuese la cabeza de las calles, el balcón final y principal, la larga balconada de todo un pueblo, sitio por el que pasaban las damas, los coches y todo el *carrousel* de la circulación para ser admirado. Frente al Mentidero estuvo la Exposición de arte nuevo del pasado, pues a su vista, junto al palacio de Oñate —donde, como correo mayor de Castilla que era Oñate, se depositaba la correspondencia—, solían exponer sus cuadros los pintores el día de la procesión del Corpus, siendo en una de esas Exposiciones donde se dio a conocer Murillo.

Las gradas de San Felipe son de lo más morrocotudo del pasado de la Puerta del Sol. Parece que son hasta un poco literarias y legendarias; obra de Quevedo y de aquellos escritores picarescos y mordaces, que dan el tono a nuestra literatura y la conceden un tipo de humor, que es el que debemos continuar.

Iban como cabecillas los discípulos del maestro López de Hoyos, que eran condiscípulos de Cervantes, Góngora y sus adeptos, Villamediana con los más aristocráticos donlindos, algunas veces Calderón, Quevedo a todas horas, Cervantes de paso, Lope, Alarcón, Rojas, Moreto. Iban también los peruleros de estación en la corte, los oficiales de reemplazo de los tercios de Flandes, los golillas, los histriones y gran número de beatas y niñas picuñas con manto de humo o de gloria que acudían a misa.

Desde allí a la tarde, o sea a la hora de ruar el coche, los pícaros veían pasar a las damas como jurados en su tribuna. A veces, algún poeta echaba a alguna dama una saeta amorosa, cerbatana de papel que buscaba su corazón.

De allí salió, cuando el asesinato del poeta y noble Villamediana, aquella ingeniosa acusación dentro de unas pulidas déci-

mas atribuidas a Lope de Vega, en que se transparenta que los amores de la reina y Villamediana hicieron que el rey Felipe IV pagase un asesino:

«Mentidero de Madrid,—decidme: ¿quién mató al conde? —Ni se dice ni se esconde,—sin discurso discurrid.—Unos dicen que fue el Cid,—por ser el conde Lozano;—¡disparate chabacano!,—pues lo cierto de ello ha sido—que el matador fue Bellido,—y el impulso soberano.—Aquí una mano violenta,—más segura que atrevida,—atajó el paso a la vida—y abrió el camino a una afrenta.—El poder que osado intenta—juzgar la espada desnuda,—el nombre de humano muda—en inhumano y advierta—que pide venganza cierta—esta salvación en duda.»

Bajo el atrio de San Felipe el Real, donde después construyó su gran casa el Sr. Cordero, había unas tiendecillas llamadas covachuelas, que a principios de este siglo tuvieron vivo facsímil en unas que hubo bajo el atrio de la iglesia del Carmen, en la calle del mismo título. En esos tenduchos se vendían calzas y juguetes —simientes de los que hoy hay en el mismo sitio en el recinto del Bazar de la Unión—, juguetes que tenían un gran éxito entre los niños, tanto que algún día de inundación, suponiendo los niños que el agua se había metido en las covachas, iban esperanzados de salvar de las aguas los juguetes flotantes. ¡Piratería infantil!

El 13 de julio de 1636 entró en la iglesia de San Felipe un hombre bien puesto, se hincó de rodillas y dijo: «¡Alabado sea el Santísimo Sacramento y María Virgen Santísima concebida con mancha de pecado original!» Pidióle uno que no dijera disparates; volvió a repetir lo que había dicho; se alborotó la gente; tiraron las mujeres chapinazos al hombre; desenvaináronse muchas espadas; le prendieron, y le llevaron ya herido a la Inquisición.

La iglesia se quemó en 1718, fue muy saqueada por los franceses, y tuvo su día de luto público, un día que hubo tanta aglomeración de gente en las gradas para ver prender a un réprobo, que empujaron la balastrada que la separaba de la calle y cayeron varias personas, arrastrando piedras de la cruja alta y parte del balaustre, habiendo varios muertos y heridos.

Entre la calle Mayor y del Arenal se hallaban las casas de mancebía —una de ellas llamada «Las Solera»—, que autorizó Felipe II para solaz de sus vasallos de noble estirpe y que por real cédula de Carlos I fueron trasladadas al terreno que por

indemnización a los dueños, «y para construir otras nuevas», se les dio en la calle del Carmen, en el sitio que hoy es iglesia, y en cuya ventana principal pusieron una figura de mujer que, aunque en ademán indecoroso, pretendía ser una representación de la Virgen. Después de varias escenas, que ruborizarían a todos, se cerró la casa, echaron a la hoguera a las mujeres, y recogió la figura el Ayuntamiento, dándola el título de Nuestra Señora de Madrid y colocándola en la iglesia del Hospital General. En una noche se hizo un convento de madera sobre la casa de la mancebía, llevándose luego aquel Carmen Calzado a la calle llamada de los Expósitos.

El otro viejo edificio de la Puerta del Sol era la iglesia de la Victoria.

Nuestra Señora de la Victoria, esa iglesia que hacía esquina a la Puerta del Sol, y que cerraba el lugar en que hoy se abre la calle de Espoz y Mina, se fundó en 1561 a petición del padre fray Juan de Vitoria, procurador general. Los frailes Agustinos, que tenían su convento próximo al sitio donde debía levantarse el de los Mínimos y el Ayuntamiento, hicieron alguna oposición al proyecto; pero una carta del rey, el favor de la reina y del príncipe D. Carlos allanaron todas las contradicciones, y la obra se llevó a efecto, diciéndose misa en esa iglesia el 7 de agosto del referido año. Su principal mérito era la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, obra de Gaspar Becerra, que hoy está en San Isidro, y que antes salía siempre en la procesión de Viernes Santo. Posteriormente, y cuando la supresión de las Órdenes regulares, fue demolida, abriéndose en su área la calle de Espoz y Mina.

Tenía fama entre damas y galanes la reunión de gentes que se celebraba en esta iglesia, además de que los frailes Vitorios tenían también reputación de decir las misas muy ligeras, y sabido es lo que eso pesa en el corazón ligero de los fieles.

Todo el teatro español de la época de auge de esa iglesia está lleno de alusiones a ella. Tirso de Molina, en *La celosa de sí misma*, viene a decir que la visita y la cursa «toda dama de silla, coche y estrado», repitiendo en otra ocasión que «La Vitoria es la parroquia de las damas». Moreto, en *El Caballero*, dice:

Doña Luisa, mi señora,
os suplica que mañana
os lleguéis a La Vitoria,
que allí a las diez os aguarda.

Antonio Solís también dice en *El amor al uso*:

Dile que, en anocheciendo,
en La Vitoria me aguarde.

Un Hospital apenas mencionado, y del que no queda ni grabado que lo recuerde ni larga referencia, el Hospital de la Inclusa o de niños expósitos, estaba, en el año 1572, en plena Puerta del Sol, esquina a la calle del Carmen, en la manzana 376, número 15, por más señas. Lo asistía la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad de la Victoria. Es curioso, por lo menos, saber que en esa casa, en que hace poco estaba el Grand Hotel de la Paix, y hoy está el café Oriental, estuvo la primitiva Inclusa, hasta que, al hacerse la reforma, fue trasladada a la calle del Soldado (hoy Barbieri), de donde pasó a la calle de Embajadores, de la que también acaba de ser trasladada.

Para completar la edificación monumental de la Puerta del Sol, tengo que exaltar la primera fuente que ha habido en ella, y que no fue la Mariblanca.

Antes que la Mariblanca, y de cimiento y pedestal más recargado, hubo en la Puerta del Sol otra fuente, aunque rematada siempre por esa imagen que unos creen de Venus y otros de Diana; pero que los aguadores, colocándose en un justo medio, bautizaron con ese nombre cariñoso de «Mariblanca», nombre de la más bella y alechada moza del pueblo.

Esa primera fuente churrigueresca que hubo en la Puerta del Sol fue obra de Pedro Rivera, discutiéndose si la segunda lo fue del cincel de Parcira o de Rutilio Gassi, florentino que dio modelos para algunas de las fuentes de esta corte, según cuenta Carducho en su diálogo octavo de la pintura.

Solemnizamos la aparición de la primera fuente en la fecha en que su surtidor amaneció al mundo, el día 1 de diciembre de 1616, primera gran fiesta del agua en la Puerta del Sol, en que la Venus de su fuente —la que después se había de llamar Mariblanca— derramaba su agua por primera vez, dando al acto gran solemnidad el arzobispo de Burgos, el presidente del Consejo de Castilla, el corregidor D. Pedro de Guzmán y los regidores.

Durante mucho tiempo surtió esa fuente el agua del viaje del Abroñigal («Briñigal» entonces), del Abroñigal alto, que era el de agua mejor y surtía otras muchas fuentes.

Esa primera fuente de Mariblanca, no sólo figura en la fiesta de todos los días —la fiesta de su dádiva espléndida e incesante—, sino que se viste de gala en las grandes solemnidades.

Así para recibir al rey Carlos II, el 13 de julio de 1760, se adorna la fuente con un edificio circular compuesto de ocho columnas cónicas, terminadas por unas ninfas que sostienen unos cestones de laurel, con los que venían a formar una gran corona.

Después se trasladó a la plaza de las Descalzas, donde fue montada sobre una fuente de simple construcción.

Tenía la fuente cuatro caños, treinta aguadores y catorce reales de dotación, surtiéndose del viaje de la Castellana.

Fue trasladada a la plaza de las Descalzas, por el deseo de innovación y para colocar después en la Puerta del Sol otra con menos carácter, aunque con más agua.

(Ahora se encuentra la Mariblanca en el Museo Arqueológico, en un patinillo, triste, arrinconada, desconocida, vista sin saber quién es por esos hombres aburridos que entran alguna vez en la soledad de esos sarcófagos que son las salas del Museo Arqueológico.)

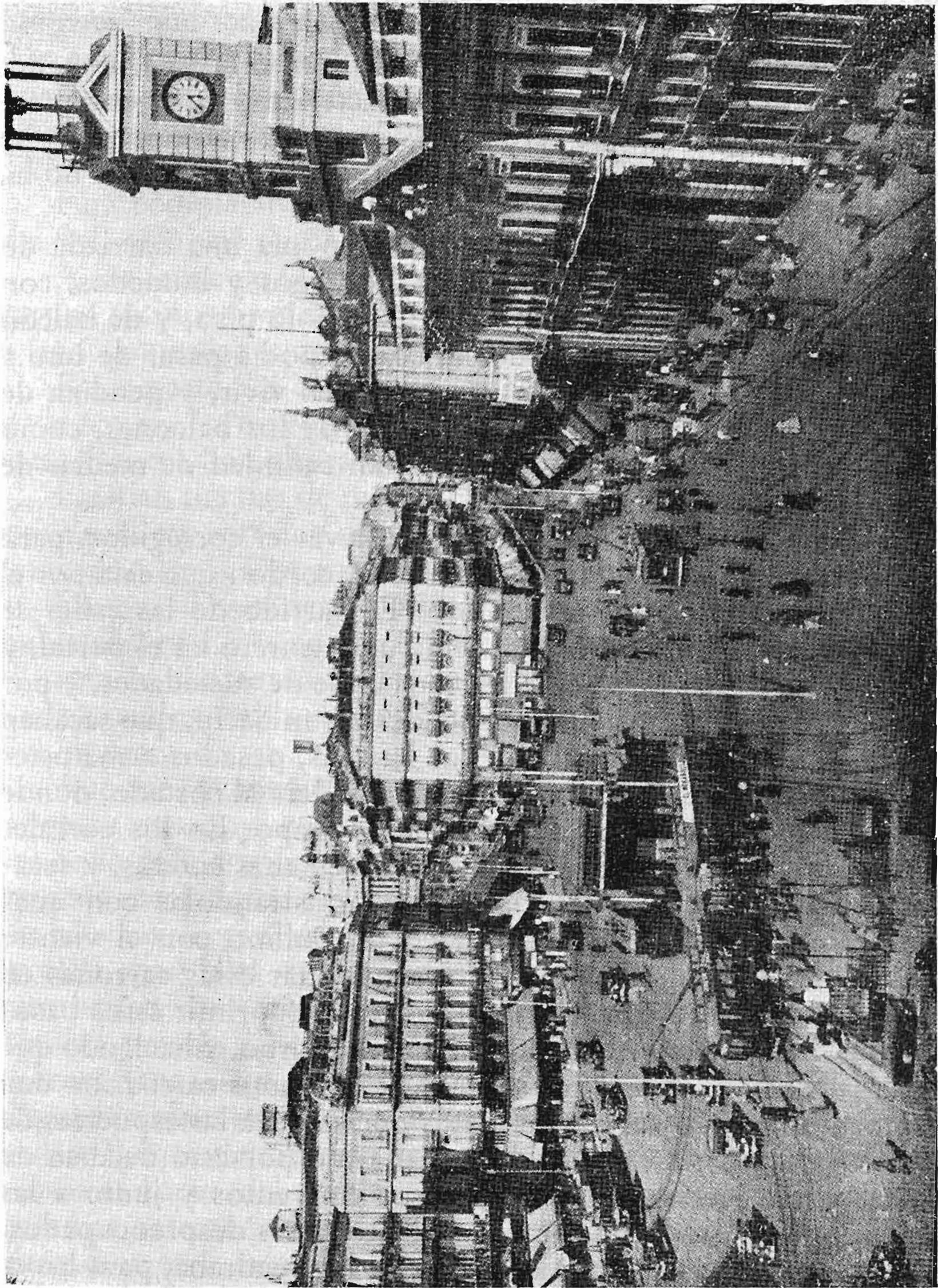
Allí, entre la Mariblanca y la iglesia del Buen Suceso, es donde estaba el rincón más animado. Entre la Mariblanca y frente a la iglesia del Buen Suceso, en el cierre de la paralela ideal que hacen la calle de San Jerónimo y la calle de Alcalá, se ponía un púlpito, desde el que se predicaban las misiones los viernes. Los aguadores eran la base del auditorio.

Aquellos aguadores eran unos alegres gallegos y asturianos, cuyas primeras cubas fueron de cobre antes de ser las remendadas cubas de madera que hemos conocido.

Ya podemos animarnos; el aspecto medieval de la Puerta del Sol va a desaparecer, con su pregonero de la Inquisición, que pasaba por la Puerta del Sol diciendo en forma de pregón:

«Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, corte de S. M., estantes y habitantes en ella, cómo el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo celebra auto público de la fe en la plaza Mayor de esta corte, el domingo 30 de junio de este presente año, y que se les conceden las gracias e indulgencias por los sumos pontífices dadas a todos los que acompañaren y ayudaren a dicho auto. Mándase publicar para que venga a noticia de todos.»

Ya se puede comenzar a formar el cuadro pintoresco de la



Puerta del Sol

Puerta del Sol, aunque aún es pobre la vida de esa plaza; tanto, que en 1766 se mandan tener encendidos los faroles de la Puerta del Sol «desde el anochecer hasta las doce, menos las seis noches de luna clara de cada mes».

El gran escritor y gran pintor Gutiérrez Solana, con esa imaginación ruda y genial que le caracteriza y que, aunque a veces esté desprovista de certeza, inventa su certeza propia y se sobrepasa a sí mismo como antepasado de un pasado que no ha acabado de existir, escribe:

«En 1750, la Puerta del Sol la componía una barriada de casas chatas y sórdidas, de portales lóbregos y húmedos, con tortuosa escalera; la mayoría eran de un solo piso, y de balcón a balcón había tan poca distancia que se podía pasar de uno a otro; muchas de estas casas fueron de mal vivir, y pendían de las guardillas profundas y hediondas y de los balcones, como distintivos, colchas y mantones, y gran cantidad de medias de rayas de colores y enaguas.

»A las mujeres públicas las hacía llevar el corregidor, para que se distinguieran de las honradas, un cordón que caía por el pecho y estaba cosido al hombro. El barrido de las calles se hacía semanalmente; cada casa tenía un basurero en el portal, y los vecinos depositaban en ellos toda clase de suciedades, y por falta de retretes hacían sus necesidades en un bacín, que sacaban a la calle esperando el paso de las letrinas, pesados armatostes de hierro en forma de cuba, con una tapadera al costado, donde iban las aguas malas para desaguar al campo. En los corrales había caballerías muertas, que llevaban semanas enteras, y sacaban unos hombres misteriosamente, arrastrándolas con unas cuerdas, por la noche; una mula o un pollino con el vientre hinchado como una caldera, para abandonar estas carroñas en las afueras; el Ayuntamiento dio orden de suprimir estos basureros por causa de la epidemia del cólera-morbo, y haciendo que la limpieza fuera diaria, recorrían las calles unos carros con una campanilla para avisar a los vecinos que sacasen las espuestas de la basura, de seis a ocho de la mañana; no por esto dejaban de verse en las aceras de los numerosos conventos y junto a las tapias de las casas las inmundicias de hombres despreocupados, que se bajaban las bragas donde mejor les cuadraba, para hacer del cuerpo. Alguna vez bajaba a la calle, de las espadañas de los conventos, el sonido tristísimo de las campanas tocando a muerto. Era que pasaba la Cofradía del Consuelo, encargada de dar

sepultura de misericordia a los cadáveres de los pobres; cruzaba la Puerta del Sol un ataúd encima de unas angarillas, acompañado de cuatro pobres con cirios y un cura con cruz alzada; un hermano que iba delante llevaba un estandarte de hule negro, que era el de los ajusticiados a garrote; también se utilizaba el mismo ataúd para varios, y así que se sacaba de él al que lo ocupaba y se le echaba al hoyo, volvían con él para enterrar a otro difunto.»

Para completar esa visión con que resume Solana la Puerta del Sol, recogeré datos históricos y precisos.

A los lados de la Mariblanca había cajones para la venta de carnes, tocinos y verduras, cuyos dueños abonaban un impuesto a las Comunidades del Buen Suceso y la Victoria.

En la parte del costado de la Victoria estaban los «cajones de la fruta». La mayor parte de las casas eran pequeñas e informes, y si medían altura era porque estaban sobre un desnivel.

Existían tiendas de mercaderes de seda, de paños y de librería. En el espacio que después ocupó la Casa de Correos, hoy ministerio de la Gobernación, había treinta y tantas casas.

En un librito de D. Ángel María de la Torre y Leyra, publicado en 1774, donde se enseña a comer, gastando poco, en el capítulo consagrado a los que sólo quieren gastar de cuatro a cinco reales, habla de una hostería que había en la Puerta del Sol, número 17.

Aunque en medio de todo eso la Puerta del Sol era más pequeña que hoy, resultaba que en aquella soledad de Madrid era todo más amplio, vasto, y el transeúnte resultaba siempre empequeñecido por el vacío centro de la calle, por cuyo estadio iba muchas veces. Para imaginarnos aquel engrandecimiento de la calle, por falta de coches y tranvías, bastará que hagamos memoria de esa imponente extensión que toman las calles de Madrid cuando no circulan tranvías —a las tres de la tarde del Viernes Santo—, y eso descontando el que ese día, por ejemplo, hay un público excesivo que llena el espacio libre.

La Puerta del Sol fue uno de los sitios en que resultó más reñida la lucha del motín de Esquilache, pues al disparar los guardias valonas sobre la multitud, matando a dos mujeres e hiriendo a otra, la multitud acometió a los soldados, dio muerte a uno y le llevó arrastrando por la calle Mayor, pasando por la Puerta del Sol y calle de la Montera; en nombre de los tres mil amotinados que invadieron la plazuela, habló en aquella ocasión

en Palacio el «Malagueño», que llevaba chupa encarnada y chaleco, sirviendo de lengua al motín.

No dejaron de ser sangrientas las consecuencias de aquel motín. A un caballero murciano, que habló en un corrillo en la Puerta del Sol, le ahorcaron en la plaza Mayor, cortándole antes la lengua, y muchos individuos fueron secretamente agarrados en las cárceles.

Ya hay en su ruedo un fervor y un tono que caracterizarán a la insólita plaza en el porvenir.

El edificio de Correos —hoy Gobernación— fue construido en 1768.

Presentó magníficos planos para su construcción Ventura Rodríguez, el gran factótum de todas las obras de Madrid durante aquella época; pero prevaleció el francés Jaime Marquet, venido a España para entender en el arreglo del empedrado. Por esto se dijo: *al arquitecto las piedras, y la casa al empedrador*. Hubo esa malquerencia hacia el extranjero que caracterizó al pueblo de Madrid como un distintivo de su injusticia de otros tiempos, y eso hace sospechar si no sería verdad que se le olvidó al francés la escalera, como dicen que sucedió. Lo que pasó con la escalera es que el conde de Aranda, capitán general y gobernador del Consejo —que recordaba lo que sucedió en la Puerta del Sol cuando el motín de Esquilache—, se empeñó en que en ese edificio debía estar un Cuerpo de guardia «principal» o de prevención, para lo cual, contrariando los planes del arquitecto —al que no se le olvidó la escalera, como esto mismo lo prueba—, hizo destinar a tal fin la planta de la derecha, y por eso se quedó raquítica la escalera.

Las ménsulas con molduras y cabezas de leones, el frontispicio triangular, en cuyo tímpano están las Armas Reales con leones y trofeos, como toda la parte de escultura del edificio, es de D. Antonio Primo.

Yo encuentro bello, sobrio, y de talla que armoniza con el tipo general de la población y de sus habitantes, este monumento, sencillo y de una elegancia de currutaco perfecto.

Combinada la piedra de Colmenar —pueblo en el que están las entrañas maternas de casi todos nuestros edificios— con el ladrillo fino y el granito en los zócalos exteriores y en los pórticos de los patios, el conjunto es coloreado, proporcionado y dichoso, lográndose un íntimo y gracioso edificio público,

cuando todos suelen ser monstruosos, destartalados y empequeñecedores del ciudadano.

Aunque a mí me parezca esto, la Casa de Correos ha sido muy discutida. Así dice un antiguo comentador: «Sírvela de distintivo a la Puerta del Sol el perpetuo bullicio en que hierve, y de único realce la Casa de Correos, cuyos balcones del piso principal, orientado sobre el grueso basamento, con menos esbeltez de lo que podía esperarse en 1768, le dan un aspecto más robusto que elegante, como si presagiara el carácter de fortaleza que ha tenido que asumir en días de asonada.»

«La Real Casa de Correos y Parte para los Sitios Reales de S. M., en esta Puerta del Sol», la llama el librito de don Fausto Martínez de la Torre, en 1800.

Detrás de la Casa de Correos estaba la Real Casa de Postas —se comunicaba con ella por una puerta, hoy tapiada—, y era de donde salían los viajeros y el correo, algo así como el animado resumen de las estaciones del Norte, del Mediodía y de las Delicias.

Ya aparece en todos los grabados de la Puerta del Sol ese *sensato* monumento, y aunque no varía, hay en él pequeñas novedades que le van situando en el tiempo. Así, en un grabado se ve una mujer que echa una carta por una de sus ventanas bajas, que primitivamente fueron sus buzones; después se le ve sin reloj ninguno, y eso choca; después nos fijamos que tiene en la esquina que hoy ocupa el asta de la bandera un atarre extraño, del que cuelga una cosa como un disco, y es que ahí estaba el espejo receptor del telégrafo de señales, que comunicaba a la Casa de Correos con todos los horizontes; después nos choca la guardia que se ve sentada en un banco de la puerta, cuando era el principal, llamándosele así durante muchos años, no porque fuese el ministerio más importante de la política, como han creído algunos, sino porque allí estuvo establecida la Capitanía General, y entre las definiciones del Ejército está esta: «Principal, en las Plazas de armas: cuerpo de guardia situado ordinariamente en el centro de la población para dar pronto auxilio a las providencias de policía y justicia, y para comunicar la orden y el santo y seña diariamente.»

Y ya es hora de que lleguemos al 2 de mayo de 1808, que es como el día de Primera Comunión de la gran plaza. Antes, sin embargo, hay que decir algo de aquel 1 de mayo.

El 1 de mayo de 1808 pasó Murat por Madrid suntuoso, con

una cabellera fantástica, un gran uniforme, magnífico. Al llegar a la Puerta del Sol, la silba fue estrepitosa y terrible. Murat, sin descomponerse, mirando a los balcones, sonrió, sarcástico y vencedor.

Al poco rato, pasando el infante D. Antonio, los silbidos se convirtieron en vivas y aclamaciones.

Madrid ya estaba revuelto y ansioso.

Amaneció el terrible 2 de mayo, día de granizo y de cielo de Viernes Santo. El día en que no se sabe por qué se exalta la idea de Madrid para siempre, y toma un definitivo empaque la ciudad.

Hay un deber en pintar ese 2 de mayo en la Puerta del Sol.

Los principales soldados en la refriega que allí se desencadena, son los mamelucos, tropa egipcia —especie de cosacos— que tenía como norma la crueldad, armados de alfanjes cortos, esgrimidos con ansia de matar, ceñida la cintura con cinco o seis armas de fuego y dobles cuchillos y yataganes, armerías vivientes que hacían que los madrileños, después de matarles saltando sobre sus caballos pequeños, les arrancasen sus armas. (Así el cuadro de Goya *Los mamelucos* es en la Puerta del Sol donde se proyecta, aunque resulte un poco vaga su silueta.)

Parece ese día negro que todos los madrileños quieren morir en la Puerta del Sol, porque es el baluarte que tienen el principal deber de reconquistar. Dos horas duró en la Puerta del Sol el fuego y la refriega con las multiplicadas fuerzas que mandaron el general Grouchy en persona, los de brigada Guillot y D'Aubray, los jefes de escuadrón Daumesnil y Valence con sus mamelucos y polacos y otras fuerzas de Caballería de la Guardia Imperial, y el coronel Friederichs, que, avanzando por la calle Mayor con los fusileros de la Guardia, vino a estrechar el reducido palenque donde el pueblo se defendía. El *Moniteur*, en su parte, dijo que «Daumesnil cargó muchas veces sobre la Puerta del Sol», y aunque no habló de pérdidas y bajas personales, que fueron muchas por las dos partes, confesó «que este oficial tuvo dos caballeros muertos y herido el suyo el general Grouchy». En medio de aquel combate tan obstinado, nunca pudo reunir la fuerza popular una partida de 50 hombres armados, y, sin embargo, fue frecuente durante la pelea ver a algunos pequeños grupos destacarse a cuerpo descubierto, acometer denodadamente los pelotones de la Caballería, desorganizarlos, sembrar en ellos la confusión y sacar victoriosas ventajas. Los que tenían

un fusil creíanse capaces de responder con él a un cañón, y con este error de denuedo hicieron estragos indecibles. Unos caían heridos por las balas, otros de muchos sablazos, y algunos fueron horriblemente magullados bajo los pies de los caballos; mas el fragor de la refriega no cedió hasta que se impuso con irresistible estrago el cañón y la metralla. Corrieron entonces los disminuidos mamelucos en línea por la calle Mayor hasta los Consejos, y escalonándose allí la Caballería y puestos cañones en la plaza Mayor, quedó la capital dividida en dos secciones e interceptada la comunicación entre las dos partes.

La lucha se extendió por todos lados y después vino la bárbara represión en la iglesia del Buen Suceso, pues en su claustro mataron a muchos madrileños, con algunos de los cuales se ensañaron de tal modo que les mutilaron antes de ejecutarlos, cortándoles las orejas, los labios y las narices, y siendo objeto de los más nefandos ultrajes.

En el despojo de las ropas iba envuelta la codicia del robo, y a algunos, por robarlos, los dejaban desnudos a medio asesinar. De este número fue D. Cosme Martínez del Corral, impresor y administrador de la fábrica de papel que el duque del Infantado poseía en Pastrana. Después de haberse batido en la Puerta del Sol, retiróse a una casa de la calle del Príncipe, adonde fueron por la tarde a buscarle después de la proclamación de la paz. Condujéronle al Buen Suceso, y a sablazos y a tiros dieron con él hasta rendirle, al parecer exánime, con ocho heridas de sable y tres de bala. Despojáronle de sus vestidos, de donde sacaron 7.250 reales que llevaba en cédulas de la Real Casa de Amortización. Abandonado en el patio entre los cadáveres de los fusilados algún tiempo antes, allí permaneció hasta que, al anochecer, Ildefonso Iglesias, mozo del Hospital de Corte, con dos sepultureros, pasó para recogerlos y darles sepultura. Al llegar a Martínez notaron que alentaba, y trasladándole a una de las camas de aquel benéfico establecimiento lograron reanimarle y lo salvaron.

Así acabó la jornada del 2 de mayo en la Puerta del Sol, en cuyo drama intervinieron dos niños, uno de diez años, José del Cerro, descalzo de pie y pierna, y otro de once, José García Cristóbal, que resistieron a pedradas el ataque de un dragón de la Guardia Imperial, perdiendo heroicamente la vida en tan desigual combate.

Después de ese gran sacramento que es para los pueblos la



última prueba de sangre en sus luchas con el último invasor y después de celebrados en la Puerta del Sol los primeros aniversarios de aquel luctuoso 2 de mayo del Buen Suceso —esos primeros aniversarios en que toda víctima vuelve a sangrar y a sufrir una cosa que se podría llamar así como la «confirmación» de su muerte—; después que la campana del Buen Suceso tocó a muerto horas y horas, y el pavimento que rodeaba la lonja, y donde fueron enterradas las víctimas, fue cubierto con paños negros, la Puerta del Sol se siente ancha, feliz y consolidada. Ya podemos entrar en su historia pintoresca y costumbrista, y para eso, antes de fantasear, recurriré a un librito de por entonces, que se titulaba *Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero*, escrito por D. Antonio Buñoz, y en el que hay un capítulo que es digno de la copia: «Apenas entraron por la referida Puerta del Sol, cuando tan vagos como confusos y admirados andaban a buscar alojamiento, al cabo de varias diligencias hallaron uno (como para ellos), donde, a fuerza de su cansancio, pudieron dormir. Por la mañana, después de haberse cada uno espetado un zoquerillo *superávit* de su corta alforja, hicieron lo que todos los forasteros desocupados, que fue presentarse en el gran teatro de la Puerta del Sol. Apenas vio D. Eusebio aquel hormiguero de gentes tan diversas, cuando se quedó estático y admirado con todo lo que había dicho su compañero. A breve rato de haber estado allí, ya se les había pegado un amigo tal como ellos, y éste informóle al poeta de todas las circunstancias del sitio, al que todos estaban aficionados, porque el tiempo parece que pasaba allí, dejando más gusto que en otras partes. El amigo pegadizo, sabiendo la habilidad de D. Eusebio, le dijo que bien podía vender a los ciegos, que (aunque no mucho) algo darían por él. Tal que oyó el poeta, cuando dijo: —Si hubiera dónde, al punto le haría.— Y el nuevo amigo le dijo: —Por eso no lo deje Vm., que en una de estas Librerías tengo yo conocimiento, y me darán papel y recado de escribir.— Fueron allá, y viendo D. Jacinto que esto no tenía riesgo, le dio libertad al poeta, y él hizo este

Romance

Esta es de aquel dios Apolo—la más celebrada Puerta, —cuyos umbrales habitan—gente de todas esferas.—Esta es la Puerta



del Sol,—si se puede llamar Puerta—aquesta, que, en ningún caso,—ni se entorna ni se cierra.—Esta es de todo Madrid—la más celebrada mezcla,—y la Botica mayor— adonde todo se encuentra.—Aquí predicán de Dios—la palabra verdadera,—y entretanto andan los Gatos—limpiando las faltriqueras.—Aquí se escuchan los ciegos—cantar la jácara nueva,—y un galopo cerca de ellos—de todo cuanto hay reniega.—Allí dice uno: Agua fría;—otro dice: Brevas, Brevas;—otro: Pepinos, y la otra:—Bollitos de Villanueva.— Una dice: Ramilletes,—cuando el otro: Berenjenas;—otro: Pajarillos nuevos,—cuando los ciegos: Gacetas.—El otro abre allí sus cartas,—y ve cosas de su tierra;—ínterin le acecha uno,—y si puede se la pega.—Allí se escucha un Soldado—contar cosas de la guerra;—y si alguno le replica,—reniega y se desespera.—Aquí en todas las esquinas—hay uno que galantea,—y está al acecho, a ver—cuándo pasa la mozueta.

Allí hay un corro, dos corros,—todos de gente perversa,—que urden cuatro mil mentiras,—para que uno de ellos teja.— Allí está otro descuidero,—cuando de repente encuentra—un amigo, que ha veinte años—le conoció en otra tierra.—Allí llega una de manto—implorando la clemencia,—haciéndose vergonzante,—sin conocer la vergüenza.—Otra muy escolimada—va a misa y lleva tras ella—tres o cuatro que la van—crujiendo el pellejo a señas.—Allí se mira otro corro—de gentes, que por las señas—son de forma, y sólo hablan—de pleitos y de pependencias. —Allí hay otros bachilleres—que todo el mundo gobiernan,—y olvidados de sus casas—se meten por las ajenas.—Allí está un hombre suspenso—con una casaca vieja,—una corbata muy larga—y una camisa muy negra.—Un sombrero muy disforme,—zapatos con mucha suela,—y todos al verle dicen:—Esta traza es forastera.—Luego le embisten de pronto—un golilla y una vieja,—ésta le pide limosna,—y el otro a un lado espera.—Apenas ve coyuntura,—cuando le hace reverencia,—y le pondera muy bien—su nacimiento y nobleza.—Después encaja un suspiro,—que lo pone en las estrellas,—y su mujer y sus hijos—con necesidad extrema.—Créelo al punto el forastero,—y corrido de vergüenza,—sus ocho cuartos le alarga,—y le acompaña en su pena.—El golilla los agarra,—y parte de tal manera,—que la mitad da al estanco—y lo demás a la taberna.

Allí se ve otro a la esquina—con curiosidad atenta,—leyendo



Edictos, y mira—que sobran compras y ventas.—Otro mira un papelón—con unas muy grandes letras,—y éste convida a unos toros,—y otros a ópera y comedias.—Allí hay una Alojjería,—siempre de gente tan llena,—que en un continuo tropel—unos salen y otros entran.—Con aquesta confusión—algunos vasos se quiebran,—y otros se van, y no vuelven—a pagar lo que refrescan.—Otros son tan generosos—con las damas que allí encuentran,—que pagan pronto lo que—suelen cobrar allá fuera.—Allí se ve Mariblanca—envidiada de las negras,—y aunque mira cuanto pasa,—siempre se ve hecha una piedra.—En la fuente hay cien corrillos—armando dos mil quimeras,—con cántaros remendados,—sobre quién llena o no llena.—Allí se ve el Buen Suceso,—a cuya sagrada iglesia—van a misa a la hora que—en mi lugar se merienda.—Los coches cruzan, y pasan—con tal ímpetu y carrera,—que no dan lugar a que—se conozcan sus libreas.—Dan allí por su alquiler —mulas, forlones, calesas;—y como huelan dinero,—con esto (y algo más ruegan).—Todos están descuidados,—cuando viene una marea,—que salió por muchos ojos,—y por las narices entra.—Allí el asqueroso escupe,—el forastero reniega—y el petimetre de que—le han salpicado se queja.—Agua sueltan los chirriones,—corren las arrastraderas,—andan escobas, y todos—pasan con esta tarea.—Ahora una melindrosa—por puercos los versos deja,—y limpios no pueden ser,—cuando es sucia la materia.—Lo que sucede de noche—aquí, el diablo lo sepa,—supuesto que él es quien anda—de continua centinela.»

Apenas hubo acabado el romance, cuando le leyeron en alta voz, y muchas gentes que allí se habían juntado todos lo celebraron, y uno de ellos dijo: —Éste es lástima darle a los ciegos; por lo que ellos han de pagar, soy yo acreedor, no tan común y de mejor gusto, y así, ahí tiene Vm. por él ese peso gordo, para que esta tarde pueda refrescar en mi nombre.— Tomóle D. Eusebio, muy agradecido, y los más de los circunstantes se le aficionaron y ofrecieron a ir con él por donde gustase. Y saliendo de allí, llegaron a las covachuelas, y mirando el poeta tal variedad de cositas, a instancia de los compañeros, dijo esta

Décima

«No hay que culparme, no, a mí,—porque si mucho me apuras,—yo conozco mil figuras—que habrán salido de



aquí.—Yo las traté, yo las vi—muy ufanas y muy huecas—más al huso que a las ruecas,—con sus lindes y señales;—conque sin duda estos tales—son hijos de estas muñecas.»

Para completar este cuadro movido y animado, recordaré que también interrumpían la circulación de la Puerta del Sol los puestos y tiendas ambulantes, apellidados «bodegones de puntapié».

Aun es la Puerta del Sol antigua la que se ve en ese dibujo a lápiz, que debo al gran coleccionista D. Félix Boix, grabado inédito y perfecto, en el que se ve que hasta había en alguna casa un retablo religioso, y se entrevé que la calle de Carretas estaba totalmente entoldada. ¡Quién hubiera cogido aquellos tiempos en agosto! Ha perdido la ciudad la consideración al ciudadano, aunque los ciudadanos entre sí estén más igualados por el respeto.

También daban carácter típico a ese conjunto lo que cuenta Larruga en sus *Memorias políticas y económicas*:

«Antes de la publicación de las ordenanzas de los Cinco Gremios, había también en la Puerta del Sol muchos cajones, en que se vendían varios géneros de quincallería, gorras, bolsas para peluquines, lazos y otras menudencias. Empleábanse en este trato, desde tiempo inmemorial, varias gentes que sustentaban honradamente sus familias, vendiendo las labores de su propia industria y algunos otros géneros.»

Los calesines y los calesineros daban también animación a la Puerta del Sol, pues los alquiladores de calesines convidaban a los parroquianos a servirse de sus cochecillos gritando:

—¿Un calesín, mi amo?— La gente no usaba mucho de esos carruajes, porque estaban destinados, más bien que para servirse de ellos dentro de la población, para correrías fuera de Madrid, pues por su estrambótica forma se tenía por ridículo el hacer uso de ellos para ir a visitar.

Ya hacía tiempo que se habían abolido aquellas prohibiciones con que se quiso evitar el libre uso de los coches por los particulares y los coches se habían aumentado tanto, que la circulación de ellos en la Puerta del Sol hizo decir a Quiñones de Benavente:

Yo soy la Puerta del Sol,
que a pesar de los paseos
me vuelven Puerta cerrada
la multitud de cocheros.

Y otro escritor, refiriéndose al Hospital del Buen Suceso, decía que en él se curaron muchos heridos que producía la nueva industria de los carruajes.

¿Pero qué es todo eso en relación con lo que se prepara, con lo que será después?

Segunda época

Entre la calle de Alcalá y la de San Jerónimo, el Buen Suceso; al lado, en la otra esquina, cegando aún la futura calle de Espoz y Mina, la iglesia de la Victoria; en el centro, entre Carretas y la futura calle de Postas, la Casa de Correos, el ministerio de la Gobernación; inmediatamente, al lado, San Felipe el Real; entre la calle Mayor y la del Arenal, un grupo de casas; después, en esa manzana, hoy compacta, había una serie de casas por entre las que se colaba desde la Puerta del Sol esa callejuela en escuadra —hijita nuestra— llamada de Cofreros, y que se encontraba con la de la Zarza, también absorbidas después ambas en ese espacio que hoy cubren las casas del café de Correos.

La calle de Cofreros se llamaba vulgarmente del Cofre. Es una calle que, probablemente, muchos ni siquiera se han imaginado, como tampoco la de la Zarza.

El callejón del Cofre era un poco inmundo, oscuro, y las basuras se adunaban allí. Era la vena sombría de la Puerta del Sol, el sitio más disimulado por donde huir.

Tan importante es la Puerta del Sol en ese momento, que las crónicas de 1810 cuentan que había en ella un sastre, Vicente Fligeaux, que pasaba por ser el que mejor cortaba un fraque. (Los botones los compraba en un almacén de botones que hay en esa época en la Puerta del Sol.)

Ya España se siente rehecha, pues el 12 de agosto de 1812, alejados de Madrid los franceses, recibió en su estadio al ejército anglohispanoportugués, al mando de Wellington y de Ciudad-Rodrigo, estallando una ovación estruendosa y frenética, pues volvía al pueblo abatido todo el optimismo perdido, el optimismo que recobró con más fuerza días después de ese suceso, o sea en la fecha en que se alzó un tablado en la Puerta del Sol y se leyó en voz alta la Constitución política de la Monarquía española, promulgada por las Cortes de Cádiz, aquella Constitución que había de durar muy poco tiempo, porque —dos años

más tarde— a la vuelta de Fernando VII del cautiverio fue quemada por aquel mismo pueblo que la vitoreaba.

Las fiestas se sucedían en el gran salón en forma de estrella de la Puerta del Sol, pues el cretino de Fernando VII había elegido la Puerta del Sol para celebrar sus cachupinadas, poniendo a contribución, para los festejos, al poeta oficial Arriaza, al elocuente «sombrerero Abrial» y al librero «Don Diego Rabadán», del que se ha burlado *Figaro* con tanta gracia.

Quizás influyó en esta afición del monarca a la Puerta del Sol el que allí fue proclamado, y recordaba siempre aquel gran gentío que contemplaba entusiasmado la rica colgadura que pendía de la Casa de Correos, colgadura de raso blanco y azul, y aquella estatua de sí mismo, vestido «a la heroica», que se asomaba sobre el balcón principal, irguiéndose sobre su cabeza el genio del amor con una antorcha en la mano, y más en lo alto un gran dosel sobre el que ondeaba el pendón de la proclamación.

En la Puerta del Sol fue donde el cura Merino detuvo el coche de Fernando VII, y entregándole la Constitución le dijo: «¡Trágala, tirano!»

En la Puerta del Sol, con brillos de gran doblón de oro de esos tiempos, se verifica un cambio después del levantamiento del Ejército de la Isla, en 1820, y de la jura de la Constitución por Fernando VII; y en vez de sitio cortesano, fue donde recibieron el aplauso público los héroes liberales, entre ellos los caudillos de la Isla de León, Riego, Quiroga y Arco Agüero, y en ella comenzaron a explotar las asonadas que salían armadas de los clubs-cafés de Lorenzini y La Fontana de Oro.

En la Puerta del Sol es donde adquieren las represiones mayor violencia, porque por algo era en ella donde se cortaba o no se cortaba la principal cabeza de todo motín o revolución.

ALGUNOS SUCESOS ACAECIDOS EN LA PUERTA DEL SOL

Nuevos y constantes sucesos se verifican en ella; pero no amontono la cita histórica, porque amarga y oscurece la lectura. Tengo que mantener esclarecido, visible, sin niebla, el gran espectáculo de la plaza.



Sólo debo citar los días más pintorescos. Así, el 13 de diciembre de 1829, recibió la Puerta del Sol a la cuarta y última esposa de Fernando, doña María Cristina, a quien acompañaban sus padres, los reyes de las Dos Sicilias. Entonces fue cuando se cubrió la fuente de la Mariblanca con un suntuoso templete «municipal», sobremontado en las cuatro esquinas con las estatuas de Colón, Hernán Cortés, Pizarro y Sebastián Elcano, y rematado por un globo transparente y grotesco, en el que se descubría la configuración de la América que conquistarán. Bajo las Armas Reales, el poeta oficial de aquella época había escrito:

Del monarca español mirad la enseña
en la más alta y encumbrada breña;
en el postrer confín americano
quise ponerle por mi propia mano.

El día 10 de octubre de 1830, al nacimiento de la princesa doña Isabel, después reina de España, se estrenó por primera vez en Madrid la iluminación por gas, que sólo tuvieron al principio la Puerta del Sol y calles adyacentes, luciendo en la portada del Buen Suceso 50.000 luces. ¡Gran éxito el de aquella noche!

Por seguir el orden de los festejos monárquicos, he dejado para un poco después la historia del incendio que estalló en la Puerta del Sol la noche del 17 de abril de 1815, en las casas que había entre la calle del Arenal y del Carmen.

Entonces sucedió que a las autoridades, consternadas, se les ocurrió formar una Junta magna de alcaldes para batir el fuego, y a la Junta lo primero que se le ocurrió fue la idea de embargar todos los cántaros de los aguadores para ponerlos al servicio de los apagafuegos. El capitán general propuso combatir el fuego a cañonazos, que derruirían el edificio en llamas y toda la manzana. Al vicario, sacar en procesión a San Isidro, como se hizo para el fuego de 1790 en la plaza Mayor. En el entretanto, las insignificantes «jeringas» de la villa intentaban calmar el fuego.

Resultado: que a la mañana siguiente había desaparecido la manzana entera, que comprendía diecisiete casas, y que daba vuelta por las calles de los Preciados, de la Zarza y callejón de los Cofreros.

Otro suceso pintoresco y casual de la Puerta del Sol en esa época es el que levanta tantos comentarios en los corrillos de la gran plaza los días 9, 10 y 11 de agosto de 1831. Todos iban allí

esos días a preguntarse qué era aquello que sucedía en el cielo y a darse ánimo y a estar, como en los terremotos, en una buena explanada y entre gente. ¡Cosa extraña! Después del crepúsculo aparecía la atmósfera, sobre todo al Noroeste, con una luz tan viva, que sobrecogía a todos, sospechando los periódicos que en verdad se debía de tratar de una AURORA BOREAL.

Nuevos alzamientos militares toman la Puerta del Sol por teatro; así el alzamiento militar en enero de 1834 escogió como víctima al capitán general, que fue muerto a la puerta del ministerio de la Gobernación. También cuando la insurrección de La Granja hubo otra víctima en Gobernación, saliendo de allí el general Quesada que fue fusilado en Hortaleza, a las puertas de Madrid.

Ya estamos en el momento más castizo y digno de la Puerta del Sol, cuando aparece la partida del Trueno, aquel grupo bullanguero y divertido, del que formaban parte Larra y José Espronceda. Se divertían ligando con una cuerda los cántaros y barricas que esperaban turno para llenarse, y ataban el extremo de la cuerda a cualquiera de las caballerías que había paradas, y que al arrancar, espoleada por un bastonazo, arrastraba todos los cacharros con el estrépito y el escándalo consiguientes.

De la orilla de esa fuente también salió una broma más pesada y trágica en aquellos años: la matanza de frailes, pues el motín se organizó alrededor de la Mariblanca, por sostener que habían envenenado sus aguas los carcundas.

Es la época del Café, la Alojería y la Taberna, reuniones de la gente civil, que va llegando a la plenitud de sus derechos, aunque en aquellos días es cuando se los discuten más sangrientamente.

Una taberna había en la Puerta del Sol en aquellos tiempos y varias alojerías —Madrid estuvo lleno de ellas— donde acudían los aficionados al saludable y bastante grato refresco conocido con el nombre árabe de aloja y servido en grandes tazones de vidrio con dos asas. (La aloja era una bebida compuesta de arroz, miel y especias que introdujeron los sarracenos durante las guerras de la Reconquista, y que por evitar las enfermedades fue adoptada por los cristianos, en cuyos campamentos se distinguía la tienda en que se vendía con una bandera blanca cru-

zada de rojo, que sirvió de distintivo a la alojería hasta su desaparición, de 1835 a 1838.)

LOS CAFÉS DE LA PUERTA DEL SOL

Los cafés son como el triunfo de la Cámara popular en la vida. En la Puerta del Sol existían muchos. Así, junto al lugar en que se ha abierto la calle de Espoz y Mina, un elegante saloncito y un patio cubierto por cristales formaban el café Lorenzini. Estaba decorado por Rivelles y la entrada la tenía por el portal. De ese café se apoderaron los liberales, perorando subidos a las mesas y a las sillas, naciendo allí la bien pronto disuelta «Sociedad Patriótica de Amigos de la Libertad», presidida por el poeta Gorostiza.

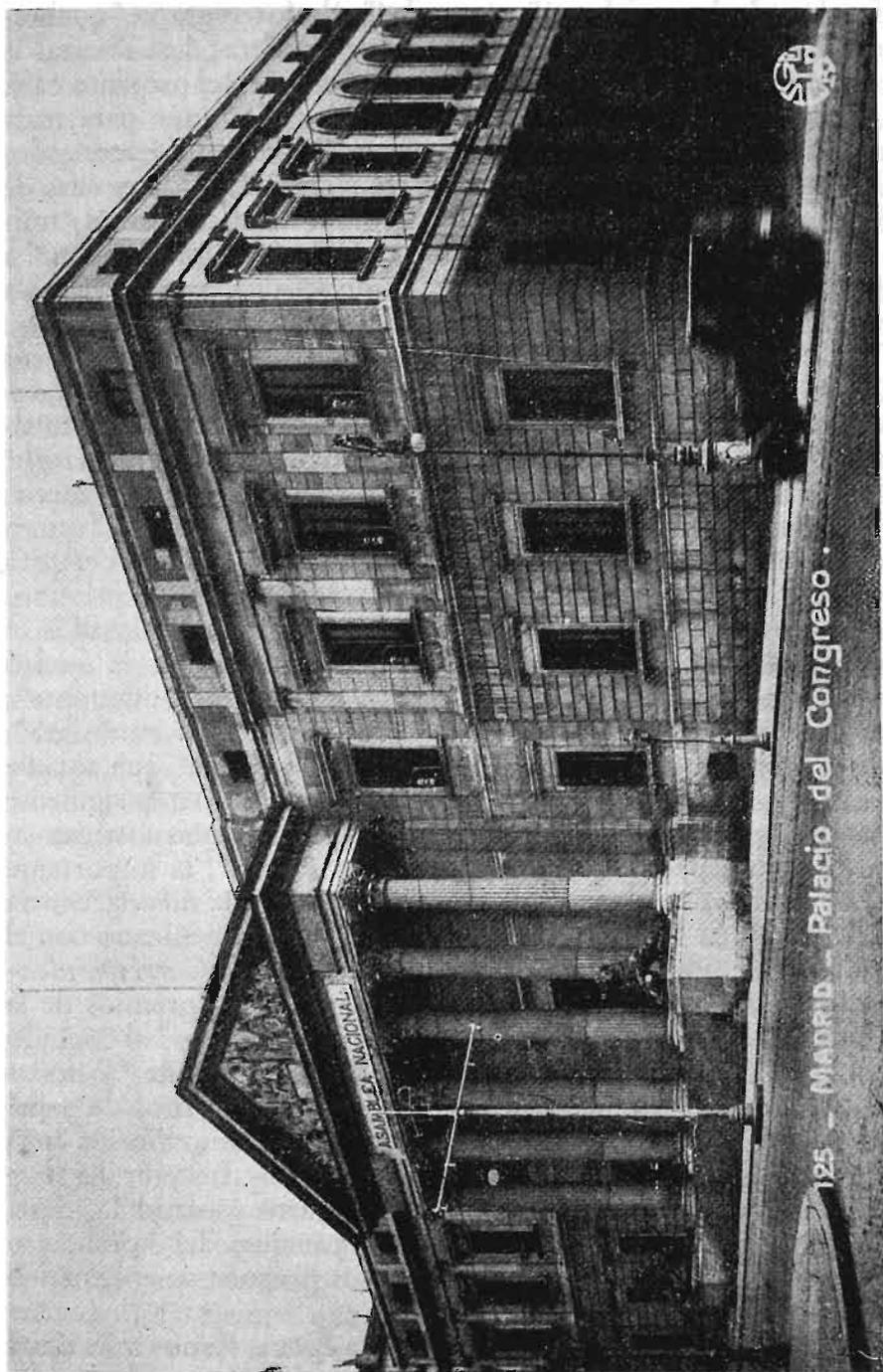
El café Levante, con sus ahumados y estrechos aposentos, estaba en el principio de la calle de Alcalá, frente al Buen Suceso, y se jugaba en él, además de al ajedrez, al chaquete.

En ese Levante —el verdadero y primer Levante— había un ambiente lleno de humo de espíritu, sosegado y profundo, sirviendo a este espíritu el que hubiese en él ilustraciones magníficas de Alenza, que además había pintado la muestra y la portada. En las tablas inferiores estaban retratados varios tertulianos del café jugando al ajedrez o leyendo una carta, y entre ellos Goya, chiquito, cuadradete, balziano y con anteojos.

Este es el momento de oír la descripción que de la Puerta del Sol hace Mesonero:

«El noticiero intrigante o simplemente hablador, que sueña con las peripecias políticas, con las guerras y los cataclismos, acude a formar corro con otros semejantes en que satisfacer su sed de sensaciones, sus simpatías o su curiosidad; el magnate que cruza en su carroza en dirección a Palacio; el funcionario que acude a su oficina; el diputado que se dirige al Parlamento; todos “hacen paso” por este sitio, siquiera no sea más que para observar qué cariz presenta la Puerta del Sol, y augurar por los grupos raros o numerosos el mayor o menor peligro de la situación política, la probabilidad de la paz o de la guerra, del triunfo de las elecciones, de la derrota parlamentaria o de la crisis ministerial. El hombre del pueblo, el negociante, el industrial, van allí a informarse por la voz pública de la alza o baja de los





125 - MADRID - Palacio del Congreso .

fondos, de las quiebras “aseguradas”, de los seguros “quebrados”, del valor “fabuloso” de las minas auríferas descubiertas la noche anterior por una sociedad explotadora en el próximo café. El obrero, el ganapán, el hombre “para todo”, que para nada sirve, vienen allí en demanda de parroquianos o de acomodo; la “murga” de bombo y platillos, en averiguación de gracias de bodas o bautizos, para correr a felicitar a los dichosos; el “músico festero”, contratista por mayor de “salves” o “réquiem” a toda orquesta, ajusta con los muñidores de las cofradías los solemnes entierros en las parroquias, o las fiestas patronales de Vallecas o Carabanchel. El corredor a pie quieto ofrece allí sus “primas” a los primos advenedizos; el vividor parásito, “catacaldos y panza al trote” (“pique assiette”, que dicen los franceses; “caballero del milagro”, como antiguamente se decía por los españoles), anda a caza de gangas a quien agasajar y servir; y el prestidigitador aficionado, el “tomador de dos” y el ratero incipiente, ejercen en público sus escamoteos, con una destreza capaz de desesperar a los Hermanns y Macallister.

»Cruza brujuleando entre todos estos grupos animados el diligente periodista, abeja literaria que liba en ellos la miel o sustancia de su próxima “gacetilla”; el apasionado “dilettante”; el amigo del autor en “capilla”, encargado de “crear atmósfera”, de preparar la opinión en pro de la “prima donna” que aquella noche ha de “debutar” en el Real; del drama que en la siguiente ha de darse a luz en el Príncipe; el taurómaco que sostiene en su círculo especial, compuesto de “gente crúa”, la importante tesis de la próxima estocada de “Cúchares”, o la incongruencia del “Tato” en su último “volapié”. Todo esto amenizado con el estridente chillido del muchacho que pregona *La Correspondencia* o *La Discusión*; del pilluelo que entona los “premios de la Lotería”; del mendigo que os ofrece “diez mil duros” al contado en un billete de la pasada extracción; del vendedor de “fósforos y calendarios”, propagadores de las luces y de libritos de papel de Alcoy; del limpiabotas que os arrima el banquillo sin pretenderlo y hace ademán de apoderarse de vuestro pie; del barbero ambulante que os tropieza con su jarro y escudilla; de la aguadora que os brinca con agua y panales; del horchatero valenciano, o del que por cuatro cuartos pregona su enigmático café.»

Unida esta descripción a otras de la época, vemos más tipos aún: vemos bolleros, vendedores de papel de cartas, los zuru-

petos, «los cereros y caballeros del milagro», los «cobradores» y los mozos de saco, siempre paralizados en sus aceras; los matuteros con chaquetilla y gorra de punto, que entraban a tratar sus asuntos en el primitivo café de Correos; los que cortaban el faldón de la levita para robar las tabaqueras, como le pasó a S. M. el Rey de las Dos Sicilias, que estando oyendo devotamente misa de una en el Buen Suceso, cuando vino a casar a su hija, hubo alguien que, no pudiendo resistir a la tentación de poseer un recuerdo suyo, le cortó el faldón izquierdo de la casaca, en que acababa de meter la tabaquera, guarnecida de brillantes.

Siempre, si la boda o el bautizo no pasaban por la Puerta del Sol, ni la boda había sido boda como Dios manda, ni el bautizo, bautizo.

Allí, para dejar bien puesto el pabellón madrileño, se cuenta que a las doce del día limpiaron los bolsillos a un célebre prestidigitador, Mr. Hermanns, que se consideraba el rey de los escamoteadores europeos.

Durante las grandes lluvias, en esta época, se convertía la Puerta del Sol en un gran lago. Eso acababa con el tránsito; se cerraban los portales y se sacaban, de los depósitos custodiados en el portalón del conde Oñate, en la Casa Aduana y en otros puntos, los pontones de ruedas que los mozos de cuerda explotaban, pudiendo el transeúnte, por dos cuartos, atravesar sobre ellos la Puerta del Sol.

OTROS ASPECTOS DE LA PUERTA DEL SOL

Frente al Buen Suceso había, en 1835, la costumbre de que se colocasen los barberos ambulantes, que en plena Puerta del Sol afeitaban y cortaban el pelo a los aguadores de la fuente. Bien es verdad que, para completar ese cuadro, había cerca un mercado de paja y se solía herrar a los caballos en la puerta de los herradores en sitios tan principales y céntricos.

Toda esa tropa menuda que se establece en la Puerta del Sol de la mañana a la noche —costumbre que debió ser tan exagerada en algún tiempo que había tiendas de la Puerta del Sol que ostentaban este rótulo: «No se permiten tertulias»—, toda esa multitud de ese tiempo se regía por el reloj del Buen Suceso.



Estaba más próximo a los españoles de aquella época el reloj de la Puerta del Sol, y nos les tenemos que imaginar mirando su hora hacia la calle de Alcalá. Les debía ser mucho más fácil y rápido.

El reloj del Buen Suceso no tenía más que una manilla. En sus primeros tiempos, en el albor de su artilugio, señaló una «una» de la tarde que merece describirse, porque era más límpida y de una harina mejor aún que la de la una de la tarde de después.

La una de la tarde antigua era una hora de pan candeal en Madrid. Si Castilla es en su entraña, y por alguna oculta razón tan espiritual como material, la región del pan, así también lo es en el ambiente, y tiene esa calidad y esa fertilidad hasta en la atmósfera de sus horas.

Aquel mediodía de Madrid, el mediodía hasta las dos o las tres de la tarde que se ve en esos grabados claros y despejados del Madrid antiguo, debía ser una cosa exquisita. Era la hora en que Madrid se quedaba más despejado, tan despejado como ahora sólo queda algunos días de agosto de mucho calor.

¡Cuánto daría por probar la calidad de aquellas horas, sin perder el presente, claro está, porque aunque yo quisiera probar las hogazas esas del pasado, yo soy, ante todo, moderno!

Era muy rico ese mediodía en la ciudad un poco pueblerina, con anchos suelos de campo y ambiente de cigarral.

Cuando sonaba en el Buen Suceso esa hora, se quedaba vacía, y sólo los «cofrades del hampa» y los «caballeros del milagro», que ya estaban establecidos en ella como si fuesen sus estatuas, santiguaban su bostezo y se iban comiendo el pan ese que caía en la Puerta del Sol amasado con la luz de esa hora.

Hora tras hora, todos los días señaló ese reloj la vida de Madrid. A veces se portaba un poco mal, y era un poco inconsecuente; tanto, que refiriéndose a tales descuidos hay un escritor que escribe:

«Muchas veces habrás leído en los billetes de las diligencias que los carruajes “saldrán con el reloj de la Puerta del Sol”, y, sin embargo, van solos, que el reloj no sale con nadie, y si hace alguna salida, es de juicio, trastornándose hasta el punto de llevarle al sol dos horas de ventaja o de retraso. También te dirán algunos que “llevan su reloj con el del Buen Suceso”, y esto tampoco es verdad, porque a no ser el gas, que alguna noche le

suele quitar la luz, no sabemos de ningún otro personaje que se le haya llevado de allí.»

LAS CASAS DE LA PUERTA DEL SOL

Seguimos avanzando. Nuevos monumentos se levantan en su ruedo, y nuevas fiestas y funerales se celebran en ella. Los monumentos son efímeros, como gallardetes de verbena o como esculturas y obeliscos de nieve. Se levantan esos adornos solemnizantes en honor del regente Espartero en 1840, de María Cristina a su vuelta en 1844, de los regios enlaces de doña Isabel II y la serenísima infanta en 1846, siendo en esta ocasión cuando cubrieron la fachada del Buen Suceso con un hermoso pórtico y columnata, que reproducían el del Partenón.

Hubo en esas fiestas hasta alguna figura simbólica representada por persona humana, como el caso de aquella joven que representó la República federal y representando su papel cogió una pulmonía, de la cual murió.

En Gobernación sigue el Principal, y a la prevención que allí hay, en recuerdo de que allí vivaquearon los franceses, la llama el pueblo el «vivac».

A principios de 1848 y después del traslado de la fuente Mariblanca a la plaza de las Descalzas, la Municipalidad hizo diferentes obras, que cambiaron su aspecto. El piso desigual que antes había se sustituyó con cuñas de granito y se colocaron alcantarillas de trecho en trecho, por las que se vertían las aguas pluviales que bajaban por todas las calles que confluían en ella; se ensancharon casi el doble las calles que confluían en ella; se ensancharon casi el doble las aceras del Norte; se construyó, frente a la iglesia del Buen Suceso, entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, una plataforma, levantada del suelo media cuarta, hecha de asfalto, en forma de herradura, en cuyo centro se leía en caracteres de bronce, incrustados en el mismo asfalto, la siguiente inscripción: «Siendo corregidor de Madrid el excelentísimo señor conde de Vista-Hermosa, 1848», y se colocó en el centro de la plaza una magnífica farola que descansaba sobre una columna con pedestal de bronce dorado, preciosamente trabajada, cuyo zócalo de piedra berroqueña era, a la vez, absorbedero para las aguas; esta farola, alimentada con un

gran mechero de gas, iluminaba toda la plaza con tanta claridad que, como decía uno de sus contemporáneos, «puede leerse un escrito a gran distancia de ella».

Aparece la casa de Cordero, esta hermosa casa del Bazar de la Unión, que entonces fue el asombro de todos. Se edificó sobre el terreno en que estuvo el famoso convento de San Felipe el Real, cuya área la señaló el mismo Felipe II el año 1547. Su propietario fue el nombrado Maragato, D. Santiago Alonso Cordero, bajo los diseños y dirección del entendido arquitecto de la Academia de San Fernando D. J. J. S. Pescador.

Dicha manzana se trazó ensanchando y regularizando notablemente las calles del Correo y de Esparteros, que antes eran estrechas y mal alineadas, rompiendo una nueva calle por la contigua plaza de San Esteban, y dejando otra plazuela al frente del costado izquierdo de la Casa de Postas, con el fin de colocar en ella la fuente que estuvo en la Puerta del Sol.

Todo el terreno del convento quedó para edificar, según la alineación aprobada por el Ayuntamiento, y se ha dividido en seis partes desiguales, labrando sobre cada uno de los solares una casa, de las cuales cinco forman un solo grupo, aparentando en el exterior ser una sola. La otra casa, que tiene su frente principal a la calle de San Esteban, no juega ya con las primeras, en atención a su mayor altura y a que tiene diferente decoración.

La fachada que da a la calle Mayor tiene en su centro un pabellón que coge cinco huecos de medio punto con archivolta, decorado con pilastras del orden jónico compuesto; el cornisamento arquitrabado completa el orden, que comprende en su altura dos pisos, y forma el principal coronado de un piso ático. La imposta del piso principal de estas casas corre a nivel con todo el contorno de las fachadas, disimulando el fuerte declive de las calles de Esparteros y del Correo por medio de dos pabellones laterales en cada una, con arcos que cogen todo el basamento, compuesto de los pisos bajo y entresuelo.

Las seis casas, mancomunadas en luces y aguas, tienen bien alumbradas sus habitaciones por siete patios, algunos de ellos bastante espaciosos, conteniendo todas, en los pisos bajo, entresuelo, principal, segundo, tercero y guardillas, habitaciones cómodas, y algunas de ellas de grande extensión, incluyéndose en este número las tiendas, almacenes y grandes sótanos que contienen.

En el bajo de la casa número 1 de la calle Mayor se encon-

traba un establecimiento de baños públicos, con piezas cómodas y decentemente amuebladas, habiendo en alguna de ellas dos pilas y siendo todas de hermoso mármol con vetas rojas y amarillas de la sierra de San Felipe, de Játiba, de elegante forma y labradas con esmero. Estos baños estaban bien surtidos de excelentes aguas, extraídas por una noria, cuyo pozo no llegaba a 60 pies de profundidad.

La manzana de casas tiene —y este detalle asombraba a los hombres del tiempo que la vio construir— 286 ventanas y 100 vecinos, y el solar sobre que está construida, que, como hemos manifestado al principio, era el convento de San Felipe, subió en puja cuando la subasta a cerca de 17 millones de reales en papel por el decidido empeño, plausible por cierto, de D. Santiago Alonso Cordero, que deseaba levantar un suntuoso edificio con la crecida fortuna que había adquirido, aumentando así la riqueza pública, contribuyendo al ornato de la población y fijando su suerte y el porvenir de su familia en una finca urbana de esta naturaleza, de esta importancia. ¡Diecisiete millones de reales, cuando ese mismo terreno costó, al construirse San Felipe el Real, 900 modestos ducados!

Un detalle curioso de esa edificación, y que se refiere más que nada al maragato Sr. Cordero, es que su fortuna fue hecha súbitamente, por el premio gordo de la Lotería de Navidad, o más gordo aún entonces, porque en aquel tiempo que había mil combinaciones de premios, como la «quina» y el «ambo» de la lotería casera, le tocó al Sr. Cordero la suerte en numerosas combinaciones y de un modo abrumador; tanto, que el Tesoro casi se declaró en quiebra para poderle pagar, y el rey llamó al Sr. Cordero, y después de rogarle que por favor cobrase poco a poco a la maltrecha Hacienda, le dio como compensación el solar de este edificio.

Llega la Puerta del Sol del año 50.

(Ha habido, realmente, tantas Puertas del Sol como años han transcurrido.)

Pasan las grandes diligencias con la baca cubierta por un hule.

La Puerta del Sol está en plena época de decisión, de presentimientos que ya pasan el límite del presentimiento.

«La Puerta del Sol —decía Antonio Flores— es de la misma familia que la Puerta Otomana, y ambas gozan el privilegio de

estar siempre abiertas, sin que nadie acierte a cerrarlas y sin que se haya podido saber cómo lograron abrirlas.»

«La llave de la Puerta del Sol —continúa Flores— no te canses en buscarla: ha tiempo que los vagos la arrojaron al mar de *il dolce far niente*.

»La Puerta del Sol es ni más ni menos que la tierra de Jauja, donde, como dicen las gentes, se come, se bebe y no se trabaja, y no quiero que te inhabilites para pisar sus famosos umbrales.

»Su arquitectura no es ojival, ni romana, ni árabe, ni siquiera churrigueresca, por más que esto último parezca lo más exacto, atendido al arlequinado conjunto de sus heterogéneos retazos. La verdad es que no hay verdad ninguna, empezando por ella misma, que es una solemene mentira. Si en vez de llamarse Puerta del Sol se dejara llamar plaza de la Ociosidad, nadie extrañaría que fuese el verdadero postigo de todos los vicios; pero los holgazanes que la habitan dan una gran prueba del tesón con que ejercen su oficio llamándola Puerta del Sol, porque así indican que su pereza es tanta, que ni aun para tomar el sol se dan el trabajo de pasar más allá de la puerta.

»Ella tiene, sin embargo, su etimología histórica, y pretende ser una puerta jubilada del siglo XVI; y si te paras a oírla, te dirá que nada menos que la puerta de un castillo en el que había pintada una imagen del sol. ¡Pero quién hace caso de etimologías, ni de abolengos, ni de tradiciones históricas, hoy que al anochecer se declara viejo y caduco lo que nació aquella misma madrugada!

»¡Medrados estábamos si hubiéramos de perder el tiempo en averiguar el porqué de las cosas, cuando cada cual recibe el título de lo que debe ser con sólo ocultar las pruebas de lo que ha sido y presentar el testimonio de lo que está siendo!»

El día 24 de junio de 1860 se inauguró en la Puerta del Sol la otra fuente, la que hasta hace poco estaba en la glorieta de los Cuatro Caminos, elevándose su surtidor, de 14 centímetros de diámetro, a 30 metros de altura, surtidor que excedía al de la fuente de la Fama de los Jardines de San Ildefonso, aunque no excediese a esa fuente de Ginebra que sólo los domingos corre y es como la pluma inmensa y vistosa del sombrero del domingo.

Esa fuente, que fue a parar a la Puerta del Sol, se construyó en la calle de San Bernardo, frente a la iglesia de Montserrat, cuando se trajeron las aguas del Lozoya.

Don Manuel Fernández y González lanzó frente a su elevado surtidor aquella frase de «¡Oh maravilla de la civilización! ¡Poner los ríos de pie!» En efecto, el artificio y el caudal de su surtidor eran tan caudalosos, que a la media hora de correr con toda intensidad se inundaba toda la Puerta del Sol. Sólo corría con toda su intensidad el día del Corpus, el de apertura de Cortes y otras fiestas así.

Aquel surtidor, alarde de la presión del depósito del Canal, salía del centro del extenso pilón central, que se completaba con otros dos más pequeños y semicirculares, a los que vertía su caudal en forma de palmera de pasillo.

LAS REFORMAS MÁS IMPORTANTES DE LA PUERTA DEL SOL

Llega la hora de la reforma más seria que ha sufrido.

La reforma de la Puerta del Sol se inició por un decreto de 26 de mayo de 1856.

La reforma fue causa de la caída de un Gobierno y del estallido de una revolución y asunto de acalorados debates en las Cortes Constituyentes.

Al cabo de infinitos proyectos, de luminosos informes, de recetas técnicas, de extensos dictámenes y de planos que parecían planear la modificación de un mundo, la modificación fue modesta, y gracias a la falta de iniciativa de sus contratistas no quitó carácter a la Puerta del Sol, terminando las obras en 1861.

El Gobierno abonó las expropiaciones e indemnizaciones, reintegrándose luego con la venta de los solares sobre los que se edificó. El Ayuntamiento abonó el importe de los metros que quedaban para vía pública y la urbanización de ésta.

El negocio fue airoso, aunque había subido mucho la propiedad de la Puerta del Sol, en que las Ordenanzas de Madrid, publicadas en 1720, dan el valor de 12 reales al pie (tasándose en 80 los de la plaza Mayor), pie que sube en el momento del ensanche y se vende a 400 y 500 reales.

El año 61, cuando se acabaron las obras de las casas nuevas, que fueron todas las comprendidas desde la calle del Arenal a la Puerta del Sol y la calle de Preciados, pusieron unos toldos amplios y rumbosos desde las tiendas de ese lado hasta el borde



lejano de la acera, donde había unos soportes de hierro que los mantenían flotantes. Era un paseo delicioso, con una sombra de procesión y de feria.

Entre las mejoras que también se implantaron por entonces en la Puerta del Sol, una es la de los urinarios, que llegan muy oportunamente, porque las gentes están muy indignadas de que el contorno de la iglesia del Buen Suceso, que defendía una verja, sirviese de columna mingitoria, siendo aquel espacio el antiguo Depósito de las víctimas del Dos de Mayo.

Parece que al principio no se conocía la costumbre de orinar. Sólo las tapias podrían desmentir esta hipótesis.

Los urinarios aparecen muy tarde.

Los primeros que se establecieron en Madrid, en la vía pública, estuvieron en la Puerta del Sol, esquina a la calle de Carretas, en la acera del Principal (ministerio de la Gobernación), y otro entre las calles del Arenal y Preciados, siendo alcalde de Madrid el duque de Sexto, en el año 1863, estableciéndose más tarde otro en la calle de Alcalá. Eran de ladrillo y cal y sumamente sucios.

Mezclado a todo esto no hay que olvidar que allí suceden los acontecimientos extraordinarios y menudos, porque ya es en la Puerta del Sol donde se desarrolla toda la historia de España. Entre los sucesos extraordinarios hay ovaciones y vítores, como los dedicados a Prim, y sucesos luctuosos, como el de la noche de San Daniel, en que la tropa arremetía contra aquellos pobres chiquillos sin armas, que sólo habían cometido el delito de querer dar una serenata al rector de la Universidad.

Entre el barullo de las diligencias y el corro de los senadores de la Puerta del Sol, llega el 1 de junio de 1871, día en que se inaugura el primer tranvía de mulas de España, tranvía de mulas que salía de la Puerta del Sol e iba al barrio de Salamanca.

Esos primeros tranvías tuvieron imperial. Por lo visto, los compraron en París, donde existía esa comodidad admirable para la perspectiva. Y aquel madrileño que fue sentado en la baca, bien se puede decir que vio mejor Madrid que nadie.

Claro que los «encuarteros», que esperaban en las cuestras a los coches con los pares de mulas de refuerzo, se volvían locos arreándolas para poderlas subir con tanta gente.

Costaba cuatro cuartos por sección, y como tenía ocho secciones, costaba diez cuartos llegar al principio del barrio de Salamanca, o sean cincuenta céntimos. No pudiendo soportar la

imperial, que le obligaba a llevar tres mulas, que, colocadas una al lado de la otra, destrozaban la calzada con su violencia, quitaron la imperial y la tercera mula, surgiendo poco después —el 77— el servicio «Estaciones y Mercados», nueva Compañía que llevaba veinte céntimos por ir al Noviciado, y frente a la que surgieron los «rippers» del célebre Oliva, que pone a diez el viaje al Noviciado, y que, como su competidor entonces baja su precio, llega a ponerlos a cinco.

Recojo con cierta atención la inquietud del tranvía, porque fue muy viva inquietud de la Puerta del Sol, y se discutió en aquellos días mucho en los periódicos y en los corrillos si se debía llamar «el tranvía» o «la tranvía», y si debía escribirse con *b* o con *v*, siendo también objeto de la curiosidad pública un litigio sobre si los «rippers», que eran unos tranvías que iban por en medio del empedrado, podían utilizar los carriles de los otros, declarándose incompetente el Tribunal Supremo por fin, y quedando de aquel litigio esta cuarteta:

El tranvía es el marido
y el amante es el «riper»,
que se mete en los carriles
si el marido no le ve.

LAS FIESTAS DE LA PUERTA DEL SOL

El gran día de fiesta de la Pueta del Sol es el día del Corpus.

La procesión del Corpus, que antes se celebraba por la mañana, y ahora por la tarde, es la mayor fiesta de la Puerta del Sol.

Aunque no es el mejor sitio para colgaduras la Puerta del Sol —el mejor y el que tiene colgaduras más largas y más copiosa es la plaza Mayor—, también se engalana para el paso de la custodia magnífica, que es algo como el alma de la ciudad.

El sol y sombra del día del Corpus es un sol y sombra especiales, más enteros que nunca. Aquellos que se celebraron bajo un toldo que se ponía ex profeso en la Puerta del Sol debían ser admirables.

Esa hermosa alhaja que, como en todos los pueblos, es la mejor de la ciudad, y que en Madrid fue hecha por el platero de la reina, Francisco Álvarez, pasa por la Puerta del Sol con



gran magnificencia. Parece una fiesta pagana al sol al pasar por la Puerta del Sol.

Ese día era cuando los vendedores de agua ganaban un millón en agua, que ya es ganar, metiendo y sacando en la vasera los vasos llenos de una vez, y echando en algunos aguardiente, porque hay muchos a los que gusta eso por oler el anisado y porque el agua toma un bonito color refrescante y cerebral.

Siempre han vendido agua en la Puerta del Sol, sólo agua, únicamente agua, exclusivamente agua, comercio maravilloso que sólo se puede intentar con el agua de Madrid, con esa de la fuente del Berro y con aquella de la fuente de la Cibeles, que tenía fama de ser la más rica.

Que se vendía agua siempre lo recuerdan unos versos de D. Ramón de la Cruz:

—Ahora en la Puerta del Sol
una visita le he hecho
de paso al tío Jaime, que
no hay en Madrid otro puesto
de mejor agua y más fría,
ni yo hallo mejor refresco
ni más barato...

MÁS ANÉCDOTAS

El escritor Ochoa, en un libro que editó en París, se queja de que los cobradores de los tranvías tuviesen malos modales y pidiesen el dinero diciendo: «¡Señores! ¡A aflojar la mosca!»

Detalles típicos se ven en esta Puerta del Sol, que ya se parece tanto a la nuestra. Así pone en las paredes:

SE PROHÍBE FIJAR
CARTELES Y CUADROS

Siendo esos «cuadros» unos cuadros que se clavaban en las paredes, y en que, en ausencia de carteleras, daban publicidad a los anuncios de los teatros, escogiendo muchas veces las compuertas de los cafés.



Después de derruido el Buen Suceso, un momento estuvo la Puerta del Sol sin reloj, hacia 1852, según cuenta un diplomático extranjero, y entonces eran de oír los comentarios, como si ése fuese el mayor absurdo de los absurdos: «¡Qué barbaridad! ¡No haber reloj aquí! Ayer llegué tarde al coro de los alguaciles en el Circo... ¿Cómo va a molestarse uno en sacar el reloj a cada momento?»

Después aparece el reloj del Principal, que es colocado sobre el ministerio de Gobernación hacia el año 67.

Ese reloj, que más tarde había de tener la leontina de su bola, llevó una marcha irregular durante varios años, sucediendo que muchas veces se paraba. Por eso le dedicaron este epigrama:

—Este reló tan fatal
que hay en la Puerta del Sol
—dijo a un turco un español—
¿por qué anda siempre tan mal?
El turco, con desparpajo,
contestó cual perro viejo:
—Este reló es el espejo
del Gobierno que hay debajo.

El reloj del ministerio de la Gobernación resulta precisamente, por ser el reloj central, un poco reloj de ábaco de chimenea. Antes tenía una bola más fea, una bola que no era de oro como ésta. El relojero español que lo hizo, después de resolver el difícil problema de las cuatro esferas, necesitó hacer muchos cálculos para vencer un caso de perspectiva, por el que desde abajo se adelantaba o se retrasaba a su hora el reloj, llegándose a pensar que la esfera fuese negra y las manillas y las horas blancas, aunque por fin se resolvió el conflicto dictaminando que al ponerle en hora se contase con esa diferencia de apreciación que daba la perspectiva.

Antes tenía ese reloj un «luar» más simpático, porque estaba iluminado por gas, que es por lo que está iluminada la luna.

Este es el reloj que ha marcado las horas más inquietas y decisivas de la historia de España, dejándole eso tan impertérrito, pues nada ha logrado que su campana tartamudee o cecee. Sólo los días de elecciones se pone un poco nervioso, y espera con impaciencia que sean las cuatro de la tarde y que comience el escrutinio. Después vuelve a su serenidad.

El reloj de la Puerta del Sol luce sobre el páramo, es el reloj



central de España, porque entre otras cosas tiene cuatro esferas para los cuatro puntos cardinales, y aunque el del mediodía no le sirve para nada, funcionan sus manillas.

Su esfera tiene unos desconchados en el esmeril, que habiendo estado allí arriba se adivina qué objeto tienen, pues son como los agujeros del telón de teatro, y sirven para que el Tiempo, primer actor de la vida, se asome a ver lo que pasa en la luneta, curioso de ver la plenitud de la circulación y de la alegría del espacio más nutrido de vida.

Frente a este reloj, y como en competencia con él, era como más reloj del tiempo el surtidor de la fuente central. Daba una gran vida a la plaza, y ponía de manifiesto algo así como la circulación de la sangre de la vida.

En los días de helada de Madrid se convertía en una palma del Domingo de Ramos, y los días de viento había ráfagas de lluvia lateral.

Tan unidas estaban la fuente y el reloj, que en la víspera de San Juan era costumbre que, al dar el reloj las doce campanadas, la gente metiese la cabeza en el pilón, porque daba buena suerte, y como última prueba de esa misma unión recordaré que los de los pueblos de alrededor se decían entre semana, hablando de la cita del domingo en el centro de Madrid:

—Ya sabes, a las tres de la tarde, «al agua».

Con lo que querían decir alrededor del pilón de la gran fuente.

* * *

Llega la época de los otros cafés, entre los que más se destaca el café Imperial, que era tan grande que ocupaba todos los huecos de tienda que hay bajo el actual hotel de París, donde hoy sólo asoma una puerta del café de la Montaña.

Además, el café Imperial tenía tres fachadas, pues daba también a la calle de Alcalá y a la de San Jerónimo, y tenía diez relojes.

Era punto de reunión de los estudiantes, y había un violinista que se llamaba Fortuny, que era la delicia de todos, aunque protestaban algunos exquisitos y virtuosos de que sin cuerda y sin arco, sólo con el palo del arco y con la caja del violín, imitase al gallo y la vieja. ¡Gran pecado mortal!

El librero ambulante del café Imperial vendía de mesa en

mesa ¡*La condesita!*..., ¡*La chula!*..., ¡*Los misterios del Saladero!*...; y la vendedora de periódicos gritaba: ¡*El Cencerro!*, ¡*La Esperanza!*, ¡*La Tertulia!*, ¡*El Combate!*; y el quincallero: «¡Objetos de dúblé fino!»

En el entresuelo del Imperial había una casa de juego, en la que se hizo riquísimo el Sr. Noguera.

En esa época del 1874, en que existía ese café Imperial, al que iba mucho el *Frascuero*, o frente al que se paseaba con su chaquetilla llena de pasamanería, existía ya el café Universal (al que el vulgo llamaba «el de los espejos», por los muchos que tenía, y en el que se reunían progresistas y republicanos). El Oriental, el de Correos, el del Comercio —moderno Lisboa—, el de Levante y el de las Columnas, antiguo Lorenzini y actualmente Puerto Rico.

En el café de Levante había muchas tertulias de madrileños de la clase intelectual y de la clase media. Era el más discreto y bondadoso.

De ese café —según tradición oral que he recogido— era un vendedor asiduo, el que llamaban el *Federal*, un tío que vendía bisutería, gemelos, botones, pipas, y abriendo su gran caja iba diciendo: «Caballeros, ¿desean algo?»

Había también un óptico en ese café, un óptico que decía: —Periscópicos y cilíndricos... Vista cansada y estrabismo... «Fine glace» y de Bohemia... Bicóncavos y biconvexos...

Había también un vendedor de corbatas, que es lo que nos resulta más extraño de ver en el café. Las exhibía de mesa en mesa, ofreciéndolas a elegir sólo a peseta.

—Negras de gro superior..., buenas, bonitas y baratas...

En el Levante se reunían alrededor de uno de sus veladores Abascal, Moya, Ortega Munilla, Reus, Ramón Sáez, Gómez Ortiz...

Una gran sociedad de gentes distinguidas llenaban los cafés, porque entonces el café era muy superior en comodidades, luz y grandeza a la casa.

En las aceras de la Puerta del Sol siguen los zurupetos, esos tipos que ha definido así un escritor:

«Esta especie de la gran familia mercantil, aproximación homeopática del capitalista, átomo invisible del comerciante y pesadilla perpetua del corredor y aun del agente, es numerosísima. La exclaustración, la ley de mayorazgos y las once mil Sociedades anónimas crearon esa nueva industria, que recibe, sin

embargo, su mayor refuerzo en las prematuras cesantías de las oficinas del Estado. Las muertes repentinas que ocasionan las reales órdenes no dan el tiempo necesario para asegurar la certeza de la defunción, y como en el cementerio de las clases pasivas no se depositan previamente los cadáveres, resulta que todos ellos son otros tantos Lázaros que van a resucitar a la Bolsa.

»Allí se entregan... primero, a “ver”; luego, a “escuchar”; más tarde, a “oler”, y cuando empiezan a “gustar” el sabor de los negocios, “tocan” las ventajas de alguna “prima”, que apenas les alcanzan en quinto grado de consanguinidad metálica.

»Pero el zurupeto, que parece el último habitante de la isla mercantil, es siempre el primero en todos los negocios.

»Antes de cruzar el golfo de la Puerta del Sol, ya ha leído los periódicos extranjeros en casa de Monier y enterándose de los cambios de Amsterdam y de Edimburgo, sobre cuyas plazas ni tiene quien le dé ni quién le pida un ochavo de hierbabuena. Los artículos de fondo de la Prensa madrileña los sabe de memoria, porque dice que no es buen comerciante el que no observa el rumbo de la opinión pública, para calcular la vida del Ministerio y las probabilidades del reemplazo, y todos esos datos sumarlos juntos para ver si dan por resultado el alza o la baja de los fondos. Tampoco estas noticias le importan poco ni mucho, porque él no juega ni la paga de cesante, que dicho se está que no es moneda corriente.

»Un manojo de cartas y otro de papeles doblados a manera de póliza son de rigor en el bolsillo del zurupeto, y los saca sin cesar en presencia de las gentes para darse un golpe en la frente como si le pesara haberse dejado en la cartera el más importante de todos. Si un amigo se acerca a darle los buenos días y a informarse de su salud, le contesta al oído y con cierto aire de misterio, ni más menos que si le hubiese propuesto alguna jugada.

»Bullendo sin cesar y marchando de uno en otro corrillo, pasa la mañana hasta las dos de la tarde, que se dirige a la Bolsa, donde le veremos en otra ocasión, porque ahora no podemos apartarnos de nuestro observatorio.»

Por entre esos zurupetos, tan bien descritos por Flores, se paseaba el que vendía piedras para afilar las navajas de afeitar —hoy son piedras también, pero para los encendedores—, el de los lentes ahumados «para mirar los eclipses de sol», y los



cerilleros, aquellos cerilleros —que han desaparecido hoy— y que gritaban: «¡A cuatro cuartos las de cien cerillas!», y aquellos que un poco después gritaban: «¡Baúles y vagones por dos cuartos!», y «¡Por dos cuartos cerillas y un periódico!»

Hacia 1872, los periódicos que se voceaban eran algunos de los de hoy y *El Garbanzo*, *Angel Primero*, *El Cohete*, *El Cencerro*, *El Jaque Mate*, *El Trueno Gordo*, *La Correspondencia*, *La Regeneración*, *El Diario del Pueblo*, *La Reconquista*, *El Apagador*, *El Nuevo Papelito*, *El Barón de la Castaña*, *El Rey de Bastos*, *El Tiberio*, *El Gil Blas de Santillana*, *La Torre de Babel*, *El Matapillos*, *El Moscón*, *El Chico*, *El Buey*.

El primer reclamo de la Puerta del Sol, el primer anuncio en la Puerta del Sol, despejada de esas peinetas de luz y de hierros que hoy la irregularizan y la abigarran, fue el pájaro artificial, el canario flauta del dentista Nogués. El dentista Nogués fue a la Exposición de Viena del 73, y allí adquirió un pájaro maravilloso, que colocó encima de las vitrinas de los dientes y dentaduras postizas del portal —el que hay al lado de Levante—, y todo un gran público se paraba a oír el canto incansable y modulado del pájaro.

Los ciegos abundaban entonces en la Puerta del Sol, y el que más se destacaba era Perico el Ciego, que cantaba coplas picarescas, y que cuando acababa de cantar y su lazarillo pasaba la bandeja, decía: «Ahora verán ustedes qué ruido de tacones se arma».

Hacia el año 75 se inauguró el primer foco de la luz eléctrica en la Puerta del Sol, el primero que hubo en España, un poco parpadeante, pero intensísimo.

Nuevos sucesos, pequeños y grandes, se suceden en la Puerta del Sol, pequeños como ese que relata un historiador de que un centinela colocado en una de las esquinas de la Puerta del Sol, un día de alarma, mató de un tiro a un pobre aguador que pasaba tranquilamente con su cuba al hombro. Reconvencido por aquella barbaridad, contestó muy serio: «Yo cumplo con mi obligación; a mí me han puesto aquí para evitar desgracias»; y un poco mayores, como ese que sucede el día 19 de junio de 1879, con esta historia: «en ocasión de que gran número de personas llenaban las afluentes calles de la Puerta del Sol, con objeto de presenciar el desfile de las tropas que habían formado en la revista verificada en obsequio de Sus Altezas Reales los príncipes de Austria y de Baviera, ocurrió un siniestro espantoso, pues al

desembocar la última sección del séptimo regimiento de Artillería montada, y en el sitio que hacía frente a la sombrerería del Sr. Galván, se incendió inesperadamente la pólvora contenida en uno de los arzones, produciendo la consiguiente detonación, tan terrible como alarmante. Los resultados de tal desgracia fueron la muerte de un artillero que iba sentado sobre el armón, quemaduras y lesiones de gravedad que sufrieron sus compañeros, y confusión entre los curiosos».

Numerosas proclamaciones, vitoreos y festejos se suceden en la Puerta del Sol, dándose el caso entonces de que había mucha gente que se subía a los faroles. Cada vez está más animada, y para sentir otra vez su cascabeleo se puede reproducir en este momento el capítulo que la dedicó Edmundo de Amicis, que pasó por Madrid por esta época, sin conocer a nadie más que a Amadeo, al que con ocasión de verle pasar en coche sintió apetencia de gritarle: «¡Eh! ¡Eh!, que soy yo.» ¡Qué extraño resulta que estando en un país en que no se conoce a nadie, el único amigo del desconocido sea el Rey!...

«La Puerta del Sol —dice Amicis— es a la vez un salón, un paseo, un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas, un mercado. Desde que apunta el día hasta después de medianoche, hay allí una turba inmóvil y una muchedumbre que va y viene por las diez grandes calles que a la plaza afluyen, con tal movimiento de coches que aturde y marea.

»Allí se encuentran los negociantes, los demagogos desocupados, los empleados cesantes, los viejos rentistas, los jóvenes elegantes; allí se trafica, se habla de política, se hace el amor, se pasea, se leen los diarios, se caza a los deudores, se buscan los amigos, se preparan las manifestaciones contra el Ministerio, se inventan las noticias falsas que dan la vuelta a España y se comenta la crónica escandalosa de la ciudad.

»Por las aceras, que son tan anchas que podrían pasar por ellas cuatro coches de frente, es necesario abrirse paso a la fuerza. En el espacio que abarca una losa veréis un guardia civil, un vendedor de fósforos, un corredor, un pobre, un soldado, todos formando un haz. Y pasan grupos de escolares, criados, generales, ministros, gente del pueblo, “toreros”, damas, pobres vergonzantes que os piden limosna al oído para que nadie les vea, celestinas que os miran con ojos maliciosos, sombreros que saludan, sonrisas, apretones de manos, frases alegres, voces de “¡fuera!” a los mozos de cuerda o a los taberneros que atropellan

con el barril auestas, gritos de vendedores de periódicos y de aguadores, campanilleo de diligencias, toses de viejo, ruido de sables, punteos de guitarras y cantares de ciego. Luego pasan los regimientos con sus músicas, el Rey después; más tarde se riega la plaza con inmensos chorros de agua que se cruzan en el aire; y llegan los fijadores de los avisos teatrales, y los vendedores de “suplementos”, y sale un ejército de empleados del ministerio, y vuelven a pasar las bandas; se iluminan las tiendas, la muchedumbre se hace más compacta, se multiplican los codazos y crece el vocerío, el estrépito y la algazara.

»Una hora pasada allí basta para conocer de vista, en sus varios aspectos, el pueblo de Madrid. El pueblo bajo viste como en nuestras grandes ciudades; los caballeros, hecha excepción de la capa que usan en invierno, se arreglan según la moda de París, y todos, del duque al escribano, del barbilampiño al viejo verde, limpios, atildados, con pomadas y cosméticos, siempre enguantados, cual si a todas horas acabaran de salir del tocador. Bajo este aspecto se parecen a los napolitanos; hermosos cabellos negros, barbas muy bien cuidadas, y manos y pies de mujer.

»Es raro ver un sombrero hongo, pues casi todos son de copa alta. Bastones, leontinas, alfileres, dijes y bucles sobre la oreja, a millares. Las señoras visten también a la francesa, a no ser en ciertos días de fiesta. Las mujeres de la clase media usan todavía las mantillas. Pero los zapatos de raso, la “peineta”, los colores vivos, el traje nacional, todo ha desaparecido. Con todo, siempre son aquéllas las mismas mujeres con sus grandes ojos, con sus manos y pies de niño; de cabellos negros, más bien blancas que morenas, graciosas, esbeltas y vivarachas.»

Otro viajero portugués, Pinheiro Chagas, dice: «Espero que ante este conjunto suene de pronto una orquesta, las mujeres saquen las castañuelas de debajo de sus mantillas; de debajo de la capa de los elegantes, la guitarra de Almaviva, y romperá todo Madrid en una “malagueña”, una “jota” o una “cachucha” desordenada.»

Como se ve por todas las descripciones de la Puerta del Sol, los ociosos de las gradas de San Felipe no han hecho más que bajar las gradas. Están en las aceras de la Puerta del Sol más holgados y diseminados, con menos temor de que se les vaya a escuchar.

La política conmueve a esos grupos, y hablan como artículos de fondo y gacetillas políticas. Aquel periódico ácrata que se

llamaba *Tierra y Libertad* fue el que más influyó e hizo hablar a las masas de la Puerta del Sol. El lado de los albañiles es el más perorativo, y mueven mucho las manos manchadas de yeso, y con el reborde de la uña blanco, como si dijese grandes mentiras. (Es lo que dicen los niños que producen esas pintas blancas de las uñas.)

La crisis proverbial es lo que más les ocupa. Siempre hay crisis para ellos y siempre la discuten. Lo que más les gusta decirse cuando se encuentran es: «¿Has visto? ¿Sabes? Crisis... Ya tenemos crisis otra vez... Si esto no podía sostenerse...»

Lo que se pronuncia muy a menudo, señalando al ministerio de la Gobernación y refiriéndose al ministro:

—Lo que es ése... Poco tiempo va a estar ahí.

Hay un diálogo de la Puerta del Sol, que inventó Flores y que reproduzco por lo eterno que resulta aun escrito hace ya bastantes años. Varios «solerinos» hablan de la crisis.

«—Era de esperar —dicen otros—. ¿Salen todos?

—Todos.

—¿Y quién entra a reemplazarlos?

—No se sabe.

—Calle usted —replica algún observador—. Yo he visto hace cosa de una hora pasar hacia Palacio, y muy de prisa, el coche del general R... Tal vez...

Antes de que el observador acabe de explicar sus conjeturas, ya se ha separado del corro un sujeto, que se acerca a otro grupo diciendo:

—¡Conque ya tenemos nuevo Ministerio!...

—¡Noticia fresca! —le replican—. ¡Si ayer trajo la *Gaceta* los nombramientos!

—Pues está usted tocando el violón; ese Ministerio ha caído.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No puede ser; acabo yo de ver a...

—A quien usted quiera. Lo que yo aseguro a usted es que está formando Gabinete el general R...

—¿Y se sabe con qué personas cuenta?

—Es natural que lleve para Estado al marqués de M...

—¡Valiente calabaza!

—¡Para Hacienda, a J...

—¡Santa Bárbara nos asista!... No van a quedar ni los ochavos de tanteo para el tresillo.

- En Gracia y Justicia entrará L...
- ¡Qué disparate!... Harán renuncia todos los magistrados.
- ¿Y por qué? Es de la carrera.
- Tiene usted razón; estudió leyes, y al único reo que defendió como abogado pedía el fiscal la inmediata y le ahorcaron de resultas de la defensa.
- Eso no tiene nada que ver para que sea buen ministro.
- Verdad es. Siga usted diciendo. ¿Quién cree usted que entrará en Guerra?
- El mismo R..., que tendrá esa cartera y la Presidencia.
- ¿Y en Marina?
- El general M...
- ¿Y en Fomento?
- El general H...
- ¿Conque cree usted que habrá tres generales?
- ¡Como no sean cuatro o cinco!
- ¡Cáspita!... ¿Pues entonces harán ministro de Gracia y Justicia a algún general?
- ¡No! Pero si el general R... queda sólo con la Presidencia, y en el ministerio de Estado no entra el marqués...
- Tampoco esperan los de este grupo a que acabe el preopinante de discurrir sobre lo que podrá suceder en la formación del Ministerio, y acercándose a los demás corrillos, agitados ya con la noticia de crisis, dicen:
- ¿Conque saben ustedes ya los nombres de los nuevos ministros?
- ¿Es cosa segura?
- Me acaba de afirmar persona que tiene motivos para saberlo que juran dentro de media hora.
- ¿Y quiénes son ellos?... ¡Vengan, vengan!
- Guerra, con la Presidencia, R.; Estado, el marqués de M...; Hacienda, J...; Gracia y Justicia, L...; Marina, M..., y Fomento, H...
- ¿Y Gobernación?
- No se sabe.
- Pues falta lo mejor.
- Echarán mano de algún general.
- Es probable.
- Pues dígame a usted que será cosa de que todos aprendamos el paso de ataque y la carga a once voces.
- Amigo mío, es preciso andar con las circunstancias.

—¿Y cree usted que esta gente resolverá la cuestión?... ¿Durarán mucho?

—Lo que la sal en el agua. Este Ministerio nace muerto.

—¿Tendrá mayoría en las Cortes?

—¡Qué ha de tener!... ¡Ni veinte votos!

—¡Bah!... ¡Como den “turrón”!...

—No sea usted niño... Aunque den turrón... se lo comerán, y luego..., a buscar otro padrino.

—Pues tendrán que disolver las Cortes.

—¿Quién lo duda? ¡Pues si este Congreso nació muerto!

—En este caso dígame a usted que para elecciones no nos alcanza el tiempo.»

Y así, ni más ni menos, continúan conjeturando los del grupo acerca de la conducta que seguirán en el Poder aquellos hombres que el mentidero de la Puerta del Sol acaba de elevar a los primeros puestos de la nación.

De una noticia de crisis negativa, de un hombre que llega diciendo que ha oído hablar de crisis, pero que no lo cree, se ha formado un completo y al parecer positivo cambio ministerial. Y lo más chistoso del caso es que al mismo autor de la inocente noticia se la devuelven tan acabada y completa, que le es imposible adivinar su origen, y la da entera fe y crédito.»

Ya estamos colindando con la edad más moderna. Estamos en 1895.

En 1895 es cuando surge el proyecto de sustituir la fuente sopera por una farola, proyecto que originó grandes protestas y controversias hasta en el Senado, pues el presupuesto de la obra —que después costó una cifra aproximada a ésa— osciló entre 40.000 y 50.000 duros.

ÉPOCA ACTUAL

Ya estamos en la Puerta del Sol de 1900. Ya aquellos aguadores que figuraron en la Puerta del Sol y que la dominaban, han desaparecido, sin dejar vestigios.

¡Cómo se han perdido los aguadores que tanto tiempo han figurado en los cuadros y los grabados de una época! Eran hombres buenos, cariñosos con los niños, incansables «carteros del agua», que subían escaleras y escaleras por quince céntimos,

hombres de gran cadena de reloj y que, eso sí, después de echar en las tinajas su cuba de agua con la misma prosopopeya que si echaran una cántara de vino, se sentaban a charlar un rato con la cocinera. Simpáticos gallegos, algunos de los cuales, como Chamorro, aguador de la fuente del Berro, llegó a ser, más que ayuda de cámara y que gracioso de Fernando VII, su consejero. ¡Ah, por eso se portó como un aguador aquel pobre rey!

El que no ha desaparecido, el que siempre reaparece, es el vendedor de perros, el eterno vendedor de perros, «eterno», no porque se me haya escapado la frase hecha, sino porque en la Puerta del Sol ha habido siempre un mercader de perros. Varios historiadores nos hablan de este tipo, que antes tenía metidos en unas alforjas a los perritos, y que ya «hacía pasar un perro de lanas crecedero por un americano liliputiense, o le teñía la piel hasta dejarlo negro como el ébano», el «gato por liebre del comercio canino», o sacaba del bolsillo izquierdo un perrito recién nacido y decía con voz de pavor: «¡Se vende el tigre!», y después, sacando otro perro tan pequeño del bolsillo derecho: «¡Se vende el león! Se vende.»

El último vendedor de perros vendía antes libros misteriosos, ofreciéndolos con recato, con la mirada oblicua de su ojo único; pero tan descaradamente le han hecho la competencia los libreros de nuevo exhibiendo en pleno escaparate esas porque-rías, que se ha dedicado a los perros exclusivamente, que vende sus perritos escuálidos, atemorizados, con el rabo entre piernas, cándidos como corderos; tanto, que parece que van a balar.

Casi no comen en esos días que dura la venta; se van quedando delgados, y desaparecen como en la metempsícosis si tardan mucho en ser vendidos. Es como esas madres que no quieren a sus hijos, y cuando todos los demás dicen: «¡Qué monos!», les dirían: «De buena gana se los vendía... Porque a mí me están reventando, y ni siquiera los miro.»

El asfaltado actual es de 1900. En esta época es cuando la Puerta del Sol adquiere más plenitud, y llega a ser tanta su circulación, que aun sin fuente no pueden moverse casi los carruajes, y la llaman algunos «cocherón».

Pequeños e incontables sucesos se registran en ella. Ejemplo de suceso puede ser el de un hermano de D. César Davara, que fue perseguido por un toro que se escapó en plena Puerta del

Sol, y que aunque ganó el portal del ministerio de la Gobernación, el toro entró tras él y allí mismo le mató.

* * *

Por esta época sucede en la vida privada de la Puerta del Sol un hecho no menos castizo.

Junto al café de Correos estaba el Crédito Lyonnais. El Crédito Lyonnais, deseoso de quedarse con todas las plantas de la casa, intentó echar al dueño del café, para lo que ya había conseguido autorización del dueño de la casa, y se lo había notificado varias veces. El dueño le hacía presente todos los daños que se le ocasionarían; pero el francés no cedía.

Así, cuando después de esa porfiada discusión se presentó de nuevo al francés, y éste le repitió: «Que no; que no puede ser», el dueño del café le dijo: «¿Cómo que no? Ahora el que se va a ir es usted, porque he comprado la casa, y soy, por lo tanto, el que puede echarle.» El director del Crédito habló de su crédito; pero el dueño se mostró tan impasible como con él se mostraron antes, y por eso hoy está donde está el establecimiento bancario francés, pues como Crédito acreditado y con mucho dinero, se hizo una casa nueva, matando otro café al implantarse el café Madrid, que fue en el que perdió el brazo Valle-Inclán.

* * *

Aunque en la Puerta del Sol han asesinado a mucha gente, su asesinato histórico es el asesinato de Canalejas; otro asesinato como el de Prim. El otro renovador, el otro libertador democrata, fue asesinado por el retardatario —que es como una idea o un símbolo.

Estaba parado frente a la librería de San Martín, como todos los días se iba parando en las librerías de la plaza de Santa Ana, calle de Carretas y en las de la Puerta del Sol, satisfecho de ir a pie y de ser el transeúnte al mismo tiempo que el presidente del Consejo de ministros; el transeúnte que compraba todos los juguetes de diez céntimos que encontraba a su paso. Los librereros le miraban y admiraban desde dentro, y los camareros de café le observaban desde lejos, quietos, desocupados y avizores con su servilleta en la mano.

El criminal —un ser que ha quedado inexplicable, porque se suicidó después de cometer su atentado y no tenía antecedentes—, le pegó un tiro certero, tan certero, que yo he oído a un gran médico unas palabras gráficas y consoladoras, de las que se desprende que no pudo ni siquiera sentir la muerte ni exhalar esas frases, estribillo de asesinado, que le han achacado. Murió silencioso, y, como decía aquel doctor: «Fue tan certero el tiro, que si pudiese resucitar, seguiría leyendo el mismo título del libro que leía.»

Cayó sobre las losas de la Puerta del Sol, y en seguida fue llevado al ministerio de la Gobernación, donde se comprobó que era cadáver.

Hoy existe, sobre la antigua librería de San Martín, una lápida de bronce, que los amigos de Canalejas costearon y que Benlliure cinceló, para perpetuar aquella fecha del 12 de noviembre de 1912, en que el gran tribuno fue asesinado.

En el subsuelo de la Puerta del Sol sostienen las gentes en serio que hay una mina de oro. El gran escritor Luis Bello ha hecho sobre esto una novelita.

Quizás es que los inventores de minas que se reunían en la Puerta del Sol inventaron una mina más allí mismo, y encontraron cándidos que lo creyesen.

Allí se han corrido muchas minas de todas clases, y el «tengo una mina que sólo en comisión me puede dar un millón y a usted, si logra quien la quiera, medio» es cosa que mantiene a un desgraciado toda la vida, no dejándole que se fije en lo poco que come todos los días.

Los más iniciados sostienen que es debajo del ministerio de la Gobernación donde existe esa mina, lo cual no es absurdo si se refieren al oro que se renueva y se prodiga en el «fondo de reptiles», esa fortuna que gasta el ministro para sostener los falsos anarquistas que denuncian, siguen y venden a los verdaderos.

En el subsuelo de la Puerta del Sol, aunque no haya una mina de oro, hay muchas cosas. Hay, próximo al sitio en que estuvo la fuente, una galería de amplias dimensiones, que tiene comunicación con la general del Canal, que bajando por la calle de la Montera, cruza la Puerta del Sol, siguiendo por la calle de Carretas. En ella cuentan que se pretendió hace mucho establecer un bar subterráneo, haciendo juego con los evacuatorios —también contruidos hace unos cinco o seis años, y debajo de

uno de los cuales, el más próximo a la calle Mayor, existe en otra planta más profunda una instalación de motor y máquinas para comprimir el gas que alimenta a las grandes farolas de la plaza—; pero el Ayuntamiento negó el permiso. Hay también las siguientes alcantarillas: la de mayor importancia, que es colectora, viene por la Carrera de San Jerónimo y sigue por la del Arenal, afluyendo a ella las de la Montera y Alcalá, desde la de Sevilla, próximamente. Las restantes son las de Espoz y Mina, Carretas y Correos, y otra auxiliar, que está situada en la acera Sur y recoge las aguas procedentes de la de Preciados y Carmen.

Debajo de la Puerta del Sol, lo que más hay es agua, quizá una verdadera mina de agua.

Cuando las obras del Metropolitano, de vez en cuando salía un chorro copioso de agua, y no daban abasto las bombas con que achicaban y achicaban el agua.

Pudieron naufragar todos los trabajadores del subterráneo.

Las venas de aquellas fuentes que tuvo, en vez de ser desviadas, han sido tapadas, como esas venas imposibles de cerrar después de cortadas.

* * *

Esa lápida que hoy se conserva sobre la fachada principal de Gobernación es la que se colocó ahí por suscripción del Círculo de Bellas Artes, cuando se celebró el centenario del 2 de mayo de 1808.

* * *

Un día, en 1916, quitan la farola, y poco después aparece una valla a un lado de la Puerta del Sol, en que pone: «Inauguración del Metropolitano Alfonso XIII. Octubre de 1919.» Una grúa eleva su cabeza y cuello de jirafa por encima de la valla, y se oye continuamente el ruido de grúa de puerto en un fabríl—no febríl— ajetreo.

* * *

El milagro de la Puerta del Sol fue que en una ocasión —por estos años— se cayó un gran pedazo de cornisa, en plena hora

animada, y no mató ni hirió a nadie. ¿Se puede dar mayor señal de cómo la Providencia defiende a los «portasolinos»?

* * *

El portal del Bazar de la Unión es en la Puerta del Sol el sitio de la cita de la pelandusca misteriosa con el viejo. También es sitio de cita para los grandes plantones, y es el gran refugio entretenido los días de lluvia. Hay en ese sombrajo algo del Mentidero antiguo que había encima de él.

ALGUNAS HORAS EN LA PUERTA DEL SOL

De madrugada, en vísperas del alba.—Se torna tan fluido su aire, que se oyen los pitidos de los trenes de todas las estaciones.

Se ha quedado sin tranvías, y se ve que los rieles parecen delgados arroyuelos...

El alba en la Puerta del Sol.—He vivido muchas albas en la Puerta del Sol, porque yo, que no abro las ventanas en la madrugada, porque eso corta la cara, y por esa sola rendija que queda en los balcones entra la afilada hoja de Gillette del alba, algunos días necesito refrescarme con agua de aurora, porque eso está en mi tratamiento de médico espiritual de mí mismo.

En las vaquerías del mundo ordeña el alba, preparándonos el desayuno de la mañana.

Es cuando más aparece el color de desierto que tiene oculto durante todo el día su estanque.

Durante la madrugada se ven en la Puerta del Sol cosas peregrinas. Durante la madrugada se ve salir los domingos el camión de los pescadores. Durante la madrugada se ve cómo las damas alegres dan a comer churros a los caballos de los simones y se ve cómo duermen los golfillos en el remanso de las motocicletas, metidos en los *sidecars*, plegados de dos en dos, como están en el vientre materno los gemelos.

Un buen observador, colocado durante la madrugada en la Puerta del Sol, podría adivinar los acontecimientos la víspera de que aconteciesen. Todo lo preconiza la madrugada en esa plazoleta central de España, y el tono que toma cada madrugada la esfera del reloj es uno de los mejores síntomas.

En la madrugada de la Puerta del Sol he visto ponerla inyecciones.

Dada la moda de los inyectables en medicina, no resultaba extraño que se emplee ese procedimiento para fortificar su subsuelo.

La máquina con que la ponían la inyección a la Puerta del Sol era una máquina nerviosa, febriciente, de palpitación isócrona, y los practicantes que se la ponían miraban al reloj de horario complicado en que se registraba la intensidad de la inyección, la cantidad de inyectable que iban metiendo debajo del asfalto.

El grupo de los mirones de la madrugada formaban corro alrededor de la complicada jeringa, como si estuviesen a la cabecera del enfermo. Esos últimos trasnochadores que callejean, y que son los mayores fracasados, tienen la facultad de sentir como nadie el reflejo de los fenómenos que ven suceder. Ellos, frente a un escaparate de comidas, gozan de todo lo que hay expuesto; junto a las mesas de juego, comparten las emociones del que gana y del que pierde, y contemplando los automóviles durante largos ratos, se hacen la ilusión de que son dueños de ellos, acariciando todos sus detalles. Por eso, frente a la inyectora de cemento de la Puerta del Sol, ellos se iban sintiendo espesar por la inyección, y se les veía hincharse un poco y sentir el encanto reaccionador —por no decir reaccionario— de la inyección.

Con esas inyecciones interiores que le han puesto a la Puerta del Sol, que tiende a depauperarse, a resquebrajarse, a tener entre sus tejidos oquedades peligrosas, por el exceso de trabajo que pesa sobre ella, siente desde entonces una gran sensación de firmeza y de solidez.

Gracias al nuevo sistema de las inyecciones intravenosas de cemento esterilizado que le han puesto, y que los arquitectos municipales recetan como verdaderos doctores, la Puerta del Sol resistirá el peso creciente que gravita sobre ella.

Ya en la madrugada, el reloj de la Puerta del Sol tiene un párpado caído, y su luz tiene entonación de luz de lamparilla.

Los mangueros van a regar muy pronto con agua antiséptica, arrancando a la piel de elefante del asfalto sus enfermedades contagiosas.

Los últimos tranvías se han ido, y el cobrador ha agitado el «completo», como en señal de despedida irreparable.



Los que han perdido los tranvías pasean sin desesperanza por la Puerta del Sol, como dueños de su ámbito.

La acera de Gobernación está completamente deshabitada, como lado de desierto en el polígono de la célebre plaza. Una ventana de luz del ministerio central de España parece velar sobre los telegramas de última hora que remiten los gobernadores dando cuenta de las catástrofes que no han querido suceder a buena hora.

Los grupos que se resisten a ir a su casa, como si tuviesen miedo a su soledad, se agarran a las balaustradas de los subterráneos de la Puerta del Sol y a los faroles enhiestos. No quieren despedirse, por lo que toda despedida tiene de mortal.

Dos jóvenes se dan ánimos para continuar en la Puerta del Sol, porque, observando la hora del reloj que muestra las horas de las distintas partes del mundo, resulta que en algún sitio son ahora las diez de la noche, en vez de las cuatro de la madrugada.

Los periódicos tendidos en las cuerdas de las últimas vendedoras son ya los periódicos del día anterior, que se han puesto viejos de un golpe.

El último estafador del día acecha a un tipo raro de paleta que se empeña en no irse a la cama porque quizá espera la mañana para tomar el tren de su pueblo y así irse sin haber pagado hospedaje.

El que todas las noches a esta hora se toma un vaso de leche con un bollo, está ya repuesto y se fuma el cigarrillo del perfecto trasnochador.

El que siempre está siguiendo la pesquisa de una corbata que no encuentra nunca, observa la corbatería iluminada, y el que jamás compra un libro se insufla de libros y se los absorbe con la paja de sus miradas profundas de noctívago en pleno *record*.

Apagado un farol sí y otro no —pronto, uno no y otro sí, con lo que la oscuridad será completa—, ha subido la sombra en la plaza, y están un poco ahogados los recalcitrantes, a los que cubre una máscara violada. Los automóviles parece que han escapado con los últimos focos del alumbrado público y los arrastran para desconcierto y deslumbramiento de los nadadores del alba.

Entonces adquieren gran importancia, los últimos ómnibus, que fueron los primeros que recorrieron Madrid ostentando el suculento nombre de «autobuses». Llevan por nada a los viajeros

rezagados a las Ventas o a Cuatro Caminos, según pone con tiza blanca en lo oscuro de su costado.

Camiones destartalados, vagones absurdos, furgones de cola de la noche, esperan con la portezuela abierta, como verdaderas diligencias que condescienden con las largas despedidas y con el deseo de no irse aún que se ve que alienta en los que merodean alrededor de su estribo.

La Puerta del Sol tiene un aire de andén del que van a salir los últimos trenes, y el viejo de la chalina conversa con la peor imitación del poeta que renquea en la noche. Los seres de destino más informe se van reuniendo para ese viaje último, que tiene algo de carontesco, pues al llegar a casa después de uno de esos retardos es cuando suelen morirse los nocherniegos empedernidos.

Por fin la portezuela se cierra, y el pesado armatoste con alma de cajón desproporcionado comienza la conducción de los postreros, que pueden aguantar sus miradas de rezagados porque son de la misma comparsa ennegrecida y letal, todos con palidez de retardados y de cómicos de entre bastidores que se miran no como seres diferentes, sino como espejos.

Yo, que subo a pie la cuesta de Alcalá para ver entrar los trombonazos del alba por el portón del arco de piedra, veo pasar el carromato de los que van a poner la cabeza en las guillotinas de sus almohadas de fracaso, y van sin miedo al contagio, como camaradas sin repugnancia de la última excursión.

Al ministerio de la Gobernación le sale la viruela española, y se ve que su piedra está más picada de ella que a ninguna hora del día.

El tornasol de alba es, sobre la Puerta del Sol, como otra especie del arco iris. Esa cosa que hay en el alba de dar a la llave de la luz eléctrica, y ¡zas, luz! es en la Puerta del Sol donde más resplandece.

Los focos están muertos como los tábanos de la noche, como esos tábanos más pequeños que se mueren también en su alma de luz.

De siete a ocho de la mañana.—A esta hora salen algunas mujeres a una compra rápida de churros o a las misas tempranas, y se atreven a salir de cualquier modo. ¡Oh, si las vieses así los que a las siete de la tarde las suelen ver!

A las siete de la mañana nos cuesta trabajo quedarnos en la Puerta del Sol, pues a esa hora siempre parece que se sale a hacer



visitas a las monjas, a oír los carraspeos de las Franciscanas Clarisas, que se levantan al frisar la claridad del día.

Es cuando aparecen los periódicos más tempraneros, y en la esquina de la calle de la Montera, frente al quiosco que hay allí —como vuelve a suceder después de siete y media a nueve de la noche—, se almacenan los grandes paquetes para el consumo rápido e inmediato —pues en la plaza de Pontejos es donde está el gran almacén.

Entre las vendedoras de periódicos y los vendedores corren los vasos de aguardiente, que llevan a sus almas la fuerza del nuevo amanecer en la vida.

Se ve lo sucios que son los humos. Pasan las burras de leche, sonando sus cencerros de amas de cría, y con sacos puestos en los cuartos traseros, como caperuzas.

A las siete de la mañana, entre las que cruzan la Puerta del Sol, más como una explanada en la que siguen la vereda justa y estrecha del trabajo, están las asistentas, esas que trabajan tanto y tienen un subido color de tierra y veinticinco arrugas en la frente.

Pasan las niñas hacia sus colegios, y los grandes ómnibus de los caros liceos también pasan cargados de colegialas. Son las únicas que se levantan muy temprano todos los días.

También pasan otras niñas más pitongas, niñas que ya no van al colegio, pero que mantienen la curiosidad de la mañana, y salen con la cocinera hacia los mercados, ansiosas de ver lo que aún queda en la calle del trasnoche de anoche.

Es cuando más se ven las muchas casas de seguros que existen.

A las siete y media parece la Puerta del Sol la Puerta del Sol de Cádiz.

Poco a poco la mañana se va aclarando. Pasa el carro de la compra de los cuarteles. ¿Cómo iba a bastar una cesta para un cuartel, por grande que pudiese ser su alforja?

A esa hora en que con el nuevo día nos vuelve a sorprender la nueva mañana, es cuando más se ven las armazones de los anuncios.

De siete a siete y media de la mañana pasa ese fraile que asistió a la fundación de la ciudad; ese fraile que es como una primera piedra. Ya muy pocas veces se le ve después; pero de siete a siete y media es seguro que se le verá en la Puerta del Sol como si acabase de entrar por la verdadera puerta antigua,

como si viniese de San Jerónimo y hubiese salido nada más que para abrir la ciudad, porque él es, indudablemente, el que tiene la llave de hierro mohoso de su primitiva Puerta.

Los curas miran sorprendidos a los frailes, y hasta se vuelven para mirarles mejor.

A esta hora salen, equivocados, a pasearse los médicos de pueblo, con sus barbas de médicos de pueblo.

A las ocho de la mañana hasta las caras de las bellezas resultan, por algún concepto, muy graciosas, risibles.

Antes era a las siete cuando se limpiaban los cafés. Ahora se ha retrasado un poco. Esa limpieza es terrible. No abren muchos días las ventanas, pero arman allí dentro un gran zipizape, levantando el polvo de todos los antepasados, de todas esas generaciones que han pasado su vida en el café y han escupido en él. Parece que tratan sólo de mullir el polvo, como se mulle la lana de los colchones, vareándolos. Todo el polvo vuelve después a su sitio de nuevo.

A la puerta de todos los cafés se paran a esa hora los carros de los traperos, de los traperos más privilegiados entre los traperos. Carritos bajo los que va un perrito, más blanco que negro, y que es suficiente para defender su basura. A alguno de esos carros se acerca algún desgraciado vendedor de periódicos con su escudilla, para que la traperera le dé su desayuno de entre lo que saca de los cafés.

Las ocho de la mañana.—Hay unos curas de la temprana mañana, que son los que pasan a esta hora por la Puerta del Sol. Han tenido que decir la misa de siete, porque son los más miserables y los menos favorecidos por nadie. Pasan fumando, en cambio, el cigarrillo delicioso de las ocho de la mañana, después del chocolate.

Algunos militares van a sus cuarteles, y los asistentes pasan con los churros del desayuno tempranero del oficial.

Es cuando rompe el sol los días que parecían turbios y encapotados, los días que tienen remedio.

Cruzan la Puerta del Sol unas palomas, que sólo vuelan sobre Madrid a esa hora, palomas que no se sabe dónde estaban ni dónde van a parar. ¿Serán las de Palacio, dedicadas al plebeyismo por unas horas?

Los obreros pasan zapatilleando mucho, inconscientes en la inconsciencia de esa luz de la mañana, y fumándose todos ese primer cigarro de la mañana, que devuelve el gusto a la vida.

A las ocho y media ya se puede desayunar en los cafés. Se sientan allí los maestros de obras, los yeseros, los que venden ladrillos rojos, amasados con sangre de toro; los corredores de carbones. Muchos llegan un poco tarde a la cita con otro, y dicen: «¡Hombre!... Hay que disculpar... Es la hora de cortesía que se concede a todo el mundo!»

Las monjas que han oído ya varias misas, salen a pedir, cogiéndose las faldas de un modo absurdo, quizá porque es el modo de coger los manteos, no las faldas. Muchas van como con la cabeza metida en un cucurucho de papel. ¡*Bouquets* místicos! Alguna es la hermana cocinera, y lleva un gran cesto más blanco que ninguno. Las hermanas de la Caridad van a relevar a sus compañeras, las que han pasado la noche junto al enfermo grave, quizá muerto, en la madrugada.

Pasan muchos chicos con cajas, promontorios de cajas, numerosas cajas, infinitas cajas vacías. No sólo por las que se ven a esta hora, sino por las que se siguen viendo durante todo el día, se piensa que Madrid es la ciudad en que más cajas vacías se gastan, como si se alimentasen muchas gentes con el vacío de esas cajas.

Pasan ya buscando el sitio en que desayunar los hombres de los paquetes envueltos en hule negro.

De ocho a nueve.—Inunda el mundo un gran ruido de tráfago, y la Puerta del Sol parece una estación de gran tráfico humano que se despierta completamente.

Es cuando limpian el ministerio de la Gobernación, y eso lo humaniza, como si fuese una casa particular cualquiera. Vuelan los plumeros como pavos inquietos, y las alfombrillas son sacudidas sobre el vacío de la Puerta del Sol.

Aparecen ya mujeres tan rosas, que parecen más enfermas que las amarillas o pálidas.

Pasa la que usa sombrero de profesora como una gallinita que corre.

Pasan los maestros de la artesanía con sus herramientas y con el oficial detrás.

Los que van a poner luna nueva, pasan a esta hora, para que cuando se asome el público a la mañana ya esté puesta. Además, porque poner un cristal es obra desde luego de la mañana tempranera.

Sueltan las grandes ratas que han cazado de noche en los cafés, y tuestan el café en los grandes terráqueos negros. (Así

como esos tostaderos serán los aparatos refinados de Pedro Botero.)

Pasan los carteleros con sus largas escaleras, en lo alto de las que va colgado el cubo.

La trapera que va erguida sobre su carro parece que sobresale sobre un trono, y a veces se la ve leer las cartas rotas que la han echado a la basura.

Ese primer desayuno de los cafés portasolinos lo sirven los camareros sin americanas.

Todas las mangas de riego se desbocan, y es cuando riegan y arrojan de la Puerta del Sol a los bohemios.

Los que vienen de la estación vienen muy metiditos en su coche y creyendo que hace mucho frío.

De nueve a once de la mañana.—Es la hora del desfile militar —con muchas trompetas tocadas a dos carrillos mientras las flautas son tocadas con boquita de piñón—, con sus cabos gastadores, largos, flacos, secos, de mano doblada sobre el puño, de marcha decidida y de fusil pararrayos... A su lado, llenando los blancos que hay entre gastador y gastador, y entre los gastadores y los soldados, van esos chicos y esos jóvenes —alguno hasta con barba—, a los que les ha quedado algo de comparsas, con el paso, la temeridad y la tontería de las comparsas de Carnaval.

Pasan los jóvenes estudiantes, adquiriendo una gran notoriedad, dándonos la imagen gráfica de esa hora los que llevan un cartabón o una escuadra colgandera.

Pasan los guardias civiles jóvenes, con algo de seminaristas de la guardia civil. ¿No se les podría decir también los guardias marinas de la guardia civil? En ellos se desproporciona más el sombrero, y es más un féretro de niño, por lo pequeño, aunque por la negrura, la rigidez de la armazón y el galón de plata sea de hombre.

Es la hora en que ya salen a pasearse, medio en vano, los que llevan recibos que cobrar en sus pequeñas carpetas de hule negro, a las que quitan y ponen nerviosamente la goma que las cierra. Van repasando siempre la baraja de sus recibos, la mayor parte incobrables.

En los tranvías de las nueve a las diez y a las once —ya a las ocho también—, pasan los oficinistas y las gentes que leen el periódico, y hace gracioso los muchos periódicos completamente desplegados que van dentro. Tantos, que se confunden

con ellos las tocas blancas almidonadas y desplegadas de una monja que viaja entre esos oficinistas y trabajadores. (De diez y media a once hay un rato en que viajan solas y desocupadas las butacas de los tranvías, derechas y empacadas como señoras.)

A las nueve y antes de las nueve pasan los que se van en los cascabeleantes coches de estación, cuyos cristales sueltos y ajetreídos también suenan mucho.

La cruzan también coches que entran con viajeros, y que nos recuerdan todos los viajes que hicimos, sobre todo el coche del Hotel Términus.

Todos vienen de esperar a trenes muy retrasados.

Es cuando nuevas almas ven por primera vez, por las ventanillas estrechas del coche celular del hotel, la Puerta del Sol.

En los pescantes van las maletas absurdas de España —alguna de alfombra aún—, maletas color cartón, muchas veces cerradas con una cuerda, y algunas que no consisten sino en un cajón atado con una maroma.

También pasan en esos coches de estación los ingleses, con sus gabanes inconfundibles de ingleses.

Esos coches de ferrocarriles pasan de tres en tres, muchas veces —como no pasa ya en el mundo— con tres mulas, enganchadas unas al lado de las otras. Son los coches que quieren correr más y tienen, más que los automóviles, el prurito de adelantarse los unos a los otros. Parecen tirados por las alegres y nerviosas mulillas de los toros.

A eso de las diez dan cuerda a los relojes de café, que suenan como sonaría el reloj de bolsillo de un gigante.

Pasan las boinas de colores de las mecanógrafas y de alguna alumna de la Normal.

Siguen pasando las que van o vienen de misa, sin mirar a los lados. Hay mujeres obsesionadas, feas y de frente atenzada. Tanto ellas como muchas otras que pasan por esta mañana de las diez, van con velillo.

Sobre eso de las diez, también se ve que se hace el reparto de la carne cruda en Madrid. Pasan numerosos chicos con numerosos cestitos de mimbre blanco. «¡Ah! —se dice uno admirado—; como el hombre no es un león, se mantiene sin comérsela hasta el mediodía!... ¡Qué prueba de civilización!...» Hay momentos en que la Puerta del Sol se llena completamente a esa hora de chicos del carnicero, con su delantal pardo, con rayas más pardas.

Pasa el coche del obispo, aunque mejor sería decir de los obispos, porque muchos de los coches que cruzan a esta hora la Puerta del Sol parecen de obispo.

Las doce.

Una.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Siete.

Ocho.

Nueve.

Diez.

Once.

Doce.

De seis a ocho de la noche.—Estas son las horas álgidas del paseo por la Puerta del Sol y del lleno en su gran cinematógrafo de la vida.

Estas son las horas de los rateros y la hora viva de las discusiones, y las del mayor encanto de los encuentros.

Este Madrid de las siete y media es admirable. Ninguna ciudad tan simpática como ésta a esta hora.

Pasan sombras, gentes mozas, la mayor parte sin el capirote de los sombreros extranjeros. Son siluetas joviales. Todas las ciudades tienen las calles más desoladas a esta hora. Nadie lleva el paso acompasado y militar de los extranjeros.

Hay paseíto, y delectación de la vida en el andar de todos.

De ocho a nueve y media de la noche.—Esta es la hora del apetito.

Las señoras vuelven con paquetes a sus casas.

Por aquí, y a esta hora, pasa la pareja ideal: él, con una máquina fotográfica, y ella, de punta en blanco.

Señoritos con el ala del sombrero sobre los ojos atraviesan la pista, levantando la cabeza hacia uno y otro lado, como quien tiene vendados los ojos y quiere ver para andar y teme los atropellos.

Es la hora en que pasa de vuelta el gran transatlántico del «cacahuetero», con un balanceo de popa a proa semejante al de los grandes vapores o al del cochecito del niño cuando baja y sube aceras, pasa sobre los rieles o es parado bruscamente.

Los anuncios luminosos están encendidos, y siempre hay alguno mellado, al que le falta una letra. A todos les perjudica la hora de primavera, esa hora más de luz del día, sobre todo al tío que parece que se quita el sombrero, porque se ilumina primero el brazo con que se echa mano a la bimba que aparece sobre su cabeza, que después se apaga, encendiéndose en la parte baja ese mismo brazo, como si hubiese descendido con el sombrero en la mano; simpático tío al que ahora, por el exceso de luz de día, se le ven los dos sombreros y los dos brazos derechos. El reloj Longines, que no pasa de las tres y media, brilla también mucho menos.

Se ve que las jardineras de los tranvías se parecen cada vez más a los *ripers* de pueblo, en vez de parecerse menos.

Es la hora de la lucha por los tranvías, que es terrible y dura como la lucha por la vida.

(«¿Es posible que toda esta gente tenga la cena asegurada?», se piensa desde lo alto del balcón en que vemos hoy la hora.)

Viendo pasar a las gentes el ruedo de la Puerta del Sol, desde una grada un poco alta, se ve que pasan por ella, oscilan, dan carreritas, se asustan, corren como si pasasen por la plaza de un pueblo convertida en plaza de toros y en la que hubiese unos cuantos toretes sueltos.

Los que mejor verán esta hora y la Puerta del Sol, aunque no sepan «pronunciarlo», son los que desde hace pocas horas hayan entrado en Madrid y se hospeden en estos hoteles de la Puerta del Sol, en los que parece que no puede hospedarse sino un perfecto, perfectísimo gran hombre provinciano, a excepción del de París, en el que entran —y ya se les ve cenar a esta hora— los diplomáticos que vuelven, y que son los grandes provincianos, los grandes paletos que vienen del extranjero (porque, aunque quieran, no son extranjeros, sino «eso»).

Por el lado de la calle del Arenal, la visión es netamente madrileña, porque se destaca la esbelta torre de San Ginés y las verjas de sus campanarios sobre la palidez del cielo, que acaba de tener una terrible hemorragia de sangre.

El encargado de los focos los va bajando, porque ésta es ya la hora de bajar los focos, esos focos que aumentan seis veces de tamaño al bajar y que después se tornan otra vez proporcionados y se encienden como con una chispa eléctrica.

De nueve y media a once menos veinte.—Va pasando, a empellones, la noche por la Puerta del Sol. A veces hay una

racha bullanguera. En seguida, un silencio. Nada se estaciona en ella, todo la cruza, todo va a otra parte, o a lo más, se mete en uno de sus cafés. De nueve y media a diez o diez y cuarto, pasan las familias que van al teatro, cuando no van apresuradas y calladas porque llegan tarde, bromeando con la broma que sugiere la Puerta del Sol.

De once menos veinte a doce y media.—A las once menos veinte ya están apagadas las luces de la Puerta del Sol, y toma un aspecto de plaza que vela con bastante luz, pero con mucha sombra.

De una a una y media de la noche.—Una nueva animación coincide en esta hora. Siempre resulta inesperada. Ya estaba muy nocturna la noche, cuando se reúnen en ella de pronto burgueses, señores formales y señoritas honestas en gran número. Parece que el mundo echa de pronto al mundo demasiada gente, que se han roto las compuertas de la presa de la noche. La manifestación no tiene unidad, empalme, solidaridad. Hay verdaderos trechos y abismos entre un grupo y otro.

Todo coincide alrededor de esta media hora. Los teatros y los cines. Se ve la diferencia entre los que vienen del teatro y los del cine. Dicen muchas más tonterías los del cine, tienen una actitud más vana. Se ve que lo que han visto no es nada, por cómo trascienden a nada. No han sorbido nada sus espíritus —a lo más, la clara del huevo en vez de la yema.

Unos y otros parecen público pacífico, que viene de ver una pacífica e inocente retreta.

Es esa media hora en que en las estaciones coinciden en su salida numerosos trenes, y al cabo de ella se van los que se van y los que iban a despedirlos, pareciendo la estación al poco rato otra estación, llena de un vacío en que resulta incomprensible el que hace un momento estuviese tan llena.

De una y media a tres de la madrugada.—Durante todo este tiempo la Puerta del Sol está indecisa, con ráfagas de gente.

El Metro cierra a las dos menos cuarto, comunicándose por teléfono a la taquilleras, que aun continúan engañosas en su garita, y contestan: «Ya se acabó» al que llega de prisa, dispuesto a montar en el rabo del último tren.

En las paradas de tranvía quedan aún los últimos hasta las dos y veinticinco, o las dos y media, o las tres menos veinticinco, que parte a veces muy cargado ese último tranvía, cuyas ruedas se deforman por el peso. Los sábados, sobre todo, ese último

tranvía es el más típico y hace más pronunciadas las eses de las curvas y va tambaleándose, porque es el tranvía de los borrachos, borrachos que discuten con el cobrador, que parece que van a caerse, pero que, en medio de todo, gastan cierta formalidad, y sacan sus diez céntimos cabales en vez de las dos pesetas que debían dar por equivocación en vez de los diez céntimos.

La Puerta del Sol, a las dos y media de la madrugada, está aún brillante, animada, llena de gentes que no quieren entrar en el estado agónico de la cama.

Cineastas de a duro, chulillos, un oficial de peluquería extraviado, borrachos que reflexionan dónde estará su casa, cojos recalcitrantes, malos sonetistas, masones, un doctor que odia la oscuridad de la alcoba, los más simples gabardineros, los que viven en las habitaciones más baratas del mundo, sin ventana ni asistencia; los que esperan hasta última hora la única condición que falta para hacer un negocio de veinte mil duros, los que quieren escribir en cualquier agencia de colaboración en periódicos de provincias, los escuchones de última hora, el que no quiere dejar de saber lo que es España, yo.

Un hombre todo pálido, cuya vida no vale dos reales, acogota a una mujer. Durante un momento nadie sale en defensa de la pobre pintarrajeada. Sólo una vendedora de décimos dice:

—¡A una mujer no se le pega!

—A una mujer no se le pega; ¡se la mata! —contesta, frenético, el chulín.

Los automóviles de madrugada esperan el último vuelo con aire de aviones prontos a salvar esquinas y distancias.

Todos los cafés de la Puerta del Sol tienen su psicología especial de las tres de la mañana, según el esquinazo en que están. Hay alguno en que no se puede entrar, porque toda la gallofa se desempupila con gesto desorbitado y grotesco, creyendo reinar en la noche, y hay algún otro en que hacen tiempo para lanzarse a la calle los de las tres y media.

El café de Lisboa es el más sosegado, y su luz es la del último foyer de la noche, clara luz de posteatro, sitio del pisolabis en la estación de la madrugada para los últimos trasnochadores tranquilos.

Es en ese momento cuando entra la Loreto y Chicote, seguidos sólo de dos íntimos amigos.

Es grato ver aparecer a la actriz, que adomina todos los días de Madrid desde hace años, y que es la más popular «cómica

de barrio» del pueblo de Madrid, y a Chicote, el inofensivo oso de la villa y el madroño, inimitable en ese aire buenazo y fondón del actor oseznizado de madrileñismo.

Este último chocolate de Loreto la mantiene entendida en la noche madrileña, pues es ese que se toma el chocolate del resumen y del conocimiento de la Puerta del Sol de cada día, esta Puerta del Sol que es como el centro de todas las plazas mayores de España y como la placa impresionada por la *vera efigies* ibérica.

Muchos días hace mucho frío —porque este chocolate comienza en otoño y acaba en primavera—; pero eso no le importa a la menuda actriz, que llega envuelta en cuello de piel y metida en sombreros que lleva muy hundidos, toda ella con un aire serio de madrina del morir de cada día en la plaza máxima.

Yo voy de vez en cuando a este café vacío y luminoso de las tres de la madrugada para hacer mi resumen de un día más de España y para ver ese momento en que la molesta actriz mantiene su tradición, metida ya en el anonimato, cuando los cómicos quedan más pálidos y dramáticos, momentos antes de irse a acostar, cuando se retiran en los últimos ómnibus en que los vio Daumier, o cuando, yendo a pie para alargar la noche, se miran a las estrechas lunas que quedan en algunos escaparates, espejeando la ausencia de transeúntes, y se dicen el monólogo supremo que Villiers sorprendió como nadie una noche de frenesí en el actor de retirada, embozado de no sabe quién, convertido en su espectro y en nadie, él y otro, equis más equis.

Van a ser las tres en su reloj de dos esferas. Ya los camareros están copando todas las botellas de agua, y el sereno, con aire de sereno de epílogo teatral, se toma el café del regalo para que cuide despabilado y avizor los cierres metálicos del café.

De tres a cuatro del amanecer.—De tres a cuatro en primavera o verano, porque después viene eso que yo llamo «madrugada o vísperas del alba»; y de tres hasta que llega ese momento, más tardío en invierno, la Puerta del Sol tiene una hora ensoñarrada, indecisa, antesala de las otras horas con más matices personales que vienen después.

En esas horas se pasean algunos por sus andenes medio apagados y casi solos. Los periódicos ya no se vocean. La puerta de Gobernación está cerrada. Son las pocas horas en que desca-beza una especie de sueño, aunque escucha durante él las palabras de esos dos que pasean sin parar de contarse mentiras.

Superfluidades, boberías de tontos, que entretienen una noche, que no dejan acostarse, que hacen que los dos se vayan a su casa en plena aurora. Se ve que lo que tienen es la gana de estar, de seguir estando fuera de casa, en la compañía de la ciudad, en la Puerta del Sol, haciendo amistad como quien hace bíceps.

Todos los detalles, cada uno en sí mismo, viven para sí. Está un poco disgregada la Puerta del Sol en estas horas, y cada cosa duerme y se mete en sí.

Es cuando toman, los más privilegiados o rumbosos, todos esos coches que están parados a su alrededor. Es graciosa la escena, cómo se meten en el taxi con aires de entrar en una carroza, y después de dar un saltito o respingo dentro del coche, ella y él asoman la cara para ver a los que se quedan.

Ni en Nápoles, ni en Lisboa, ni en París hay nada que viva espléndidamente más allá de las diez de la noche.

Sólo la Puerta del Sol está en vela de alegría hasta las cuatro, hasta las cinco de la madrugada, consolando la noche, que es la que necesita más consuelos.

La plaza de la Ópera, de París, a las doce de la noche está solitaria, sin guardias, con sólo tres o cuatro misteriosos caballeros que toman a todo transeúnte por inglés o norteamericano, e insisten en hacer sus proposiciones en cortas y secas palabras inglesas, dejando una mordedura de tristeza y vergüenza en el que pasa, cruzando de acera en acera con el persistente ofrecimiento.

Sólo la Puerta del Sol deja que el ciudadano campee inocentemente bajo luces llenas de hilaridad, en rebeldía de los que se han acostado en sombríos interiores.

De lo que más se asombra el extranjero es de esa animación en el gran salón de la calle, de esa perenne toma de posesión de la vida, de ese asesinar la noche en el campo de batalla de una plaza.

—Vea, esto es único —le he dicho al francés maravillado.

No es raro que los zocos vibren de día en congregación de vida animal; lo raro, lo victorioso, lo que eleva al hombre de su condición de animal de manada, es cordializar la noche, dominarla, desdeñar sus consejos de sueño y covacha.

Mi orgullo de madrileño está en las tres de la mañana de la Puerta del Sol, y en cuanto me encuentro en el extranjero sin poder salir más que a oscuridades y soledades en la hora del

desamparo y la angustia, vuelvo a pensar en irme, vuelvo a acariciar la idea de volver a la Puerta del Sol.

Necesito estar en esa encantadora ciudad que tiene como punto de salvación de la noche agobiadora y larga, verdadero abismo de los días, una altura de luces, un estadio de fiesta permanente, sin que haya feria ni algazara, fiesta seria que conmina el ahogo de la nocturnidad.

Necesito saber que puedo salir en la alta noche y agarrarme a las farolas de la Puerta del Sol en el miedo a morir que adensa la noche. Tres, cinco, diez vueltas a la Puerta del Sol, y volver a casa animoso, victorioso de la tiranía de la noche que todos acatan guillotinado en agonía de sumisión. (Cada tres vueltas son un poco más de un kilómetro.)

Los que están allí haciendo guardia, sin otro fin que cumplir su resistencia de rebeldía, logran vencer el fenómeno anonadador de la noche, la aplastante sombridez que se ríe del mundo y lo achanta.

Admiro a esos valientes de la noche madrileña, a esos tercios voluntarios que no dan su brazo a torcer, que parecen hablar de algo y no hablan de nada, no haciendo otra cosa que no ceder, que estar presentes para que las prohibiciones humillantes de la noche no se salgan con la suya.

Algunas esperan a los que empalmen su vigilancia, a los primeros madrugadores, y así Madrid es ciudad tan avizora, tan invencible por las tinieblas, que nunca tiene ese aire entenebrecido que tienen aun de día las ciudades que no han quebrantado la noche colectivamente, en medio de la calle, en el sitio más céntrico de su población, donde está su corazón, pues no sirve cierta animación en los barrios de los juerguistas, o a puerta cerrada en los *cabarets*, o en los cafés que no se cierran en toda la noche.

Nadie agradecerá lo bastante a esos vigías de la noche su velatorio sin pago ni fortuna; pero ellos son los que hacen que haya en Madrid esa alegría ininterrumpida, esa corriente continua de gozo ensamblado, en que voltejean los días sin el apagamiento de la noche que deslazona la vida.

Todo en los días es monótono e idéntico en todas las ciudades. La rutina y la cosa consuetudinaria hace que las multitudes converjan, se apelotonen y se aglomeren en los centros urbanos. Se obedece a la fatalidad de la mañana y de la tarde de un modo colegial y sin mérito.

Lo bonito es suplantar a la noche, desobedecer la fatalidad aviesa, no romper el corro, ganar a la inercia su imposición.

El estar despiertos en una continuidad solífera que hace a la Puerta del Sol más Puerta del Sol, Puerta del Sol de noche, respondiendo a su nombre con ese reflejo de la vigilia, porque la luna es también permanencia del sol, ya que su luz es luz refleja del astro que preside nuestra vida.

Si en otras ciudades hubiese un meteoro como este de la Puerta del Sol durante la noche, yo no sentiría tanto la nostalgia de Madrid; pero el mundo está vacío de una cosa así.

Se necesita un pueblo como el español, que cifre su fortuna sólo en el estar despierto sobre el espectáculo de la vida con la modestia suficiente para otras ambiciones, para que se dé este caso de iluminación vital, de rostros radiantes, de contento sencillo, condensado en la vía pública.

La psicología de Madrid y de su gracia y de su listeza incandescente está en esta asiduidad de la conversación general, del no cerrarse la vida de la calle, del haberle cortado el rabo a la noche.

El día que amanece en Madrid, su alegría clara y diáfana se surte de esto que pasó anoche en la Puerta del Sol, gracias a los que no la dejaron sola y no la dejaron enfriar.

En la vida de casi todas las ciudades sólo las fiestas solemnes logran encender la fluorescencia total de su poblado, pues las noches son tan aciagas como las huelgas que apagan esos hornos que después tardan en volverse a encender meses enteros.

El carilleno rostro de muchos pueblos de España no recobra su resplandor más que cuando llega el santo de su patrón. Sólo Madrid tiene su faz jovializada a diario, porque la candela de su despreocupado buen humor no se deja dormir y es atizada sin tregua.

¡Que se prevalgan todas las mañanas de esta acuciosidad de los noctívagos portasolinos! Don Pelayos de la noche, sólo gracias a esa persistencia de su fe logran la unidad de la patria, la esperanza ibérica en un vivir frugal con el dominio de la tierra de frontera a frontera, sin más señorío que ese simple dominio.

Mi orgullo ante los turistas es el presentarles este fenómeno desconocido en el mundo, esta serenata formal, esta sesión de un parlamento callejero que no columbrarán por más viajes que hagan.

Difícil me es mantenerlos en pie hasta tan tarde; pero pro-

curo entretenerles con mi conversación, darles el *pase del reloj* cuando veo que van a hacer el gesto de irlo a sacar, evocar lo más pintoresco de su patria cuando más tarde se va haciendo, hasta que ya hacia las tres y media les hago desembocar en el coso alegre, y señalándoles el reloj les doy el susto de la hora, para después compensarles con la indicación de los hombres sin miedo y sin prisa que deambulan o que están quietos en las aceras, satisfechos de haber perdido el último tranvía porque aún les queda media docena de cigarrillos en el bolsillo para un buen rato de fumar, y si ya no tienen más que una cerilla, cuentan la ventaja de que en Madrid es fácil pedir lumbre y nadie se espanta de ese acto, como en el extranjero, y se da el cigarrillo con la sonrisa complaciente de haber dado a otro fuego.

GREGUERÍAS DE LA PUERTA DEL SOL

Por la Puerta del Sol es por donde los días nublados se abre el cielo, cuando se abre. Por la linterna de esa gran bóveda es por donde sale el sol los días de tormenta.

* * *

La Puerta del Sol toma un aspecto de capea de pueblo, de capea en una plaza grande de un pueblo grande, como las que se celebran en Medina del Campo. El toro no se sabe dónde está; pero está, y toda la lidia tiene esa desorganización, y esas huidas, y esos prontos, y esos respingos de toda la muchedumbre que baja a las plazas en las capeas.

* * *

En la Puerta del Sol es donde cogen el último coche los juerguistas, dando el portazo de despedida desgarradora a la noche.

El día de frío echa a la gente de la Puerta del Sol y la deja despejada, como si los guardias civiles del frío hubiesen dado una carga con sus espadas desenvainadas.

* * *

De esta luz que hay en la Puerta del Sol y de esta alma tenue y numerosa que la llena, suben a su altura unas ráfagas que son una aureola inconfundible para todo el que la ve desde lejos. Esa niebla de luz, ese cráter de luz, es lo que primero adivina el que ve a Madrid desde el tren. «Allí está el pensamiento de la ciudad», piensa.

* * *

Los días de niebla es cuando mejor se ilumina. Se ilumina su cielo como en un día de nieve, con ese color sucio y lustral de la nube de nieve, que no dice lo que va a salir de ella. Parece que tiene iluminación cenital, aunque sucia, la claraboya de cristales de la Puerta del Sol.

* * *

Al reloj de la Puerta del Sol no le sale en la alta noche tono de luna, sino de sol, y hasta tiene manchas como él.

* * *

La Puerta del Sol está llena de peluquerías abajo y de fotografías arriba. Esas grandes letras blancas que caracterizan a las unas y a las otras, la llenan. En esas peluquerías hacen cortes de pelo magníficos, pelan las nuca como en ningún sitio, dan lecciones muy cultas que añaden cultura a las cabezas, descargan las patillas con esa transparencia que sólo en Inglaterra saben.

Las fotografías, en cuya alta guardilla pone «HAY ASCENSOR», van tragándose gente en sus portales, y aunque no se nota, suben a retratarse filas enteras de gentes, que después se encuentran en las antesalas de los fotógrafos, donde se retratan unos a otros con la mirada.

Siempre han estado llenas las alturas de la Puerta del Sol de fotógrafos.

Pérez Escrich escribió sobre ellos:

... Pongo mi fotografía
allá en la Puerta del Sol,
y ya soy lo que se llama
un conocido escritor.

* * *

Los entierros célebres tienen que pasar por la Puerta del Sol, y la llenan del aire histórico de los días heroicos. Parecen barcas adornadas en un ancho estanque. Se ve su riqueza, la importancia de sus coronas y todo detalle a su paso por la Puerta del Sol, gran antesala de los Campos Elíseos de los héroes.

* * *

Las mujeres, de tantos piropos como las dicen, pasan la Puerta del Sol sonriendo y como pisando huevos llenos de *confetti*.

* * *

—¡Para canto y piano! ¡Para canto y piano! —es otro de los actuales e insistentes gritos de la Puerta del Sol, lanzado por un vendedor que presenta al público un montón de partituras con portadas vistosas, en las que triunfa mucho el amarillo.

* * *

La duquesa de Santoña llegó a ser dueña de tan numerosas casas de la Puerta del Sol, que la llegó a tener por el «patio de su casa».

* * *

El día de la declaración de la primavera, la primavera fija su bando en la Puerta del Sol. Se ve, entre otras cosas, que todos han dejado el capote de paseo, y han salido a bregar con el día, como en la primera becerrada que Dios envía —becerrada a

veces trágica, llena de cornadas de pulmonía, porque sale bravo el becerrete.

* * *

—¡Tratado completo de Contabilidad por partida doble! ¡Tratado completo de Contabilidad por partida doble! —así, interminablemente, sin puntos suspensivos, entre retahila y retahila, éste es el grito que más insistente queda en nuestra memoria de los que se lanzan en la Puerta del Sol. ¡Terrible invitación a la carrera del Comercio!

* * *

La Puerta del Sol ha llegado a ser un dechado de anuncios luminosos, sobre los que se destaca la cebra del Cinzano y el reloj luminoso, siempre en las tres y media.

Sus diademas de anuncios se encienden y se apagan como en lección inestable para todas las memorias, y la escritura eléctrica de las noticias luminosas mezcladas de anuncios que van de derecha a izquierda hace que huyan las letras por donde no debían irse, hacia lo no nacido, a lo no escrito, al sitio del escenario al que no debían ir.

Algunos anuncios luminosos, como el de emplastos, dan calor al lado que más enfría el invierno, y el del purgante, tan repetidamente repetido, llega a purgar al que se fija en él demasiado.

* * *

Plaza sin estatua, sólo admite el caballo y el jinete de la autoridad viva, nueva estatua del gran Coleone, pero sólo por cómo colea.

Lo único legítimo de la Puerta del Sol, con aire auténtico de otro tiempo, con el tropezón del brazo del tiempo que pasó, es la esquina de Gobernación con la calle de Carretas.

* * *

Una pedrada en la Puerta del Sol mueve ondas concéntricas en toda la laguna de España.

* * *

Yo, que resisto hasta veinte vueltas alrededor de la Puerta del Sol, conozco bien todos sus paños, tan distintos; sé dónde está Cinelandia, y sé en qué sitio puedo encontrar tal revista.

Llevaré dadas más de veinte mil vueltas a la Puerta del Sol, casi un *record* o, como se dice ahora, una «marca», que desafío a que se me machaque.

* * *

Siempre hay en la Puerta del Sol un vendedor de esos ratones pardos que corren sobre dos ruedas de plomo activadas por dos gomitas que se enrollan. Tiene por misión que la plaza central esté enratonada y que no desaparezca la primera picardía del juguete mecánico.

* * *

Parados junto a la esquina del ministerio de la Gobernación se sabe lo que va a salir en la *Gaceta* (por eso está tan vigilada esa esquina), y se sabe a qué hora comienzan a salir anarquistas por la puerta del «Metro».

* * *

Cuando se construyó el «Metro», lo más difícil de curar en el subsuelo fue un manantial que surgió en medio de la Puerta del Sol, como si le hubiesen herido la aorta, que no había manera de cegar.

La casa estrecha de Teléfonos fue la última que se perdió de cuando la Puerta del Sol era plaza de pueblo. ¿Quién iba a decir que de madre tan flaca saliese hijo tan potente como el rasca-cielos de la actual Telefónica?

* * *

Los que se estacionan en la Puerta del Sol durante todo el día ven lo que se puede llamar un día político de España.

* * *

El hombre que imita el canario y el jilguero en la Puerta del Sol le da un aire pajarero y alegre. Más que vender lengüetas para la imitación de los pájaros, parece tener una misión del Ayuntamiento para jovializar la capital de las Españas. Día tras día, desde hace muchos años, lanza sus trinos ese buhonero en su esquina de la paciencia. Ya lo hace mejor que un canario de verdad.

* * *

Uno de los espectáculos más divertidos de la Puerta del Sol es cómo desaparece la gente en cuanto hay un chubasco. Es como si hubiese salido un toro en la Plaza mientras el público se solaza en sus arenas antes de comenzar la corrida.

* * *

En la España que ha de replegarse sobre sí misma, todos los jóvenes tienen ambición covachuelista, y de ahí que las academias para las pequeñas carreras o para las rápidas oposiciones hayan tomado la Puerta del Sol.

* * *

Hay un castizo que se compra en la Puerta del Sol unas gafas ahumadas y va presumiendo de ver paisaje de tren por todos lados. Es una manera práctica de veranear.

Ningún sitio ciudadano y civilizado como la Puerta del Sol que tenga tan gran altura sobre el nivel del mar, siendo orgullo de mi bastón de «cicerone», ya que no pueda llegar a Cicerón, señalar la cartela que dice: «650 metros sobre el nivel del mar.»

* * *

Los que tienen fobias, por donde más difícil les es pasar es por en medio de la Puerta del Sol, que despierta y azuza todos los reflejos.

* * *

El tejado de Gobernación es como retejado tejado de pueblo que hace centro de ferias villanas a la Puerta del Sol, y la puerta de Gobernación, si bien nos fijamos, tiene tipo de puerta de parador.

* * *

Pensándolo bien, la única sorpresa y la única distancia entre un tiempo y otro está en las luces; pero démonos cuenta de que en su época de luces de aceite tenía gas y electricidad gracias a las tormentas, que donde celebran sus mayores corridas, con más rafagazos de dagas eléctricas, es en su coso.

* * *

Las almas de los «sablistas» muertos flotan en la Puerta del Sol.

* * *

El único sitio público en que hay almanaque y se sabe la fecha del día y el mes y el año en que vivimos es en la Puerta del Sol, pues lo hay al público en la tienda de joyería esquina a la calle del Carmen. Eso de que sólo nos den la hora las altas esquinas hace que vayamos perdidos y sin fecha por las calles; conflicto de perdición que llega a su colmo, como si nos

hubiéramos caído por escaleras de siglos, cuando se nos olvida el año.

* * *

Últimamente, en un reportaje que hice por radio sobre la Puerta del Sol, hube de inaugurar sus nuevas y esplendentes farolas, erigidas en diciembre de 1929, con el siguiente discurso que recogió el micrófono erguido en la acera del café de Levante:

«Aprovecho la ocasión de estar en la Puerta del Sol y frente a una de las nuevas farolas para sentirme descubridor de lápidas y monumentos.

Todos estos días me daba pena ver estrenarse sin zalagardas, silenciosamente, estas farolas ultravertebradas.

Las farolas debían inaugurarse con un discurso de apertura con mucha más razón que los monumentos, que no tienen ninguna luz, y que muchas veces están dedicados a espíritus apagaluces.

Estas farolas recientes de la Puerta del Sol marcan un momento solemne en su evolución, pues sólo gracias a la luz puede ensancharse y superarse ya.

Esta farola a la que dedico mi apología traerá claridad a los asuntos nacionales, y es antioscurantista por excelencia.

Monumento al porvenir, que va a ser al que va a iluminar principalmente, dirá todas las noches nuevos sucesos del tiempo, y nos permitirá que despleguemos los periódicos del resumen y busquemos en sus páginas lo más destacado, en ese rico instante de enfocar en plena Puerta del Sol las suculentas hojas de la actualidad.

Queda inaugurada esta farola nueva, que sólo lleva diez días de uso, “gran farola” por lo mismo que llamamos a un hombre “grande hombre”.»

* * *

Los anillos para los paraguas son como las sortijas de alianza en la boda con el verdadero otoño.

Hay unos hombres modestísimos, sombras de ellos mismos, que venden estos anillos, siendo su pregón el más importante de la Puerta del Sol, el que la acompaña los días húmedos del invierno.

El que quiera ponderar bien España tiene que tener en cuenta la importancia que tiene un vendedor de palillos o de gomas para los paraguas.

Se nota que comienza la humedad del otoño al oír en la Puerta del Sol el grito más pobre del mundo: el pregón de los anillos de goma.

En un barómetro de la Carrera de San Jerónimo señalo yo a mis amigos una clase de tiempo que se especifica en él y que siempre nos deja maravillados, «tiempo de gusano de seda», verdadera temperatura cordial, con suavidades de almohadones raseños.

En el mismo barómetro hay otros tiempos, como el «Senegal»; pero debía figurar entre ellos, como señal para que pasase por ella, en estos días, la flecha indicadora: «Tiempo de anillos para los paraguas.»

El vendedor de anillos para los paraguas es el chino de Madrid, y sostiene su palito lleno de redondelitos de goma negra como si sostuviese una vareta con liga y esperase el pajarillo de su caza.

Es notable ver durante todo el invierno a ese hombre en pie, que parece estar amaestrando sus anillos de goma, como encantador de serpientes que mantuviese a sus sierpecillas —verdaderas lombrices de tierra— en la actitud más estática del mundo, mordiéndose la cola apretadamente, sin soltarse ni bajo la presión del más abierto varillaje.

Parece que estos hombres ultramodestos y pacientes han buscado por el campo preotoñal la otra especie que corresponde a la del grillo en las praderas estivales: el gusanillo tierno de humedad que sacan de sus agujeros entre la hierba con sus bastoncitos de buscaanillos.

Para comprender bien a España hay que darse cuenta de que el grito más alto y más insistente de la Puerta del Sol desde hace bastantes años durante el invierno es el de «¡Gomas para los paraguas!», y añadir a esa observación que no disuena en los oídos indígenas retahila tan miseraria.

Entre nuestras grandes industrias, detrás de las que no hay *bluff* ni posibilidad de ruina, está la de los anillos para los paraguas, anillos de nuestra ambición, alianzas negras del estar agachapandados.

Yo conozco una vereda tranquila que atraviesa la Puerta del Sol. Por esa vereda se puede ir despacio sin ser atropellado, con tranquilo ademán, mirando con ironía a todas esas gentes apresuradas que muy cogidas de la mano pasan como atemorizadas ante una carga de la guardia civil montada.

Yo, como un pastor de la Puerta del Sol, tomo el camino estrecho, disimulado, sin otro dibujo que el de mi brújula de conocedor de la gran plaza, de técnico de ella.

Parece que tengo un pase especial, una autorización en regla para poder seguir ese camino; pero no es eso: es que yo me lo he buscado, que yo he pasado muchas veces por la Puerta del Sol buscando esa vereda, que sospechaba que había entre la maraña de los coches, porque por todo el trayecto que la dibuja es por donde los coches nunca tuercen, nunca pasan, nunca acometen. Hay hasta costumbres, rutinas que no ha formado nadie, que no se suponen, pero en las que hondamente coinciden todos.

La vereda de la Puerta del Sol es, claro está, sólo para un pasajero, no para que pase una familia ni un grupo de amigos; no vale más que para mí. Ni en fila podríamos ir por la vereda, porque entonces la mirada felina de los automóviles nos vería y arremetería contra nosotros, atacando la vereda.

Esta vereda aprovecha de tal modo los errores de diferencia, las cortedades del volante, el vuelo relativo de los guardabarros, que está garantizada. Es, por decirlo así, una vereda científica.

Hasta cuando riegan la Puerta del Sol queda ella sin regar, seca, blanca, empolvada.

* * *

La red de cables de los tranvías que cubre la Puerta del Sol parece la red para los aviadores que puedan pasar por encima de ella, o para que no se mate tampoco ese ser que hace ejercicios sobre el gran circo.

También parece la gran tela de araña con que las Compañías eléctricas tienen cazados a todos los ciudadanos.

* * *

—¡Lacres, botonaduras, llaveros, «Los sueños de Quevedo»!
—gritan en coro inseparable en un rincón.

—¡Gomas para los paraguas! —grita otro.

—¡Gomas para las carteras! —grita otro que luce unas hermosas gomas anchas y rojas, que a veces algún castizo sibarita usa como ligas, y hasta debe haber alguna sílfide, también castiza, que las use en vez de faja ni corsé para mantener su ideal cintura de avispa.

* * *

Las chicas que van a entregar, no se sabe cómo se las arreglan que siempre pasan por la Puerta del Sol.

* * *

En todos los pisos en que no hay anuncio luminoso, se encienden y se apagan todos los cristales.

* * *

A los ciegos tienen que pasarlos por la Puerta del Sol entre tres.

* * *

Ese queso de bola del juguete nacional que es el reloj de Gobernación, a veces se mete entero en la boca de los que esperan que den las doce para ver caer la bola... ¡Aaaaah...!

* * *

En la Puerta del Sol es donde se corre el secreto de la «Cooperativa lotera» —sociedad con veinte millones para ganar siempre a la lotería.

* * *

En la Puerta del Sol se corren las navieras del Manzanares. (Cuando hubo la moda de las «navieras», como antaño hubo la de las «azucareras».)

—Ustedes dirán —parece que decía el negociante— que las navieras son de mar... Pues no, esas acciones son también del

río... El pescado de mar es estupendo; pero no olviden que en el río se dan las truchas...

Estos lanzaacciones de la Puerta del Sol tienen libretas de acciones como esas que hay para las participaciones de la lotería.

—¿Quiere usted que consigamos una fortuna? Yo puedo conseguir la exclusiva del juego de dominó en España... —se oye a otro.

Siempre hay «picantes» —que es como se llama a los incautos que pican en un negocio.

* * *

—Pagaron como unos «músicos» —se dice también, por hablar más chulamente que Muley-Hafid.

Hay el que quiere fundar «La Interurbana del Hogar», sociedad para poner teléfonos de cama a cama.

* * *

Roban relojes constantemente en la Puerta del Sol, y al ser robado me parece que oigo a un humorista:

—Lo que yo siento únicamente es que lo acababa de poner en hora.

* * *

Si antes se sentaban todos los que podían alrededor de la fuente, hoy sólo se ve algún paleta, muerto de cansancio, que se sienta en el tramo bajo de la acerca.

* * *

El día último de año es el día más solemne de la Puerta del Sol ahora.

Por todas las afluentes a la gran plaza van llegando gentes en esa avalancha de la curiosidad la noche del fuego, de los fuegos artificiales o de las iluminaciones. Sobre todo por la calle de la Montera, el mundo es espeso, y los pasos alterados del ir bajando una cuesta entrecortan de ese modo especial y alternante las conversaciones.

Ya en la Puerta del Sol todos, a las doce menos cuarto

preparan las doce uvas que llevan en un papel, aunque haya señoritas que van con un teniente y varios señoritos que las llevan en una cestita con un lazo rosa o azul enorme.

El reloj de Gobernación suele estar iluminado con una guirnalda de luces, y la bola tiene una corona de bombillas blancas, como si fuese una Virgen.

El gran minuterero camina sigilosamente hacia las XII, pasando de puntito a puntito, en los parpadeos, cuando nadie lo ve. Por fin llega. Todos tienen la uva en la boca, como si fuese la cápsula de la purga.

A la una,

A las dos

y

A las tres.

Y suenan las doce campanadas, y a ciegas, como se toman las cápsulas de aceite de ricino para no saborearlas ni desanimarse, con esa precipitación se toman las doce uvas. Realmente, lo que han tomado no han sido los bombones naturales que son las doce uvas, sino la medicina para que el año sea de buena suerte. La bola, mientras ponían los ojos en blanco mirándola, ha caído por la escala de campanadas de las doce y sus bombillas eléctricas también.

Todo el público después se chicolea entre sí, y los ojos de lobo van buscando los rostros de mujer en la oscuridad, iluminados con ese tono esclarecedor de los escarabajos.

* * *

Los días de Nochebuena y Reyes también han sido célebres en la Puerta del Sol. Son días de sartenazo limpio, en que un ejército de sarteneros desemboca en la Puerta del Sol. El ruido es infernal, más que el de la Befana en Roma. Las grandes latas, como timbales monstruosos, atruenan el aire.

Todos los que no encuentran la alegría cierta en sus casas, vienen a buscarla a la Puerta del Sol, y como no la encuentran la inventan y protestan de que aun inventada adolezca de los mismos defectos que en su cuchitril.

«Pam-pam-pam» hacen las grandes latas, y las inmensas zambombas, como tientos de hortensia que sonasen, rebuznan con su tono reventón y nasal.

Las faldas cascarriosas revuelan, y los zapatos, que parece

que se quedan detrás del que corre por los zancajos que les salen como espuelas miserables, tienen una gran expresión en los corros. Todas las filas de cogidas del brazo parece que resbalan y se caen en los infiernos. Poco a poco se van desparramando por todas las calles, sonando sus almireces, sus panderos, sus latas de petróleo, sus zambombas hechas con grandes tambores, como protestando de las fiestas íntimas que se celebran dentro de los hogares confortables, como queriendo ser inoportunos y amenazadores en el fondo de las casas burguesas, y no porque su miseria sea mucha, sino porque son groseros, insensatos, viles, y así como hay muchos de ellos que saben gozar su modesta posición con una absoluta dicha, ellos son los que dan mala vida a esas esposas que arrastran en la carnestolenda de la noche de Reyes y no han sabido nunca hacer sonreír de felicidad su casa.

Sólo a veces en esa fiesta de Reyes el Ayuntamiento prepara cabalgatas, y pasan unos tíos muy altos sobre los camellos, que anuncian un betún los demás días del año, tíos muy serios, con unas barbas muy postizas y muy largas.

* * *

Las demás noches en que se anuncia el paso de un cometa por la Puerta del Sol, son noches de juega desesperada, pues allí se reúnen todos los que tienen que animarse y quitarse el miedo a morir, ya que siempre va unida la aparición de un cometa con la idea del fin del mundo.

Falsos astrónomos, vestidos con un traje bordado de estrellas y un gorro en forma de cucurucho, se suben a un pedestal, y con un falso telescopio miran al cielo asesorados, ayudados y jaleados por esos secretarios que tienen estos grandes payasos, como los que hacen de gitanos del pandero en Carnaval, y que siempre tienen un modesto oso silencioso, abnegado y leal a su disposición, como el criminal que cuenta con cómplices.

* * *

Los días de eclipse también escoge la gente la Puerta del Sol para presenciarlo, y con los anteojos o los cristales ahumados

hay una graciosa humanidad que mira ese crepúsculo súbito que, desde la Puerta del Sol, parece ser mejor visto.

* * *

Hay unos ciudadanos que se creen con derecho a las ventanas de los cafés de la Puerta del Sol, y son verdaderos conquistadores de esos puestos estratégicos. Los de los cafés de la Puerta del Sol son verdaderos tipos de capitanes y sargentos de los tercios de Flandes.

Si el abonado a esas ventanas centrales del mundo ve que se ha sentado otro en su lugar, no dudan en acomodarse a su lado.

«¡Es mucho una ventana a la Puerta del Sol para que cualquier advenedizo se crea que es posible dominar el sitio de buenas a primeras!», dice con su actitud el conquistador puer-tasolino.

Es gracioso observar esa disputa muda de los dos extraños, que recelan y se miran de soslayo, dejando ir sus ojos hacia el soberbio espectáculo de la copiosa humanidad que pasa por su objetivo.

Si son unas damas las que estaban sentadas en la tribuna de honor del café, el capitán de las ventanas no se arredra y se sienta frente a ellas. Las damas comienzan a mirar al caballero con hostilidad felina, con desdén de ofendidas, y hasta se ponen la careta de ira de amadas que hubiesen sido abandonadas y ahora vilmente no habladas por quien ocupa la ventana del gran *carrousel* de la Puerta del Sol.

Inútil toda ofensiva contra el que es dueño de su ventana día tras día y tiene un derecho de ocupación, que no por no estar legislado es menos verdadero. Podemos seguir el pugilato silenciosamente, y veremos huir, vencidos, a los advenedizos, doblegados en el pulso callado e inechado que ha tenido lugar sobre el mármol indiferente.

Cuidado, pues, con los puestos de gran categoría que son las ventanas de los cafés, pues hay que ser muy bragado para ocuparlos y hay que ser diestros en despedir pedigüenos, pues todos acuden al que está en la ventana. Todos le reconocerán, aunque les sea desconocido, y es el puesto más peligroso para quienes no hayan sabido ser duros con la bohemiada de la vida.

Poco a poco se despoja a la Puerta del Sol de muchas cosas que eran sólo atributos de lujo de categoría, y se ha sustituido eso por cosas que dan a lo práctico.

Así se la quitó la fuente, que era como símbolo de los mares en su mapa, y después se la quitó la farola, que era aparato litúrgico del altar mayor de España, y que así como el estanque despenachado ha buscado el último suburbio, el farol luce en la entrada de Madrid, en la cuesta de San Vicente, con luz de Puerta del Sol para los que lo miramos sabiéndolo.

La Puerta del Sol, abandonada a sí misma y a su público, se va convirtiendo en el centro del anuncio español y extranjero, pues la cebra del vermut, sobre la que monta toda Europa y que reaparece en todos los viajes, remonta el más alto alero de la gran plaza.

Ya no es más que un escenario de las individualidades de España y un pasaje vertiginoso en que se mueven en vorágine los provincianos, que llegan en masas compactas, en peregrinación para ver la bola recién dorada.

La Puerta del Sol ya no es aquel sitio estático, a la vez que veloz, en que se veían las perspectivas ibéricas; toda ella vibra, parpadea, y las aceras tienen algo de móviles, como las de esas estaciones que evitan el estancamiento de viajeros.

Periódico luminoso de España, telegrafía en bombillas eléctricas todo lo que se va sabiendo de la vida española, de las guerras, de los crímenes y de las notas officiosas.

¡Dios salve a la Puerta del Sol!

* * *

Aquí todo el mundo tiene un proyecto de Presupuesto y un proyecto de Puerta del Sol y de ensanche.

Como se varía el decorado y la colocación de los objetos de una sala, así varían los ciudadanos proyectistas la colocación de los edificios de la Puerta del Sol y ensancharían su perímetro.

La mirada de todo el que mira la Puerta del Sol es mirada de reformador.

El reformador pondría en aquel ángulo un gran bazar al estilo de los de París, y en aquella esquina un teatro, y tiraría Gobernación y Pombo y el antiguo edificio de Telégrafos, haciendo toda esa obra para ensanchar la Puerta del Sol *aprovechando* el pequeño respiradero de Pontejos.

Los proyectistas de la Puerta del Sol son absurdos.

Para ellos todo es negocio estando en la Puerta del Sol, y hasta fundarían una torre Eiffel allí mismo, porque todos los que pasan por la gran plaza subirían a verla y, por lo tanto, sería un negocio de más de 200.000 pesetas diarias.

—Hay tanta gente que pasa con miedo por la Puerta del Sol —decía un fantasista de ésos—, que bastaría combinarse con Torres Quevedo y poner un transbordador aéreo, pasando por encima de todo peligro, para hacerse millonario...

—O quizá sería mejor —repuso otro fantasioso proyectista— fundar un Museo permanente de muñecos de cera en unas cuevas en comunicación también con el «Metro».

Todo el mundo se atreve con la Puerta del Sol, cuando lo que necesita la Puerta del Sol es conservar siempre su carácter, ese tipo espontáneo que le ha salido, esa cosa sincera y arbitraria que tiene.

La Puerta del Sol modificada sería de una mezcolanza imposible, y se quedaría vacía, situándose sus asiduos concurrentes en otras plazas viejas, como la plaza Mayor, la plaza de Oriente, la Plaza del Progreso.

Se daría el caso de que la Puerta del Sol, desvirtuada, sería una plaza silenciosa y despejada en la que se habría gastado mucho dinero en vano.

Están agarrados, los que se sitúan en la Puerta del Sol y los que bajan hasta allí, por el aspecto pintoresco, viejo y augusto de la plaza increíble.

El proyecto de Puerta del Sol de los señores Hamal y Manby crearía una plaza digna de una ciudad comercial e industrial, en que la industria siderúrgica, por ejemplo, tuviese capital importancia.

Si la Puerta del Sol hubiese llegado a ser así, ¿no tendríamos un carácter más simétrico, más ordenado y menos genial?

Probablemente.

El espíritu madrileño se habría hecho monótono, redicho y pretencioso.

Hubiéramos tenido un provincialismo rimbombante, y nuestro espíritu habría sido un espíritu de adorno.

Más vale que ninguna de aquellas mejoras que se plantearon en el pasado, ni ninguna de las que se plantean ahora, modifiquen la Puerta del Sol, cuyo sentido es el del apiñamiento, del volverse a ver, de componer la gran manifestación cotidiana de la vida.

Lo que se cumple en la Puerta del Sol es algo así como un paso de danza litúrgico, como el paso de danza de la multitud, todos dedicados a formar una especie de farándula del género humano en la que gusta conglomerarse de vez en cuando.

* * *

En la Puerta del Sol, tres o cuatro pasos de la acera del ministerio de la Gobernación y enfrente del portalón en que hay siempre dos guardias civiles, hay una pequeña piedra cuadrada del tamaño de un adoquín, en que está señalada un aspa con un ombligo en la intersección de sus líneas, como si eso quisiera significar que se trata del ombligo de las distancias españolas.

Esa piedra grabada con un aspa en incisión imborrable, y que han respetado los primeros adoquinados y después los asfaltados de la Puerta del Sol, volviéndola a incrustar en su sitio, como en centro crucero de circunferencias y mediciones, es la referencia madre de las carreteras de España, pues en su agujero se coloca el regatón de la larga cinta magnética que mide los caminos. Algo así como la piedra filosofal: la piedra kilometral.

Cuando en la estrada y sobre el mojón o la pared blanqueada de la casilla leáis: tantos kilómetros a Coruña o tantos a San Sebastián, el punto de partida de esos kilómetros debéis verlo bajo la luz de la Puerta del Sol, como una huella del talón del hidalgo madrileño.

Como todas las cosas requieren principio, hay que saber que el de las excursiones está en ese modesto epicentro, en esa taba príncipe de la dorsal de las leguas, que para no ser una pieza política está fuera del ministerio de la Gobernación.

Merece que descubramos esa piedra de vez en cuando, y como los gimnastas luden sus pies en esa especie de ladrillo blanco, que da a su salto beligerancia, ludamos los nuestros contra esa piedra votiva del buen viaje.

Así, toda excursión que quiera tener la equidad de los kilómetros en que dice haber consistido, debe partir de ese sitio signado y acabar en él.

Ya sé que sería un conflicto más para la aglomeración puer-tasolicia si todos los coches que parten o que llegan buscasen ese trecho; pero sólo propongo tal cortejo de las distancias a los cronometradores puros.

En la liturgia del paseante sacerdotal de la Puerta del Sol



está el encararse en forma con esa piedra natal de las distancias, cuna de las trayectorias, de la que se siente orgullosa la plaza central por ser la depositaria.

El compás móvil de los trazados ahinca la punta de su pie derecho en ese sitio y gira como un aparato imaginario en rededor de él, sobrepasando tejados y horizontes.

Ninguna piedra más importante para la sortija de la corte. Enseñémosela a los paletos para que abran la boca con razón. Una piedra preciosa de esa categoría no la hay sino en Madrid, y eso sí que da valor de capitalidad a la corte.

Si la Puerta del Sol no está en el centro matemático de España, esa piedra de comienzo le da la centralidad básica.

II

LA CUESTA DE LA VEGA Y EL BARRANCO DEL MORO

Vamos a ahondar en el paisaje tosco del foso madrileño, donde palpitan sus rusticidades mayores, y en ese descenso somos mucho más vasallos del rey que está asentado en lo alto del enmarañado Campo.

Vamos adentrándonos en la entraña castellana de Madrid, como yendo a buscar la perspectiva de su ingencia desde su profundidad. Hacemos el zigzaguo de este camino de ciudad antigua, el único camino que le queda a Madrid tan en su falda, al margen de su vida encubierta y cortesana.

Toda la base de Palacio es intrincada, es como barrancada abrupta en que hasta es posible que viva el dragón. Los alcázares —y los palacios que tienen asiento de antiguo alcázar— se erigen sobre fondos así de intrincados. El modelo de ellos es el que sirve de derrumbadero al Alcázar de Segovia, abismático y clamoroso, porque el Clamores lo atraviesa sombrío.

La perspectiva de la monarquía se obtiene desde el fondo del Campo del Moro. Sentados en sus bancos, podemos obtener la visión abrupta, accidentada, resuelta, de la historia de España y, sobre todo, de la historia de Madrid. Es el sitio más valiente, virgen y selvático para ver con más carácter la villa y corte. Parece que hemos fijado allí la tienda antes del ataque.

Tan fecunda era la sombra nutricia y rústica del Campo del Moro, que hacia allí bajaban las vacas de la villa y en cierto tiempo bajaba a aquel barrancal una tropa de guadañadores que esparcían con la hierba vencida y cortada un olor gustoso, de degollación de hierba, de humedad aliñada, de sabroso vegetarianismo para el olfato.

Los guadañadores pasaban allí muchos días afilando con sus piedras de hombres primitivos las hojas curvas y largas de sus guadañas. Todo el Campo del Moro sonaba a afilamiento de gumías torvas, capaces de hacer la barba al rústico y espontáneo

jardín de hierba. Era entonces también campo de moreras muy negras, que daban moras como yemas de dedo gangrenado después de un pinchazo infectado. «¡Moras del Campo del Moro!» pudo ser el pregón castizo de aquellas moras, cuyo mosto espeso se pegaba a la taza blanca en que se servían.

Los zarzales revueltos, despeluchados, tenían allí abajo ardor de pelambre habitada. Siempre fue el andurrial inevitable aquel paraje.

Hoy, en estas cuevas primitivas del viejo castillo, se dan baños de sol los pobres que parece que piden limosna, enseñando la pierna huesuda y seca, que es la fortuna de los desdichados, y que, observando mejor, se ve que no enseñan al sol la pierna huesuda y seca, sino una pierna un poco amoratada, pierna enferma aunque dotada de una naturalidad que hace que dé más asco y grima que los que producen las piernas secas y roídas, purificadas en su momificación.

Urbanizado Madrid, con escalones en sus cuevas, con disimulaciones para sus pretiles, esta Cuesta de la Vega y Campo del Moro quedan como estaban.

Ahora están cerrados aquellos jardinillos, en que dormía a pierna suelta el pobre Fidel, y el borracho, y el mozo de cuerda que había hecho rabona a su deber, y cuyos sueños fueron tan terribles y pesados, que aun reposan en los bancos hundidos en la gran barbechera de esos jardines.

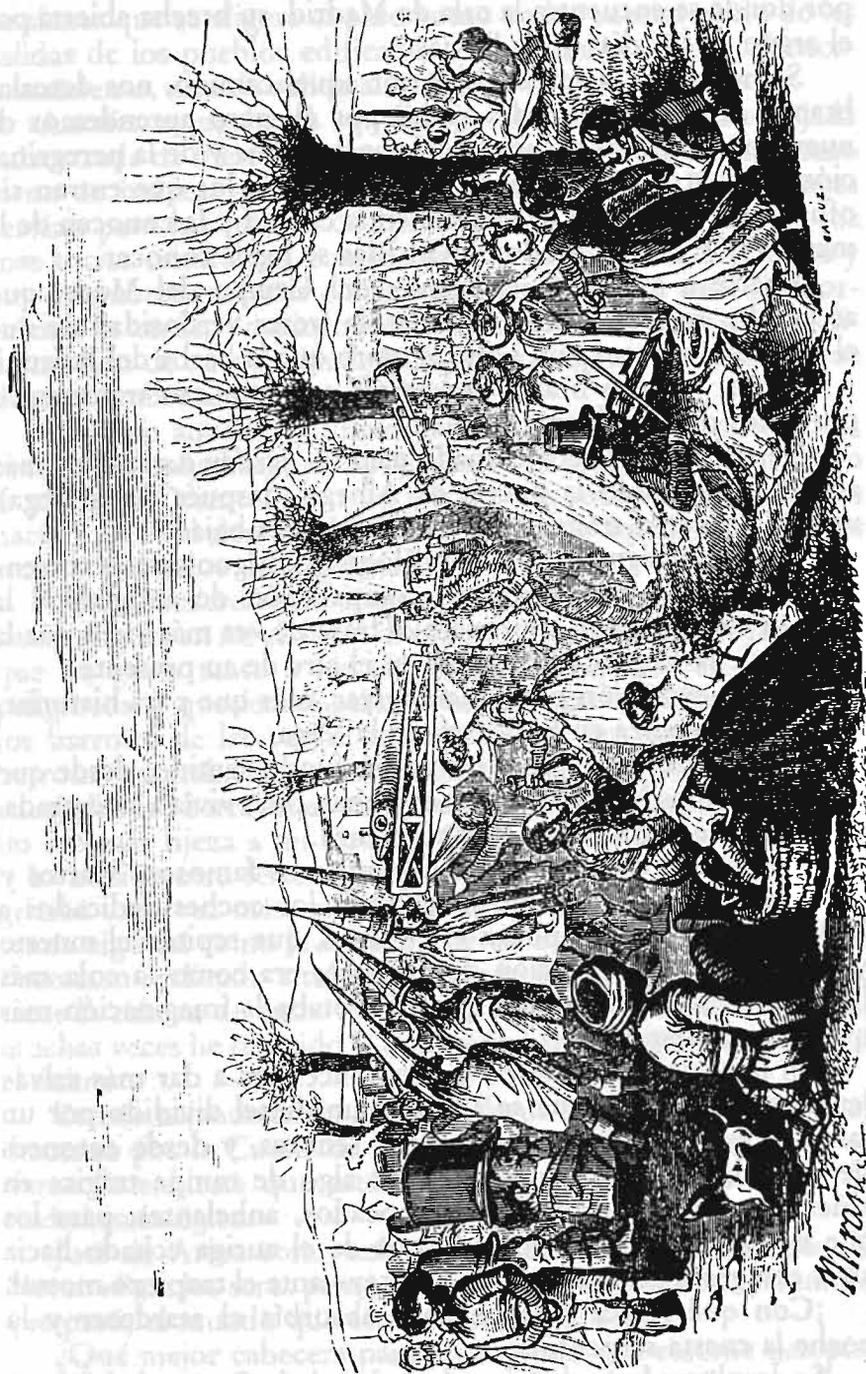
El cristiano sigue teniendo gran asco a las cosas del moro, y no hay jardinero mayor que cuide aquellos jardines en que se sentía el fondo indígena con ilustradora emoción para los niños.

La lagartija madrileñense se cobija en aquellos eriales cerrados por alambres de púas, y la zarzamora crece cocodrilesca y con besos de mora reventona.

Los novios más extramurales, los novios más pueblarancones, los que saben gozar más de las afueras de la ciudad, los más abencerrajes, siguen esta Cuesta de la Vega y se sientan en la soledad de sus recodos de gran escalera de la corte, extendiendo sus pañuelos sobre las piedras abandonadas, que están llenas de la arena y el barro con que parecen haber estado jugando numerosos niños.

La entrada de Madrid, el cauce que remueve tierras y abre raya en la colina, está en esa bajada del Campo del Moro.

Es de lo último que hay que demostrar al turista; pero es



El entierro de la sardina



por donde se encuentra la cala de Madrid, su brecha abierta por el arado de los días y las lluvias.

Se nos tizna la tez al bajar por aquel camino, nos descalabramos un poco al medio rodar por él, pero aprendemos de nuevo provechosas lecciones del vagabundaje y de la peregrinación, encontrando la experiencia antigua de los que entran sin ofuscación de tren ni automóvil en la ciudad y la conocen de la manera que sólo al modo de Gil Blas se logra conocer.

Vuelve a ese lado «cristiano» del Campo del Moro, que acotan los reyes y llenan de riego, la fresca verdosidad de que el otro lado carece, para ser más moro que la barba del Raisuni.

Moro, y moro bravo, ese paraje es y por eso transitamos por él los días de fuerte realidad.

Dejemos como acortesanado para las *garden party* el de más allá, y atravesando la puerta de Albega (después de la Vega), vamos a hacer el tránsito en vivo de la ruda bajada.

Queda consignado en este prólogo lo antiguo de esta torrentera de gentes, puesto que es comparación de antigüedad la dichosa cuesta, según la proverbial frase de «es más viejo que la Cuesta de la Vega», y entremos en el aire de su presente.

Es una excursión para psicologizar, más que para historiar, esta que comienza en la Cuesta de la Vega.

Siempre ha tenido para mí un profundo sentido, desde que a los cinco años la veía todas las mañanas, pues vivía a su entrada, en la casa de vecindad en que comienza.

Por aquella cuesta vi bajar los entierros famosos, Martos y Zorrilla, impresionándome sobre todo los coches dedicados a las coronas, que multiplican el entierro, que repiten el muerto y que, para la imaginación de un niño, era como la cola más lúgubre de su muerte, algo que alborotaba la imaginación más que el coche-estufa.

En la caída de la cuesta, que entonces iba a dar más salvajemente a un pretil, que se abría en un dintel dividido por un farol, vi estrellarse el coche de unas señoras, y desde entonces tiene también la Cuesta de la Vega algo de rampa trágica en viñeta romántica de caballos desbocados, anhelantes, para los que no sirve el tirón tremendo que da el auriga echado hacia atrás con gesto desesperado de «jockey» ante el tropiezo mortal.

¡Con qué resaca más pertinaz absorbía el atardecer y la noche la cuesta serpentina!

Se desploma la ciudad por el camino de la Cuesta de la Vega.

Se siente que se aligera el paso como en las cuestas abajo de las salidas de los pueblos edificadas en la cumbre. Tiene, el encaminamiento, aire de salida al campo.

Antaño se jugaba en aquellos jardinillos que con su forjada balaustrada de hierro hoy están cerrados por alambradas, como si no se hubiese podido hacer carrera de ellos. Ni entonces servían para los juegos. Se mezclaban a los niños limpios los más sucios miserables, con sus caras color de fachada antigua y sus pelambres rascadas constantemente. Muchos de ellos dormían a la tarde, propinándose un sueño desmedido como alimentación de su debilidad. Para nosotros, eran los moros que daban nombre al Campo del Moro.

Todo en aquellos jardines era arisco, rijoso, bronco. Pocas veces tirábamos hacia allí, prefiriendo la plaza de la Armería o la plaza de Oriente; pero un instinto de ancestral morería nos hacía buscar el demasiado fuerte recreo de aquellos jardinillos secos y poblados de largartijas.

Como recuerdo que hace más cejijunto y enconado aquel paraje, figura en mí el de un día en que, dedicado a la volatinería, que les gusta tanto a los niños, encaramándose en los sitios peligrosos y queriendo pasar como cuerpos astrales por entre los barrotes de las verjas, metí la cabeza por uno de aquellos barrotes entreabiertos y torcidos, y después no pude sacarla, encajados los barrotes en la ligera depresión de las sienas. Aquello dio más fijeza a mi idea del Campo del Moro y lo subrayó o lo metió entre férreos paréntesis. Recuerdo que la doncella gritaba cada vez más crispada de no poderme desclavijar, y yo sentía algo así como la creación de un nuevo mito tal que el de Prometeo realizado a mi costa, siendo el niño que ya no puede sacar la cabeza de entre los hierros opresores. Desde entonces, muchas veces he repetido la excursión breñosa, que deja sequizo el ánimo.

Vamos bajando hacia los verdaderos fosos de Madrid. En el descenso por la Cuesta de la Vega hacia el Campo del Moro se siente lo enhiesta que está la ciudad, su alarde castellano de ciudad estratégica.

José de Ariza comenzaba un artículo sobre el Campo del Moro: «Para los seres pensadores existen tres mundos: el mundo que pasó, el mundo que es, el mundo que será.»

¿Qué mejor cabecera para un capítulo que resume tiempos distintos? Yo lo acepto, aunque en aquel artículo sólo se exaltan

reyes y monumentos con romanticismo en que se vislumbra una noche de luna:

«*El Campo del Moro, La Tela*: al pronunciar estos dos nombres brotan de la tierra escuadrones de cristianos y sarracenos, se oye

Del Cid la trompetería,

y dirigiendo la vista hacia la ciudad árabe se ven coronados los muros, como lo ha dicho Moratín:

Ansi los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir a cercalla
Desnuda tizona y en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que llamaron Cid.

Enardecida la imaginación, resuena el pavimento herido por los herrados cascos de los armados palafrenes; se oyen sus belicosos relinchos, el estridor de las espadas, los rudos golpes de las hachas, los ayes de los moribundos, los lamentos de los vencidos y los himnos de los vencedores. Cesan los sangrientos combates, y se oyen crujir las canillas del suspicaz Pedro de Castilla, que después de haber reedificado el viejo alcázar de Sevilla viene a poner la primera piedra del nuevo alcázar de Madrid. El maestre Padilla, Castro, Hinestrosa y otros castellanos de cuenta forman la comitiva del rey: el monarca camina dos pasos delante y lleva hacia atrás vuelto el rostro, como si temiera que sus más íntimos amigos fuesen a herirlo por la espalda; los cortesanos a su vez también vuelven hacia atrás los rostros, como temiendo que los ballesteros de su buen amo lo acometan a traición. ¡Triste corte y triste ceremonia!... No parecía que se iba a levantar un alcázar: parecía más bien que se iba a cavar una tumba. Para ser rey lleno de sospechas, es mucho mejor no reinar; para ser magnate acosado de justos temores, es mucho mejor mirar desde lejos el palacio. Pocos años después alumbran el *campo* las llamas en que arde la fortaleza de D. Pedro; ya reinaba Enrique II. Estas llamas representaban la hoguera en que se comunican sin confundirse los sangrientos cuerpos de los fraticidas hijos de Edipo. Los dos habían empapado sus manos en su propia sangre: D. Pedro y D. Enrique que habían privado de la vida a hijos de su propio padre... Para acabar por fraticidas, es mejor no empezar por hermanos.

En las torres del nuevo alcázar posa el Señor de Madrid León V, rey de Armenia; resuenan las lentas pisadas del Doliente Enrique III; y en tanto que el rey casi niño, de ánimo fuerte y cuerpo débil, levanta torres de *buena estofa* para guardar en ellas los tesoros que hace devolver a sus avaros ricos hombres, el brujo de antiguas consejas, el primo del rey, D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, pasa las noches encerrado en un desierto torreón, ya escribiendo trovas, ya estudiando el curso preciso de los astros, y ya avivando la roja llama de sus operaciones químicas. Por las tardes salta los fosos sobre su corcel andaluz el niño marqués de Santillana, y por las noches anda a estocadas o canta trovas al pie de los espesos muros, acompañado de Macías.»

El gran barranco de Madrid, en que la corte se desnuda por la vertiente de las Vistillas y por la de la Cuesta de la Vega, es el primer camino que siguen los procreadores de la corte. Por allí se engalnan, se agarran a las raíces que son asas del monte, trepan sirviéndose de las lanzas de alpinista; saben que escalan la corte del futuro, porque si no hubieran elegido tales escarpaduras para *record* de su porvenir.

¿Por qué no dieron la vuelta por el lado liso de Madrid y sorprendieron al Alcázar por sitio más llano? Pues indudablemente porque la valentía antigua escogía el lado más difícil, el sitio por donde más alto e inexpugnable era el castillo, como si quisiera luchar con lo gigantesco.

Las importantes conquistas tenían que tener subida de calvario, y por eso todo conquistador o caminante del pasado escogía esta subida del barranco de Madrid como camino noble y leal para la entrada en la corte de las Españas.

El tiempo de la Historia, que corre como gran río fuera de los libros de los historiadores, y que reúne nuevo manantial cada día que pasa, cae en cascada por ese andurrial, desplomándose en el río, que va a dar al mar de todas las historias, chorreando por toda la herida de la cuesta.

Contenciones, parapetos, balaustradas de hierro fuerte se han puesto en esta bajada para que la Historia no fuera tan de prisa, sin que eso sirva de nada, pues la Historia se despeña por el sitio más desnivelado, yéndose por allí todo lo que ha sucedido.

Por ese sitio, después disimulado, destartalado, dado al descuido, tenía su entrada el Madrid clásico.



Todo el fondo del Palacio, desde la Cuesta de la Vega a la Cuesta de San Vicente, era *Campo del Moro*, campo libre, pues los jardines de Palacio estaban por formar y no había valla que se opusiese a las libres carreras de las muchachería.

¿Quién fue el moro que dio el nombre al campo? ¿Era Tejufin, rey de los almorávides, que destruyó los muros de Majeritum en 1109 y se hizo dueño de la villa? ¿Debe valer la versión de que «los habitantes de la villa, encerrados en el Alcázar, rechazaron el ejército marroquí, que había llegado a sentar sus reales en el sitio que aún se llama Campo del Moro»? ¿O habrá que apelar al testimonio del cronista Rudh Alcortes, que dice: «En 503 (1109 de nuestra Era)», el emir Alí Ben Jusuf pasó a España para hacer la guerra santa; se embarcó en Ceuta el jueves 15 del mes de Muharran, llevando consigo más de 100.000 caballeros; se encaminó directamente a Córdoba, donde permaneció un mes antes de entrar en campaña; comenzó por apoderarse de Talavera (?) y hasta veintisiete plazas fuertes de la jurisdicción de Toledo; conquistó igualmente Madrid y Guadalajara, y habiendo llegado a Toledo, la sitió y arrasó sus campos. Después regresó a Córdoba»?

El caso es que allí durmió el moro Aben-Yucef, en 1114, descansando antes de atacar Madrid, y por eso aquello quedó impregnado de su oscura cochambre, de su abrutidad.

En ese fondo hubo espesos bosques y fragosos jarales, por donde se escondían las alimañas. Quintana lo ve poblado de venados, conejos y liebres. Calderón se refiere a él en sus *Mañanas de abril y mayo* con estos versos:

Esta mañana salí
a ese verde ameno sitio,
a esa divina maleza,
a ese ameno paraíso,
a ese parque, rica alfombra
del más supremo edificio...

Nombráblele parque porque, con los terrenos que Felipe II compró al oeste del Alcázar, formó el Parque que tan célebre fue en tiempo de la casa de Austria.

He de ir al Parque, porque
su apacible sitio ameno,
de las flores y las damas
es el cortesano imperio.
Estas mañanas de abril
y mayo, etc.

En dicho Parque se celebraron fiestas públicas y lidias de fieras, y en él mató Felipe IV un toro jarameño.

Lo más antiguo de Madrid, la raíz de la ciudad, está de aquel lado, inscrustradas en su subsuelo las cepas de su puente más antiguo.

Nos olvidamos de aquel vericuetto en que está el pozo de la grandeza de Madrid. Se vive en otros lados del plano, en que no se ve la fisonomía hidalga de la población; pero hay unos trajineros que dan vida a aquella base de Madrid, y gracias a ellos no se nos seca el carácter mientras nos damos a usar clasificadores y máquinas de escribir en una urbe como todas las urbes.

Por donde Madrid se yergue frente a la conspiración de otras ciudades es por aquel lado abandonado, cuyos oficios yo repaso, para culto de la Almudena, la primera señora de Madrid, la que dio las riquezas a la capital gracias a las oraciones de los caminantes.

Arraigada en el primer cubo —y hoy último— del peto de Madrid, es la Virgen que enclava la ciudad, y cuyo nombre sonoro viene de Almudín, o pósito de trigo, pues apareció muy cerca del que vigilaba el pan de Madrid en aquel hondón de la ciudad.

Allí estaba la Puerta de la Vega, porque conducía a la vega de Madrid, palabra genérica de gran sabor, que señala la riqueza fresca en huertas y hontanares de la ciudad. «Rica vega», «Floreciente vega», «Afortunada vega».

Era muy estrecha, y por ella se supone que entró como conquistador Alfonso VI el Bravo, con gente de Segovia. La puerta se reconstruyó más tarde, algo más arriba, frente a la casa llamada de Benavente, y después de varios derribos y sustituciones, ya la ciudad, sin miedo, se abrió en camino de luces ponientes.

Desde 1839 se arrendaron algunas fanegas del Campo del Moro para sembrar en ellas árboles y verduras.

De 1859 a 60, con objeto de nivelar lo quebrado de aquel



terreno, se permitió que éste fuera convertido en vertedero público, y allí están enterrados los escombros de las casas derribadas para ensanchar la Puerta del Sol.

Por disposición del rey D. Francisco de Asís fueron plantados en el Campo del Moro robles, moreras, álamos negros, acacias blancas, pinos y otros árboles que aún existen; se colocó frente a la gran estufa la elegante fuente de los Tritones, labrada en mármol blanco, con esculturas del estilo de Berruguete, y mandada construir por Felipe IV para los jardines de Aranjuez.

Don Agustín Argüelles y D. Martín de los Heros, en 1840, formaron los actuales jardines desde la bajada de San Vicente hasta la prolongación de la calle de Segovia, incluyendo el terreno del erial llamado de la Tela.

Después desapareció la Puerta de San Vicente y se borró el camino que unía dicha Puerta con el asiento último del Campo del Moro, enverjándose el Parque y desapareciendo el cuartel de la Escolta Real, que vigilaba un rincón de la bajada morisca.

También fue emplazada la fuente de las Conchas, hecha según traza de D. Ventura Rodríguez, ejecutada en mármol por D. Francisco Gutiérrez y D. Manuel Álvarez, destinada primero al palacio de Bobadilla, regalada por sus dueños a Fernando VII y dada por éste a doña María Cristina de Borbón para sus jardines de Vista Alegre.

III

LA CURTIDA PLAZA MAYOR

Así como todos los caminos llevan a Roma, todas las calles llevan a la plaza Mayor, brasero de Madrid los días de frío y sol.

Al entrar en la plaza Mayor se ha entrado en alguna parte, y se sienten sus condiciones de refugio, dejando de flamear las capas.

El invierno en la plaza Mayor está al socaire y se seca como higo colocado en la solana.

Los ciegos cantan sin actualidad canciones simples que han debido pasar antes por la censura, y sus ojos de peces cocidos girovagan ante la luz del Sol como sus pequeños satélites.

En el centro de la plaza Mayor están los andenes de los Carabancheles, unos andenes disimulados, en los que hay gentes que llevan encargos, jaulas, piezas enteras de sábana continua. Organizado el andén de cualquier modo, hay en él propensión al viaje, y parece que prepara el camino para mucho más lejos.

Los andenes de los Carabancheles tienen horas de mucho público, pues son muchos los carabancheleros que han venido a Madrid para volverse a marchar en seguida a esos pueblos en los que tan rusticano es el ambiente y que tan lejos parecen de Madrid. Estos valientes de la pueblomanía próxima van creando con su espera la *banlieue*, o sea lo que más hace capital a una capital. Pero ¡cuánto trabajo habrá costado dotar a Madrid de alrededores! ¡Cuánto viaje a través de páramos y lagunas!

Por los soportales, temeroso del sol de invierno, que es el que más mata y más fecunda las larvas bacteriales, observo la gorra del «romanero» esperando siempre a ese fiel marchamo de lo que después se nos distribuye.

Los escaparates de relojes llenan de ojos del tiempo los soportales, por los que pasa la girándula de los caballeros del flaneo. ¡Cuánto tiempo en sus latas de conserva! Parece que hay más densidad de tiempo en estos parajes, y es grato ver el reloj



para el maquinista de tren, el reloj de horas tiróidicas, es decir, con las cifras de bulto; los relojes con las horas moradas, como para enfermos de la vista que, si no, no pueden parar mientes en los horarios, y los relojes con la esfera cuadrada, que son relojes para locos por la cuadratura del círculo, y que han sojuzgado al tiempo cuadrándole. Las tiendas de ultramarinos de los relojes ofrecen como todas las horas del mundo y son como colmena de tictacs. Ante esa numerosa reunión de relojes se ve lo que de echar suertes hay en elegir un reloj y cómo es distinto la sorpresa y el destino que hay en cada uno.

Como siempre que repaso la plaza Mayor, echo una mirada a esa calle del Triunfo, que es, como una ironía del triunfo, oscura, lóbrega, contradicción pecaminosa, y con un aire confinado y tristón de fracaso. Yo acostumbro a enseñársela a los amigos.

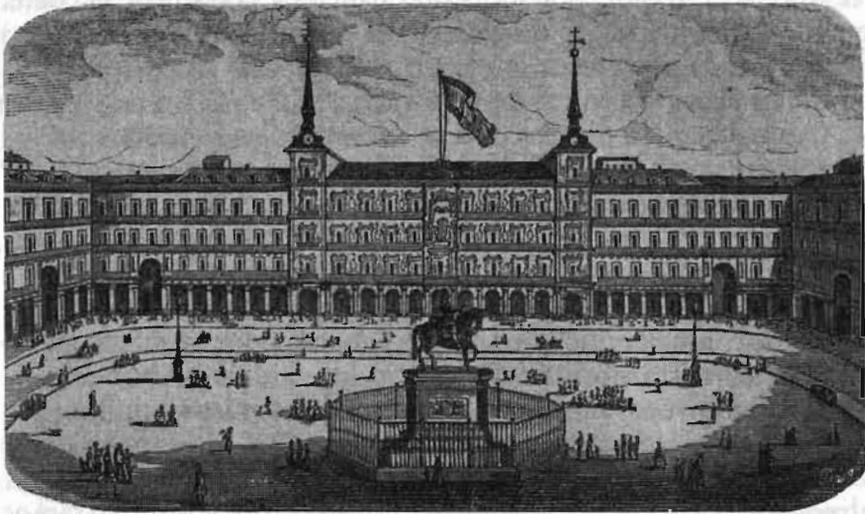
Son simpáticos esos cuatro remates puntiagudos de sus tejadillos de pizarra, que son como los paraguas de las torres, los paraguas que después, cuando llueve, resulta que no pueden abrirse, que no se abren.

Antes no tenía jardín, y hoy tiene ese bello jardín que cierran de noche con unos alambres, jardín de patio de invierno. Antes, la estatua de Juan de Bolonia, que en vez de mirar a la panadería se dirige hacia la Puerta del Sol, como si se diese cuenta de que ahí está la nueva orientación estaba en una especie de desierto atestado de cajones en que las vendedoras exponían al público lo que vendían. (Un día que fue descendido el caballón se vio que estaba lleno de esqueletos de pájaro que le habían entrado por la boca y después no habían acertado a salir.)

En la noche, en la más alta hora de la noche, la plaza Mayor está bellísima. Hasta cuando está nublado, el cielo, que se ve sucio en la Puerta del Sol, aquí se mejora, y si por un hueco de las nubes asoma una estrella, es sobre la plaza Mayor donde asoma. La luna en la plaza Mayor es como una iluminación de verbena.

Quando ya se queda sin tranvías, en la madrugada, vuelve a proporcionarse, vuelve a sus tiempos, y su silencio es un silencio de antesala en la casa de gentes dormidas. Sólo se escucha el agua que corre por las alcantarillas, como si hubiese una inundación subterránea, un derrame interior o la tensión arterial de la ciudad hubiese llegado al límite.

Los serenos la vigilan con gran atención, porque como éste



Plaza Mayor



Ayuntamiento de Madrid

es el barrio de los plateros, temen que alguien robe el platino, el oro y la plata que guardan; son serenos de tres pistolas, cuyo chuzo se dispara en caso de gran peligro.

La plaza Mayor, por ser la plaza ancha y cerrada de la corte, guarda oscuridades y desgarros del tiempo antiguo. En esta plaza cerrada se verifica la reunión del pasado con el presente, como en el patio central de las Españas.

Aún llenan la plaza carreras de cuadrillas y paseos de los lasquetetes que la transitaban en formación militar mientras el toro suelto arremetía con los rejoneadores.

El aire de su pasado está peinado por carreras de caballos, y aún quedan sobre ella los tinglados fúnebres.

La noche que más se destacó bajo las chispas de la hoguera sideral fue aquella noche en que pasábamos por su rueda junto al gran novelista norteamericano Waldo Frank y en medio de los jardinillos nos dijo, proclamando su ascendencia judía:

—Aquí ajusticiaron a uno de mis abuelos.

Todos los que hacíamos la guardia de nuestras linternas alrededor del recio novelista callamos avergonzados y pasamos de largo la plaza, porque a poco que se raspase en su arena aparecería el dibujo tétrico de la fiesta macabra, y nos pusimos a pensar que sólo no conociendo a los descendientes de las víctimas de la Inquisición puede parecer disculpable el pasado.

Aún guarda miedo la gran plaza, y en el buzón que hay en medio parece que aún se echan las cartas confidenciales para la Inquisición.

* * *

Fundada en 1619 por Felipe III, que quiso dar a Madrid una plaza digna, encomendando la ejecución del proyecto a Juan Gómez de Mora, es por lo que ostenta en su centro la estatua ecuestre de ese rey, con perfil de pájaro, que fue hijo de Madrid y le restituyó la corte en 1606

Su estatua impone cierto imperio a la noche trascendental de la plaza; pero su caballo siempre nos parece embarazado de un potranco de bronce que cualquier mañana solazará Madrid con sus carreras. Tan hidrópico nos parece, que puede sostenerse el que haya sido fabricado en fábrica de caballos de cartón, esos caballos que comparten la plaza con él en las jugueterías de los

soportales. Juan de Bolonia, o quizá más probablemente el Taca, que acabó la obra, se excedieron al hacer el bandullo.

Los autos de fe dominan a la idea de sus corridas de toros, como en los cosos romanos a las puras fiestas de los aurigas domina el martirio de los cristianos.

Las vísperas de Madrid antes de aquellas ejecuciones en manadas eran vísperas tétricas en que toda la ciudad sentía la preocupación y la amargura.

Primero se anunciaba el auto en el periódico del rey y se comenzaba a acicalar a los reos y a poner en limpio sus procesos para el día de paseo solemne.

El pregonero de la corte pregonaba el auto:

«Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, corte de Su Majestad, estantes y habitantes en ella, cómo el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo celebrará acto público de fe en la plaza Mayor de esta corte el domingo treinta de junio de este presente año, y que se les concederán las gracias e indulgencias por los Sumos Pontífices dadas a todos los que acompañasen y ayudasen a dicho auto. Mándase publicar para que venga a noticia de todos.»

Las relaciones del itinerario solían decir cosas como la que transcribo:

«Iban guiando con bastones en las manos, de plata y negro, D. Francisco Portero de Vargas, regidor de Madrid, caballero del hábito de Santiago; D. Andrés de Valenzuela, caballero del hábito de Calatrava y regidor de Madrid; Alonso de Tapia, Álvaro Núñez, D. Juan de Carrión Ponce de León, secretario del Consejo de guerra; todos cinco familiares del Santo Oficio.

»Seguíanles los soldados de la Fe, y al tiempo que salieron la cruz blanca y verde, el alférez batió la bandera o hizo la primera salva la compañía. Seguíanse el maestro de campo D. Diego de Viana y D. Juan de Salazar, del hábito de Calatrava; familiares del Santo Oficio, con sus bastones en las manos. Iban luego los niños de la Doctrina, los Desamparados y los Hermanos de los Hospitales. Este trozo le gobernaron, llevando bastones como los precedentes, D. Juan de Talavera y Francisco de Eguiluz, familiares del Santo Oficio.»

Después de llevar el duque de Medinaceli u otro aristócrata principal el estandarte de la Fe, iba la cruz blanca, y después la cruz verde, la cruz triste de los ajusticiados, cubierta con velo negro.

La procesión entraba por la calle de la Amargura —hoy Siete de Julio—, llamada así, como el puente de los Suspiros se llama de los Suspiros, porque era el último pasadizo de los sentenciados sin remisión.

Las llamas verdes y macilentas de los cirios de la Inquisición ponían brillos de purgatorio en la tarde.

La larga serpiente de la procesión se iba arreglando en su sitio, y los reos presenciaban la última fiesta orgullosos de la gran recepción en que se les mataba, haciéndoles pagar la prenda por todos. (Primero fueron cristianos los sacrificados —cristianos y leones—; después, herejes —herejes y toros—; hoy, sólo como monstruo de herejía contumaz, el toro.)

Después salían los carretones enramados, que llevaban encubada el agua del riego, que aliviaba la frente enarenada de todos.

Los reos iban destacándose con descripción del relato menesteroso de los escribanos: «Francisco Élbás, pocos dientes, blanco, pelirrubio, muchos bigotes y de buena cara, salió al auto con sambenito.» «María Majón, de veintiocho años, alta, delgada, de menudas facciones, buena nariz y ojos.» «Blanca Nogueira, soltera, natural de un lugar del reino de Portugal, no se sabe cuál, y vecina de esta corte; de edad de quince años, alta, nariz gruesa, ojos negros grandes, aguzada de barba y blanca.» «José Alonso, que vendía cordones por las calles; pequeño de cuerpo, carirredondo, pelo liso castaño y algunas señales de viruela.»

En último término, y junto a los relajados, que llevaban la cajita de sus huesos en la mano, puesto que eran sentenciados a la pena capital, iban los peleles, pues se incurría en la responsabilidad de quemar los peleles, es decir, algo más que personas: símbolos, personajes de novelas posibles, enteléquicos seres de entre la ficción y la realidad. Todo lo que hay que resucitar en la libertad de la novela es lo que entonces fue quemado y aventado. Con todos aquellos peleles representativos, que eran los monigotes de la verbena macabra, hay que crear los polichinelas trágicos del teatro imposible.

Los quemados en efígie recibían confidencias o se encontraban con algún compatriota que les decía:

—No se te ocurra volver a Madrid, que te han quemado oficialmente.

Actuó el cuchillo de los animales sobre los hombres en corte ancho, sin el golpe de gracia primero que abate a los animales.

La puntilla hubiera degradado el lance, que debía tener hechuras de crimen.

La hoguera era pestilente, y por eso actuaba lejos, allí junto a la Puerta de Alcalá.

Los incendios es con la plaza Mayor con lo que más se han cebado. El primero sucede en julio de 1631, incendio que duró tres días, durante los que se tuvo expuesto el Santísimo Sacramento en los balcones y dijeron misas en ellos, desplomándose todo el lienzo de las carnicerías hasta el arco de la calle de Toledo; el segundo surge el 10 —no el 2, como una inscripción consigna— de agosto de 1672, quedando destruida la Casa Panadería, que es la más suntuosa de la plaza; el tercero estalla el 16 de agosto de 1790, y después de consumir el lado Sur y el Norte, redujo a cenizas el de Oriente y parte del arco de Toledo; el cuarto se declara el 26 de septiembre de 1804, y no prospera gracias a que los gastadores del regimiento de Suizos del cuartel próximo lo atajaron. (¿Cómo con ese historial puede figurar la chapa de «Asegurada de incendios» en la plaza Mayor? Es tan reacia como esos tíos que en el local en que ponen «Se prohíbe fumar» encienden y chupan y vuelven a chupar su cigarro, aunque se les llame la atención.)

La Casa Panadería, que es la más suntuosa, la compró Madrid en 1590 para hacer una panadería, dedicando su gran balcón del piso principal para que los reyes viesen las fiestas y las ejecuciones, aunque a veces variasen de sitio, como cuando se asomaron a los balcones de la acera de pañeros, porque en la Panadería había enfermos de garrotillo. En esta plaza se han verificado fiestas magníficas por las bodas de los reyes, o por la presencia de monarcas extranjeros en la corte, habiendo sucedido que, por tenerse que celebrar la fiesta cuando estaba en reedificación alguno de los lados que la cierran, se recurrió al artificio de que los artistas pintasen todo un frente de edificio en un enorme lienzo, grande como las casas destruidas, así como, con ocasión de la entrada de la reina Margarita, los plateros cubrieron los cuatro frentes de la plaza con grandes aparadores, en que colocaron todas las joyas y piezas labradas que constituían la riqueza del gremio. Los toros también se han celebrado en ella, y hasta en un viejo manual de fontanería he visto una explicación de la medida y ejecución de los tablados sobre los que el público tomaba asiento.

En una de esas fiestas sucedió que el rey Felipe IV, querien-



do alojar bien a una favorita suya que no tenía dónde colocarse, hizo improvisar un balcón, que aún se conoce con el nombre de La Marizápalos.

Allí se lidiaron toros más salvajes que los actuales.

Toros de Ronda han traído,
tan ligeros y feroces,
que parece que veloces
rayos por hierba han pacido.

* * *

Nuevas vicisitudes dan a la plaza diferentes aspectos, y así como la Casa Panadería ha sido la casa en que estaba el peso real, después Academia de Nobles Artes y después Academia de la Historia, la misma plaza —después de Mayor— no siempre se ha llamado de la Constitución, sino que ha sido el juego sangriento de varias generaciones el quitar la lápida de plaza de la Constitución, para bautizarla con el nombre de plaza Real en dos ocasiones y con el de plaza de la República y el de plaza de la República Federal en otras.

Hoy, por fin, está pacífica, metida en un sopor de sestera historia.

IV

EL CERRO DE LOS ÁNGELES

Recuerdo que la primera vez que estuve en el Cerro de los Ángeles consulté mi mapa de la provincia de Madrid, y después de mucho meditar tomé el tranvía de Leganés y desde allí emprendí una larga caminata, bajo el sol de junio, llegando, por fin, al Cerro, pero con la larga aguja de la jaqueca clavada en la cabeza, traspasando de sien a sien.

Después he rectificado aquel error de orientación, y aunque he vuelto a incurrir en el de ir por la estación alta de Getafe, que también aleja mucho, ya hoy me bajo en la estación baja de Getafe, y el trayecto es mucho más corto.

Me gusta sentirme sobre ese pináculo, que aun no siendo muy alto, parece que en medio de la inundación del diluvio universal fue el único que quedó en España a flor de tierra, y en el que se salvaron los pocos ángeles de la guarda que no se habían ido ya del lado de los innumerables ahogados. (Se encuentran allí de esas fosilizaciones y cristalizaciones que tan supersticiosa antigüedad dan al sitio.)

¡Qué sensación de estar sobre el corazón de España, y como de soportar sobre la cabeza el filo del meridiano central! El pensamiento consigue la unidad y la madurez suprema, como en el «belvedere», que domina todo el paisaje de España. Es como el ombligo de la piel de vaca que imita España en su configuración.

Ese cerro es el verdadero seno de España. Parece que desde allí se verá toda España, aunque no se vean sino algunos valles de castellano conjunto.

La ermita que se eleva sobre su joroba es una capilla esbelta y sencilla, cuya primera historia se desconoce realmente. Sobre su fachada hay un reloj de sol. En el fondo está Nuestra Señora de los Ángeles, imagen antigua de tipo sano y sin amaneramiento, y en una capilla lateral, como en una cuadra de carrozas, está



la gran carroza en que es conducida la Virgen hasta Getafe una vez al año, arrastrada por jóvenes de Getafe y siguiendo el largo camino que por en medio de los campos conduce al pueblo. Vestida la Virgen con un rico mantón de Manila que la regaló una señora, y la carroza dorada a fuego reluciendo al sol, es un espectáculo exaltado el de esa conducción, que se repite cuando, acabada la novena en esa iglesia de Getafe en que pasa unos días de huésped, la vuelven a llevar a la ermita, subiendo la cuesta del Cerro.

En el fondo de la ermita hay confesonarios primitivos, hechos como con un burladero de tosca mirilla, y a uno de cuyos lados se sienta el cura y al otro se arrodilla la penitente: hay dos banderas rotas y deshilachadas —¡pero banderas siempre!— tomadas a los milaneses por un general que era de Getafe y que se las regaló a la capilla, así como las campanas, que mandó fundir con los cañones también tomados al enemigo, y que por eso amenazan desde su campanario con su boca negra dirigida hacia el que se acerca, como si fuesen cañones aún o morteros de boca ancha y sin fondo, y hay muchos exvotos, miembros y fetos de cera, cuadros en que el pueblo de Getafe transcribe su agradecimiento porque la Virgen le salvó en diferentes sequías; trajecitos de niños como trajecitos talares con el papelito de la dedicatoria clavado con alfileres en lo bajo; un hábito de fraile encapuchado y ahorcado del clavo de que cuelga, y ¡lo extraordinario y lo que no he visto entre los montones de exvotos que he mirado fijamente a través del mundo (y de los que recordaré entre los pintorescos de Italia los innúmeros ejércitos de soldaditos de plata que colgaban en todas las iglesias de Italia, más que como exvotos para salvar a los que combatían en el frente, como para que jugase con ellos a los soldaditos el Niño Jesús), tres féretros infantiles, uno más largo y tétrico que los otros, rojo y con galones dorados —antes, por lo visto, para el jovencito había la caja roja, que le diferenciaba del adulto o del viejo, de caja negra—, y dos pequeñitos y blancos con galones de plata! (Aunque aquellos infantiles se despertaran como incorporándose en su extraño «moisés» a primera hora de la noche eterna, ¿no están como muertos y guardados en el fondo de esas cajas?... ¿No hiede algo dentro de ellas?... ¿Cómo miraron los resucitados a través de su vida estos féretros «suyos» que se les quedaron chicos?)

¿Pero es la capilla lo culminante de ese cerro? No. Lo



importante de él es que su posesión da el dominio de España, lo mismo que en la guerra cuando los unos y los otros se disputan la altura «tal», porque con ella dominan la región. Julio Antonio por eso quería elevar allí el «Faro espiritual», aquel campanil de alta espadaña, con campanas de plata, que despertaría en España el amor al «ideal», y que no sólo fracasó injustamente, sino que encima sugirió la idea del monumento al Sagrado Corazón implantado en este sitio.

¡Y qué monumento éste, válgame el cielo! Ya, desde lejos, sorprende su falta de gracia arquitectónica, su línea alta y retorcida, que le da apariencia de una pirámide informe y derretida o de un mojón de tierra amazotada más que de piedra debastada.

Claro que desde Madrid no se ve, porque lo tapa en esa dirección la ermita, y claro que sólo las aristocracias de automóvil podrán acercarse a él; pero de todos modos, hay que denunciarlo. Aquel Cristo de brazos larguísimos, de ropón tosco y desgarrado, demasiado enorme para la altura de su pedestal; aquellos santos, frailes, obispos, damas y monjas, así como los colegiales burdos, cabezotas, «pepones» que lo rodean a derecha e izquierda mirando hacia el Cristo, todo es lamentable, pesado, desgraciado y grueso, aunque lo más triste, y de una presunción ruin, es que toda la base y la espalda del monumento está llena de los nombres de todos los que han suscrito el terrible empréstito del monumento, entre los que figuran «la señorita X» y «una dama devota» y «un caballero que guarda su nombre». (¡Gran panteón de nombres frente a los que se sorprende a los señorones y las señoronas de automóvil buscando los suyos!)

¡Qué pena! Mucho nos enamoraba subir al Cerro de los Ángeles, desde donde siempre enviábamos a *Azorín* un radiograma de admiración y cariño; pero ahora quizá no volvamos más, para no encontrarnos con ese monumento burdo y lleno de alarde, ante el que debían sospechar los creyentes que sólo sirve para apartar la presencia divina, en vez de invocarla, pues al materializar y recargar tan pesadamente a la divinidad, Dios se ha ido de ese sitio, y la paloma ha huido hacia otro lado de la bóveda celeste.

V

LA HONDA CAVA BAJA

Vericuetos y trincheras naturales fueron las cavas en tiempo de la morisma, que las dio su nombre.

Las cavas llenas de atochares, de pencas y de hierbajos silvestres eran el camino escondido que amaba la morería por lo raza terrera que es.

Definida según la geografía madrileña, la Cava Baja, en especial, era una mina o pasadizo que los árabes tenían para entrar o salir en momentos de peligro aunque estuviesen los puentes alzados. Esta mina tenía su salida por debajo de la Puerta de Moros. Por esa cañada para las huidas escaparon los árabes y sus familias, llevándose sus efectos, cuando Ramiro II vino sobre Madrid en el 926, sucediendo lo mismo cuando la conquista de Alfonso VI.

La Cava Alta, que es su gemela, y va desde la calle de Toledo a Puerta de Moros, comprende a la entrada la antigua plazuela de la Berenjena, llamada así por su proximidad al «berenjenal» que hubo en la casa de los Ramírez de Madrid, después huerto del Hospital de La Latina.

Pero la imaginación lo que más reconstruye de las cavas, sobre todo de la Baja, es ese éxodo de los moros saliendo por el pasillo de la cuneta, con sus churumbeles detrás y con las mujeres cargadas con los petates más astrosos del mundo, petates sucios y desgarrados como mochila de mendigo.

Curvados bajo el peso de la expulsión, y disimulándose en la cañada como rebaño embarrizado que huye en tropel, los moros salieron con ese silencio que sólo procura a la multitud el mucho polvo del camino.

Sobre la Cava Baja quedó ese humillo blanco que produce el arrastre de pies de la muchedumbre por el camino polvoriento.

¿Cuántos eran? En la Cava Baja se apelmazaban de tal modo



que no se les podía contar, pues andaban como una sierpe de tan turbados como iban por el deseo de salir pronto. La función de Madrid se había terminado para ellos para siempre, aunque aún les quedase la esperanza de volver.

En el trasiego moderno de la Cava Baja, cuando se ven estas gentes que van a lo suyo, se piensa en aquel día de procesión sórdida con un ruido zancajoso y descalcañante.

Silenciada de moros la ciudad, queda la Cava Baja como un recuerdo de la morería soterrada, y como último barranco de la ciudad que tiene a ese lado la Puerta de la Sierpe, la puerta más a trasmano de la ciudad que da el nombre de Puerta Cerrada al sitio por el mucho tiempo que estuvo cerrada en evitación de robos y desmanes, pues allí se guarecía la peor gente, cuya principal gracia era apeaar de su capa al forastero.

* * *

Hoy la Cava Baja es de las calles que más carácter tienen de Madrid, como si en ella se refugiase lo que no se quiere ir y lo que entra o se va por esas cuestas y caminos que atraviesan el Manzanares o siguen sus márgenes.

Las posadas y los paradores se apiñan en la Cava Baja. El Parador del Galgo, el Parador de San Isidro, tiene pinturas alusivas al Santo en azulejos, apoyado el pie con chulería de Santo castizo en el dosel del arado, el mismo arado que hoy se vende en las tiendas de aperos de labranza de la calle.

La Posada del Dragón es la más antigua de la calle, y su nombre evoca aquella tosca serpiente que el picapedrero grabó en la Puerta Cerrada, y que el pueblo llamó dragón, ayudándose de ese dato para remontar la fundación de Madrid a ochocientos veintinueve años antes de Jesucristo.

Sobre este mismo solar de la Posada del Dragón se elevó el Pósito de la villa, o mejor hablado, el Aloli de la villa, y también el «peso de la harina», hasta que se incendiaron y surgieron en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá, durante el siglo XVIII.

La Posada de San Pedro, el Parador del León de Oro, el de la Merced, el de la Villa, con fachadas modernizadas, detrás de cuyo aspecto a la francesa conservan, como el carro en el corral interior, la casilla de un piso que fueron, con sus vigas, sus ventanas, sus corredores antiguas.

Entre todas se destaca la del Segoviano, cuyo dueño procede

de Segovia, la vacía corte de reyes, la interesante ciudad cuyas noches presenció desde lo más alto el más extraordinario de los reyes, Alfonso el Sabio. Es el «Segoviano» hospedero y vinatero que se destaca entre los muchos que se han establecido en Madrid y ponen ese remoquete con más orgullo que nadie en las muestras de sus tiendas, pues muy pocos ponen «El Vallisoleto» o «El Salmantino», quizá porque los segovianos se sienten los «beltranejos», los que tienen derecho al trono de la corte, y así mantienen su representación y la propiedad de su título.

De la Posada del Segoviano y de las otras salen el ordinario para San Martín de Valdeiglesias, Illescas, Brunete, El Pardo, Navalcarnero, Villaviciosa y Villa del Prado —célebre por su exquisito albillo—, y con ellos, los viajeros para todos esos pueblos.

Los enormes automóviles —verdaderos dinosaurios del automovilismo— se preparan a ocupar todas las carreteras y a ir levantando una de esas polvaredas precursoras de las tormentas, apabullando tanto sus neumáticos, que siempre están amenazados de aneurisma.

Hay que ver arrancar de estos puntos esas diligencias encumbradas y repletas, a cuya baca se sube por la escalera con que se escalan los altos armarios, y cuyas alturas toman encofetado carácter gracias a los zagalejos, y a los sombreros de labriego, y al guardia civil, y al cura; tanto, que, bajo tan renovado carácter de lo antiguo, la fuerza de esos automóviles consiste en mulas en vez de consistir en caballos.

Este movimiento de automóviles ha hecho que los coches de tercera unidos a los trenes mixtos vayan casi siempre vacíos, con gran brillo de soledad en sus cristales, pues el paisaje por una ventanilla les entra y por otra les sale.

En este paraje se venden los rodetes de pleita que ponen moñete de pueblo a las habitaciones, y aquí están las ferreterías en que se dan más clavos variados por diez céntimos —frito variado de las paredes—, en que se venden los grifos que nunca rezuman gota estando cerrados, las ranas de los juegos de ranas —más verdaderas que las verdaderas—, los mejores cencerros que viatican los ocasos, y en que la uña antigua del arado fenicio se muestra eternal y dispuesta a hacer el releje más fecundo, siendo la muestra típica de esas lonjas del hierro manufacturado la que ha llegado a ser insignia de los Soviets, las dos hoces



cruzadas, sino que aquí están desprovistas de peligro y agresividad por estar envainadas en rala estopa.

Hay en esta calle también una fábrica de fuelles, aparato de difícil ejecución y casi en desuso, aunque donde es necesario lo es como lo fue el primer fuelle, con esa ansiedad de cosa que se ahoga y que lo necesita. Es como el balón de oxígeno para las cosas, el respiro y el pulmón de lo que no lo tiene.

Los mejores fuelles, los más duraderos, los que soplarán siempre y ni se agrietarán ni nada están en esta calle. Son los acordeones silenciosos para los pequeños alquimistas, los que sólo llegan a fabricar el cobre con sus aparatos.

Alguna vez entra por uno alguna bruja. Pero cada vez escasean más estas clientas.

Los cubistas tienen su representación en esta calle, los verdaderos cubistas, es decir, los que hacen cubas, arte de gran precisión y exquisitez, porque hay que saber escoger las maderas, maderas especiales, que aún van a buscar a islas muy lejanas los barcos de vela. Por ser un gremio que gana mucho es gremio muy cerrado, y no se deja ser cubista a cualquiera.

En los aledaños hay una fundición de campanas y bronce que puede ostentar el sonoro título de «Fundición de campanas», fábrica también de candelabros litúrgicos y de las romanas formidables, las verdaderas matronas entre las balanzas, y hay, por fin, una fábrica de corchos cuyas máquinas es grato ver funcionar por cómo mondan, redondean y pulen en un minuto la materia blanda y permanente del corcho.

* * *

Pero el día álgido de la Cava Baja es el domingo, cuando todas las sirvientas de los pueblos de alrededor se apostan a la puerta de las posadas, pasando parte del domingo a pie en esa sombra de soportal que da a la calle el atardecer.

Todas las paisanas se reúnen allí, y se habla de las cosechas y de las vendimias y si el tiempo es bueno o aciago para los campos, calculándose el precio del trigo contando las espigas.

Es el andén de las carreteras provinciales, y se ven toscas morenas de esas que alegran y tornan novelescas las ventanas de los pueblos también a estas horas.

Cualquiera que pase por allí sin estar en antecedentes creará que todos aquellos grupos se van a ir en los grandes ómnibus

de la noche o que van a despedir a los suyos; pero la verdad es otra, la verdad es que se repite en la calle honda el fenómeno por el que se pasea cerca del puerto el emigrante y en el andén acristalado el que es de otra ciudad. Aquél es el punto de partida para los viajes cortos, que casi se podrían hacer a pie, y allí se va en silenciosa rogativa de volver, añorando la vacación y añorando el pueblecillo.

... un joven ha pasado en el puerto a la
... ha dejado señalada en la vida con su
... en cuyo seno hay un silencio
... de esas variaciones de las que al salir de la
... aún en sus brazos.
... acción de parte viene han alborado en aguas azules en
... color a tapices, a colores, a vida, a vida, a vida
... la mañana con jirafas, con aves, con flores
... la puerta y que llenan de vida, de vida, de vida
... como un en la iglesia, que ha venido en el puerto
... en grandes velas, torres, torres, en el puerto, en la
... un aspecto desolado, grande, con la bratiera de
... mujeres hacia un lado y hacia el otro, con
... se congregan en rasgos, en rasgos, en rasgos
... a un lado del tiempo.
... el agua bendita esta su guarda de... la...
... como cañita, como cañita, como cañita.





VI

LA IGLESIA DE SAN GINÉS

Un crimen pasional —un joven ha matado en el atrio a la que fue su novia— ha dejado señalada esa iglesia tan mundana y tan madrileña, en cuyo atrio hay un remanso de paz, de beatería elegante, de esas musitaciones de los que al salir de la iglesia hablan aún en voz baja.

Una desolación de patio triste hay ahora en aquel atrio, en que se congregaba olor a tapices, a incienso y a flores, todo ello sazonado en la mañana con jeremíacas salmodias de los pobres sentados en la puerta y que llenan de vagos amenes al que pasa.

No hay culto aún en la iglesia, que ha sellado el Juzgado divino con sus grandes sellos tétricos. Todo en el fondo de la iglesia tiene un aspecto devastado, grisáceo, sin la levadura divina. Los reclinatorios hacen inútil penitencia, como excomulgados, y las sillas se congregan en racimos desiguales, en confusa superposición, a un lado del templo.

La pila del agua bendita está sin gota de agua, y los mismos cepillos están desprovistos, como en días sin caridad. Es menester que todo se restaure. Hay que encender las velas apagadas y cantar la misa a la víctima.

La iglesia de San Ginés es una iglesia que se disimula como detrás de un jardín y en la que se verifica mejor que en ninguna iglesia el desglose del que entra y el unirse a la multitud del que sale.

En la proximidad de la Puerta del Sol, como hermana próxima de aquellas iglesias que lucieron en su centro y en su inmediación, y que han desaparecido, la iglesia de San Ginés es el ministerio de la Gobernación de las iglesias.

Esa bella muchacha que a lo mejor desaparece en su atrio, y a la que no hemos podido ver más que por detrás, distinguiendo en los lóbulos de sus orejas las dos grandes perlas del lujo, parece que se ha metido a profesar en San Ginés, porque esta



iglesia tiene algo de claustro profundo detrás de los tapices más pesados.

Siempre, al ver desaparecer en esa iglesia a la mujer que contábamos con adelantar y observar un momento, nos entraba un agudo desconsuelo de Don Juanes que han perdido su pareja en un recóndito convento, en la iglesia en la que es difícil penetrar atravesando la evidencia de su patio florido y lleno de gentes gulusmeadoras que conocen la intención del que entra.

No podía yo suponer que el crimen se atravesase a traspasar el umbral custodiado por los lanceros de la verja.

San Ginés se nos ofrecía como iglesia para las mujeres bellas, elegantes y frívolas, que son capaces de profesar algún día o de unirse a un hombre con alegría estrepitosa, iglesia cuya principal época de fiesta era la de las Flores de María.

* * *

La iglesia de San Ginés tiene una vieja historia, y parece que fue anterior a la dominación sarracena o mozárabe; consta que existía en el 858; en 1162 se arruinó la capilla mayor, y en 1824 sufrió un terrible incendio.

La lonja que da a la calle del Arenal servía antes de cementerio, y allí fue depositado *Pepe-Hillo*, llevado desde el Hospital General, donde murió, en andas de una inmensa multitud. (De ese cementerio desenterró la Inquisición muchos huesos, que fueron quemados por suponerseles huesos de los judíos que vivían en aquel paraje cuando sólo era un arenal.)

La torre alta, destacada, con las campanas en la luz de otra mañana distinta a la que luce en el bajo mundo, tenía fama de devolver los rayos a lo alto los días de tormenta y quedar iluminada por su luz.

A este templo asistía el Tribunal de la Inquisición para oír una misa y un sermón el día en que se publicaba la bula.

En 1870, predicando ese sermón el doctor Salcedo, cura de aquella parroquia, se dirigió a las dignidades de la corte y a los solemnes magistrados de la Inquisición sentados en el estrado y acompañados de sus familiares y alguaciles, y con tono valiente les dijo:

«Tribunal bárbaro, Tribunal tenebroso, Tribunal impío, ¿cómo te atreves a turbar la alegría de la iglesia? ¿Por qué en un día en que sólo se oyen alegres antífonas vienes tú a fulminar

maldiciones contra los hijos de esta indulgente Madre, que hoy los reúne para regocijarse con ellos? Tú los reúnes también; pero es para apercibirlos con el anatema. ¡Bárbaro y fiero Tribunal!... Así, muy poderoso Señor, se expresan los impíos enemigos de la fe.»

Aquel sermón pareció que iba a costar los mayores suplicios; pero el Tribunal de la Inquisición no tenía ya fuerza, y Napoleón, a los pocos meses, acabó en Chamartín con su negra historia de trescientos veinte años.

San Ginés guarda un Cristo de Alonso Cano y todos esos adornos de iglesia que sólo forman en el recuento un inventario triste de guía madrileña: dos retablos colaterales con marcos de mármol adornados de bronce, pilastras estriadas de orden dórico, etc., etc.

Algo tétrico, sin embargo, quiere hacernos su confidencia cuando pasamos frente a San Ginés. ¿Qué se esconde en este paraje? ¿Hacia qué historia arroja una mirada sesgada nuestra memoria?

Para encontrar el secreto de esa aprensión hay que dar la vuelta al edificio y apartarnos de ese atrio, que, por haber sido cementerio antaño, recogió sin sobresalto el cuerpo de su último muerto.

Estamos frente a la otra fachada de esa iglesia, en la calle de Bordadores, la fachada que no parece ser del mismo edificio, que por aquel lado se nos muestra más antiguo, más pueblerino y con la ventana por la que se piden los Santos Sacramentos.

¿Pero qué es lo que en este recoveco nos hace evocar otros tiempos más sombríos, en que las gentes eran más fanáticas?

Debe de ser la bóveda subterránea, con entrada por la calle de Bordadores, en que, a media luz y provocando el escándalo de la exaltación disparatada, se disciplinaban por las noches hombres y mujeres, corrigiendo sus instintos y pasiones con la penitencia arrebatada.

Era una atracción del Madrid de tiempo de Fernando VII ese espectáculo de los disciplinantes cortesanos, promiscuados en una oscuridad turbia, émulos unos de otros en un coro de ambigüedad, deseoso cada uno de ser el más ensangrentado y más valiente, acardenaladas las sombras por la violencia de los «gatos de siete colas».

Alguien se asomaba con curiosidad a aquella bóveda subterránea, llena de suspiros y de excitación, verdadera boca de

infierno, en que todos querían depurar sus conciencias gracias a las sádicas disciplinas.

¡Que no se notase que era un curioso el que había entrado, porque corría peligro de ser sentenciado al azote redentor, como le sucedió a aquel conde de Laportière, antiguo emigrado francés, que había querido contemplar de cerca, como un admirador del «cante jondo», aquel zurriagueo libre con que se interpretaba el arrepentimiento «jondo» y castizo del pueblo pasional y fanático de entonces!

VII

LA EXÚBERA PLAZA DE LA CEBADA

Los mercados españoles son un refugio ubérrimo y alegre. Se va a ellos en busca de una exuberancia sin clasificar sobre los serones natales, sobre la cuna de su cesta aldeana.

En los otros mercados del mundo todo está clasificado y medio envuelto, contratándose en silencio cada producto y huyendo discretamente cada comprador, con el producto de su compra, con sigilo de hormigas.

Los mercados españoles tienen jarana, y la bandera española rebulle distribuida en frutos amarillos y rojos. Abigarrada greguería llena esas especies de cárceles abiertas, y las mujeres que menos compran son las que más protestan y preguntan.

Un posible noviazgo con las cocineras jóvenes hace que haya galanteos en el interior de las plantas de abastos, llenas de la ilusión mañanera del matrimonio.

El descaro de las que se sienten ricas al poder comprar da desgarré a las contratas, todas con tipo de disputa y bronca, mientras la que más grita tiene en la mano una muestra de la fruta como bocina de sus increpacias.

Todos los mercados españoles tienen el aspecto de cuadros de la abundancia en cuya distribución nadie puso orden después de descargar las redes; pero el que más tiene ese aspecto es el mercado de la Cebada.

La plaza de la Cebada es de esos mercados que tienen aspecto de estaciones, estación de término de las frutas, y al entrar en ella se siente lo que su nave tiene de andén de descarga. ¡Iglesia de cebollas!

Sus cristales le dan aspecto de gran peine, y como tiene algunos rotos, eso le da aspecto de peine roto con muchas púas desaparecidas.

Fábrica de patatas y manzanas, la plaza de abastos mira al

cielo a través de sus párpados entreabiertos, como con nostalgia de todos los sitios de que han venido las frutas.

Sus mejores días son los muy de verano, en que la plaza se envuelve en la sombra entreabierta de sus cristales, y allí se encuentra la frescura que huele a melocotón y a fresa, la frescura ideal bajo los soles tropicales del verano. Allí hay un remanso bajo la canícula, y el agua dulcísima de las peras compensa el estío.

* * *

La plaza de la Cebada fue el segundo mercado de Madrid, después que las mercaderías subieron el escalón de la plaza de la Paja para entrar más en Madrid, y allí el grano tomó importancia suprema, reuniendo toda la cebada de las Castillas en contratación irradiante.

Se esparcieron por la plaza clara y boba del pueblachón que comenzó a ser Madrid los puestos de toda feria, fijos en un principio los lunes y los jueves solamente, entre el ruido guerrero de las romanas.

Con que recordemos el mercado de Segovia o el de Pedraja los lunes tendremos una visión de este primer mercado con puestos de cuatro tablas y cobertor de lona. Sólo le diferenciaba de los mercados pueblerinos el que se veían demasiadas torres a su alrededor y el que de vez en cuando una carroza de persona muy principal irrumpía en el mercado, porque siempre ha sido inquietud favorita de las dueñas de casa el saber los verdaderos precios de la plaza, por dignidad de dueñas más que por avaricia económica.

Mercado flotante, fue sembrando los huesos de guindas y albaricoques, más los huesos de carnero, de los que suele brotar casi siempre un mercado si se insiste lo bastante con la siembra y se resisten las intemperancias de la Policía queriendo esterilizarle.

Era la época en que el tajo funcionaba en medio de la calle, partiendo los filetes y los cuartos de kilo, ese tajo que he visto ahora en los mercados de pueblo y que, cuando recogido todo el puesto, se queda él solo, parece esperar la cabeza del que ha de ser ajusticiado de orden del Gobierno.

Esa persistencia del tajo en la plaza sembró el cadalso, y

sobre la primera plaza de la Cebada se construyeron los ignominiosos catafalcos de las ejecuciones capitales.

Elevadas las primeras horcas para punir a unos ladrones sacrílegos que habían robado a la Virgen en la iglesia del Humilladero, culmina la aguja más alta de la horca, el palo mayor del sepulcro, en el ajusticiamiento de Riego, al que se le fabricó el tablado más alto, y no por darle categoría, sino para que se viera más su suplicio y sirviese de mayor escarmiento ante los futuros políticos.

Nadie como *Fíguro* ha descrito estas ejecuciones de la plaza de la Cebada, cuando define con el reloj delante y con asombro inaudito el que un segundo después ya no existirá un hombre, evaporado en el éter de la libertad.

Suprimida la ahorcación en sus medios, la plaza se llama de Riego, para ser la plaza de la Libertad y rectificar con la gloria de su nombre la injusticia que con él se cometió.

En 1868, el Ayuntamiento revolucionario instituye el proyecto del nuevo mercado, que, encerrándose en su monumentalidad, evitase el desperdigarse de las mercancías en sitio abierto.

En 1869 (primero de sufragio universal) se hace la subasta, y en 1870 se coloca la primera piedra de la Cebada y de los Mostenses. Las piezas de hierro se encargan a Inglaterra, y de allí llegan tres mil quinientas toneladas, que se gastan en los dos mercados; columnas, vigas armadas con roblones de palastro y las numerosas TTTT de la fortaleza.

Con las interrupciones consiguientes se trabaja en el mercado, hasta que en 1875 se celebra su inauguración.

* * *

Hoy la plaza de la Cebada rebosa exceso de sangre, y por eso ha rebasado los 6.323 metros cuadrados de superficie, pues al tiempo también le vienen chicos los solares, como zapatos de su niñez.

Su vida comienza muy temprano, cuando el alba se ha asentado, como un asentador más, en el suelo de sus naves.

En esa hora tempranera de la plaza de la Cebada es cuando hay ambiente de la antigua Rusia en el aire frígido de Madrid.

El «samovar» hierve y regurgita como gato de agua, y van llegando los tempraneros y las tempranicas para sorber su taza



de té caliente con aguardiente, que les prepara para el regateo y el transporte de las seras llenas.

En esa grisura del andén sin trenes, esos viajeros de tercera y con algo de emigrantes que, aunque no emigraron nunca, nacieron emigrantes y lo serán siempre, tienen un aspecto moscovita de parias despertados por la madrastra Aurora.

Después de esa primera hora profunda, en que los ojos son heridas del rostro y del alma, y se ve la violencia del madrugar, la plaza de la Cebada se va desperezando durante todo el día y tiene su mediodía rico en naranjas de sol y pimientos de sangre de toro.

En esa hora del tráfico y del ajetreo es cuando los pequeños ladrones van llenando el cesto del escamoteo con la hilera de frutas desprendidas de los serones en el trasiego y que, en complicidad con los trasegadores, son más abundantes de lo que debieran. Como ladrilleros de esos tomates o esas manzanas perdidas, los rapaces se los van echando unos a otros, y todos caen en el serón de la trampa.

Hasta la plaza de los Carros llega ya la salida de madre del mercado, y los burros de los carrillos y las mulas cazaras no tienen más que bajar la cabeza para alimentarse con las grandes y jugosas hojas caídas.

Toda Puerta de Moros recibe olores de verduras y tiene por los suelos toda una verdulería descargada. Sobre todo, los melocotones y los albérchigos ponen un perfume ideal en aquel andén tomado fatalmente por la extravasación, y siempre se ven chicos que prueban sus dientes en la redondez de las pulpas.

El mercado de la Cebada, sin consultarlo con nadie y por causa de una fuerza mayor de abundancia, copa las afueras y se derrama por las cuestas abajo, como si los bajeles cargados de frutos se hubiesen estrellado contra el acantilado y se hubiesen abierto por en medio de su panza ubérrima en aquel aledaño de las subastas en que los capitanes sacan partido de los frutos caídos en la playa y de los cajones estallados en el golpe del naufragio.

Después de esas horas de chalaneo, en que los delantales se van llenos de frutos y las cestas son como pequeñas barcas que se alejan repletas, los carros se van.

Entonces vuelve un momento de paz nocturna a la plaza de abastos, y el agua parece correr por todas las naves, y las riquezas acumuladas duermen en sus mazmorras, bajo las bombillas mortecinas, que semejan pequeñas arañas que cuelgan de su propio hilo.



VIII

VICISITUDES DE LA CIBELES

Quando se llega a la Cibeles se siente siempre el aire de término que aún habita en la gran plaza. No desaparecen los aires profundos de las cosas tan pronto como las apariencias. Aunque se han erigido tantas casas en el más allá de la Cibeles, acaba en su playa la animación cortesana, que comienza en la plaza de Oriente.

La Cibeles, con su algo de reina de teatro, ha sido piroleada por poetas y por cronistas, y hasta por algún político, como Castelar, que la describe «sobre su carro tendida y de su castillo coronada, con sus leones delante. La gallardísima estatua de Cibeles, a cuyo pie fluye la mejor agua del mundo».

Nuestra familiaridad madrileña, que la apela con ese «la» lleno de confianza, hace ver en ella una valiente reina de Castilla, siempre en medio de su pueblo y custodiada sólo por la fiereza de sus leones.

Así como las fuentes mitológicas de Italia viven una vida correspondiente y se relacionan aún con los mitos antiguos a través de arcos, subterráneos y viejos arcaduces de puras aguas, esta fuente es la fuente aislada que, a lo más, se relaciona con la de Apolo y la de Neptuno con parentesco de artistas de un mismo circo.

Esta Cibeles madrileña es la más terrera de las diosas, y quizá por eso se la estima aquí tanto, pues España es entre todos los pueblos el más terrero.

Siempre como cabalgando por en medio de una gran parada, está invitando a hacer novillos, pues cuando tamaña reina se dedica al asueto del paseo es que hay fiesta en la corte.

Antes, sobre todo, invitaba al paseo y la merendola y ponía en la plaza un algo de verbena y feria, que aprovechaban los vendedores ambulantes. Hoy se ha quedado quizá un poco



anacrónica, y yo propondría, para modernizarla dignamente, que un nuevo escultor la hiciese un automóvil de piedra.

* * *

Comenzada la construcción de la Cibeles en 1781, se repartió el trabajo entre varios escultores. Francisco Gutiérrez esculpió en mármol cárdeno la estatua de la Cibeles —la Lola, como quien dice— y también las ruedas; Roberto Michel, el autor de los trofeos que emperchan la Puerta de Alcalá y de la Virgen que ornamenta la portada de San José, esculpe los leones y el terrazo sobre el que trotan; Bergaz, el autor de la fuente de la Alcachofa, esculpe el oso y el dragón que aparecen en los grabados de su época y que no se sabe dónde han ido a parar, y Miguel Ximenes ejecuta los adornos del carro.

La Cibeles se inaugura ladeada, corriendo al sesgo de la plaza, yendo hacia el mediodía. Su plaza en aquel tiempo es desahogo de peatones que aún tenían más importancia que los carruajes, y por eso arrinconaban hasta la carroza de la diosa telúrica. Por allí se divagaba en completa suelta, y las vendedoras de agua, rosolí y avellanas transitaban tranquilas dando aire y sonería a la campana de sus faldas.

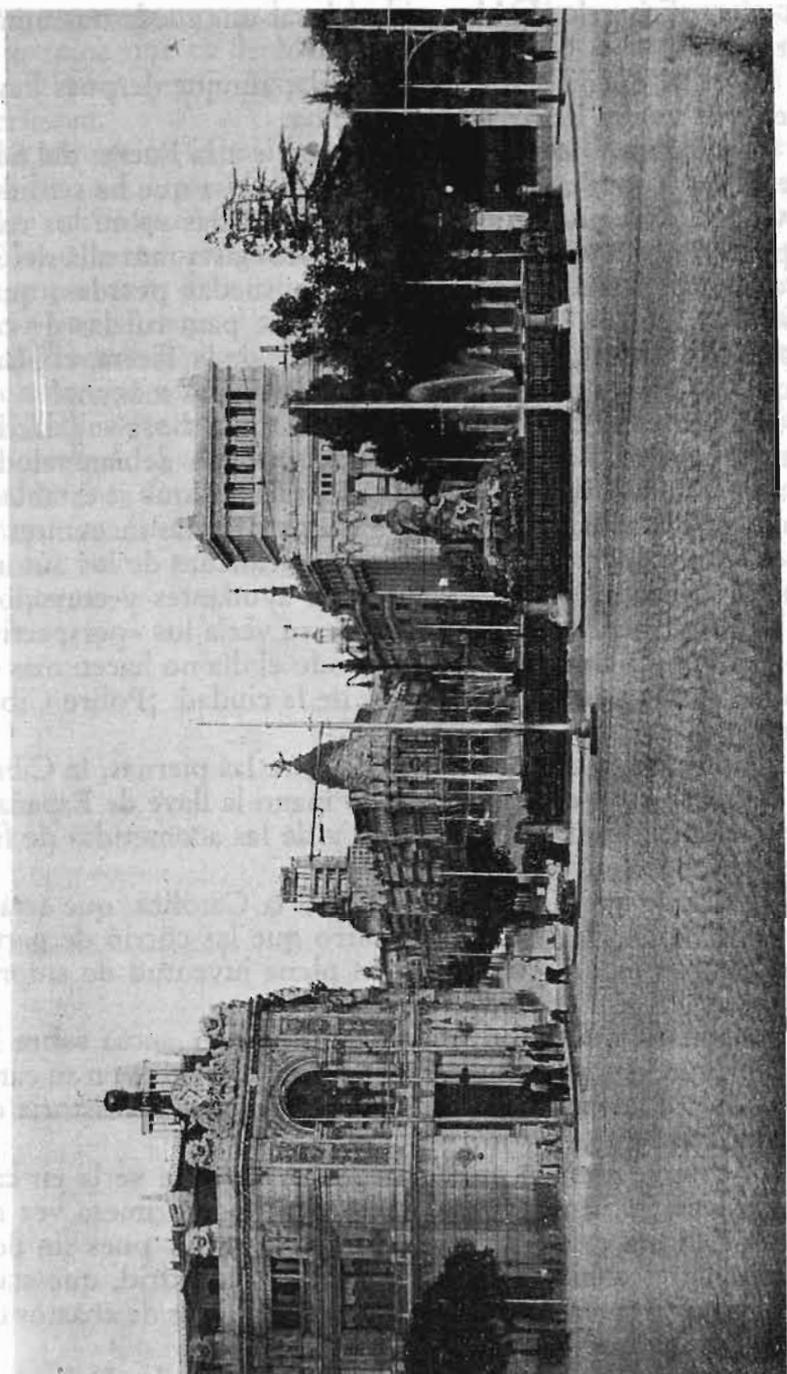
Allí se levanta por entonces el Pósito madrileño, donde se guardan las municiones de trigo por si los panaderos intentan la subida del pan, y en el lugar del Banco de España el palacio de Alcañices enarbola sus graciosas torrecillas.

Plazoleta rusticana, tiene hierbas en el suelo y charcos en que las ranas juegan a los bañistas. Los que se apostan en sus alrededores son caminantes que fantasean el futuro Madrid.

La gran bacía de la fuente está más a mano que la actual, y el niño juega con sus aguas, y el hombre se asoma a las agorerías que se leen en ellas, pudiéndose llenar los vasos de aquel líquido, que, según algunos historiadores, tenía la condición de hacer olvidar como las drogas supremas.

En 1891 se decide convertir ese paraje, que se llamó Platillo de Cibeles y después plaza de Madrid, en ancha plaza urbanizada.

Hasta 1895 no se acaba de trasladar la Cibeles a su nuevo emplazamiento en medio del ruedo, y entonces se la añaden los amorcillos que desaguan una gran jarra sobre la taza de la fuente, queriendo adornar la espalda de la reina y la trasera de ese carro,



La Cibeles

a la que quizá mejor hubiera sido adosar una rueda o neumático de repuesto.

La diosa queda entonces tranquila, aunque después hay alguien que quiere llevarla a la Moncloa.

La Cibeles no tiene más deseo que ir a la Puerta del Sol, y arrea a sus leones con sus látigos de agua. La que ha sentido su movilidad y ha podido hacer virar sus ruedas sobre los relejes de piedra, está ansiosa de rodar un poco hasta más allá del sitio en que hoy se halla empotrada. ¡Oh ruedas pesadas, que se hicieron más para ruedas de molino que para ruedas de carro dispuesto a andar por todos los caminos de la Tierra, el planeta en que la Cibeles tiene derecho a ser la turista máxima!

Hasta hace unos quince años tenía aún la diosa sus dactilos, o sea sus sacerdotes propios —quizá por eso debían saludarla al pasar los dactilógrafos y las dactilógrafas—, que se establecían a su vera. Los canales de Panamá de los tranvías incesantes que la bordean y además las corrientes huracanadas de los automóviles, la tienen aislada y solitaria, sin ayudantes y coreadores.

Ya no se sientan en el escalón de su verja los «perspectivistas», esos ciudadanos que durante todo el día no hacen más que situarse en los puntos estratégicos de la ciudad. ¡Pobre Cibeles sin coribantes!

Majestuosa, recogido su manto sobre las piernas, la Cibeles reina imperturbable, llevando en su mano la llave de España, la llave verdadera de las heroicidades y de las acometidas de fiera independencia.

No sé por qué tiene algo de Isabel la Católica, que está ya de vuelta de las Américas en el carro que las corrió de parte a parte con los leones de España en plena juventud de emprendimiento.

La Cibeles, que es un símbolo disimulado, actúa sobre España como reina protectora. Enmudecida y erguida en su carroza, no deja de caminar en el tiempo y recorre la Historia con su rodar incesante.

Los días se ahogan en su fuente, y hay que verla en cada mañana tan incipiente como cuando vino por primera vez a la tierra y siempre como proveyendo al nuevo día, pues sin dejar de ser reina es como la primer cocinera de Madrid, que acude temprano y en su carro optimista hacia las plazas de abastos que ella nutrió siempre.

Al volver de la estación del Mediodía o de las Delicias en

los trenes tempranos y desembocar en la Cibeles, es cuando más veo lo reina que es de Madrid y cómo da la diligencia que se necesita para seguir viviendo al pueblo en que derrocha su maternidad.

La simpática Cibeles, por un fenómeno especial, vuelve su carro hacia los toros del día de corrida y después parece el primer coche que vuelve de la plaza sobre los fuegos del ocaso.

Tiene en todo su garbo un mimetismo cinematográfico por el que es la que avanza primero en los desfiles de tropas, y es como la estatua de la Libertad en las manifestaciones, y hasta en la hora de los incendios parece la primer bombera, la excelsa bombera honoraria que va a apagarlos.

Estudien los suprahistoriadores este caso de la diosa que se hace cargo de la exaltación española de cada día, consolándonos hasta en las derrotas con su ánimo de carroza cívica en la cabalgata en favor de los vencidos o de los damnificados.

los mismos pensamientos y sentimientos que el pueblo de Madrid y con lo que es de Madrid y como de la diligencia que se necesita para conseguir el fin de la patria por el deber su deber y el deber de la patria.

Y los mismos pensamientos y sentimientos que el pueblo de Madrid y con lo que es de Madrid y como de la diligencia que se necesita para conseguir el fin de la patria por el deber su deber y el deber de la patria.

Y los mismos pensamientos y sentimientos que el pueblo de Madrid y con lo que es de Madrid y como de la diligencia que se necesita para conseguir el fin de la patria por el deber su deber y el deber de la patria.

IX

LA ÍNTIMA PLAZA DE SANTA ANA

Vivo en el mundo y vivo en Madrid. Por eso no desdeño todo lo que sucede a mi alrededor en calles y plazas. Este sentido municipal es tan digno en el artista como sus otros sentidos.

Hay días que necesito pasar por la plaza Mayor; otros días que necesito bajar por la calle de las Huertas, y hay noches en que no podría digerir la verdad de la noche si no paso un momento por la plaza de Santa Ana.

A través de la vida, hasta de muy niño, cuando aún no sabía por dónde pasaba, he ido formando el concepto de cada plaza y de cada calle de mi ciudad.

La plaza de Santa Ana era siempre la plaza intimista, la plaza jardín de casas y teatros, el recóndito huertecillo de convento aun atropellado por todas sus afluencias.

Pasar por la plaza de Santa Ana era entrar en un remanso y perderse en un pequeño laberinto de caminos y árboles.

Plaza para recapacitar entre el zancajear por las calles, cuando no había otro respiro de jardín tan próximo a la Puerta del Sol, era el verdadero cercado recoleto.

Las tiendas, el rumor de la ciudad, las gentes especiales que forman sus ejércitos, todo callaba al entrar en la plaza de Santa Ana, que miraba al teatro Español como jardín necrológico de las comedias nuestras, como necrópolis ajardinada de personajes en asueto por mucho tiempo, si no era por toda la eternidad. Ese juego que necesita tener la novelería del teatro se cumplía en el jardín de niños de la plaza de Santa Ana.

¿Por qué tenía esta plaza tan cercada y profesada psicología? ¿De dónde le venía aquel aire de modesto y desmontado Parnaso?

Sólo más tarde, cuando conocí la historia de la plaza, me di cuenta de lo que allí había, de lo que allí se había quedado.

La plaza de Santa Ana tiene la claridad central del patio y



solar de convento que es, esa cruz y raya hecha al mundo de alrededor que sólo he visto imperar en los patios de los conventos.

Sobre todo el contorno de la plaza estaba edificado el convento de las carmelitas de Santa Ana, el convento que Santa Teresa quiso levantar en Madrid, pero que sólo pudo llevar a cabo su sucesora, sor Ana de Jesús.

El convento de aquellas carmelitas, de vida puramente interior, fue acabado en 1611, cuando en el aire de Madrid se cernía la harina de que había de hacerse y cocharse la ciudad, aún gran aldea con reyes a medio hospedar en ella. Diez mil ducados dio la reina para que se acabase la obra, que no crecía porque las limosnas eran de ochavos.

El Corral de la Pacheca quedaba remetido entre las casas de vecindad, el convento y algunas casuchas que se apoyaban en el convento, como casas pobres que si no pudiesen reclinarsen en una pared caritativa caerían derrumbadas.

Entonces tampoco existía detrás de la plaza de Santa Ana la plaza del Ángel, pues estaba ocupada por los religiosos de San Felipe Neri, y en el patio de ingreso a la próxima iglesia de San Sebastián, esquina a la calle de las Huertas, estaba el cementerio de la feligresía.

Lo que después se abrió en animados anchurones sin tétrica gravitación, fue entonces apañuscado conjunto.

El rey José, que en su breve mandato hizo tantas cosas de magia, mandó derribar el convento de las carmelitas, que pasaron a la calle del Prado, y más tarde, en 1837, a las Comendadoras de Santiago.

Aun quedó una hilera de casas que daba aspecto de callejón a la calle del Príncipe y daba al teatro Español sombra de teatro de barrio, cuando había de ser con todo despejamiento teatro de la Lengua.

Un poco más tarde, en 1812, quedó abierta la plaza como parterre del teatro de la Raza, y fue colocada en medio del redondel una fuente sobre la que se puso como remate legendario la estatua de Carlos V dominando la herejía, esa estatua que se puede desnudar de sus vestidos y de su armadura, apareciendo el emperador con prestancia humana de modo bárbaro en que bien pudiera luchar a brazo partido con el negroide caído a sus pies.

Aquel Carlos V le pareció al pueblo que significaba el poder

sojuzgando a los humildes, y el murmullo público señalaba la estatua como tiranía que vencer. En vista de eso, el Ayuntamiento publicó una alocución explicativa de la representación verdadera del «grupo», que desviara a la opinión de su error, originado por desconocimientos históricos e iconológicos, e hiciera que se respetara el grupo escultórico colocado en la fuente de la plaza de Santa Ana, que sólo aludía al emperador Carlos V triunfando del furor bélico, que aparece encadenado a sus pies.

No sirvió la alocución del alcalde para dar simpatía al grupo escultórico, pues sólo a San Jorge le está permitido aplastar eternamente, y hubo que trasladarlo a los Jardines del Retiro en abril de 1826.

Como remate de la fuente se dispuso sobre ella una pirámide o aguja de piedra sencilla, que se quedaba raquítica en medio del jardín, por lo cual se pensó en 1865 trasladar la fuente de la Red de San Luis a la plaza, para la que era difícil encontrar un centro de mesa.

La plaza cambia de nombre y se llama plaza del Príncipe Alfonso para solemnizar el nacimiento de Alfonso XII, sufriendo un eclipse de nombre años después, cuando, con la Revolución del 68, queda convertido en héroe popular el simpático Topete: la plaza se llama plaza de Topete, y por ella pasean aquellos ciudadanos que se sentían libres y alegres bajo el nuevo Estatuto.

Mientras, el adorno central se seguía buscando, pues no fue aprobado el proyecto de trasladar a ella la fuente de los Galápagos, y el 15 de enero de 1877 se tomaba el acuerdo municipal de instaurar en el centro de la plaza la estatua de Calderón, cedida por el poeta D. Adelardo López de Ayala, en funciones de ministro de Ultramar, al pueblo de Madrid.

Obra del pensionado en Roma D. Juan Figueras y Vila, tiene empaque monumental y se congregan en ella los símbolos de la Tragedia y la Comedia; la Fama, en forma de bello ángel, y bajorrelieves que representan escenas de *La vida es sueño*, *El alcalde de Zalamea*, *El escondido y la tapada* y *La danza de la Muerte*.

Con cortesía sin menoscabo, por tratarse de tan gran hombre, escribieron en su pedestal: «La vida es sueño, pero no su gloria.» Frase que Nicasio Gallego glosa en estos versos:



Esa pompa, ese mármol, te asegura
con muda voz, que, si *la vida es sueño*,
siglos de siglos el renombre dura.

López de Ayala no pudo ver la inauguración del monumento a Calderón, pues se inauguraba el día 8 de enero de 1880, a la hora misma en que el cortejo fúnebre que acompañaba a Ayala a la última morada se detuviera delante del teatro Español.

Leopoldo Cano describe aquel entierro con dramatismo de viejo grabado:

Tras de una caja mortuoria
iba un tropel, al asunto
de llorar por el difunto
que está muy vivo en la Historia.
Honrar su grata memoria
logró sin duda el tropel;
mas tanto valía aquél,
que vi en un túmulo, yerto,
que los que honraron al muerto
se honraban con ir tras de él.

¿Quién era? Lo pregunté,
y dijo uno, indiferente:
—Creo que fue presidente
de un Congreso o no sé qué.—
Mas de nuevo interrogué,
y uno que estaba mirando
a los que iban desfilando
detrás de un coche de gala,
contestó: —¡El poeta Ayala!...
(Ese lo dijo llorando.)

La estatua de Calderón quedó implantada en la plaza que de nuevo se llamó —como se sigue llamando— del Príncipe Alfonso.

El autor dramático vigilaba con su influencia el teatro de sus triunfos, como vigilando el cartel y consiguiendo con una influencia tan inmediata que se «reprisesen» sus obras.

Sepúlveda, en unos graciosos versos, pinta ese monumento de Calderón en medio de la plaza madrileña:

—*Apurar, cielos, pretendo...*
—Vamos, ya salió tu drama...
—¿*Qué delito cometí*
para estar en esta plaza?

.....

—Pues, francamente, quisiera
que mi efigie colocaran
en otro sitio, pues suelen
venir aquí ciertas pájaras,
y parejas amorosas,
y toda clase de ratas;
y eso de que representen
a mi lado, o en mis barbas,
escenas edificantes,
que en mi tiempo no se usaban,
y yo las esté aguantando
hace más de mil jornadas,
ni me parece decente,
ni estoy ya por tolerarlas.

* * *

La plaza de Santa Ana, victoriosa la luz del nuevo siglo en el primer cuarto de su vida, queda clara, despejada, dedicada al refresco libre, lugar de reventa de billetes para los circos de Madrid, comercio de flores, pájaros, monos...

Las terrazas la dominan y hacen de su jardín sitio en que apurar la rubia cerveza, que parece emanar de una fuente de juventud que brota en el jardín, quizá de ese cisne de plomo que es ahora su surtidor y que, proyectado para la plazuela del Cisne, estuvo algún tiempo en un patio del convento de San Felipe el Real.

Aquellos árboles de antiguo jardín conventual, bajo los que se sentía la sombra monumental del dramático pasado, desaparecieron, ¡ay!, para que fuesen implantados otros árboles de zarzuela y estos bancos inhóspitos que son como baños secos para el transeúnte.



X

BODEGONES

Saber que existen los bodegones es una de las cosas que más abren el apetito de la ciudad.

En los bodegones palpita el elemental apetito primero. El que lo tenga perdido, sólo con asistir al espectáculo del bodegón lo irá recobrando mejor que con otros estimulantes, entre ellos la copa amarga, que parece el recurso último y supremo.

Ya quedan pocos bodegones con ese aire sin engaño del verdadero bodegón; pero de vez en cuando se inicia alguno o se realza la taberna que llevaba vida oscura, y su lombarda vuelve a ser la lombarda enajenadora —por el ajo que la sonríe—, y el chico del bodegonero —¡nada de «menús» escritos!— repite toda la tirada del verso de lo que hay, repitiendo la lista en todas las mesas y evitando así que la cartulina se manche de aceite y vino.

Los bodegones ya están enterados de lo que traen entre manos, y su cartel no reza barbaridades como aquel de la Cruz que decía en confusión de letras:

M E S O N D E L A
C R U Z E N D O N
D E S E G I S A D E
C O M E R C O N E
Q U I D A

El mediodía es la hora típica del bodegón, cuando se observa la espera del hambre, que es espera sin lectura, echado de manos el que espera, con los ojos fijos en el horizonte, por el que ha de aparecer el cocido.

Ya no hay en el escaparate del bodegón aquel barreño con fuego en que se iban haciendo y recociendo los pucheros del cocido.



Ahora sigue valiendo poco el puchero con el completo de la caridad de cada día; pero brota de los adentros de la taberna, donde la prestidigitación quizá ha podido trabucar el misterio del cocido individual con sus saturaciones y filtraciones especiales.

Los días optimistas busco mi bodegón y me mezclo a los arrieros, que comen con el látigo abrazado al cuello, y observo a esos tipos con mirada de perro que no acaban de saber quién es el prójimo.

El bodegonero me trae la olla con la misma prisa y cuidado que a los demás, y cogida la tapadera contra el cuello y el asa del puchero, como si abriese una castañuela, deja salir sólo el caldo, para que después figure en vez aparte lo que es más sólido en el cocido.

En ese bodegón es donde yo vi al desaparecido bohemio Dorio de Gádex, que en medio del silencioso mamulleo del hambre en la hora comistrona pedía una guindilla para su esposa, como galantería exquisita que le ofrecía, como el único entremés de regalo en casa del bodegonero.

El chico de esos trajinantes que acaban de entrar porta a sus espaldas el cachorrillo de la bota, y como más próximo a ellos, puesto que estoy en la esquina de la mesa que han elegido, me ofrecen de ese vino recontado en una posada de los caminos próximos a Madrid, quizá en la mejor ermita de vino, y que tiene densidad de pez que se plasmifica en el galillo.

Todos vamos en un carro que sube la cuesta de las horas, y las miradas siguen viendo el altozano que ganaremos pronto, la hora próxima que ya se divisa.

El que vende una gabardina se da una vuelta por las mesas, queriendo colocar esa especie de camisa de serpiente que en época de muda ha debido dejar en una cuneta el que mejoró de abrigo, abandonando prenda tan delgada y mustia detrás de su paso.

Más carreteros, con sus blusas sueltas como trajes de niños con mangas largas, agotan los cocidos, edición corta que ya está acabada a la una y media, edición para apremiar a los madrugadores del almuerzo, los simpáticos de la cocina, porque son los que la atestiguan mejor fidelidad.

El vendedor de hules y plumeros pone en el llar olor de superficie limpia y brillante, y sus grandes plumeros negros abren la gazuza añorante del pavo navideño.

El oreganero, con sus gafas de pastor cegarro, llena de olor de orégano el ambiente, y con sus ramitos verdes y semilludos pone en conserva y salsa el cuadro de costumbres vivo aún, funcionando aún con toda su cuerda y sus vivaces estímulos.

¡Menudo ente real es el oreganero! Mucho más real e importante que el tomillero que desgrana tomillo en los cuévanos del olfato.

Sabe el oreganero que sólo en los bodegones están los que saben lo que vale su hierba salsera, y los que tienen que sazonar esas grandes liebres, entre liebres y galgos, que a lo mejor se tropiezan en los esquinazos de los tapiales o de los caminos.

Una niña trae un puchero grande, para que le echen dos cocidos de setenta y cinco.

—No sé si habrá ya —dice el aposentador de condumios.

Y se va dentro, habiendo un momento de pánico, en que la niña nos mira a todos consternada, y su puchero abre la boca negra en un bostezo de ayunos.

—Había —dice al cabo del mutis el hombre del delantal, mientras caen los dos cocidos en el cacharro, con derrumbe de jigotes en medio de cascadas.

XI

LA CASTELLANA

La rúbrica del optimismo se traza dándose un paseo por la Castellana en la manuela forrada de azul.

La Castellana ha sido durante el invierno una serpentina fría, por cuya vereda helada pasaban los raudos automóviles como patinadores que no necesitasen gasolina durante ese trayecto.

Las sillas estaban muertas de frío, esqueléticas, heladas.

A los árboles más delicados les habían puesto gabardinas de paja.

El río del invierno corría por la Castellana y tenía curvas y meandros de frescura, cuyos remolinos se pasaban con dificultad.

Pero ahora la Castellana ha despertado, y su Volga helado ha tenido el deshielo, que los muy madrileños festejan con encanto, con regocijados paseos.

El internado de las señoritas casaderas se pasea en filas compactas por la Castellana.

Cada tres suelen llevar una pasanta con un velo de moscas. Tienen confianza esas jóvenes casaderas en que la vida se repetirá aún lo bastante para conseguir el éxito de sus mamás. Los encuentros clásicos fueron allí y seguirán siendo allí.

Las sillas, desentumecidas, son utilizadas ya, aunque, dotadas de una felinidad recalcitrante, arañan y rayan las faldas de seda. Los que utilizan las sillas de la Castellana están ya definitivamente asentados en la ciudad; encontrarán casa aunque no la haya, tendrán para pagarla, y cuidarán a sus hijos esas amas de cría que son como limpias enfermeras de la aristocracia.

Supone una predisposición al hogar burgués el sentarse en la Castellana; tanto, que se podría decir que sólo se sientan allí por derecho propio los que tienen un destino seguro, en cuyas páginas está ya escrito todo: los esponsales, los bautizos y hasta los cargos oficiales que disfrutarán sus hijos.



El público de Recoletos es más mezclado. El de la Castellana es más puro, y se nota a los curiosos que se mezclan a él.

Los jóvenes de la Castellana son jóvenes de perro lobo y de hermanas elegantes. Todos llevan pulsera y flecha en los calcetines. Con sus finos juncos se arrean a veces una pierna.

Las ancianas madrileñas dicen aún «la Fuente Castellana», aunque ya perdió su importancia la fuente y hasta desapareció el obelisco que la remataba, hoy convertido en fuente en la plaza de la Alegría: aquel obelisco que, erigido para perpetuar el natalicio de Isabel II, señalaba el término de sus paseos, impresionando como estrella fundida y caída en la tierra la negra estrella polar que lo remataba.

Aquella Castellana, más campestre que ésta, pero siempre paseo de alcornia —tanto, que ya aparece en las novelas como «Corte y cortijo» para representar la corte frente al cortijo—, tenía un par de hoteles apenas, y durante catorce años, del 62 al 76, no hubo más que el hotel del señor Manzanares, esquina al paseo del Obelisco, y alguna quinta de recreo, como la de Teodora Lamadrid.

Párrafos de los periódicos de la época nos darán la emoción de este paseo como nada:

«En Madrid, por ejemplo, la sociedad elegante se da cita durante la hermosa estación en el tradicional paseo de la Fuente Castellana y recorre en lujosos trenes la extensa alameda que existe entre el Obelisco y los jardines de Recoletos.»

Antes, la sierpe de coches era más numerosa, más lenta, todas las riendas flojas. Se recogía la tarde con más serenidad en el fondo de los coches, y la batalla de miradas daba tiempo a apuntar y a escoger. El caballo de detrás pacía en el sombrero de la señora descuidada o buscaba en el fondo de la capota el pienso del pesebre. Todo iba más enlazado. Se formaba la rueda de la comedia humana. La procesión tenía la lentitud de ritual, y los cocheros, displicentes, con las riendas flojas, se fumaban el cigarrillo del rentismo o, los que no podían fumar, parecían dedicados a la pesca por su cuidadosa y afectada manera de llevar la fusta.

Ahora quedan pocos coches; esta primavera, menos que nunca, y los automóviles deshacen la fila, pues como disfrutaban de un radio de acción más amplio dejan grandes claros entre coche y coche, deslavazando el paseo.

Todo patina en ese paseo, que antes era de tierra, la tierra

firme de los caminos de los bosques, la tierra sobre la que andaban con naturalidad agradable los coches de antaño. Ahora por este paseo tan asfaltado se anda como sobre un *parquet*.

Las floristas siembran a voleo sus flores. Tienen confianza en aquellos a quienes se las dedican, y esperan a que vuelvan a pasar y se las paguen. Hay un momento de crédito social que es grato de contemplar, pues da una sensación de mundo solvente este mundo del que tanto desconfiamos.

Cuando es al rey al que echan unos claveles, Su Majestad les echa cinco duros.

La Castellana —y éste es el dato más importante de su psicología— no es paseo de convalecientes.

El paseo de la Fuente Castellana, hoy uno de los mejores de Madrid, recibió el nombre de una modesta fuente que existió antiguamente cerca del sitio donde ahora se levanta el Obelisco, y cuyas aguas fueron llamadas «extremadísimas», a causa de su transparencia y frescura, por el gran Cervantes.

Pronto ya comenzará la *saison* elegante de primavera y circularán por el aristocrático paseo lujosos carruajes y apuestas jinetes, escena de costumbres de la *high-life* madrileña.

En la primera época de la Castellana se pensó que fuese un paseo que diese la vuelta al mundo, y se hicieron proyectos para ponerlo en comunicación con Roma.

Desde luego, algo de eso se ha realizado, porque en la mañana y a primera hora de la tarde, por allí entran los automóviles que vienen de viaje y que ya hacen competencia a los ferrocarriles.

La Castellana es un paseo para los que no tienen ninguna preocupación. Es el paseo sosegado para esos orondos fabricantes de puros cuya efigie aparece en las mejores cajas de habanos rodeados de medallas de oro.

Tiene una cosa de paseo a la romana, sobre todo cuando se tropieza con sus parejas de grandes pinos nobiliarios.

Es paseo de gente firme, que pasó el invierno defendida de todas las gripes y que conoce el bienestar y la calefacción por agua caliente.

Tan de otra clase que los demás es este paseo, que no admite esas bandas de música que dan tanto aire de despeje provinciano al paseo en que suenan.

Es paseo parsimonioso, solemne, viéndose muy bien el espectáculo del mundo, el gran desfile de categorías y rentas.

Tiene un atardecer refinado y precioso. Todos se dan cuenta en el fondo del alma del fenómeno vespéral. Pronto van a dejar de verse unos a otros. Las cabezas se ladean para ver y las miradas son más profundas. En el fondo de los coches que no se pueden abrir, la penumbra es casi melancólica.

La postura de todos tiene una languidez y una resignación de los que ven con tranquilidad los últimos instantes del mundo, porque, en su concepto íntimo y humano, cada día que se acaba tiene mucho de final del mundo.

El atardecer de estos paseos de las grandes ciudades —el Bois de Boulogne, Boboli, etc.— tiene una cosa de final de época o de ocaso de imperio, exageraciones altisonantes con que se agrava en los corazones humanos el sencillo espectáculo del final de un día.

... ..

Ya no dan una vuelta más los carruajes. Se ha hecho de noche antes de lo esperado. El cochero para un poco su caballo y enciende los fuegos fatuos de los faroles. La recepción ha acabado. Todo el mundo de las grandes aspiraciones y de las fuertes vanidades se desparrama por Madrid y busca sus madrigueras, a veces demasiado modestas.

XII

LOS CIEGOS DE MADRID

Parece que los ciegos encuentran a ciegas la corte, a través de los caminos. Vienen a Madrid porque tienen derecho a estar representados en el senado de las calles de la capital con oscilación proporcional, pues Galicia tiene derecho a enviar numerosos ciegos —como si un fuero especial se lo consintiese—, y, sin embargo, de un sitio luminoso como Valencia se esperan muy pocos.

La parte oscura y abismática de la Península, sus túneles, sus minas, sus congostos sin luz y el supuesto doble fondo de toda montaña, es representada por estos ciegos, que traen inscrito en su fondo el paisaje subterráneo de España.

Cuando vienen a Madrid, no es que traigan la ilusión de la limosna, sino la honda convicción de que van a utilizar un derecho y a ostentar una representación honrosa.

Sus cachavas imponentes han ido reconociendo los kilómetros y contando los árboles, atravesando los puentes, como suspendidos entre inconcebibles abismos.

Por esa razón representativa, los ciegos de Madrid son ciegos tan formidables, que se sientan en sus esquinas como en el sillón que les corresponde en el Parlamento de próceres.

En todo ciego hay un político de los males del mundo, un acusador que calla, pero que piensa mucho en las merecidas acusaciones que le sugiere la vida.

A veces, alguno de estos ciegos se acrece, se despereza, y entonces toma tales rumbos de conquistador, que parece ir a conquistar la tierra. Me han dado miedo algunos de estos ciegos emprendedores, que veían un paisaje heroico que nosotros no vemos ya y caminaban saltando esas roturas en que se eslabonan las cadenas de montañas, y por las que siempre se supone que saltó Rolando.

El ciego tiene una psicología inconvencible y tenaz, contra

la que se estrella toda mirada. No tiene esa camisa de fuerza que es el ver y guiarse por entre ceñidas disciplinas de miradas. El ciego suele tener una terquedad de loco y tiene más audacia al andar por entre precipicios y obstáculos que cualquier hombre con vista.

En el ciego se suele encavernar el hombre, y así como el que ve cuenta con todo, el ciego tiene la avidez hidrópica, no atendiendo límites ni fatigas.

Lo tremendo que es el ser humano se reconoce en el ciego; ser enterizo, muy formado por dentro, rico en calamares entrañables; es decir, con doble carga de cuajo interior que los hombres que ven. Dan pavor, y, sin embargo, hay que ayudarles y conducirles del brazo y con palabras persuasivas a través de un mundo en que es necesario adaptarse más.

* * *

Los primeros ciegos de la Historia debieron tener un aire sibilesco y augur que llevaban bajo los soles más fuertes como una misión.

El ansia de hablar de lo prepotente y de lo épico, que nace entre las peñas profundas, encontraba en la elocuencia de los ciegos su retórica ideal.

Aquellos primeros ciegos llevaban en el lugar cerrado de su memoria la monótona melopeya de lo heroico e iban sembrando de heroicidad los pueblos, enardeciendo de aventura los puertos.

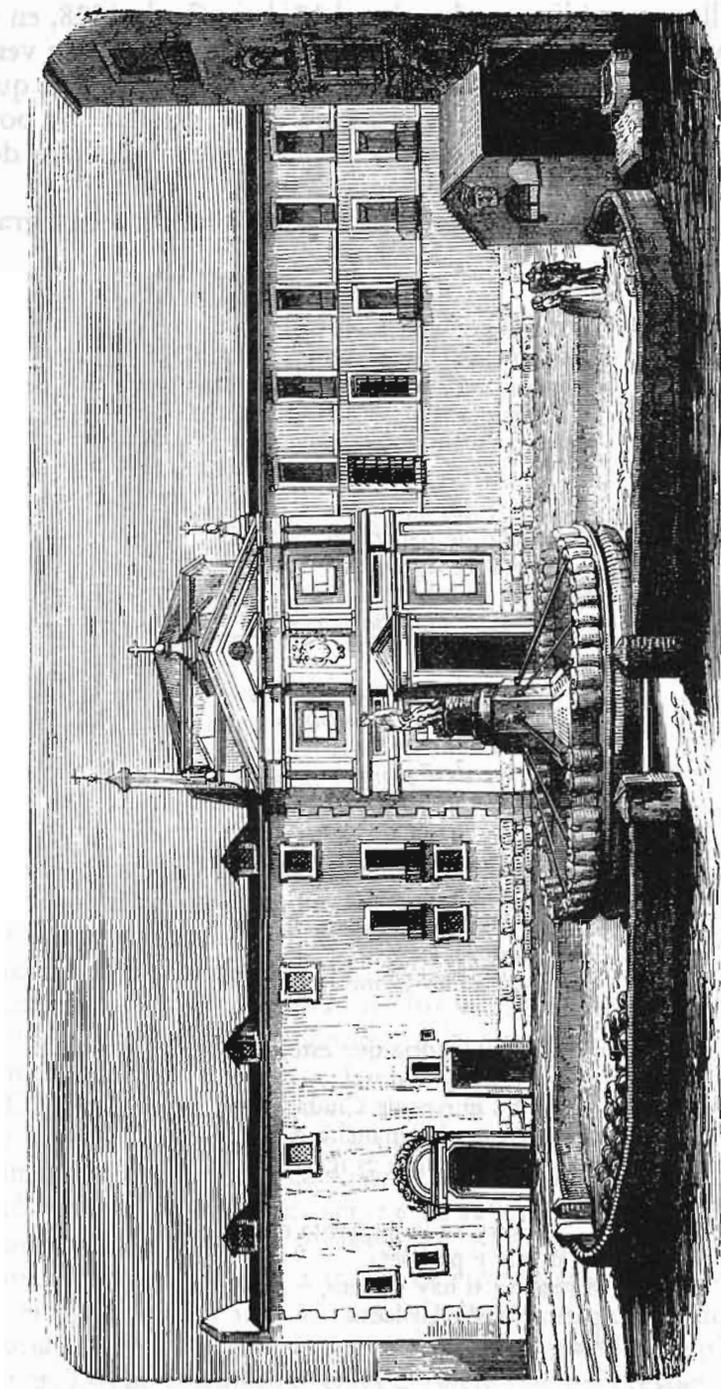
Leones ciegos, aquellos primeros Homeros de la oscuridad veían en lo oscuro otro tiempo, el ejemplario de las conquistas y las invasiones.

Con caras de estatuas del pasado, aconsejaban al porvenir del modo más imponente. Dos estrellas, rayadas por la cicatriz, eran como planetas muertos de sus ojos, y eso les daba esa experiencia de lo que fue.

Los ciegos de la Edad Media pasean la superstición y llenan de agorerías los campos y los sótanos de los castillos.

Los ciegos, por fin, se agremian, y surgen las Hermandades de Ciegos, con Ordenanzas de privilegio.

En Madrid, la Hermandad de los Ciegos consigue la exclusiva de vender los papeles públicos. Nadie sino ellos podía expender las *Gacetas*, *Diarios de Avisos*, *Almanaques* y toda clase de papeles sueltos y aleluyescos.



Las Descalzas Reales



Se llega a publicar un bando, el 12 de junio de 1828, en que, para evitar que digan expresiones malsonantes los que venden papeles por las calles, se manda que sean ciegos, y al que se dedique al oficio que se reserva para éstos, aunque sea por no tener otro, se le declara vago y se le condena al oficio de las armas.

Una poesía de esa época pinta al ciego *periodista* con gracejo y estilo:

Cariesponjado y picoso,
barbirrucio y boquiabierto,
el un ojo medio abierto,
nubarrado y tempestuoso,
y el otro árido y desierto.

Capa color ex turquí
con cuello de paraguay,
el chaleco verdegay,
pantalón de bombasí,
va gritando: «*El Guirigay*»,

*«El Guirigay», «Guirigay»,
de esta tarde, con la acción
que se ha dado en Aragón,
la sorpresa de Ezcaray
y el alarma de Alcorcón.»*

Y le precede a compás
su vice-sentido-porra,
que de razones le ahorra,
advirtiendo a los demás
que viene *el tío Camorra*.

Diz la Historia que este ciego
es de Almagro natural,
quién diz que es de Ciudad Real;
de todos modos manchego,
que para el cuento es igual.

Siempre en la imprenta de bruces
se afirma y parapeta,
oliscando si hay *Gaceta*,
para difundir las luces
de a treinta y cuatro en peseta.

De aquel su rico arsenal
sale a puro de empellones,
gritando a plenos pulmones:
«*De la imprenta Nacional,
noticia de dos acciones.*»

Y corre Madrid entero
con su palo precursor;
aquí rompe un mostrador,
allí da con un bollero
y atropella un aguador.

Hasta que vende el manajo
de extraordinarias noticias,
y llega en honra y albricias
a la taberna del *Cojo*
a consagrar las primicias.

Bien bebido y mal parado
con el vapor del de Arganda,
con voz cariñosa y blanda
requiebra a la del guisado,
paga, enciende, chupa y anda.

A su calle de Zurita
se dirige, adonde espera
su consorte la traperera,
que se llama la Paquita,
y es tuerta y muy bachillera.

Aquella rígida Hermandad de los Ciegos reserva también a éstos el poder tocar los instrumentos de cuerda por las calles y poder cantar villancicos y jácaras.

Respecto a las jácaras, D. Salustiano de Olózaga, en un informe contra la Hermandad de los Ciegos de esta corte, dice con indignado estilo, refiriéndose a la que estaba más en boga entonces:

«Empieza la larga jácara contando la feliz disposición que el héroe descubría desde niño y las primeras travesuras con que la acreditó; sigue después recorriendo gradualmente la escala de los delitos que pueden cometerse en una ciudad, y en todos deja gloriosas señales de valor y sagacidad, hasta que convencido de que su mérito le llamaba a mayores empresas que los robos y muertes en poblado, *sale al camino*, y su reputación adquirida y algunas nuevas hazañas le valen pronto el grado de capitán de ladrones. Desde entonces le trata el poeta con más respeto, tiene

cuidado de agregar siempre a su nombre el título de *Señor*, y el interés y la veneración de los pervertidos oyentes suben de punto. No es ya sólo su valor lo que tienen que admirar, sino la firmeza de su carácter, que le hacía respetar de una numerosa banda de hombres, todos valientes y amantes como él mismo de una absoluta independencia; pero les trataba como a iguales, les repartía con equidad las presas y les reconciliaba en todas sus desavenencias. Así le querían tanto y él confiaba en la fidelidad de sus súbditos, de modo que cuando cayó en manos de la justicia no dudaba que vendrían capitaneados por *su segundo* a arrancarle de las del verdugo. Mas no fue así a pesar de haberlos esperado largo rato al pie de la horca *haciendo la entretenida*, como dice el romance, que concluye ponderando el general sentimiento que su muerte excitó. El de los presos es muy sincero, y largo rato después de concluido el lúgubre canto reina aún en la cárcel un imponente y religioso silencio. Fuera de ella se repite también y se oye con gusto la misma jácara que es capaz, a pesar de la catástrofe en que termina, de aficionar a muchos a la arriesgada y en su opinión gloriosa vida de saltador de caminos.

»Pero aun es mayor el daño que causan semejantes composiciones pervirtiendo la razón de las gentes honradas y destruyendo las bases de la moral y de la justicia sobre que descansa el edificio social. Tratando la citada jácara del sistema que seguía el héroe dice que

robaba con fantasía,
que a los ricos les quitaba
y a los pobres socorría...»

En esa Hermandad angosta, la casta de los ciegos iba adquiriendo esa monstruosidad de gran costra a la que es propicia la ceguera si no se la guía y se la reduce, pues el ciego propende a lo desmesurado más que a lo sencillo. El mismo D. Salustiano, en aquel alegato con que quiso dar más amplitud a la venta de los periódicos y conseguir que la guitarra fuese de uso más público, con ternura para el divino arte plectral, dice, refiriéndose a otra cláusula del concordato de los ciegos: «Hay una muy curiosa y digna de observarse porque comprueba la conocida zelotipia, que no sin disculpa padecen estos desgraciados. Las mujeres admitidas en la Hermandad tienen derecho exclusivo a ciertos puestos de papeles públicos que se reputaban y

aun en el día se reputan bastante lucrativos. Concedido este privilegio parecía según el espíritu y objeto de las ordenanzas que debería ser privativo de las ciegas; pero los ciegos lograron que se les negase si se casaban con hermanos de vista al mismo tiempo que lo solicitaron y obtuvieron para sus propias viudas aunque no fuesen ciegas. Este anatema que lanzan contra sus compañeras de desgracia que logran casarse con alguno que no sea ciego, y esta represalia con que las conminan de tomar sus mujeres en país extranjero, que tal debe parecerles este mundo que no pueden llamar suyo porque jamás lo han de ver, si bien los recomienda más y más a la compasión de las gentes porque indica de cuántos tormentos va en ellos acompañada la dulce necesidad de amar, prueba cuán inconsiderablemente se consintió semejante anomalía en las ordenanzas.»

Algo injusto resulta el opulento y claro D. Salustiano, sobre todo cuando, en su indignación por ciertos villancicos que acaba de oír, dice:

«Sólo los ciegos podrían cantar semejantes coplas, porque carecen en general de todo sentimiento de honestidad; que esta idea como la del decoro y todas las que tiendan a producir el rubor que excitan los conceptos indecentes entran por los ojos. ¡La noche es bien poco honesta: no es mucho que lo sean los que viven en noche perpetua!»

Los ciegos de Madrid eran despotricantes, rudos, desesperados, y Gustavo Doré los pinta en el momento de romper la guitarra porque ha pasado la diligencia sin darles limosna, y Goya, recogiendo esa inmensa desesperación, ya había grabado al aguafuerte un ciego guitarrero al que un toro acuerna en lo alto, escribiendo Goya al margen una de sus peculiares lamentaciones sarcásticas, dando a entender que esa cogida le libraba, al fin, de su mala fortuna.

Hoy los ciegos son más silenciosos y se han acoplado en los resquicios y esquinas que tiene la vida. Después de aquella hora tan parlamentaria (1910) en que el ciego Simarro, como presidente de un Congreso, se presentaba en la calle de Alcalá de sombrero de copa y con las grandes proclamas subversivas escritas en la tablilla del ciego, los ciegos han vuelto a la soñarra invicta, pasada también aquella hora revolucionaria en que, como todo el mundo, se sintieron soviéticos, y desde la Casa de la Luz y del Trabajo salieron en revuelta manifestación por las calles y fueron encerrados en los camiones de la Policía.

Época de grandes resignaciones, sin aspavientos, los ciegos han vuelto a ocupar el sillón pacífico y han entrado en una etapa cataléptica. Más mudos que nunca, no apelan a sus campanillas ni a sus salmodias. Momento de gran ruido en la calle, no pueden esperar más que la caridad del que les vea al pasar. Están como atropellados y cohibidos en sus esquinas por la circulación moderna, rauda, olvidadiza, descuidada, atronadora.

XIII

EL PARTERRE DEL RETIRO

El Parterre, ese jardín de un corte de pelo especial, tiene una curiosa psicología, medio de jardín, medio de cementerio, medio de parque de la Reina.

Tiene una frialdad arquitectónica como de una obra hecha con demasiada técnica literaria. El Parterre está trazado con tiralíneas, valiéndose también el jardinero creador de la escuadra y el cartabón.

¿Cómo recordamos la influencia del Parterre en nuestra infancia? ¿Era un jardín alegre, radiante, claro, o tenía esas complicaciones y esas sombras tendidas que pesan sobre los niños sinceros?...

Nos acordamos de que el Parterre era como un patio confinado, como un sitio en que todos los juegos tenían que ser rectos, paralelos, simétricos. Amábamos jardines en que se gozaba mayor libertad y en que los juegos eran más bohemios y tenían huidas más inesperadas y resueltas, más de bosque, gozando además de mayor acobijamiento bajo los árboles.

«Vamos al Parterre» equivalía en nuestra mente a un continuado juego del aro, llevándolo por carriles de verdura, y equivalía también a una especie de cohibición en un salón-jardín, con todos sus verdores muy ordenados y los macizos, como muebles, muy aristocráticamente distribuidos.

«¡No, al Parterre no!», gritábamos a la criada, temerosos de estar en jardín tan trascendental, como último detalle del palacio del Rey que hubo en el Retiro, como última supervivencia de él.

Si hubiéramos ido durante todas las tardes de nuestra niñez al Parterre, hubiéramos perdido la espontaneidad y naturalidad, que son tan necesarias. Al Parterre se puede ir de vez en cuando, para aprender aristocracia, cierta regularidad, cierto modo de saber, calcular y ordenar las cosas.

El Parterre, a mi modo de ver de entonces, me parecía un

jardín a cuyo suelo sacaban brillo los que se dedican a lustrar el *parquet*, y cuyos macizos limpiaban los jardineros con plumero de plumas sutiles.

Siempre el Parterre parecía vuelto hacia la puerta que da a la calle y parecía esperar a los príncipes y a toda la comitiva. Tenía también para nosotros algo de pavoroso jardín pedagógico para la infancia, y el pedagogo, el profesor que nos esperaba, era el busto que se alzaba en medio.

Después nos hemos ido formando una idea diferente del Parterre, aunque sin perder como aprensión central nuestra aprensión infantil.

El Parterre tiene hasta por el día un tipo de jardín iluminado y recortado por la luna. Nos recibe, desde luego, con el contraste inlunado de los verdes oscuros y los claros sienas de los caminos. Los cipreses se destacan como en un cementerio, y el monumento a D. Mariano Benavente es un monumento completamente funeral, y aquellas estatuas de los reyes que hay allí hacen un papel mausoleónico también.

El Parterre ha seguido siendo para nosotros un jardín desalmado, y, sin embargo, atractivo e indispensable de vez en cuando.

Hay tardes para verlas desde el Parterre; tanto, que algunas veces desandamos el camino emprendido para volver al Parterre, para pararnos allí y ver el tipo rígido del día, el tipo digno de este jardín amanerado, y ver también de paso el fondo, las casas, las iglesias y los museos.

El Parterre va todos los días a la peluquería, y huele a loción, y se ve cómo le apuran el corte de la nuca. Todos los sábados, los jardineros del Parterre suenan sus tijeras nerviosas, dispuestas, afiladas. En primavera, sobre todo, huele a corte de pelo reciente, a hierba despuntada.

En el Parterre hemos encontrado muchas cosas nuevas a través del tiempo, porque resulta que hay muchas que no se acaban de ver. Hasta si se hiciera una excavación habría hallazgos importantes.

En el Parterre hay muchas fuentes: fuentes con personalidad propia, fuentes pequeñas y fuentes grandes. El sentido de cada una lo hemos ido hallando poco a poco, y aún no lo hemos podido encontrar por entero.

Son fuentes con encantamiento propio, y con su delfín correspondiente en el fondo.

Entre los bojes hay los que son como nidos para los niños y sus amas o doncellas, y recordamos haber anidado allí muy gratamente, cubiertos por los quitasoles de los tupidos y bajetones hongos de los bojes, con emoción de pájaros en el corazón del árbol.

En un rincón hay una hornacina, sin nada, en la que se retratan los más engréidos, como si fuesen la estatua que falta.

Ya también el mismo doctor Benavente —se me ha aclarado— es para mí uno de esos doctores como el doctor Sarabia, como el doctor Pérez de Diego, que cuidan a los niños con fe excepcional y saben tranquilizar a los padres y por teléfono aciertan con la enfermedad y dicen, dando el consuelo máximo: «Ya ven ustedes si no encuentro grave al niño, que no volveré hasta dentro de tres días.»

El doctor Benavente cuida aún de esos niños que juegan a su alrededor, y que por lo menos se mantienen saludables al jugar en el Parterre, bajo la vigilancia facultativa.

La historia de ese monumento es sencilla. Don Mariano Benavente murió en abril del año 1885, y a los pocos días se reunieron algunos amigos, discípulos del finado y algunos padres agradecidos, acordando erigir ese monumento, que a los pocos meses era inaugurado. En ese grabado que yo guardaba se ve la distancia de aquella época en que se inauguró y se ve a qué clase de mamás consoló y animó el «médico de los niños».

El presente documento tiene como objetivo principal proporcionar información sobre el desarrollo de la actividad de enseñanza-aprendizaje en el aula, así como sobre el rol del docente y del alumno en este proceso. Se abordarán temas como la planificación, la evaluación y el uso de recursos didácticos.

En primer lugar, es importante destacar que la enseñanza debe ser un proceso activo y participativo, donde el alumno sea el protagonista de su aprendizaje. El docente debe actuar como un guía y facilitador, creando un ambiente propicio para el desarrollo de las habilidades y competencias del alumno.

La planificación es una etapa fundamental en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Consiste en diseñar previamente las actividades, recursos y estrategias que se utilizarán en el aula. Esto permite organizar el tiempo y los recursos de manera eficiente, asegurando que se cubran todos los contenidos programáticos.

Además, es necesario evaluar constantemente el proceso de enseñanza-aprendizaje. La evaluación no solo se refiere a la calificación de los alumnos, sino también a la valoración de los métodos y recursos utilizados. Esto permite identificar las fortalezas y debilidades del proceso y realizar ajustes necesarios para mejorar la calidad de la enseñanza.

Por último, es importante mencionar el uso de recursos didácticos. Estos recursos pueden ser materiales físicos o digitales que facilitan el aprendizaje y hacen el proceso más atractivo y significativo para el alumno. El docente debe seleccionar los recursos adecuados para cada actividad y utilizarlos de manera efectiva.

XIV

EL LAGO MAYOR DE MADRID

Este estanque del Retiro parece que estaba ahí desde el principio de la Creación, como, según Pinelo, la altura que hubo que rebajar detrás del monumento al Dos de Mayo «estaba allí desde el principio del mundo».

No tiene trazas aquello de una creación artificial. Indudablemente, como laguna lacrimatoria de los cielos o como regatosisón de las aguas de algún arroyo de los que han pasado a su vera, el estanque del Retiro estaba en su sitio cuando el valido se decidió a hacerle jardín de las delicias de su señor.

No tiene el estanque del Retiro ese destino voluble de las cosas artificiales. Su permanencia es, indudablemente, superior a la voluntad de los hombres, que si no ya hubieran encontrado manera de cegarle, si no por nada, por colocarle en otro sitio.

En todos los grabados es citado, aunque se le llame de distintas maneras, casi siempre estanque grande.

Eso sí, ha tenido épocas distintas. Primero, una época rústica; después, en el mismo siglo XVII, en los primeros años, una época medio rústica en que quedaba en los confines del jardín, donde ya no había arbolado, junto a las tapias primitivas del Retiro, que lindaban con él. Hacia la mitad del siglo XVII ya comienza a ser el centro de los juegos en el agua, a que son tan aficionados los reyes. Como el corazón humano es tan elemental, názcase donde se nazca, siempre se siente el deseo de jugar sobre el otro elemento, sea como sea, metiendo las manos en el agua, como los niños, o paseando en barca, como los mayores, o cruzando el mar en un gran barco, como los mayores de los mayores.

La regia falúa navegaba por el gran estanque en esa época, una de esas hermosas falúas que son como inmensos cisnes o lechos de placer que bogan sobre el agua como por un sueño. Tenía la regia falúa un embarcadero como el que le queda aún



a la regia falúa que se conserva junto al otro gran estanque del Real Sitio de San Ildefonso, regia falúa en negro ébano, que es como la cama de pavés en que murieron blandamente los antepasados de los reyes, y en que fueron pasados al otro lado del Leteo.

En esos tiempos galantes y atrevidos —¡así se hace!— de Felipe IV, fue adornado muchas veces el gran estanque, y comenzaron a nacer de sus aguas en las noches apasionadas las luminosas espadañas y flores acuáticas de los fuegos artificiales del agua.

Hasta tuvo entonces su célebre tempestad, pues la noche de San Juan de 1640 un súbito torbellino dispersó las barcas, apagó las luces, desbarató las tramoyas, causó el pánico en todos.

En 29 de junio 1695 se representó en la isleta central del estanque grande la comedia *Los encantos de Circe* sobre un gran tablado, en el cual se había formado un espeso bosque con grandes montañas, árboles, fuentes y volcanes, yendo Circe por el agua en un carro triunfal tirado por dos delfines, a deshacer los encantos. La fiesta terminó con danzas en la tierra y en el estanque, y duró seis horas, acabándose a la una de la madrugada.

Después de esta época de los embarcaderos, que eran como palacetes del Indostán que llevaban al mar de los dragones, pues el genio del agua aún daba boqueadas de espanto en la gran pecera, viene la época de los embarcaderos populares, en que se sentía la inconsistencia de las tablas sobre el agua. Como se iba a asomar los ojos por los iluminados panoramas de los veráscopos, así se entraba en aquel embarcadero que daba al museo del agua.

El pánico de los primeros globos es cuando pasa sobre el estanque del Retiro, en que se ahogaban casi sus sombras redondas, y para que el gran Blondin demuestre su valor sobre los miedos del abismo se prepara su artilugio sobre el estanque, y Blondin pasa por el puente de un hilo como héroe que ha atravesado el Océano.

Los sedentarios de sombrero de copa sienten junto al estanque el encanto de la tierra firme, y los que habían de embarcarse hacia las colonias que aún poseíamos, celebraban sus despedidas embarcándose en las embarcaciones del Retiro, dando la congoja del agua a sus familiares. «¡Figuraos así dos meses!»

Numerosos festivales se han celebrado a su alrededor, y los

que se hayan estrechado las manos, aprovechando la expectación embobada de todos, no lo olvidarán jamás, ni aun en la muerte, pues el festejo en un jardín de grandes árboles y frente al agua oscura y reluciente no sé qué tiene de espectáculo en la dicha del otro mundo ya.

Este estanque principal midió desde el principio 1.006 pies por 443; en el centro tenía una isleta oval, cruzada por dos caminos con árboles y un templete en medio. Había cuatro embarcaderos, y existían en los mismos puntos que ahora las cuatro norias que Alejandro Dumas calificó de capillas. Del estanque grande partía un canal llamado Río Grande, que servía de cercado, y que al llegar a la iglesia de San Antonio de los Portugueses, que se hallaba entre la fuente de la China y el olivar de Atocha, la dejaba en el centro de una isleta.

Esos palacetes de sus esquinas debían estar bien. Esos palacetes para nadie, espacios de respeto, casillas de las hadas, son muy necesarios en un jardín, llegando a ser profundos, trascendentales y algo así como casitas misteriosas llenas de esencias, y entre todas las esencias, la más intensa y concentrada la del pasado puro, la de todos los días, uno a uno, con todo lo que pareció perderse.

Estos días el estanque del Retiro es como algo popular, como el salón de baile de un merendero de entrada empavesada.

Muchos días he ampliado la noche y he esperado que lo abran a las cinco de la mañana —la hora oficial del buen tiempo—. Ya había «cola» junto a la verja a esa hora, formada por esos y esas que ansían tener un jardín, y que ya que no tienen ninguno se contentan con el mejor de todos. Como osos y osas queriendo abrir la jaula de su prisión, así estaban pegados a la verja esperando que el guardia diese las dos vueltas a la llave y abriese la gran puerta de la catedral con ese esfuerzo con que parecen mover el mundo.

En seguida, abiertas las puertas, el embarcadero comienza a llenarse de gente, y van despachando las barcas para uno —o sibarita o suicida—, las barcas para dos y las barcas para esa colección de remeros que imitan a los alemanes y a esos suizos embebecidos que se mueven como muñecos mientras el del timón les grita un «¡hum!» monótono y ritual.

Antes, en el embarcadero había contratados unos músicos de bautizo, que tocaban su repertorio, «la música inefable y

argentina del bautizo», que tira montones de calderilla en notas, la música de «la boda» y la música del «día de santo».

Hoy se celebra sin música la gran cabalgata en barca. El estanque resulta grande sin llegarse a atestar de barcas, mostrando siempre caminos amplios a la navegación. Muchos marineros, como Cristóbal Colón, van buscando ese rincón de sombra, esa Citerea que su ingenuidad supone que yendo en su barca mar adentro lograrán descubrir.

La expectación es grande; pero los que más disfrutan son los que están en tierra junto a la balaustrada de hierro y ven todas las peripecias y no se acercan a aquella muchachita que desde lejos parece bella e interesante.

El estanque del Retiro es el gran vaso de agua de Madrid, el gran vaso de agua en que se acucia su cielo y su ambiente. Consuela más que parece, y si faltase, quedaría una desdichada sed de él en el aire de nuestros días.

Junto a sus aguas, en el lado del paseo, se siluetean las figuras como en ningún sitio, debiendo el transeúnte pasar de largo y no quedarse demasiado, porque de tan visible como se es se llega a estar desairado.

Su embarcadero es elegante y amplio. En el segundo ejemplar de sí mismo, pues cuando más completo estaba, cuando más Club de Regatas iba a ser aquello, cuando todo pasaba su mal invierno esperando las mañanitas de mayo, se cebó el incendio en las embarcaciones y hasta en el astillero del Retiro.

«Anoche —dice el *Diario de la Marina* de las ciudades marítimas cuando hay un incendio en el puerto— se declaró un fuego a bordo del vapor ruso *Topoff*, y gracias al aislamiento en que se dejó al buque no se prendieron los numerosos barcos que ayer se habían refugiado en la rada. El capitán, etc., etc.» Y el *Diario de la Marina* se extiende mucho y da valor e importancia al suceso.

Nosotros no tenemos *Diario de la Marina*, y por eso este acontecimiento consternador casi no mereció comentario y no se dieron pormenores de él, cuando en el fondo lo que pasó fue que se quemó nuestra escuadra y que hubo un pequeño desastre de Cavite en el Cavite madrileño.

Los «orilleros» son los que siempre están alrededor del estanque del Retiro, una especie de obreros en vacaciones perpetuas frente a los señoritos del ocio.

Sentados sobre el balaustre de hierro rebatido por antiguos



herreros, de espaldas al agua y con los pies sobre el alto taburete del asiento de piedra, fueron los precursores de los sillines altos para los «barmen», que han vuelto a la infancia de las altas sillas que usan los niños para poder alcanzar a la mesa de los mayores.

Alrededor de todo estanque hay estos contempladores y parásitos de sus orillas. Los he visto en París, en Roma, en Londres. Tienen especial gusto en estar cerca de los estanques, como si buscasen un sitio neutral de la vida, un lugar junto al que tener las espaldas guardadas.

Los «orilleros» encuentran al margen del agua un término, un límite a la excursión de su pereza, un sitio al que van llegando también los compadres de no hacer nada.

Parece como si todo novillero artesano topase con esa balconada del estanque en el día de su asueto huido del taller.

Los «pilllos de playa» en la corte son algo más compuesto y mejor llevado, resultando «pilllos de estanque». Arriban allí a cierta hora y se recrean con el espectáculo del agua, espectáculo en que necesitan acuciarse por una ingénita avidez de aventureros.

Los «orilleros» hacen grupos en que se habla, alrededor de una colilla, sobre hechos del pasado no muy lejano: «Aquella tarde, Vicente Pastor...» «¡Qué relucientes estaban los vagones del “Metro” cuando vinieron de Barcelona!» «Pero ¿no vinieron a Zaragoza?» «Lo mismo da: es la misma línea.» «¡Qué suculenta está la hija del guarda!» «Sí que está redondita la chiquilla.» «Pregúntala por el bofetón que la di la tarde de la Virgen.»

La rudeza mal portada de los «orilleros» más de bronce, hace seguir la pieza de linterna que es el estanque, una de esas piezas de linterna muy largas que había que ir corriendo empujando el largo y apasionado cristal.

Las «orilleras» asiduas son también especiales, chicas que están recogidas en casa de unos tíos, a cuyos hijos tienen que pasear de la mañana a la noche. Saben sentarse de medio lado, siempre en sentido contrario al que las requiebra. El lado del agua es también respiro para una mujer que se ve perseguida de pretendientes. Sin embargo, a veces llega de ese lado algún barquero que la requiebra, anclándose con sus manos a la verja del balaustrín.

Hay «orilleras» eventuales que son damas de pobre viudez, abuelas que al atardecer sacan un bollito de un papel y lo van

migando como si rezasen cada pedacito que se comen, pequeños pedacitos, uno más grande en las avemarías.

Las doncellas muy vestidas de doncellas encuentran refugio para lo que tienen de máscaras.

Hay algunas amas de cría que se sientan entre «orilleros» y «orilleras». Son amas de segunda clase, amas de una índole basta que no saben que su alcurnia las aconsejaría no sentarse ahí. Son las amas de que desconfiar como si hiciesen trampa sentadas allí y saliese mezclada con agua la leche que dan a los rorrillos.

El viejo es un viejo de bigote blanco con las guías rizadas en caracolillo azafranado, el viejo corretón de la ciudad; el jovencito larguirucho es ese chico que, sin parecerlo, da enormes disgustos en su casa; esa mujer envuelta en su mantón de pelo y con una llave en las manos, como si esgrimiese un arma para «el que se atreva», es la luchadora de las vecindades, la más temida hembra de la casa de corredores; esa mujer que pone las bragas a un niño, como si lo acabase de bañar en el estanque, es la mujer que ha tenido doce chicos y le vive sólo ése, el último, el que se morirá también, porque la madre le somete a todos los relentes malos.

Los asiduos de la orilla, los verdaderos «orilleros» y «orilleras» —hay otros muchos sentados por casualidad en ese anfiteatro naumáquico—, son, en una palabra, pueblo empedernido, muchedumbre pimpante y saliente, galápagos de muchas conchas, gallos de muchos espolones, gentes de traza muy castiza, remolones de la vida, anfibios entre la Puerta del Sol y el estanque que vio muchas fiestas de corte.

Al pasar a la vera de ese público atrincherado junto a la ruleta de barcas y agua se siente cierta aprensión de último mentidero populachero y se sospecha que todos los allí sentados tienen una perspectiva antigua, de racionistas de otra época, para juzgar las cosas y las apariencias.

Un eco de palabras de molleras duras y de burlonería tosca brota de esos sedentarios de la orilla, gentes que juzgan el paseo que transcurre ante ellos como una corrida de toros o una parada pintoresca del Carnaval cotidiano. La malicia de su posición estratégica parece influir en ellos, y son como marinería que juzga y amenaza desde su malecón.

XV

EL PASEO DEL PRADO

El Prado son los Campos Elíseos de Castilla, planicie de aire profundo, de honda serenidad.

Siempre ha sido el camino del Prado el camino oriental. Por el Prado se va hacia Oriente, que es nuestra dirección ideal.

El Prado era el último camino cuando Madrid acababa en la Puerta de Guadalajara. Después del Prado se caía en los barrancos y en los aguazales.

«Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfría el aire, el aire las hojas, para que las hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Esto, en Madrid, se llama el Prado» —dice un historiador.

Como en ese otro paraje, llano y filosófico, de Lisboa, en que están los Hieronimos, había un monasterio de monjes Jerónimos en el Prado.

Mezclándose a sus pocas construcciones había huertas y hierbas, que fue lo que naturalizó todo el suelo de la ciudad alguna vez, y cuyo recuerdo no hay que perder. Siempre por estos parajes estuvieron, efectivamente, los prados de la villa; el Prado de Toya o de Atocha, que se menciona en los fueros de Madrid del siglo XIII; se llama después Atocha por los atochares (atocha = esparto. Atochas = espartizal).

Había varias hileras de álamos todo a lo largo de él; álamos que realmente no han desaparecido, porque se nota aún en el paseo un aire de alameda, fresco camino de la meditación.

El Prado es la obsesión de Madrid. Villamediana dice:

«Llego a Madrid y no conozco el Prado,—y no lo desconozco por olvido,—sino porque me consta que es pisado—por muchos que debiera ser pacido.»

La musa callejera compuso también una seguidilla a este respecto:

«Como corren los tiempos—libres y alegres,—muchos salen al Prado—por darse un verde.»

También Lope de Vega dijo, con el conceptuosismo del mal humor:

«Los Prados en que pasean—son y serán celebrados;— bien hacéis en hacer prados,—pues hay bien para quien sean.»

Los popetas se entusiasman con el Prado. Cervantes, que pasaba mucho por allí porque vivía en aquel barrio, dice en la despedida de Madrid:

«Adiós dije a la humilde choza mía,—adiós, Madrid; adiós, tu Prado y fuentes—que manan néctar, llueven ambrosía.»

Lope de Vega, en *El acero de Madrid*, le recuerda y le dedica su atención. Quevedo, también. Y después, después, ¡cuántos otros!

Pedro da Costa hizo la siguiente sátira contra Madrid y su Prado:

Prado tienes de placer,
cercano de bosque ameno,
fuera de ti, como ajeno.
Porque así fue menester
para ser el Prado bueno.
Secas de verano el río,
llevas de invierno la puente;
eres seco, indiferente,
eres más que el hielo frío,
más que la fragua caliente.

Las fuentes que le decoraban ya desde el principio, las fuentes «de mejor agua que hayan hasta agora visto». («Lindísima agua» llama al agua del Prado el maestro Pedro Medina.) Eran cinco de singular artificio, cada una con una bacía de piedra berroqueña y varios caños, sobre todo una que recogía su agua en nueve grandes tazas de piedra. «Caño dorado», la «Sierpe» y la del «Olivillo», habiendo una que recordaba la lluvia tupida de la tormenta. La más original era una que lanzaba el agua por la boca de una serpiente, a la que se enrollaban otras dos, destacándose en ella «una esfera que tiene un espejo de bronce y en medio dice “Vida y gloria”».

Muchas cosas pasan en el Prado. En 1644 «vino un andaluz con unas quimeras de Arquímedes, hizo un molino, añadió a la tramoya otra traza con que habían de tener unas bombas movimiento perpetuo, y el agua que saliese para hacer moler la

rueda había de volver al mismo estanque de donde se había sacado».

Las fiestas más espléndidas se dan en el Prado. Para la entrada de doña María de Austria se construyó un ancho tablado, con jardines, fuentes y saltadores, y en su parte más alta el Monte Parnaso, en que se veían las musas, Pegaso, el dios Apolo, y al pie de la Fuente Castalia seis de los principales ingenios de la edad pasada: Calderón, Lope de Vega, Argensola, Quevedo, Zárate y Góngora.

Para la entrada de la reina doña Ana de Austria se hizo al final del Prado un estanque de 500 por 80 pies, en que bogaban ocho galeras, cada una con 20 soldados y cuatro piezas de artillería, un castillo con cuatro revellines y un tablado sobre el que se elevaba un trono cubierto de brocado, desde donde doña Ana presenció la toma del castillo.

No solamente en las horas de fiesta pasean los reyes y los aristócratas por el Prado. Ya el día de San Juan de 1613 salió el rey al Prado acompañado del duque de Lerma, deteniéndose en el convento de los Capuchinos, adonde se hallaba la reina de Francia con su hermana, volviéndose con ellos a Palacio y yendo el duque en el estribo del coche real.

En casi todos los palacios del Prado había sobre el dintel de la puerta una gran cadena, que sólo ostentaban los que habían tenido la honra de que hubiese estado el rey en ellos.

La aristocracia también paseaba por él. El conde de Húmera paseaba mucho por sus andenes, acompañado por el de Lerma, al que llevaba a su derecha, yendo muchas veces a ver correr lanzas a los franceses de su acompañamiento. También se dieron bailes en los palacios que en el Prado tenía la aristocracia, siendo el más suntuoso el que dieron en honor de Felipe IV la noche de San Juan, con mascarada y con una suntuosa «Rúa» por el paseo, que duró hasta el amanecer. (Sólo la mascarada real que se verificó en el Prado para solemnizar la boda de Fernando VII y María Cristina, aventajó en esplendor al de esa fiesta.)

Ya entonces, como siempre, después y antes, al mismo tiempo que el sitio de paseo por la tarde, es el Prado en la noche sitio en que se recogen el misterio y una sombra pecaminosa, porque ya entonces se rozaban con los palacios y sus monasterios, mancebías y ventorrillos, diciéndose en un bando de 1757, año en que el Prado es guardado por treinta y dos soldados,



«que se prohibía estar ni entrar en él con capa», y mandando que fueran expulsadas las ramilleteras y limeras.

El arquero holandés Cock dice por esta fecha que «no se debe buscar en él la mansión de la casta Diana, ni de la virgen consagrada al culto de Vesta, sino la de Venus y el Amor ciego».

Hubo en él estocadas por cuestión de mujeres. Una vez, porque unas damas que iban en una calesa llamaron al duque de Alburquerque, fue herido éste y el conde Oropesa, que iba con él. También hirieron por mujeres al marqués de Almenara, y se celebraron muchos otros empeños de armas y desafíos, en que se oía el martilleo de las espadas de taza y en que eran curados los contendientes en la clínica del monasterio.

En una comedia antigua se dice:

«Irás al Prado, Leonor,—en cuya grata espesura—toda divina hermosura—rinde tributo al amor.—¡Cuántos mirándote allí—aumentarán sus desvelos!—No quieran, Leonor, los cielos—que te los causen a ti.»

De sus aventuras hablan también estos otros versos:

«Si ir al Prado dejares—tu esposa, loco,—mientras ella va al Prado—vete tú al Soto.»

En esta primera época se sentaban las mujeres en su verde. Así, el gran maestro de todos, Zabaleta, las ve sentadas «tomando la apariencia de flores».

En este césped del Prado se dieron muchas meriendas, merendolas alegres, bebiendo en el aire el refresco verde de las lechugas de las huertas.

El césped del Prado lo hollaron numerosos zapatos de ponleví y numerosos chapines con virillas de plata y buscaron sus alamedas numerosas basquiñas de chamelote, guardainfantes de seis varas de ruedo y mantos de gloria.

Así, el campo que dora y calienta el sol del invierno estaba salpicado de mujeres sentadas, muchas «con los pañuelos sobre los mantos».

Por el centro del Prado pasan las que van en coche; «en un zapato alpargatado con ruedas se aprietan seis personas». Habiendo muchos enredos de coches.

«Muchas carrozas rebosando dueñas;—de todo un barrio cada coche lleno.» (Quevedo.)

«... ver mil coches de día,—del Prado armados bajeles.» (Lope.)

Gran sitio de fiesta durante el día y paseo de damas de

rebocillo y de medio ojo y dueñas quintañonas durante la noche, siempre servía su gran sombra, y el gran sentido de sensualidad que lo anima, de sitio de regodeos de cotorreras y sirenas de respingón; tanto, que dice, refiriéndose a esto, un historiador:

«Es un gran bosque, donde se sale como quien dice al ojeo, con la particularidad que en él suele ser más frecuente ver liebres buscando galgos que galgos buscando liebres.»

La visión del Prado, después de esos mimos y esas franca-chelas, podemos decir que va a ser definitiva. Se queda en su paraje para siempre.

Ya el monasterio de los Hieronimos lo domina como hospedería de reyes en los momentos de meditación y tristeza, como lugar de las juras y hasta sitio en que se celebran las primeras Cortes.

Se dice que allí confesó el príncipe D. Carlos que quería matar a su padre, reuniéndose la comunidad para juzgar el caso, y aconsejando el confesor absolver al príncipe o darle de comulgar una hostia no consagrada, para que el pueblo no advirtiese que no se le daba la absolución.

De orden severo es ese monasterio; «no salen en siete años de sus claustros los que empiezan el monacato, sirviendo en todos los ejercicios de humildad, con un maestro que no les pierde de vista y en la mesa les cuenta los bocados», y permitiéndoseles sólo al cabo de ese tiempo ir a sus tierras acompañados de un anciano.

Más iglesias había en el Prado. San Antonio del Prado, que estaba entre la plaza de las Cortes y la iglesia de Jesús, y el Santísimo Cristo del Prado, que era una de las mayores devociones de las gentes.

La entrada del Prado tenía a un lado el magnífico palacio que perteneció primero al marqués Ambrosio Spínola, a quien otorga el título Felipe IV en 1621, y después al duque de Sexto, quien lo vendió al Banco de España, que también necesitó para su solar destruir la iglesia de San Fermín, que iba a continuación de ese palacio.

Numerosos palacios le daban carácter. El de Lerma era uno de los más importantes. De él dijo un poeta:

«Llenando en su parte yerma—del Prado viejo un espacio,—con lo que al erario merma—levanta altivo el de Lerma—suntuoso y rico palacio.»

El palacio de Medinaceli, que era otro de los grandes palacios



del Prado, estaba pasada la Carrera de San Jerónimo y continuaba su tapia hasta la calle de Trajineros.

El palacio del duque de Villahermosa, esquina a la Carrera de San Jerónimo, fue construido por Antonio López, dirigiendo la obra el propio D. Antonio.

Todo es agramilado.

Es la principal la fachada opuesta a la que hace de principal dando a la calle de San Jerónimo. Sobre su frontón campea este letrero, escrito sobre el tímpano del frontispicio:

«In Eoden loco artis perfectionen et naturae oblectamentum, María Emmanuela Ducissa de Villaermosa conociavit.»

Lo más bello de este palacio es su regularidad. En él se conservan los retratos de todos los duques y unos soberbios tapices que —como las colchas las chulas— sacan al balcón de las solemnidades. En él vivió el duque de Angulema en 1823.

También ha sido el Prado, y quizá realmente es lo que definitivamente será, el sitio de las fiestas cívicas. Allí, después del día 2 de mayo, en que se regó todo él de sangre en una avenida tan grande como aquella de agua que en 1581 le causó muchos daños, ¡cuántas fiestas cívicas se han celebrado! Entre otras se debe recordar la que se celebró el día 24 de septiembre de 1822 conmemorando el triunfo del 7 de julio, y para lo que se entoldó todo el Prado y se dispusieron «1.110 varas de mesa» para los 9.000 convidados compuestos por los soldados que formaron la guarnición el invicto día que solemnizaban.

El Prado, desde sus primeros días de prado silvestre, se había ido modificando y arreglando, habían sido echados abajo varios edificios; el antiguo juego de pelota que estaba donde mucho más tarde se levantó el monumento al Dos de Mayo; también fue necesario, para abrir por ahí al camino al Retiro, rebajar una formidable altura que, según afirma Pinelo, «estaba allí desde el principio del mundo». (¡Qué agarrada estaría la tierra a la tierra!) Se hace una mina subterránea para encauzar el arroyo que lo enloda y otras aguas que convergían en él, obra que, según Jovellanos, «era comparable a la gran cloaca en que Dionisio y Casidoro creyeron cifrada la magnificencia romana».

Entusiasmándose con el sombrío encanto, con la magnífica y severa base que es el Prado, se proponen al Ayuntamiento de Madrid proyectos descabezados y suntuosos, entre ellos un peristilo capaz para 7.000 personas, que pudieran refugiarse en él en caso de lluvia (hoy el soportal de los buzones del nuevo

Correos puede servir para caso de lluvia), un inmenso monumento a Cervantes, y últimamente un absurdo monumento a todos los héroes de España, sus colonias, la industria, el comercio y sus productos.

La fuente de Apolo en el centro del paseo lo decora de un modo más íntimo, y, como la Cibeles y todas las que están injertadas para siempre en el Prado, procede de un diseño del gran Ventura Rodríguez. Apolo o la fuente de las cuatro estaciones tiene cuerpo o tronco de panteón. Los tarjetones en que se ha borrado la inscripción y que tiene en los frentes esperan un cenotafio. Los mascarones por los que sale el agua están bien, aunque es doloroso como ver un vómito de sangre ver echar a un mascarón el agua por la boca. Su agua es un agua dulce del viaje viejo, mezclada a la de la Cibeles.

La obra está hecha con piedra de las canteras de Redueña (el que yo cite el pueblo de la piedra no es citar por citar, sino por cómo evoca un formidable pueblo de España). Tiene un tono esa piedra de piedra de hueso blanco. Resulta lívido y ahuesado ese Apolo. Aunque el diseño es de Ventura Rodríguez, fue Álvarez el que lo realizó, rebajando la obra el que, según ha dejado dicho uno de aquellos críticos de arte, «los oficiales que desbastaron la piedra estragaron la escultura». Gregorio de Salas, admirado de la obra, ha dicho de ella y de su autor:

«Álvarez: tus estaciones—nos presentan sus afectos—en tan bellas actitudes—y modo tan verdadero,—que con toda propiedad—me parece que estoy viendo,—en primavera y verano,—el otoño y el invierno,—flores, espigas y fruta,—nieves, escarchas e hielos.»

Y después ha escrito en la tumba de Álvarez:

«Aquí yace un escultor—que, por su grande destreza,—le echarán menos los hombres—y le llorarán las piedras.»

Álvarez, muerto antes de acabar su obra, creó un conflicto, pues el escultor Abad, al que se encargó la continuación, no quiso rematarla, porque, como él dijo: «Si la obra sale bien, dirán que es de Álvarez, y los defectos se atribuirán a Abad.»

En vista de eso, se le encargó a Bergaz, al que, un poco infiel a la memoria de Álvarez, dedicó Salas también estos versos:

«Si el Apolo, Bergaz, fuera Narciso,—al punto que a la fuente se asomara.»

El agua de la fuente de Apolo cae en tres conchas, conchas eternas hechas para soportar el agua de las fuentes como las otras

para soportar el agua del mar. En vez de agua parece que debía caer de ellas besamel; pero su baba tiene un dulce de caramelo en que se mezcla el encanto de los días de Madrid.

Refiriéndose a esta estatua, dice D. Ramón de la Cruz en *Los panderos*, por boca de una garrida moza:

«Y le dejé más parado,—más blanco y más frío que—la «estauta» nueva del Prado.»

Es maravilloso que no haya parado su frente. Nos reúne eso con todo el pasado. Sus dos cariátides, eternas sopladoras de vidrio, que a veces echan el agua, no en forma de chorro, sino de ancho abanico, están siempre intentando crear la ampolla de vidrio, que algún día de invierno parece que va a cuajar al fin.

(Ante esta fuente, *Figaro* se detenía y veía la perspectiva de las estaciones, sobre todo la de invierno, que representa el mendigo de pantalones atados por debajo de la rodilla, como se los atan con una cuerdecita los miserables para no perder el calor que guardan; atadura igual a la que evita que se les salga la sustancia a los pellejos llenos de aceite o de vino. Toda la estatua es invernal; hasta los racimos en piedra son racimos de uvas heladas, uvas de invierno. Es la fuente del hombre con capa y con una copa con brasas en la mano.)

Neptuno es la fuente que sigue. Hay que tener en cuenta que es hijo de Cibeles y amigo de Apolo, y que, como todos los dioses estronizados en el Prado, es un dios arrojado a la tierra. Está hecho también, según un diseño de Ventura Rodríguez, con una piedra de la cantera de Montesclaros.

Aunque resulta extraño ver a Neptuno en el sitio más lejano al mar, le justifica el que ostenta la representación de Marciano, del que España tiene la gloria de haber descubierto los límites en Occidente. Su tridente —que, por cierto, le robaron una vez— es de tres puntas, que simbolizan su triple poder de conservar el mar, solevantarle y apaciguarle. Este pobre Neptuno, como el que se levanta en la plaza de la Señoría, de Florencia, siempre en seco, en lo más central de la meseta central, parece que va a morir como un pez sin agua. Está en las ciudades secas para tener propicio a Dios, pues si tomamos en serio a algún dios, hay que tomarlos todos en serio. Este Neptuno evita las sequías. Es llevado por unos caballos inmortales y momificados, medio caballos esqueletizados y medio caballos focas, caballos cuya base algunos creyeron que debía estar sumergida en el agua, más dentro de la taza que contiene todo el

grupo escultórico. Donde estaba esta fuente había, antes de su existencia, una torrecilla en que se colocaban las músicas que amenizaban el paseo; músicas con atabales y trompetas.

Durante mucho tiempo se han estado mirando Neptuno y la Cibeles; tanto, que Sinesio Delgado dijo:

«Neptuno y la Cibeles se hicieron guiños,—y apareció en el Prado la mar de niños.»

(Ante estos caballos de Neptuno, de los que salen altos y arqueados surtidores, me he parado a pensar que, en vez de caballos, debían ser ballenas, y no sólo porque así se justificarían sus surtidores, parecidos a los que son como el *esprit* de las ballenas, sino que, a poco que se piense el transatlántico ideal, el enorme vehículo de Neptuno es, naturalmente, una ballena.)

Después vienen las cuatro fuentes que están frente al Jardín Botánico, en la plazoleta tercera del Prado. Su piedra es también de Redueña. Son cuatro fuentes idénticas. Están rematadas por un tritoncillo que juega con un delfín, y debajo va la taza, y en el tronco sobresalen unas cabezas de oso.

Por fin, frente a la estación del Mediodía estaba antes la fuente de la Alcachofa, que hoy está en el Retiro, y cuyas aguas eran demasiado gruesas para beber.

Don Ramón de la Cruz ha bendecido al Prado con sus palabras y le ha dedicado mucha atención y hasta algún fin de fiesta, como el titulado *El Prado por la noche*. Esos diáfanos personajes de Ramón de la Cruz, que son gratos, chispeantes y simpáticos, y que desaparecen en seguida, han pasado muchas veces por el Prado, así como hemos visto en las obras de D. Ramón de la Cruz esas mozuelas que bailaban al son de la música de los ciegos en el Prado, y las mujeres que gritaban: «¡Agua fresquita de Recoletos! ¡Roscones de Zaragoza! ¡Garbanzos verdes y tiernos! ¡Bizcochos de moda, tiernos! ¡Puerros!»

En una ocasión, D. Ramón de la Cruz le dedicó este soneto, por boca de uno de sus personajes de comedia, llamado Espejo:

«Del verano en la plácida estación—es el Prado paseo de alquiler,—donde cuesta a los más breve placer—la fama, la salud y el corazón.—Adornada entre tanta confusión—y torpe la ocasión se deja ver—de cualquiera, dejándose coger—que aquí sólo no es calva la ocasión.—Pretextan que se van a refrescar—y a divertirse con mirar y oír,—dando mucho al discreto que pen-

sar—cómo puede un paraje divertir—donde pierden los hombres por mirar—y las mujeres sólo por venir.»

El Prado así queda confirmado.

* * *

Desde mediados del siglo XIX hasta el final, su vida es intensa. Se convierte en salón oficial de todos. Ha llegado a oído de todas las gentes la cita en el Prado.

En este momento en que es centro elegante, pregunta un cronista de la época: «¿Dónde irán los elegantes que puedan lucir sus atractivos a la clara luz del gas como en el Prado de Madrid?»

El lado de mucha luz del salón era el llamado de París, y, como siempre en estos paseos de Madrid, había el lado aristocrático y el lado plebeyo.

Las niñas jugaban al mambrú o alalimón. Frente a la fuente de Apolo se colocaban dos arpas que tocaban redovas y polcas.

* * *

El marqués de Mendigorria, más hombre distinguido y de espíritu diáfano que el cronista que encierra en tipos de imprenta cerrados y tópicos la fluidez del «aire» que tenían las cosas del pasado, dice:

«Las clases medias frecuentaban por lo general el Retiro, visitando los domingos la casa vieja de fieras y paseando alrededor del prosaico y monótono estanque. También lo verificaban en el Prado, por el lado de Recoletos y de Atocha, recorriendo las alamedas del Botánico, cuyas puertas sólo se abrían en las temporadas de la primavera y del verano. Por último, como ya he dicho, eran las clases principales, por la riqueza y la alcurnia, las que guardaban el natural privilegio de pasear en el salón del Prado, aunque para ello no había otro derecho que el establecido por la costumbre. Parecían estar separadas estas clases de las otras casi por abismos, sin que con ello resultaran antagonismos ni rivalidades de trascendencia. Verdad es que a nadie se prohibía entrar en el salón tan favorecido; sin embargo, el orgullo de raza establecía las diferencias, unos porque no querían parecer menos que los otros, y los de más encopetadas pretensiones por no confundirse con los más modestos. Aquel

paso parecía tener puertas franqueadas sólo a títulos nobiliarios o a altas posiciones pecuniarias. Dentro del mismo salón había sus preferencias de clases y de edad, que hacía conocer la riqueza del vestido de las señoras y el porte de las más jóvenes. Al lado del paseo de coches, una línea de toscos marmolillos, y otra paralela, a corta distancia, de asientos de piedra, formaban una estrecha calle que llamábamos «el gabinete» y separaba el salón de los coches. En este reducido espacio, que tenía la ventaja, por su escasa concurrencia, de ser el más visto, de lucir mejor los trajes y estar más en contacto con los que paseaban en coche, reuníase lo que entonces se llamaba la «nata» de la sociedad. Por ningún estilo hubiérase permitido a las amas y criados, con los niños que cuidan, invadir el salón. Sólo ocupaban las calles contiguas y paralelas a él, donde podían ser vigilados por sus amos, hasta que más impunemente lo llenaron todo. La moda, la elegancia y las pretensiones de los hombres llegaba a la trivial pretensión de pasear, a riesgo de ser atropellados por algún coche, entre éstos y la línea de los marmolillos, que más tarde fueron sustituidos por una ordinaria y gruesa barandilla de bronce que, como una muralla de China, separa la gente de los coches de la que pasea a pie con toda confianza. Entonces nunca se dio el caso de que ésta fuera atropellada por aquéllos. Yo era uno de los que gustaban estar más cerca de las damas que llegaban en sus carruajes, y fui, con Manuel Concha y todos los de la Guardia, de los primeros en establecer la moda. Pero eran a la sazón pocos los coches de personas pertenecientes al comercio, y sólo entre ellos recuerdo el del marqués de Casa-Riera que entrara en aquel apartado. El paseo a pie era entonces de la más alta elegancia y más preferido que el de coches.

... ..
... ..

»Con mejor sentido que ahora y mayores conveniencias para la salud, las gentes de aquella época paseaban en invierno los domingos y días de fiesta, desde la una de la tarde, después de la misa, hasta las cuatro y media, hora en que se retiraban a comer, y en la cual comienza ahora la vida de sociedad moderna, haciendo gala de despreciar los catarros, reumas y pulmonías que pueden recoger en sus paseos, generalmente nocturnos. En todas las estaciones, el Prado era la cita y reunión de la sociedad elegante. La juventud de Madrid gozaba del privilegio que en ninguna parte ha tenido de encontrar diariamente, a hora mar-



cada y en delicioso paseo dentro de la ciudad misma, un sitio en donde de fijo estaba cada uno seguro de verse con la mujer de su pensamiento o de su ardiente culto. Dos o tres horas reunidos en tan limitado recinto, dando continuas vueltas a pie y en tan inmediato contacto, satisfacía a los más exigentes, formándose las relaciones más estrechas, porque, aun a despecho de las terribles oposiciones de padres y de tutores, entonces muy frecuentes, nunca faltaba ocasión de deslizarse un atrevido billete, una inteligente mirada o la más inocente, pero significativa, frase. Eran, por lo tanto, más felices que los actuales aquellos jóvenes, que tantas facilidades tenían para aprisionar en sus grillos a los que no podían defenderse en aquel campo de batalla, tan estrecho como estratégico para el bello sexo. La juventud de la época podía, pues, presentar, con grandes probabilidades de éxito, los títulos de su particular distinción.

»Teníamos, sin embargo, los oficiales de la Guardia tiempo para todo. Aún no había amanecido cada día, cuando ya estábamos en los cuarteles pasando revista y preparando las compañías a la luz artificial, para presentarlas en aquel mismo salón del Prado, donde nos amanecía siempre, recibiendo en parada al conde de España, que con constante celo revistaba los Cuerpos, formando y afirmando en ellos la disciplina, la instrucción y el espíritu. Después de un desfile en columna de honor, desde la cual los oficiales con sus espadas y sus banderas inclinadas saludaban al general, retiraban las tropas a los cuarteles. Otras horas del día destinábanse en el campo a la instrucción con los regimientos o a las academias; pero nunca los oficiales faltaban a los paseos, porque las ocupaciones del servicio eran compatibles con las horas en que, presurosos y galantes, volvíamos del Prado.»

* * *

Los novelistas del pasado necesitaban que por lo menos dos capítulos de sus novelas se celebrasen en el Prado. Entre ellos se destaca Rosalía de Castro por el carácter inefable de su obra *El caballero de las botas azules*, esas botas que relucen y que son tan prodigiosas que se reúnen todos los zapateros para tratar sobre ellas, porque hay aristócratas que quisieran unas iguales y no pueden encontrarlas. El caballero de las botas azules, claro está, como no tenía más remedio que suceder, se pasea por el



Prado luciendo sus botas tenuemente iluminadas de azul, un poco así como las bolas de las boticas o como la luz de la lámpara a través de la esbelta botella azul de la manzanilla o de la medicina.

«¡Qué aspecto nuevo y deslumbrador —dice Rosalía de Castro— presentaba el Prado el domingo por la tarde; qué mágica y extraña perspectiva!» Y fijándose en las damas que pasean por él, dice: «Vedlas luciendo el alto y revuelto peinado llamado «montaña alpina», sobre el cual un disecado aguilucho tiende las nevadas alas y posa el encorvado pico.»

* * *

Los extranjeros siempre han encontrado en él el más bello paseo de Madrid. Así, el autor de *España en 1810* dice:

«Al ir a Palacio atravesamos el Prado, que ya he citado como el paseo más bonito de Madrid. Casi siempre está lleno de gente, cuyos trajes y carruajes divierten un poco a los extranjeros. En estas dos cosas, los españoles están en retardo lo menos un siglo, comparativamente con los franceses e ingleses. Algunas veces se ve un carruaje pesado, cincelado y cubierto de dorados, tirado por dos mulos con arneses de terciopelo carmesí, adornados con innumerables hebillas y placas doradas y con las crines trenzadas y adornadas con cintas de diversos colores que caen en gruesos nudos. Estas carrozas, que van al paso, están guiadas por un cochero que lleva sujeto el pelo por una redcilla, una librea cargada de galones de oro y un enorme sombrero de tres picos. Todo parecía haber servido a varias generaciones. A través de los cristales se veía a un grande de España en traje de Corte. Si se para uno un momento para contemplar el extraño carruaje, se ve muy pronto distraído por un moderno hidalgo o advenedizo carruaje de fabricación francesa, que pasa como un relámpago tirado por seis u ocho mulos y seguido por varios jinetes muy bien vestidos. Entre las personas que van a pie, el contraste es también muy grande, debido a la extraña mezcla de oficiales franceses, de comerciantes españoles y de ciudadanos de Madrid, que mutuamente se burlan de sus trajes sin advertir su propia ridiculez, porque se ve claramente que el tocado ha sido cuestión de mucha importancia para todas las personas que vienen al Prado.

Este paseo comienza en el antiguo convento de Atocha, que



ahora se ha transformado en un hospital militar, y se extiende hasta la calle de Alcalá, en cuya entrada hay una fuente magnífica que representa a la diosa Cibeles en un carro arrastrado por leones, en medio de un pilón de mármol blanco. Tiene en la mano una llave, como diosa de las ciudades y de las guarniciones. Esta estatua está muy bien hecha.»

Continuando este autor con la descripción de Neptuno, «que tiene en sus brazos a Anfrite, su esposa, ambos colocados en una concha arrastrada por hipopótamos (!) y seguida por nereidas (!)».

Hasta hubo un ferrocarril para los niños, además de un cochecillo tirado por dos cabritas...

Sus sillas eran como sillas de la casa de todos. Primero las sillas fueron de Vitoria y las llamaban las «carracas» por el ruido que metían al desvencijarse cuando las crujían un poco los huesos y eran ocupadas, a mediados del siglo XIX, mediante el modesto rédito de ocho maravedíes.

Casi pegado a la verja de los jardines del Buen Retiro, por la parte del Prado, estaba el teatro Felipe y el Circo-Hipódromo, barracón de madera, primer Eldorado antes de que éste naciese para incendiarse; lo dirigía Felipe Ducazcal, que también regía el Real, y allí estuvieron los bufos y allí se estrenó la célebre obra teatral *la Gran Vía*, y por allí estuvo el «Panorama de la batalla de Tetuán» (el campo de África y los moros en figuras de bulto).

Durante esta última época del Prado fue cuando se establecieron en él los aguaduchos que un concejal, al que no hizo caso ninguna de aquellas reales mozas, mandó suprimir.

Aquellos aguaduchos, altares para los vasos, las copitas y las botellas, vasares al aire libre, pagoditas con su tejadillo, retablos de fondo para la gachona aguadora, eran algo fresco y sabroso que ya resultara inimitable para los tiempos venideros.

Eran aquellas garridas mozas las sucesoras de las agualojeras del Prado.

Aquellos aguaduchos, donde estaban deificados los más blancos y enormes botijos, eran cómodos, y recordando su comodidad me parece como si hubiese tenido alguno sofá de muelles. Las mujeres, «que hacen afeite de la sombra de la noche», eran convidadas en aquellos puestos de refrescos.

Esa cabecera de piedra que tiene el Salón enfrentándose con la plaza de la Cibeles se levantó para el segundo centenario de



Salón del Prado



Puerta de Alcalá

la muerte de Calderón en 1881, y sobre esas especies de pedestales que la rematan se instalaron unas estatuas de cartón provisionales, proyecto de unas definitivas que no habían de colocarse nunca.

Aquí se celebraba el Carnaval hasta que en 1895, siendo alcalde el conde de Romanones, se trasladó al Retiro, de donde se trasladó a Recoletos al año siguiente por los muchos destrozos allí causados.

Los últimos días clásicos del Prado —según el gran madrileñista E. María Segovia— fueron los del verano de 1891. «En este año el uso del velocípedo se generalizó de tal modo que fue una verdadera monomanía, invadiendo sus partidarios todos los paseos, y sobre todo el del Prado por sus especiales condiciones para el manejo de aquel aparato, abandonando por eso el Salón mucha gente y acabándolo de descongestionar también el que acababan de inaugurar la primera “montaña rusa”, detrás del teatro Felipe.»

El Prado no hay que olvidar que es también el paseo de Trajineros; el paseo de los carros, de los carros españoles, grandes, de vía ancha, de calzada romana.

Al otro lado del Prado, en contraste con su gran serenidad de un lado, se ven los carros, siempre los grandes carros castellanos que son el eslabón para el pedernal del pavimento; esos carros con cal que van esparciendo como una aureola de luz un polvillo blanco sobre sus sacos. Esos otros que van regando de su sustancia el camino como para poder volver; esas mulas con sus recargados aparejos, entre los que se destacan las monturas inútiles y pintadas de azul con flores, monturas estrechas y engañosas, monturas simuladas, sólo parecidas a las de los caballos de picadores; las ruedas de esos carros parecen una obra de arte rústica por cómo van de escarchadas, de adornadas por el barro.

Interminable ruido de las caderas de los carros y de sus potras de potrosos que arrastran sus grandes y pesadas bragas.

Arreos color del polvo. Carros pequeños que llevan un gran puente, un puente para uno de esos ríos que no tienen ningún agua, y carros grandes que llevan algo así de tremendo como la Carpetovetónica entera.

El gran carro del invierno y el del verano entran por ahí. ¿Cómo es el carro del invierno? Es como una carroza de Carnaval, es sólo un símbolo, es el carro más cargado, el más

abrumador de esos carros que van llenos de sarmientos secos. ¿Y el del verano? Es el carro cargado hasta el cielo de jaras que huelen a su resina natural y tornan oleaginoso el aire.

Pasan los carros empolvados por el tiempo, y esos carros con balaustres azules, y ese que va muy echado hacia atrás, y ese que, tirado por un borriquillo, lleva cinco personas.

Vienen o van muchos carros cargados de carbón, de madera, de pellejos de vino inflados como un aire espeso, de cerdos cuya fofez asoma por la ventana, viéndose sobre todo los enormes labios de la herida de su vientre, sus hocicos extendidos y sus patas estiradas y rígidas; pero los carros más bonitos son los cargados de papeles viejos de colores distintos, y de pronto hasta hay algún carro más bonito aún, como aquel que vi cargado con unos troncos enormes, de bello y estriado biselado y de un color alimentado con ocaso, o aquel otro cargado con argentíferos y brillantes recortes de hoja de lata.

Se aprecia, al ver pasar por aquí los carros, su cubierta de cañizo y cuero como de baúles viejos, su toldo, bajo el que hay una negrura añeja, una negrura de tormenta, y también se aprecia esa especie de corselete que les cierra por detrás, y en cuyo formidable cuero de pernera brillan los ojales de metal.

Numerosas mulas, que parecen más numerosas por lo muy separadas que van, tiran de esos carros. En ese paseo de Trajineros es donde se puede ver más la mula, esa mula que sorprende a los extranjeros con sus ojos femeninos, «mujerazones» —mejor dicho—, y con sus orejas largas, que son como un adorno de sombrero burdo y que a ratos las dan un tipo de gran conejo; esas mulas que tienen un aspecto de relajadas y desriñonadas muchas veces, mulas que en el verano brillan de sudor y en el invierno entran llenas de barro, con el barro pegado a la piel, a los pelos de la barriga y a los de las nalgas, como los corderos; esas mulas que se derrengan en Madrid, llegando por los grandes esfuerzos que realizan a alargarse oblicuamente como canguros o grandes liebres, arremetiendo hacia adelante en el salto por el aire y levantando chispas en las piedras —como las que el hierro saca en el pedernal del encendedor—, chispas de las azuladas y fogosas que salen de debajo de los tranvías y gracias a las cuales los tranvías recuerdan a las mulas de arranque heroico, las mulas de los «ripers», demostrando así que, aunque parezca paradójica, una gran cosa procede de la otra.

A los grandes paletos que guían los carros se les ve funcionar

en el Prado perfectamente, al cochero que guía y al que le secunda y aprieta ese freno que es el más primitivo de los frenos, el freno egipcio de la rueda, y que consiste en un largo tronco —también simbolizado en el tranvía por el largo palo de colocar el trole—, largo tronco que se pega al cubo de la rueda y la dificulta el giro. ¡Qué gran fuerza de amarradores tienen que tener los carreteros para apretar ese tronco a la rueda con las cuerdas irrompibles y ceñir esas largas caderas del carro, soltándolas poco a poco después! ¡Gran arte ese de sujetar, afinar y enclavijar las galgas!

Los perros de los carros también se pueden observar bien en el prado, atados a la trasera, medio ahorcados por el tiro del carro, cuyo compás no saben llevar. No saben lo que es Madrid, y ladran y se encolerizan como salvajes cachorros de león, escondiéndose debajo del carro, aplastados por el carro sus cuartos traseros, medio cogidos por las ruedas o pillados entre sus radios, o bien osados o terribles ladrando al que pasa y queriendo romper la cadena, cuyos eslabones logran por lo menos entreabrir.

* * *

Al Prado vamos todos los días a despedirnos de la vida por si al volver a la casa nos ponemos mal, y aunque dure la enfermedad ha sido en ese preciso momento de meternos en la cama cuando nos hemos envuelto en vez de en las sábanas en el sudario. Muchos de los que mueren, sobre todo de los que murieron en las épocas de epidemia, el atacado del cólera o del dengue, cuando eran de los que sabían dónde había que despedirse de la vida, cuando eran de los que sabían que había que cumplir con el Prado, pasaron por aquí antes de acostarse para siempre. Por él pasan todos los días las siluetas negras de los que cada día se despiden para siempre, y de lo que se acuerda más un muerto es de haber paseado por el Prado.

Generalmente acude con determinación al pensamiento la idea de que es un río, y le dan esa apariencia también las pasarelas que tiene a un lado, los antepechos de hierro bronceado que parecen hechos con cañones tomados, como siempre, a los moros, y sobre los que hay gentes acodadas y hasta nos hemos acodado también nosotros como asomándonos a ver el agua a la que a veces nos lanzamos raudos, pasando sobre el río

como si el agua estuviese helada, como si fuese el Volga helado, simulación a la que coadyuva el asfalto, que es como un agua sucia y espesa.

* * *

Paseo por el Prado, siguiendo esos grupos de ancianos detrás de los que hay que ir lentamente: ¡Milicianos nacionales vestidos de paisano!

* * *

Pasan los carros regimentales, «2.º regimiento de Zapadores», con su cochero vestido a la antigua usanza, con su calañés y su traje de contrabandista, un poco con el disfraz siempre de José María *el Tempranillo*.

Pasan los coches de los periódicos. El más viejo, destruido y lamentable de los que pasaban hace años era el de *La Correspondencia de España*. Van hacia el Mediodía, llevando los periódicos claros que allí amarillearán en seguida. (*El Siglo Futuro* pasa en un paquete a hombros de un hombre, y un viejo político que vivía en el Prado solía decir: «Ya pasa el camión del clericalismo.»)

* * *

Pasan los coches de estación —que van de verdad a la estación— y los automóviles de hotel, que no se cansan de subir y bajar vacíos. Pasan los simones con sus maletas tristes, de cerradura rota, atadas con una cuerda.

Mi imaginación lo verá siempre como estaba, borrando ese aspecto de postal de Alicante que ha tomado su trecho más solemne. Así, en su desierto de antes, se destaca aún para mí con toda su importancia esa casa del guarda, más amplia que las usuales y de una facha distinta a las otras, que hay en el centro. En esa casa vieja y empolvada del polvo de la gran carretera y del gran desierto polvoriento que es el Prado, parece que se guarda el archivo y la biblioteca del Prado, su documentación, los álbumes de retratos.

Las sillas de hierro, que tanta importancia tenían en esa parte que era el «salón» del Prado, hoy están también más arrinconadas.

das, se destacan ya como en un gran almacén vacío, «pero se las ve, siguen». Son esas sillas que hieren los pantalones, que se agarran a nuestra americana cuando nos vamos a levantar y que a veces se abren y se desarticulan. Sólo unos cuantos ancianos se sientan aún en ellas, las ponen al sol, manejándolas como sillas de tijera de iglesia, y se establecen en ellas como en las de su gabinete. Ya se despachan también pocos billetes de sillas, billetes distintos a aquellos de entonces, y que recuerdo que tenían todos el anuncio de las máquinas Singer con un grabado en que figuraba una señorita de mangas de jamón sentada a la máquina.

* * *

Los duelos a bastón se celebran en el Prado. Yo los celebraré siempre allí. Citaré allí a mis contrincantes, porque tiene rincones oscuros y solitarios donde nadie intervendrá en la refriega, rincones que es indudable que están en el verdadero terreno o campo de honor, que está realmente en el Prado.

* * *

No se puede olvidar que allí ha existido un teatro de polichinelas, el teatro de la ópera de los polichinelas, un teatro amplio rodeado de una valla y con una campanita como la que en las obras da la hora a los trabajadores, sino que mucho más argentina, campana infantil con la aguda voz de la infancia. Después ese teatro fue derruido (y en su solar hubo un velódromo, donde se civilizaron los primeros ciclistas, los primeros jockeys del caballo de acero).

* * *

Los «milores» pasaban por el Prado también en abundancia. Tanto en ellos como en las berlinas se apreciaba aquí, con más vista que en ningún otro sitio, su forma de cajón charolado, y sobre todo se veía con claridad que el que iba dentro iba sentado como en cuclillas, en la traviesa, en el eje, sobre los flejes de la trasera.

No solamente el Prado es el sitio por donde pasaron los faetones, sino las carretelas, carros de escombros, tartanas, coches de camino, ómnibus, coches de ciudad, sillas de posta, cupés, chartauberts, landós, faetones, americanas, tálburis, furgones, bastardas, breaks, galeras, berlinas, brosquens, góndolas, birlochos, cabriolés, charavanes, bombés y calesas.

Por los cristales de los coches que pasan por el Prado entra el sol como por el cristal de un viejo reloj.

* * *

Los simones, cuando pasan de vacío por el Prado, parece que van de entierro. Aquí es donde sus jamelgos pueden únicamente restaurar su terrible sed de camellos, bebiendo en las tazas bajas de las fuentes de la plazoleta de las cuatro fuentes, aunque esa única agua que se brinda a los caballos en el centro de la ciudad tiene un fondo verdinoso, rejalgado, sucio, que les da el tifus a las pobres bestias. Aquí es adonde los jamelgos de los simones vienen a morir. Es enternecedor verlos morir. Su último trote es gracioso, señoritil, y tiene un elegante aire de baile de la *temblaera*. Todo oscila y se afloja en ellos. Su espina dorsal hace eses y zigzags exagerados. Sin embargo, tiran un poco, avanzan, hacen cuanto les es «humanamente» posible para avanzar, pero caen al fin.

El pobre cochero, resignado ya, que sabe lo que significa ese último gesto dulce y agónico del caballo, espera echarse hacia atrás como un «jockey» que va a tirarse con su caballo al abismo, con el látigo triste como una caña de pescar, porque ¿de qué le valdría ya darle un latigazo!

* * *

Se pasean por el Prado los jubilados, los supervivientes, los viejos esos que tienen repartida la barba en dos mitades, como Moisés o como un marino de los que miraban a lo lejos con catalejo. Todos estos viejos, muy echados hacia adelante y muy encorvados, usan gafas unos, los más distinguidos, gafas de fina montura y de cristales de una inaudita grosura, gafas por las que se ve el Prado muy chiquitín, vago, como esos esmaltes con vivos colores sobre un cristal cóncavo en que está representado el paseo principal de una capital de provincias, y otros, los viejos

pobres, gafas de picapedrero, con las que ven todo como lo verían sin gafas, aunque con gafas se sienten abrigados como si vieses el Prado detrás del cristal del café de la Montaña. Lo más importante de todos estos viejos es el que hayan llegado a viejos, ¡con lo terriblemente difícil que es eso! ¡Hurra por los que han podido llegar! (Además, los viejos a los que se les murieron los hijos y la esposa vuelven a ver pasar *aquellos* entierros, viendo pasar por el Prado a las gentes que se les parecen en juventud o en vejez.)

Por el Prado pasan también los *hombres de gabanes largos*, los caballeros con bastoncito o bastón de mando con borlas, los caballeros con zapatillas de casa, el hombre de los tres perros, los guardias civiles que vienen de hacer los servicios de trenes, los cojos con sus muletas, y sobre todo muchos curas, porque son los hombres que están muertos bajo sus sotanas, curas que toman un aspecto de señoras viejas por estos paseos, unos muy altos y otros muy bajos; debía de haber una talla mínima para ser cura, evitando ese contraste que forman los altos, parecidos a fantasmas negros, y los pequeñuelos, parecidos a tías chiquititas, todos embozados en su bufanda como curas de pueblo, subido al embozo de su manteo.

* * *

El Prado está ahora más abandonado que nunca. Fuera de sus verbenas de San Pedro y San Pablo, y de San Juan, no hay fiestas en él. Sus elegantes embozados en su capa de fino sedán y sus elegantes vestidas con «brillantinas» con «gasas sultanas» o con «pekín gótico», han desaparecido. Aquella segunda época más moderna del Prado en que se paseaba por él de frac azul, botas azules y con guantes pajizos, en que las carretelas daban vueltas cortas en su paseo de coches, y en que entre los novios en vez de retratos se cambiaban miniaturas, aquel sitio de recreo—fonda y café público llamado el Tívoli, sito entre la fachada Norte del Museo y la salida del Retiro, y en el que se celebraban reuniones y conciertos—desapareció antes de que lo conociésemos nosotros. El Salón de Oriente, con sus jardines iluminados con vasos y farolillos de color, en el que las bandas de música tocaban incansablemente valeses, redovas, chotis y polcas, ha desaparecido y también desaparecieron los jardines del Buen



Retiro, que daban al Prado— y que conocimos, reteniéndolos como un inolvidable cuadro de Renoir.

* * *

El incendio de las fogatas de hojas y restos de la poda en los jardinillos del Obelisco a los héroes del Dos de Mayo, crea un humo de incensario para los héroes, y parece que sube hasta ellos.

Lo importante del Prado es el invierno, pero tiene primavera, verano y un otoño que ya tiene bastante mérito. En cada una de las estaciones sonrío cada una de las estatuas de las cuatro estaciones de la fuente central. En cada estación está de enhorabuena una y es su santo.

El invierno es lo primero y lo último porque insiste sobre el Prado en todo tiempo, como su sentimiento más imborrable.

El invierno del Prado es como el espectro de la vida total. Bajo los días de hielo es como un paisaje de gran paseo en los Países Bajos.

En los días muy crudos, el aire, los palitos de los árboles, todo contribuye a formar un paisaje que se podría llamar el paisaje fósil, y, sobre todo, entre todas las tardes de invierno salen algunas que son enteramente tardes fósiles en un ambiente lleno de eternidad.

Sobre este invierno pasan nubes fantásticas, nubes cárdenas, las nubes que conducen a los muertos.

En el invierno, del tupido enredijo de las varillas de los huesos de los árboles penden como moñas y borlas y faraloes de los árboles las secas, las pilongas castañas de Indias, esas bolitas de la simiente que ponen como unos caireles o unos almendrucos en el cielo. También quedan entre las jaras secas esas últimas hojas secas y amarillas que son como los falsos canarios de su invierno.

El viento que pasa por el Prado, aunque parezca un «simum», es el cierzo, el puro CIERZO. Este viento terrible y lleno de polvo, que convierte al Prado como en el «golfo-estrom» (!) de Madrid, juega a la ruleta con las abiertas y radiadas palmeras, empuja a los automóviles, los contiene, según vayan hacia el Norte o el Sur, mueve terriblemente focos que parecen irse a estrellar contra su soporte como contra la pared esas bombillas que tropezamos, a veces, violentamente con la cabeza.

De tal modo se siente el viento como en su casa, que parece que se pasea por allí consciente y constante. Con las faldas de las mujeres hace perrerías y allí se sorprenden vivas escenas galantes en que se ve hasta el florón de las ligas. También el ábrego visita a veces el Prado. ¡Oh el ábrego!...

En invierno es en el Prado donde da más el sol, pero si no se tiene un buen temple madrileño hay que temer al sol del Prado, porque después brota en este paseo un frío intenso que hace que sea mortal el cambio de sol a sombra aun antes de que suba ese fresco de ribera del río que brota del río fantasmal, que está incripto en el margen del Prado. Hay que desconfiar, además, del sol; el sol es malo, la fe en el sol ha perdido a muchas gentes, y, sobre todo, a los que estando un poco enfermos vinieron a tomar este sol, les ha agravado y matado en el paseo. Había que escribir en algún sitio: «¡Cuidado con el sol!», como hay el «cuidado con los rateros» o «con la pintura».

Para el Prado son las bufandas sobre los gabanes o las capas.

Por el invierno del Prado pasan esos andaluces muertos de frío que han llegado a Madrid con un sombrero calañés y una guayabera de entretiempo que no les viene y se queda al margen de los pantalones, que por lo muy ceñidos que son les dan más frío. Junto a la estación que está en el extremo del Prado, y por la que entran los hombres chorizos de Extremadura y los hombres de sombrerito de paja en pleno invierno de la Andalucía, también se encuentra, deseando que salga el tren, haciendo tiempo, pasando como junto al brasero junto a su estación la última tarde, el pobre andaluz con traje de rayadillo que vino a luchar y que huye escapado.

Siempre se recuerda y pasa por la imaginación en el Prado invernal el año del «dengue». Aquel año proverbial en que murió medio Madrid se repite, se recuerda mucho, y se piensa que quizá se oculta que todos los años de Madrid son años del «dengue». Eso no acaba de parecer mal en el Prado, pues la enfermedad hace resaltar la vida y no suele matar, pues la muerte es mala operadora y nos hace operaciones que no acaban de matarnos.

La noche del Prado es grave, febril y tremebunda. Ni los focos, ni esas luces de nitrógeno, que tan bien lo alumbran, y que se estrellan en nuestros ojos y rompen nuestro iris y agrietan nuestra córnea, pueden con su sombra.

El Prado es en la noche el gran descampado, un lugar de-



sierto, peligroso y siniestro, en el que se puede ser robado y matado casi impunemente. Es lo más vendido de la ciudad; donde el crimen, la lujuria y el robo se pasean, donde tiene citas la luna, que también espera, prostituida, al que pasa.

¿Por qué lo han escogido desde tan antiguo las mujeres más fáciles? Porque, por no se sabe qué extraña y sombría razón, en la noche el Prado es el lugar por donde pasan las almas llenas de mayor deseo sexual, el sitio a que van a parar fatalmente.

Se tiembla al entrar en el Prado de noche, con ese temblor que se tiene al ir descalzo por el pasillo en los viajes furtivos del amor. La autoridad lo tiene abandonado, y sólo alguna vez da vueltas alrededor de los jardines del Dos de Mayo, para evitar la profanación del cementerio de los héroes.

En el Prado espera a los infelices aquella única novia que tuvieron, y que han echado del otro mundo por estúpida, repulsiva y fea.

Son almas con mantón las que pasan por el Prado, un mantón con el que se cubren en invierno, y que en verano llevan el brazo, como viajeras impenitentes (los cocheros llevan siempre también una manta así, una manta repugnante que ofrecen a las parejas que conducen por en medio de la noche). Bajo los árboles copudos y cobijadores del Prado se ven también en la noche las sombras copuladoras y su ritmo regular y solemne, como el de esos relojes en que sube y baja un columpio.

Todo ese anhelo torpe y supremo de la Humanidad circula y se pasea por el Prado de noche. Eso es algo serio, trágico y de una absoluta verdad. No lo aventaja nada, ni en la noche de novios ni en la galantería rica y mocil. El mar sexual da allí los latigazos imponentes, allí se bate y salta con violencia sobre los acantilados de la ciudad. En la noche del Prado muerde el polvo el hombre. Nadie debe pasar por él en la noche.

Pero por la mañana y durante todo el día no se sabe nada de esto. Por la mañana y durante todo el día es que se verifica la baja marea, y la gran playa está seca y transitable. Las que estaban anoche entre las sombras no aparecen en él.

* * *

Para completar la idea del Prado ya se puede hablar del nuevo edificio de Correos, que ha cambiado un poco la fisonomía del Prado y las gentes de su abono.

En los paseos constantes por el Prado íbamos viéndolo armar: esas columnas que tienen dos tirabuzones a los lados; esos alfiles que ahora rematan los edificios, como si la Divina Providencia jugase una partida de ajedrez sobre los tejados; los nombres y los números, escritos con un profundo negro en las piedras nuevas, como si el edificio hubiera sido montado en otra parte antes de aquí; esa pequeña escalerita, que da a una puerta que parece de una cervecería, y de pronto un día los mástiles de la telegrafía sin hilos, que convirtieron en un gran barco, en un gran transatlántico, al edificio.

Lo hemos visto crecer, lo hemos visto *de primera piedra*, o sea como quien dice de niño.

Primero, cuando ya se destacaron sus formas, nos dejamos llevar un poco de la opinión ajena. Todos se metían con él, como pasa con todas las arquitecturas siempre. Pero aún a tiempo fuimos los primeros que dijimos a los amigos: «no tanto».

Con este edificio llegaban a Madrid oficialmente las arquitecturas inauditas, ni para Dios ni para la aristocracia pura de antes, sino un poco para el comunismo y señalando la cúspide de la democracia. Es esta arquitectura, de tipo híbrido y razonable al mismo tiempo, la que con aire moderno y estrafalario caracteriza a Madrid, y más que nada le caracterizará en el porvenir.

Con los edificios modernos nos indignamos. Mal hecho. Eso es ser tan ultramontanos como los hombres oscuros que abominamos. Hay que ver a esos edificios en la hora en que se abren, como los girasoles, la hora en que están más en pompa, frente a un cielo maravilloso, la hora en que *cogen* la hora de Madrid.

¿Un edificio de Correos puede ser otra cosa que eso? No se puede convertir un edificio de Correos en edificio religioso ni académico, además de que hoy es inmoral convertir nada en religión.

Poco a poco todos fueron convenciéndose. Había noches de luna en que la luna, que le cae precisamente encima, acentuando el edificio de un modo extraño, nos hacía ver que iba a ser muy madrileño en el porvenir.

Cada vez resulta más definitivo el palacio de Correos, catedral de ábside de agujas quebradas. Ya todo el mundo sabe su camino, y ha aprendido el público a mover las puertas giratorias.

Por los andenes del Prado pasean esos caballeros que, aunque cada vez están más pobres, siguen conservando su prestancia, su altivez y sus grandes bigotes en punta, como de Napoleones Terceros. Son los mismos caballeros de antaño, a los que, según la descripción de una fiesta del siglo XVIII dada por la condesa-duquesa de San Lucas en los jardines que el conde de Monterrey tenía en el Prado, «sirvieron una cantidad de platos a través de la verja, pues había muchos caballeros y señoras que por la parte del Prado se los pedían». (Esos hidalgos hambrientos son los mismos también que en las recepciones del Ayuntamiento piden con voracidad bocadillos y ese «champagne» de las recepciones oficiales, que es «sidra-champagne» o, a veces, sólo sidra natural.)

* * *

Ahora le falta al Prado un final rústico: la parte esa de atochar (espartizal) o de oliveral o de carrascal que tenía. (El Carrascal de Vallecas, a juzgar por todos los datos que figuran en el fuero otorgado al Concejo por Alfonso VII, comenzaba en el Prado de Atocha.)

* * *

Tan caballeroso y tan distinguido es el hombre que pasea por el Prado, tan dueño de la ciudad es y tanto comparte su poder con los reyes, que Carlos IV, cuando celebraba alguno de sus magníficos festejos en el Buen Retiro, mandaba al Prado algunos guardias de Corps para que reclutasen espectadores entre los paseantes del Prado.

* * *

En mi paseo por el Prado pienso que debía figurar comprobada la cifra de 192.780 pies cuadrados; pero como mis pies son pies rectos y estrechos no puedo recogerla. SÓLO EL ELEFANTE PUEDE CONTAR, PASO TRAS PASO, LOS PIES CUADRADOS.

Junto al Manzanares se cogía la verbena en aquellos lejanos días, yendo por ella también a esa iglesia que estaba por estos mismos andurriales del Prado, y a la que se refiere esta coplilla:

Si a la ermita de San Blas
vas a coger la verbena,
pedirás que la garganta
el Santo me ponga buena.

Como se ve, varios sentidos de alegría y bonanza se funden en las verbenas, y en esta fecha sobre todo.

En esta verbena, en estas noches, mejor dicho, debe pasar la credulidad humana, que vuelve y se rehace, por una línea imaginaria y en algo zodiacal, puesto que hasta los moros festejaban San Juan; tanto, que en el romance de la batalla de Roncesvalles se dice:

donde moros y cristianos
hacen gran solemnidad.

Siempre hay que tocar los orígenes y recordar a aquella fiesta llamada de «Carista» que celebraban los paganos en honor de las Gracias y que era muy parecida a nuestras verbenas, aunque en vez de churros se les ofreciese entonces tortas e incienso.

Su nombre de verbena se debe, claro está, a esa planta que sirve sobre todo para curar la hidropesía y la gota, sirviéndose los antiguos de la fusión de verbena para verificar sus lustraciones como nosotros hacemos con el agua bendita. Cada nuevo significado alegraba más el sentido de la planta, que algún día tenía que ser el nombre indicado de las más alegres fiestas.

Otra cosa que hace madurar más el optimismo de esa palabra es la creencia sostenida desde antiguo de que si se regaba con agua en que hubiese estado en remojo la verbena el sitio en que se celebraba un convite, todos los convidados habían de estar forzosamente alegres. También los embajadores romanos y griegos sostenían que llevando un ramo de verbena en la mano se volverían purificados y sin mancha a sus reales.

Las verbenas eran fiesta de la mañana, que en su evolución dichosa se hicieron fiesta de la noche. «Coger la verbena» era en los antiguos diccionarios «madrugar a paseo».

Pero cuando se cogía la verbena con solemnidad era en la mañana de San Juan:

A coger la verde grama,
la mañana de San Juan,
va la niña con afán,
dejando la muelle cama.

Y otra pluma anónima escribe:

Con la flor, de la verbena
que ayer tarde te compré,
dice el doctor que encontré
el remedio de tu pena.

Mira tú si bien hicimos
ir a cogerla temprano,
pues se nos vino a la mano
lo que ha tanto te pedimos.

¡Ay, San Juan, San Juan,
que a coger tu verbena las niñas van!

En un manuscrito traducido del árabe, que D. Sebastián Castellanos encontró en la biblioteca de D. Miguel Casiri, se dice con referencia a Madrid, la Magerit de entonces:

«Que en las noches de San Juan y de San Pedro se tenía que reforzar la vigilancia en las murallas de la plaza, porque los infieles y enemigos de Alá se juntaban a pretexto de sus devociones a los benditos siervos del Señor, y recorrían los campos con lascivos bailes y gritos de alegría, así los hombres como las mujeres, que sin velos que tapasen sus rostros, corrían desordenadamente ofendiendo a Alá con sus gritos.» El mismo que dice esto, que parece ser un tal Ben-Albofaf, se queja de que los servidores de Alá se iban, a pesar de sus consejos, a estas escandalosas fiestas a pretexto de encender las luminarias, en las que oían «azalas» subversivas y blasfemias contra el profeta querido de Dios, y pide al rey de Toledo, Almenon, que ordene que tales noches se prohíba el ir a los cristianos a la ermita de la Virgen de las Tochas (sería de Atocha), que, contra la ley del Corán, se les permitía adorar como gentiles idólatras de los ídolos, y que mande se cierren las casas de los ídolos cristianos, que, cercando la población, eran cuarteles donde, además de juntarse para maldecir a Alá y al Profeta, tramaban conspiraciones para apoderarse de las fortalezas.»

Algo pasa en las constelaciones en ayuntamiento con la tierra durante estas fechas, dando eso lugar a ese armisticio de moros y cristianos que aún se presencia al ver a la gitanería mora pasar

por el Prado junto a la gitanería cristiana, y a las moriscas morenas junto a las cristianas rubias.

El antiguo Benavente, en el entremés titulado *El negrito hablador*, decía:

ALONSO

Alegre noche.

PEDRO

Siempre del Bautista
son alegres las noches.

ÁNGELA

Por lo menos
en Madrid celebradas.

FRANCISCA

Yo aseguro
Que se venden por lindas en el Prado
mil feas esta noche... Etc.

Siempre ha estado lleno de mujerío, y no mujerío de lo feo, como el poeta supone poco galantemente, sino mujerío de caras bonitas y blusas sueltas y henchidas.

Como todo lo que pasa en el Prado, la verbenas merece sospechas de nuestros clásicos. Así, dice Alarcón:

Que hay mujer en el engaño
que en esta noche previene,
librados los gustos tiene
de los deseos de un año.

Como he dicho, es recelo del Prado, que tiene algo de antigua explanada para las fiestas a Venus.

El caso es que las verbenas llegan a su exaltación en esta de San Juan, que por un momento presta engañosamente su fiesta a San Pedro, sólo por cumplir, como esos banquetes que, teniendo un objeto claro y una figura principal, son aplicados a otro comensal por compromiso ineludible de la Comisión organizadora y de su presencia coincidente.

Como en las antiguas verbenas de San Juan, debía haber el lebrillo de agua renovado en que cada moza veía al que había de ser dueño de su corazón, o las casadas estériles tomábanse unos granos de ruda al cantar el gallo para ser madres en el año.

Tampoco cruzan por este Prado de ahora las comparsas con sus músicas y sus faroles luminosos yendo a dar serenata a la novia del amante «pagano».

Antes la verbenas de San Juan y San Pedro tenía por suyo el tranquilo y anchuroso andén del Salón del Prado —abhorrecibles plantaciones contra un paludismo que nunca existió allí—, en cuyos árboles laterales buscaban refugio los más tranquilos caballeros y hasta descabezaban un sueño entre voces festivas y son de vihuelas, uno de esos sueños cuyo susurro no se olvida nunca, pues toda la fiesta es incentivo y especia del sueño.

Hará unos veinticinco o treinta años, esta fiesta del Prado se completaba con la visita a un mercado de flores que había en la plaza Mayor durante estas verbenas, y la gente paseaba allí hasta las diez de la noche, hora en que se trasladaba al Prado. ¿Qué se hizo de este mercado de flores? Así sucede ahora que las macetas no se destacan bien en las verbenas y lucen más sobre los borriquillos del jardinero. Inmediatamente antes de la verbenas, a media oscuridad, en la perspectiva luminosa de la verbenas, hacen el papel de esos conferenciantes detrás de los que viene el jolgorio de un espectáculo alegre.

En los campos del «enverbenado» Prado de entonces figuraban el noyó y la aniseta y los platos de «volados» y confites para endulzar el agua fresca que se recogía de la fuente de Neptuno, la Cibeles, las Cuatro Estaciones, el Galápagos y la Alcachofa.

Hoy, con otros ingredientes, vibra el mismo festejo, que se verifica como en la meta del optimismo anual, en plena sorpresa del calor enardeciente, durante una tregua cordial.

Las rifas desconciertan un poco el espectáculo, pero triunfan con su luz y con sus iniciativas, entre las que la más graciosa ha sido la de rifar loros, loros desconocidos; es decir, loros silenciosos, que no se sabe cómo se destaparán al llegar a casa, ni si habrá que recurrir a la retroventa por malhablados, planteando ante la Comisaría un verdadero caso de divorcio con el apetecido premio.

Entremos en la verbenas estrepitosa. Compremos algodón en dulce para las heridas esofágicas del espíritu, y compremos me-

dia docena de churros acercándonos a las churrerías, aunque lo que más se parezca a una de las calderas de aceite hirviendo que maneja Pedro Botero sean las negras y profundas sartenes de esas freidurías, en que las almas de los churros se doran, se aromatizan y adquieren ese tueste tierno que conmueve al apetito, aunque al mismo tiempo atormenten, acalorándonos más y preparándonos para una indigestión segura.

* * *

Hoy todo es más vago y se mezcla o se escabulle más, ocultando más arrinconadas las parejas.

Aquel franco mapa de la sociedad madrileña se perdió para siempre, borrándose en el Prado aquel padrón de sus habitantes en que se veían sus tipos, sus gestos, lo que hace tan pintoresca una romería. ¡Y eso todas las tardes!

Influyó realmente en la sensatez madrileña este Prado en que se mostraba el secreto de todo y la sencillez de la vida. La mujer se eligió mejor allí, pudiéndola observar con luces sentimentales y sinceras de primera clase. Allí se encalmaba la razón y se aprendía ese sereno modo de justipreciar que caracteriza aún al madrileño.

En el Prado, como en uno de esos internados modelos que dan mujeres encantadoras y hacendosas, se educaron las mujeres sensatas, caseras, muy enteradas de la gracia de Madrid, madres después de niñas con cara de muñeca y con la última modosidad angelical.

Aquellas generaciones del Prado sabían adaptarse a una vida modesta, sin grandes exigencias, sabiendo encontrar todo el encanto que se disfruta asomándose a los balcones de una calle sosegada, aunque un poco oscura.

«A estipular, sólo a estipular se va al Prado —dice un escritor del tiempo ingenuo—: convertidas sus calles en espaciosa lonja, que el cielo no se desdeña de cubrir, aguardan a los estipulantes, que con intención de ejercer el comercio acuden presurosos de todas partes. Allí la fornida y rolliza viuda de un soldado de Daóiz tira de las melenas a su perrito de aguas, mientras aguarda a su coestipulante el ayo del niño de D. Blas; la estipulación y su objeto harían erizar de cólera, sin duda, los bigotes del difunto veterano. En el Prado, la condesa de Grano-Flojo, esa crónica que después de enterrar cuatro maridos entierra sus



huesosos dedos en los botes del *coldcream* y bermellón con que estuca su escabroso rostro, aguarda también a don Periquito, almibarado y hambriento pollo, que quiere librarse a toda costa de las intempestivas visitas del sastre y del fondista: la estipulación y su objeto nos la patentizarían mañana los bigotes del doncel, o los bolsillos de su chaleco, mejor. Doña Laura, la mujer del escribano, que ostenta entre sus cuatro hijas los trapos de los días festivos, llama con expresivas miradas al oficial de Correos y al capitán de Caballería. No hablemos de doña Laura, que, siendo del oficio, irá con doble razón a estipular, y cortemos de una vez esta segunda digresión, para venir a tratar de las estipulaciones más inocentes y que con la mayor buena fe entre las partes contratantes tienen en el Prado lugar.»

El Prado, como una llanura castellana siempre en barbecho, era el otro platillo literario que equilibraba el del Rastro. En el Rastro, todos los escritores veían las vanidades deshechas, vencidas, muertas, y en el Prado, esas mismas vanidades boyantes, emperejiladas, vivaces.

El Prado era una magnífica estampa, sobre la que no se debía pintar nunca ese pajarito raquíptico, inexplicable, sin aquella originalidad escueta y perentoria que tenía el antiguo Prado.

Sólo el alejamiento de las gentes, el que no hubieran vuelto por el Prado aquellas mamás y aquellas niñas que acudían a él, pudo hacer que se perdiese esa tradicional feria de los atardeceres. Haber hecho desaparecer aquella estampa de acusado dibujo ha sido como si se hubiese arrancado al próximo Museo el cuadro de *La gallina ciega*, pintado por Goya.

El restaurador cursi, maniático, obsesionado por las pequeñas orlas, sacrificó el cuadro en que se lucía el mejor tipo de Madrid, la cordialidad popular en que entraba la clase media y la aristocracia. Sobre las arenas ciudadanas y frente a una perspectiva visperal se destacaba la sociedad madrileña.

Así como se desmiente que haya estado el Paraíso terrenal en dos o tres sitios del mapa, es indiscutible que el antiguo Prado fue borrado como un Paraíso prohibido por obra y gracia de no se sabe qué poder misterioso y testarudo, poniéndole los adornos salvajes de las palmeras.

¿Qué pasó en el Prado para esa decisión arbitraria y excepcional?

Se podría crear un mito que justificase aquella atroz decisión que amontonó tierra fértil sobre el tapiz liso de aquel Salón. Se

creará algún día el digno mito que disculpe la atrocidad que se cometió con nuestro castellano Salón. Quizá se invente la historia de un niño que enamoró a una niña, siendo aquella pasión insólita la que inspiró la idea de borrar la dichosa extensión del Prado.

Las iras del edil, unidas a las del jardinero, consiguieron hacer desaparecer el lugar de los precoces amores, y el Prado se convirtió en ese sembrado de plantas enanas o de palmeras cualesquiera.

La explanada divertida o *El gran solar de los proyectos* son dos de los títulos que se podían poner a la gracia de aquel Prado de entonces.

Iba a desahogar o a desembocar en su estanque seco todo el Madrid que busca asueto a cierta hora de la tarde. Una amenidad con dulce brisa corría por él, y se aguardaban las mismas sorpresas que tiene el conjunto de una recepción palaciega para el caballero imaginativo.

Como sobre un fondo luminoso de cuadro se destacaba cada figura de mujer, enfarolando la tarde sus adornadas mangas de jamón. El cuadro de costumbre se producía a sus anchas en la amplia llanura del Prado, y era políptico interesantísimo en que ver descrita la vida que iba pasando. Era aquel Prado liso y libre algo así como el recibimiento de Madrid. Su gran salón, o el *hall* de la ciudad, como hubiera dicho algún cronista de la época, si entonces se hubiera dicho esa palabra.

Como sobre una sábana de cinematógrafo se reflejaba entonces sobre la desnuda playa del Prado todo el sentido de la vida. Allí conseguían las gentes su mayor sentido y significación, y los cronistas un poco dramáticos y noveleros allí veían la gravedad de la vida.

Hay un escritor de aquel tiempo, cuya firma no se destaca más que en una crónica que escribió sobre el Prado —quizá la única que escribió en su vida—, que define muy bien esta sensiblería melodramática del Prado.

«En el Prado —dice el trascendental escritor— halla el mendigo los socorros que la caridad le niega y la vanidad le presta; en él, en busca de socorros también, pero en magníficos carruajes, se presentan encopetadas señoras y caballeros cubiertos de cruces, mendigando una sonrisa, o una lisonja, que rara vez le niega la multitud, que con ellos y como ellos va también al Prado, arrastrada por una idea egoísta, por miras interesadas y hasta con las más bajas intenciones alguna vez.»

XVI

PREGONES DE AYER Y DE HOY

La parlería del pregón llenaba antes el silencio sestero y clausttral de la calle en que apenas un carro ponía el desgualdrajo de sus tornicones.

El pregón enflautaba toda la calle, y había un arte especial de «encomenzar» el pregón, hasta encalabrinarlo, para que después descendiese en entonada transición hacia el silencio.

El secreto armónico del pregón está en esos tres tiempos, como en las saetas; de tal modo, que los pregones en que se solaza el arte del pregonador son las saetas profanas, las saetas comerciales.

Se cantaba el pregón porque obligaba a ese pudor del tono y del ritmo la solemnidad de la calle, cuyos íntimos oídos se transgredían con el pregón.

Los pregones tenían parentesco con los cantares de los jardines y con los cantares de las mozas, y por eso estaban obligados a tener alguna floritura.

En el pregón, como fina onda que traspasase paredes y ventanas, tenía que haber una nota aguda y penetrante que, con su tipo de profundo quejido, traspusiese las puertas hasta los patios y los corrales. Esa lastimera nota, llegaba a los últimos confines, era la que llamaba la atención en el fondo de la casa sobre si convenía o no convenía comprar de lo que pasaban vendiendo a la puerta.

El afilador, reuniendo en su flauta el lamento último de las antiguas siringas, puso la mejor música al pregón y encontró su arpegio desolado y pedigüeño. En las flautas del afilador está el último eco del pregón, la síntesis de su breve escala, la llamada de auxilio llena de ruegos melosos y complicados.

En los pregones antiguos se desahogaba un poco el alma humana de lo pesado que es caminar siempre, y por eso había en ellos un fondo desgarrador. El pregón tenía, y aún tiene, algo de grito descompuesto del que se ahoga en la riada de la calle.



Los pregoneros antiguos gritaban al pasar por las calles emborrilladas y pinas:

- ¡Un cochinillo vivo vendo!
- ¡Muselina y cortes de chaleco!
- ¡Hay palomina!
- ¡Hay sebo!
- ¿Quién me compra esta carga de carbón?
- ¡Doy la quaxacraa!
- ¡Repollo como escarola!
- ¡Calabazas a cuarto, y tres en dos cuartos!
- ¡Ca qué hay arveyanas nuevas, arveyanas como la nieve!
- ¡Garrafales de Toro y de Arenas!
- ¡Espinacas como albahaca!
- ¡Babuchitas del moro!
- ¡La cuajaera! ¡La cuajaera con azúcar y canela! ¡Cuajá y baile, que pasa la procesión por mi calle!
- ¡A cala y calando una sandía vendo! ¡Si esto es sangre!
- ¡Sardinas frescales! ¡La hacienda del perdido, barato y corrido!
- ¡La limonera! ¡Toíto agrio!
- ¡La fuencarralera! ¡La rica judía como la seda! ¡Y regalo perejil!
- ¡El piñonero y altramusero!
- ¡Al bollero, al bollero! ¡Bolos de aceite y empiñonado!
- ¡Moras, moritas, moras! ¡Moras de jardín!
- ¡Negras, de gro superior... buenas, bonitas y baratas!

Yo traigo en este cajón
a la Fama y a Cervantes,
fósforos fulminantes
de cerilla y de cartón.

Fósforos, papel y fósforos,
papel de fumar de Alcoy.
¡Comprad fósforos, papel!
¡Con la niña me voy!
¡Con la niña me iré!

Son numerosos y muy interesantes los grabados que pintan esos tipos. Los extenderíamos a través de numerosas páginas.

En el pregón canta el hambre, y sabe convertir el grito angustioso y que pide auxilio en un grito placentero, de chico que se divierte cantando y gritando. ¡Niñotes viejos!

El éxito del pregón es lanzar la voz en forma de gancho, la

voz con torceduras, la voz que penetre en el fondo de las casas y busque las habitaciones recónditas, dando vueltas por los pasillos.

Los pregones más poderosos, los que saben de esa telegrafía complicada que es el pregón, son los que pasan sobre el patio y penetran en las cocinas, encontrando a las cocineras, a las que iban buscando precisamente.

Los pregones son como los cantos variados de los variados pájaros humanos: unos, inteligentes; otros, delicados; otros, con una gran idea de reclamo; otros, sordos; alguno, colérico y malintencionado, deseoso de despertar con brusquedad a todo el que pensase, recordase o estuviese abstraído.

Los pregones de las flores han sido siempre los mejores:

Un jardín traigo en el brazo,
el mejor que hay en España.
Pedid la flor más extraña
y hallaréisla en el capazo.
Llevadme la pasionaria;
llevad la blanca azucena,
la marimóna rellena,
el nardo y la trinitaria.
Muchachas, en fin,
por cuatro cuartos doy un jardín.

Quando ya en las grandes capitales no se tiene la modestia de cantar con alegría el nombre insignificante de lo que se vende; cuando la venta en las grandes capitales, si bien se sigue exhibiendo, es hace ya mucho tiempo silenciosa y adusta, como si el vendedor estuviese detrás de la trinchera; cuando, a lo más, en las grandes capitales surge el sacamuelas, ser orgulloso que hace un discurso pretencioso, como un discurso político o científico-literario, sobre lo que vende, aún perdura en Madrid la costumbre de vocear con rústico tonillo la mercancía callejera. Ese tono límpido, sincero, un poco infantil, que hay que dar al pregón, sabe darlo aún el vendedor callejero. No podría pregonarse con una voz huraña, tosca, bronca, imponente, por su pretensión de imponerse; sería antipático y disonante el pregón. Necesitamos, por el contrario, una manera cándida de vocear, con el intercalamiento de algún gallo bien dado, una voz de

pueblo con buena voluntad, con deseo de conmover y agradecer, con deseo de simpatizar.

El pregón debe tener algo de las salmodias de pobre. Cuando el pregón entra en las habitaciones, tiene que resultar de intención familiar y tiene que sonar a un «¿Usted gusta?» o un «¡Anda, que está muy rico!» «¡Aprovecha la ocasión, que te conviene!»

El pregón de lo superfluo debe ser prometido como una golosina, y el pregón de las cosas prácticas —como el de «¡Pellejas para las camas!» y el de «¡Medias y calcetas!»— debe ser un pregón optimista, el pregón del que os ofrece con alegría lo que da más barato que nadie.

Hace ya más de un siglo que un artista anónimo, empapado en el alma popular, grabó la pintoresca colección de planchas titulada *Los gritos de Madrid*. Sus dibujos son apuntes de una gran realidad, y que recuerdan la clara proyección de esos tipos en el Mediodía de Madrid, igual que los recuerdan también esos platos vidriados en que hay figuras populares análogas.

Entre sus gritos, los hay ya en desuso, como «¡Un cochinito vivo vendo!», como «¡Muselina y curtes de chalecus!», como «¡Hay palomina!», como «¡El aceitero!», como «¡Lechie!», como «¡Hay té!», «¡Hay se-ebo!», o como ese que a veces se complicaba con el rebuzno, y al que el dibujante pone este largo pie: «¿Quién me compra esta carga de carbón?...» al que responde el compañero con su rebuzno: «Y, o, y, o, yoo, yooo.»

También se oían antaño retahilas como éstas:

Gafas para vista cansada,
lente barato.

Quevedo de cristal de roca;
quevedo barato.

A die séntimo la pesera
con los pese vivo.

¿Queréis pa el dolor de muelas?
¿Queréis pa el dolor de estómago?

El tío de los cachivaches.

El cogedor
para el carbón.
La rejilla
para la hornilla.

Tierra o serrín para el gato.
¡Todo barato!

Son voces de amigos las voces de los pregones, voces que entablan conversación con nosotros, voces de gente que acaba de venir del pueblo y es efusiva y llamativa.

Muchas exclamaciones han desaparecido, como la de esa vendedora de «¡La quaxacraaa!», agua como con miel y azucarillos, que debía ser admirable; como la del vendedor de carbón, como la del vendedor de zaleas y como la de esa vendedora de «muselina y cortes de chaleco», que vendía las telas más estupidas, las telas en que las florecillas alternaban con las abejas, ansiosas de libar en tan preciosos bordados.

El humano y sensato Antonio Flórez, uno de los pocos hombres que vieron el mundo en su tiempo, describe el despertar del pregón, y después de oír a la churrera y la venta de leche de oveja, dice:

«Más tarde iban entrando por las puertas de la corte “los foncarraleros, como manteca; los coloraos y frescos tomates; las judías como la seda” (pero seda cristiana); “el repollo como escarola; las manchegas y las gallegas”, patatas de las huertas de Madrid; “las calabazas a cuarto, y tres en dos cuartos; los chorizos de Leganés” (a cuyo grito se ponía el boticario a machacar cien quintales de quina y buscaba el médico la receta de las tercianas); los de “a cala y a cata”, y otra porción de frutas y verduras cuya venta estacional empezaba siempre con la licencia del corregidor, y así los gritos venían a ser el verdadero calendario de los pobres.

Sin que el termómetro empezase a bajar, no se permitía que las manolas diesen el grito de «ca qui hay arveyanas nuevas, arveyanas... como la leche, arveyanas fresquitas», ni menos que el burro manchego entrase cargado de ruedas gritando «¿ruedo?», ni que el palentino pregonara las «mantas de Palén...», quedándosele siempre atragantada la sílaba final. Era preciso que el cuarenta de mayo estuviese próximo para que el gallardo fresero (de cuya existencia nada se volvía a saber en todo el año) pudiera atravesar las calles anunciando su mercancía, ni menos que los «toledanos» se diesen por «maduritos» si aún estaban por madurar, ni las «garrafales de Toro» y «de Arenas» y los «moyares», ni ninguna otra fruta, a cuyos primeros gritos también se consolaba el médico y se sonreía de gozo el boticario.

Cuando andaban los «cebaos y gordos» por las calles, ya se sabía que estaba cerca el nacimiento del Hijo de Dios; nadie ignoraba que era un día de vigilia al oír pregonar la «espinaca como albahaca», y los de Jarama «vivitos», y para saber que había resucitado el Señor bastaba oír gritar «¡el medio carbrito!»...

A esas voces estacionales se juntaba el «i... qui... rabanú...», reloj que marcaba perfectamente la hora del mediodía, y otro grito que no cesaba en toda la mañana, diciendo: «la sebera..., ¿hay algo e sebo que vender?...», y el hombre que compraba «trapo y yerro viejo...», y el otro que decía: «¡componer tenajas y artesones..., barreños, platos y fuentes!», grito que iba derecho a la conciencia de las fregatrices, pero más derecho aún al bolsillo de los amos; y ya se sabía que iba concluyendo la tarde cuando la aldeana de Fuencarral andaba de casa en casa diciendo: «¿Quién me saca de güevera?»

El «amolaoor»... tras del cual, por ser francés o parecerlo, solían ir siempre los muchachos gritándole aquello de «el carro español y el burro francés»; el «sartenerooo»; el «santi boniti barati», cuyos santos solían ser algunos perros de yeso, o las cuatro partes del mundo, o cosa por el estilo; el «rosariero», que iba engarzando rosarios y vendía ratoneras y jaulas para grillos.

La reina del mercado en el concurso de pregoneras siempre ha sido la vendedora de rosas.

Entre esos gritos se incluye también, en repetidas y típicas viñetas, el peculiar de los antiguos aguadores. Así se rememora un grito que ha desaparecido y una de las más sedativas profesiones de Madrid. El agua antes era exaltada en la calle, y no sólo el aguador gallego que subía a las casas y llenaba las tinajas, que sonaban con un profundo glu-glu de pozos al recibirlos la cascada del agua de la cuba, sino el aguador y la aguadora de la calle, los que gritaban: «¡Agua fresca, fresquita!... ¡Fresquita el agua!», y los que recordaban el agua de la fuente del Berro, el agua de la gorda, el agua como la nieve de la Fuente Castellana...

Aquella profusión de aguadores y aguadoras que llevaban los vasos en las cunas doradas para los vasos, adornadas con sus boliches de cama camera, consolaba más el verano, y en esa dentición que todos volvemos a pasar durante el verano nos consolábamos como niños sintiendo ese pregón, y como apre-



¡Perdices y conejos de campo...!
¡Palominos...!



¡Arrope rico de La Mancha!
¡Al buen arrope!



¡Apio, escaroolo...!



¡Miel de La Alcarria, miel...!

tando entre las encías ardientes el vidrio brillante y fresco de los vasos en las vaseras...

El agua necesita ser otra vez realzada aparatosamente... Vuelven, indudablemente, ahora aquellos veranos de aglomeración en el Prado y en el Retiro, cuando las gentes no veraneaban tanto —el exceso de población que tiene Madrid creará esa apariencia retrospectiva—, y habrá que calmar la sed de muchos. Las fábricas de cerveza no son suficientes. Madrid agota sus grandes depósitos en una tarde de calor; tanto, que en una fábrica despachan algún día de verano treinta mil litros.

Hay que volver al agua; hay que curar el incendio del verano y el sofoco de la aglomeración con agua, con agua pura, en vez de con la cerveza, siempre áspera y que apaga la sed acerbamente.

Se necesita el pregón de agua como un pregón de bombero. ¡Que se tomen otros más vacunados contra todo ese agua que pregonan; pero que en la hora de la siesta oigamos el desaparecido pregón del agua!

¡Queridos pregones desaparecidos, a los que en el fondo echamos de menos! Entre todos formaron el alma acústica de la ciudad de otro tiempo, y nos apena no reunir el alma antigua con la nueva para tener más alma.

Ahora, ¿qué pregones son los que han continuado? ¿Qué pregones evocan todo el pasado y el presente? Hay que subrayarlos. Los subrayaremos después. Gracias a ellos, la ciudad se reconoce, se encuentra y persiste. Bueno es que los grabemos en la memoria de nuevo.

Hay muchos pregones que son enteramente de hoy, aunque algunos pudiesen ser también voces del pasado.

El pregón de hoy, ¿lo aceptará el porvenir? ¿Será viable? ¿Tendrá posteridad? Sería triste que esos pregones, que si persisten harán como que continúen en la vida nuestros oídos, desaparezcan o se desvanezcan como nunca dichos.

Esos cohetes de la voz que son los pregones y que tan animado hacen que sea el día, no desaparecerán —nos decimos— porque lo que ofrecen son esas cosas elementales que no varían... Si el pregonero vendiese automóviles, por ejemplo, es posible que en seguida se anticuase su pregón...

Las flores, las frutas, la sartén de todos los tiempos, los espárragos que florecerán como una continua sensualidad de la

tierra, los ajos y las cebollas, etc., etc., son cosas que no variarán de forma ni de sustancia.

Los pregones esos alimentarán las mañanas de todos los tiempos, la sazonarán y echarán en el gran puchero de la ciudad el ajo que da fuerza y la cebolla que estimula, dejando también llenos los fruteros.

Y al hablar de estos pregoneros de hoy día, lo veo más cerca y los tipos pueden ser más construidos.

Los pregoneros de hoy están ahí abajo. Los veo por entre las rendijas de mi persiana, entornada por miedo al sol.

Ellos no ven a nadie en los balcones; pero se suponen a todas las familias detrás de las persianas oyendo el pregón de verano, que penetra recto hasta el fondo de la casa. La mirada maliciosa, enterada, revisa todas las fachadas, con miradas de novio despreciado, de novio olvidado, de novio que ya puede contar con que ella, probablemente, no se asomará. Novios despechados de todas las novias, lanzan a los balcones sus miradas de bueyes degollados y su queja de trovadores rústicos, bárbaros y que no saben lo que dicen.

Estudian los balcones y esperan más de los más altos que de los más bajos. De los más altos es, por ejemplo, de donde le piden siempre melones al melonero.

Las dueñas de los balcones floridos, caprichosas, antojadizas, que se van detrás de todo lo que ven, son las que más envían a las muchachas por lo que lleve el vendedor ambulante. Los pregoneros saben cuánto tarda una muchacha en bajar la escalera, y no se impacientan ni se van. Como ellos hayan oído un siseo, o que en un balcón ha sido levantada la falleba, o que un cristal ha tiritado como los de las diligencias, se plantan y esperan, tejiendo, en su espera para saber si eso ha sido verdad y para imaginarse el tiempo que pasa, la escena de lo que sucede: que la dueña ha llamada a la criada sorda porque es sorda, o sorda porque está cantando, o sorda porque está friendo algo, o sorda porque tiene el grifo de la fuente abierto y el ruido del agua es el que más apaga los oídos, siendo el caso que ha tardado en acudir, y que al acudir se ha secado las manos en el delantal, y que ha habido que darla dinero y el dinero estaba en la cómoda, y al final ella no ha querido bajar en chancletas y se ha puesto unos zapatos, y ha bajado metiendo un ruido atroz en la escalera porque sus zapatos iban desatados.

Cuando al fin aparece la criada en la calle, el buhonero se

venga de su paciencia y se le cobra, subiendo de precio la mercancía.

El pregonero suele suceder también que se pierda por donde no se sabe, pues la criada rápidamente corre hacia la entrada de todas las bocacalles, y por ninguna la ve. ¿Dónde se habrá metido? Ni su pregón se oye ya siquiera. ¿Cómo es eso? Es que el pregonero, cuando no siente ninguno de esos ruidos premonitores de que va a ser llamado, corre, y es su pregón como esa cometa que consigue izar el niño mientras corre. También algunas veces es que el pregonero ha subido a un piso o ha torcido por esos callejones madrileños que no se ven a lo largo de la calle, pero por los que se acorta atrozmente de un barrio a otro barrio.

—¡El canario de verano! —grita el vendedor de grillos, y en seguida desaparece, no encontrándosele, como no se encuentra el grillo que canta en las eras.

Otro que pasa grita: «¡Arrope de la Mancha!» y «¡La blanca miel de la Alcarria!»

El afilador, entre todos los pregoneros vivos de hoy, merece una mención aparte, porque, entre otras razones, representa con su flauta la melancolía de la vida y la cosa de sótano lamentable que tiene la ciudad. Es, por decirlo así, el verdadero sapo sonoro de la ciudad.

El afilador siempre viene de Orense, donde no les basta con el pequeño terruño que tienen, y en octubre o noviembre emprenden el camino de Madrid con su rueda al hombro, recorriendo pueblos y pueblos, en los que afilan todas las armas, hacen semana y pitan después como trenes tristes que se van.

A la vuelta, si han hecho dinero, vuelven en tren hasta la estación más próxima a su pueblo, o si no, vuelven a pie, volviendo a afilar lo desafilado y tocando el «chiflo».

Son incansables y van empujando casi siempre este falso cochecito de niños en que llevan una ruedecita con cierto mimo, porque una «rueda», «arreada» con todo, vale en el pueblo unos diez duros y en Madrid veinte.

—¡El afilaor! —grita el pobre hombre vestido de pana hasta en verano, y después le entra esa perra de niño llorón que imita su instrumento de boj, su «chiflo», llantina de jipíos hondos que se oye hasta en las torres más altas.

Lo que más les preocupa, lo que es el problema de su vida, la duda de su oficio, es que en vez de llevar ellos la máquina,

el delgado carricoche, debía ser el carricoche el que les llevase a ellos. Lo racional sería eso. Todo en la apariencia del aparato tiene tipo de vehículo, de rara bicicleta, de absurda motocicleta; pero no hay remedio de darle impulso, de hacerle romper en veloz carrera.

Las ruedas de su aparato, todo en él se burla de su cansancio, y es como el niño molesto, incordioso, insistente que va pidiendo siempre:

—¡Yo quiero que me lleven en brazos! ¡Yo quiero que me lleven en brazos!

Encima, muchas veces, el pobre afilador tiene que cargar con su armatoste.

Si yo fuese inventor, buscaría la ruedecita esa que tienen de menos las máquinas de los afiladores, y gracias a la que tirarían de los pobres bataneros, llevándoles por los caminos tan raudos como si hubiesen montado unos clavileños que fuesen máquinas de afilar al mismo tiempo.

Hay pregones del pasado que han permanecido vivos, aleantes, y cuyo eco fue oído por el presente la tarde en que iban a expirar.

Ese relevo, esa sustitución que hay en la vida entre los muertos y los vivos, ese último recado que se dicen como las guardias militares a la puerta de su garita, vale mucho, y es por el que continúa viviendo todo en el presente y por lo que vivirá en el porvenir. Si la Humanidad que pasó hubiera sido silenciosa y poco escribiente, todo se habría perdido.

Como si los vendedores de cosillas, los buhoneros de voces agudas o estentóreas, muriesen lanzando su pregón, y como si ése fuese su canto de cisne, así dejan prendido con vida y palpitando como una cinta en lo alto de un árbol el pregón que quiere persistir, el pregón que no quiere perderse, y que así es lanzado de generación en generación, como si hubiese también instinto de la especie en los pregones.

Muchas veces ya hemos visto cómo se pierden los pregones y cómo se siente envidia de oír, creando más el ambiente nacional y castizo de la vida, aquel pregón tan proverbial; que debía influir tanto en el mediodía o en la tarde de aquellos días pasados.

¡Cómo se siente rediviva la vida anterior, la vida de siempre, al oír esos pregones del pasado!

El mismo tiempo, idéntico, invariable en el mismo espacio,

se reproduce cuando oyen las calles de siempre los pregones invariables.

- ¡La fuencarralera!
 - ¡La rica judía como la seda!
 - ¡Vaya el perejil!
 - ¡Avellanas nuevas como la leche!
 - ¡El melonero! ¡Melones a cala!
 - ¡El piñonero!
 - ¡El altramucero!
 - ¡Moras, moritas, moras!
- La vendedora de cangrejos grita:

¡Caquerecos! ¡Vivos!
¡La caquerequera! ¡Vivos!

Madrid ha conseguido su identidad y continuidad gracias a losregoneros. Todo vuelve a ser lo que era gracias a eso, y se repiten no sólo los grabados de los vendedores de cosas, sino todos los grabados antiguos de la ciudad, siendo en la esquina de las Descalzas, en la plaza de su nombre, donde, no sé por qué, el pregón moderno, que seregonaba en la antigüedad, coincide con el primitivo y antiguo pregón y se funden los dos vendedores en esa arista en que está, por decirlo así, la línea divisoria del paso de color del pasado al presente.

Indudablemente, entre los industriales, los de mejor buena fe son estos vendedores callejeros. Ellos son cándidos, y lo que les gusta es, después de su largo paseo de vendedores, sentarse en la taberna de la estación de término y pensar que son libres y que viven sueltos, andariegos, mirando la vida por encima del hombro de los tejados y encarándose con el cielo al entrar hacia lo alto. Van contentos. Ellos no tienen que pasarse las horas muertas detrás de un mostrador, ellos respiran y deambulan por en medio de las calles y de los paseos. Ellos son los pasajeros, los caminantes, los que pueden mirar, sin que eso sea un descaro, a las que están asomadas, y hasta pueden ponerse a hablar con ellas valiéndose del subterfugio de sus ofrecimientos. La verdad es que las miran como esos amadores que se establecen de guardia frente a los altos balcones y miran a lo alto como los Cristos al cielo en la hora de la agonía.

Los vendedores ambulantes que fueron de ayer y que son de hoy sólo han variado en los pantalones. Como si por cómo



¡El horchatero!



¡El choricero!



*¡Boquilla y pipa vendo!
¿Quién me compra una?*



*¡Por dos cuartos se dan los fijos de
la lotería y el sino de cada persona!*



avanza la vida hubieran llegado a su mayor edad los hombres de esta otra edad, las nuevas costumbres les han puesto de largo y les han quitado aquellos pantalones cortos y aquellas medias blancas, siempre arrugadas, cambiándoselas por los pantalones acordonados de los trajinantes.

Esta especie de vendedor superviviente que parece el pregonero que viene de otros siglos cantando su pregón, quizá habría desaparecido y había cejado en su gritería si no hubiese sido porque sabe descansar, sabe pararse a tiempo un largo rato y conoce todos los poyetes de la ciudad, sus bancos, las fuentes de pila a propósito para sentarse con fresco durante el verano y, sobre todo, los bancos circulares alrededor de los árboles copudos, esos árboles con banco, buenos para la meditación, para pensar en una acertada elección de caminos o para pensar el oficio o el destino que hay que elegir.

Entre esos vendedores del pasado que han podido pasar al presente hay unos que van a desaparecer, esos que cambian loza —¡cuidado que es ordinario eso de «loza»!— por trapos y otras cosillas de los hogares pobres.

Esos vendedores ambulantes, que son quizá los más antiguos de la Creación porque cambian especie por especie, mercancía por mercancía y no comprenden la moneda, tropiezan con que ya no hay trapos viejos en los hogares humildes, y con que todas esas cosas a cuyo olor iban con el pretexto del cambalacheo de la LOZA, han ido desapareciendo, y el aldeano sabe bien lo que valen.

Guerra Junqueiro, el judío, con sus largas barbas y su nariz de rapiña, había recorrido la provincia de Salamanca vestido de cambalachero de loza por trapos y objetos inservibles, y había conseguido así las mejores cosas de su gran colección de antigüedades.

Ya pronto no veremos esos grandes serones en que reluce la loza como un fruto, esa loza basta, pero de blancos alegres, y entre la que abundan más esos tazones del desayuno, sin asa, con forma de verdaderos senos, los senos en que los adultos toman la leche de las vacas.

Una rebeldía especial mantendrá el mayor tiempo posible en la calle a esos buenos amigos que nos llaman como nos llamaba desde la calle el condiscípulo del Instituto para que saliésemos juntos. Algunos de ellos, ese aceitunero, ese cacahuetero o ese vendedor de perdices y conejos, podrían tener una gran tienda,

y, sin embargo, aman la calle sobre todas las cosas, y temen que se morirían en cuanto se estableciesen.

Pero todos los pregones así dispuestos no tienen más que letra, esa letra que tanto se espaciaba en la música y que vemos tan deletreada en las partituras, como en plena tartamudez musical, separadas las sílabas por largos puntos de música.

En los pregones antiguos, el recuerdo de los pájaros era constante, y el alpistero y el cañamonero eran ya conocidos de los pájaros, que llamaban a sus dueños y señoras.

En provincias aún viven los pregones largos, elocuentes y muchas veces versificados.

Hace pocos días escuchaba yo al «perifollero», que alababa sus perifollos, reverdecidos y tiesos, con los más cariñosos fililíes del castellano.

Los vendedores de flores siguen siendo los más elocuentes, y pasan alabando sus claveles dobles, sus femeninas clavellinas y suspirando un «¡Si yo tuviera un balcón!» que es recriminatorio de quienes lo tienen y no lo adornan.

En Sevilla, sin embargo, están los floreros que más gritería añaden al pregón.

¡Ay, qué olor me ha venío

a rosa fina!...

Santa Rita

bendita

andaba escarsa

por mi jardine

y no s'espina...

¡Jarmine... y qué flore!

Rosas y violetas...

Un jardín traigo al brazo:

marvalocas y sensitivas;

traigo las flore der laso;

traigo reseda y jarmine,

y traigo rosas caseras...

Traigo treinta primaveras

cogías en mi jardine...

Y a cuartos y a ochavos,

rosiyas encarná...

Hay reinículos y violeta,

violetitas a cuarto...

Rosiyas de pitimini...

¡Hay nardos, er rico nardo!

Son los pregones andaluces tan difíciles, que hay que ser cantaor de oficio y de alma para poderlos pregonar, y tienen mucho de poetas los pregoneros. (¿No serán muchos de sus poetas actuales pregoneros de luces, olores y lunas?)

¿Quién quiere pescao?
¡Jurele, jurele, jurele,
boquerone, boquerone,
boquerone plateao!

En Almería pasa otro mozalbete con timbrada voz de «cante-jondista», que pregonar con tono de muecín:

—¡Biznagas! ¡Biznagas!

—¡Rosiyas de pitiminí!

—¡Claveles de cravo y arbaca de limón!

En los pueblos pequeños, el pregonero toma más confianza con las carillas blancas, y si es vendedor de gitanerías y requirios gayosos para las mozas, las amenaza con un «Hoy estoy, pero no estaré mañana», que les hace abrir las ventanas.

En el Madrid actual, el pregón tiende a callar, pues ya la gran ciudad no tiene condiciones acústicas para él, acribillada como está por los encontronazos de las bocinas.

El pregonero actual aprovecha horas muy mañaneras o esa media hora, entre las dos y media y las tres, en que Madrid se reposa un poco.

Zapato, hierro y trapo viejo
que vendeer.

«¡Al rico pirulí de la Habana!», y el hombre de: «¡Vaya una toalla que voy a dar por dos reales!»

La primavera es su florecimiento y lanza a la calle al que vende fresa de Aranjuez y espárragos y flores, destacándose entre todos la moza de la ribera del manzanares que ofrece las rosas de cien hojas, prensadas de hojas suaves, encorsetadas de pétalos, radiantes de olor sin artificio, el olor puro de Madrid.

Esa resurrección de los pregones en el buen tiempo depende también de que la ciudad es menos sorda y sus balcones están entreabiertos, resultando que el pregón cae en los mismísimos fruteros de los comedores y avergüenza a los búcaros de que estén vacíos.

Asomémonos al oír los últimos pregones, pues si no, se irán

para no volver, y además no volveremos a comer jamás ancas de rana, y para alcanzar las moras nos tendremos que herir las manos.

Fomentemos la voz de la calle, el jipío pintoresco, el trémolo humano del arroyo, la única voz de la España callada, resignada, metida en sus cobijos.

GUA DE MADRID

El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de España es el agua de Madrid.

El agua de Madrid es el agua de España y de que en todas las grandes ciudades se produce que nadie agua como la que ella produce. El agua de Madrid — dicen en Nápoles.

El agua de Madrid es el agua de España — dicen en Lisboa.

El agua de Madrid es el agua de España — dicen en América.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

El agua de Madrid es el agua de España y la mata callando, sin el ruido de la muerte que lleva sin detenerse en su marcha. El agua de Madrid es el agua de España.

como algún asno a sacudirse en el viento, y a los que con
el ruido de sus patas, una vez en el campo que
mucho de pechar los pregones. (Ni serían muchos
Fomentando, con los vientos, el ruido de sus patas,
humano del otro, la voz de la lengua clara, trinando,

(Quien quiere pechar,
Ducha, urde, jarcha,
boquerón, boquerón,
boquerón, boquerón)

En Alameda para otro momento con vibrada voz de can-
te-jardista, que pregona con tono de música:

- ¡Piznaga! ¡Piznaga!
- ¡Roseta de plimón!
- ¡Claveta de cravo y abaca de limón!

En los pueblos pequeños, el pregonero toma más confianza
con las carillas bincas, y si es vendedor de gitarras y requi-
sitas, los lleva para las mozas, las amenaza con un «Hoy estoy,
pero no estaré mañana», que les hace adrir las venturas.

En el Madrid actual, el pregón tiende a callar, pues ya la
gran ciudad no tiene condiciones acústicas para él, acrobática
como está por los descosturados de las bocinas.

El pregonero actual aprovecha horas muy mañaneras o res
media hora, entre las dos y media y las tres, en que Madrid se
aransa un poco.

*Capas, látex y tiempo vivo
que venden.*

«Al río pirri de la Ribera», y el hombre del: «Vaya una
tralla que voy a dar por dos reales».

La primavera es su florecimiento y lanza a la calle al que
vende leña de Arroz y espárgos y flores, destacándose
entre todos la moza de la ribera del manantial que ofrece la
rosa de diez hojas, prenda de hojas nuevas, encorvadas de
petales, radiantes de olor sin ardores, el olor puro de Madrid.

La resurrección de los pregones en el buen tiempo depende
también de que la ciudad se menci sorda y sus balcones estén
entrambados, resultado que el pregón era en los mismísimos
fruteros de los curules y vergonzas a los bucardos de que
están vacíos.

Asimismo al oír los últimos pregones, pues si no, se irán

XVII

EL AGUA DE MADRID

Soy un desconfiado del agua y sé que en todas las grandes ciudades se proclama que no hay agua como la que ellas poseen.

—¡Oh el agua del Serino! —dicen en Nápoles.

—¡Oh el agua de Val de Cavalhos! —dicen en Lisboa.

—¡Oh el agua de las Sirenas! —dicen en Marsella.

El agua es engañosa como ella sola y las mata callando, sin enturbiarse de la muerte que lleve, sin deletrear su amenaza, muda como su transparencia.

La bobaliconería de la Humanidad está explotada por el agua con su eterna cara de inocente.

Hasta el agua del Sena, que es la que lleva más cadáveres humanos en menos metros cúbicos, merece la alabanza de los castizos de París:

—¡No hay nada como el agua del Sena!

Para el Lozoya hay toda una congregación de alabadores que la ponderan como el agua mejor del mundo, que podía venderse embotellada en Norteamérica.

Las guerrillas de defensores del Lozoya son terribles, y ellos pondrían a duro el botijo del agua del primer río entre los ríos claros y potables.

El agua del Lozoya es tan clásica y madrileña, que va bien al cocido, con el que forma una aleación inimitable que no consigue ninguna otra agua, pues el garbanzo se resiste a ablandarse en otras aguas, siendo por eso que el cocido en Madrid no se puede probar en ninguna otra ciudad, villa o villarejo.

El vaso del madrileño sediento es como de agua de orífice a cuyo contacto aprende lo que es bueno o lo que es malo, lo que merece la pena y lo que no la merece.

El madrileño es que es un optimista y ya creía sobre todas las cosas en el «agua gorda», el agua entrañable del Madrid

prehistórico, el agua en que aun se sedimentan y de la que son solera las aguas del Diluvio.

Salía aquella primitiva agua de Madrid de entre una arena áspera y roja, y se formaba de la que es corazón acuoso de la corte y de la que se filtra de las sierras próximas, cuya circunstancia la hace sumamente delgada y de excelente calidad, líquido fecundo y potable, resultando del análisis que hicieron en 1852 los doctores Masarnán y Lleget que es agua tan pura como la destilada y tiene elementos vitales como sulfato cálcico, cloruros magnésico y sódico, carbonato cálcico y magnésico y sílice. ¡Un agua de verdadera receta!

Esas primeras aguas de Madrid, que aún van encañadas por debajo de la urbe, merecieron un cuidado aladinesco de los maestros fontaneros de antaño, que tenían las llaves de los viajes de Alcubilla, Contreras, Abroñigal Bajo, Abroñigal Alto y Castellana.

«Agradable divertimento es el sonoro bullir de las aguas si no ocasionara continuo trabajo su perenne fatiga», dice en las Ordenanzas de Madrid el arquitecto Teodoro Ardemáns.

Lo malo de aquel agua tan preciosa es que era escasa, y por eso se pensó en algo más que en los minados, trayendo el agua del río más posible.

En el reinado de Carlos III, el coronel de Ingenieros D. Jorge Sicre y Béjar hizo un prolijo estudio, cuyo plano se conserva; pero la nivelación no apareció exacta.

En 1786 fue comisionado el célebre arquitecto D. Juan de Villanueva para traer aguas al Buen Retiro, y modificando el proyecto de Sicre propuso traer las del río Guadalix. Las obras fueron comenzados en varios puntos del trayecto, pero después se abandonaron.

En 1819 se dio orden a D. José Mariano Vallejo para que examinase cuál de los dos proyectos anteriores era el mejor. En consecuencia, practicó una nivelación escrupulosa, tomando por punto de partida la puerta de Santa Bárbara hasta el Pontón de la Oliva; más padeció también una equivocación de diez pies.

En 1822 fue nombrado el ingeniero de Caminos Sr. Coquet para que hiciese de nuevo las nivelaciones y estudios. Este ingeniero determinó tomar las aguas del Lozoya, pero un poco más arriba del Pontón de la Oliva, en Cervera. Más tarde rectificó la nivelación y propuso cogerlas del mismo Pontón, sobre la presa del canal de Cabarrús.



En 1829, el Ayuntamiento, por acuerdo de una reunión de personas científicas, dispuso que D. Francisco Barra formase un proyecto de conducción de aguas.

Barra lo presentó al año siguiente. Decía que las aguas del Lozoya tomadas en el Pontón de la Oliva no podían venir a Madrid por falta de desnivel, y proponía la construcción de dos acueductos derivados de la cuenca del Guadalix y del pueblo de Manzanares, que se reuniesen cerca de Colmenar Viejo.

Otros proyectos se presentan, entre ellos el del coronel de Ingenieros D. Jorge Sicre; pero hasta Isabel II no toma impulso la obra, que pasa por detenciones fatales, como aquella a que obligó la declaración del cólera en el propio curso del canal y otras veces la peste del Tesoro público.

Por fin, utilizando hasta a los presidiarios en lo más difícil de la obra, llegó el día solemne de la inauguración, el día 24 de junio de 1858.

La reina, acompañada del rey y puesta de corona y demás preases reales, salió al acto bíblico de la inauguración del agua a discreción.

Primero fue la reina al Campo de Guardias y penetró en el fondo de aquellos jardines que encubrían el depósito, bajando al subterráneo de las luces como en los cuentos de hadas.

«Colocada la reina en el sitio preparado al efecto—dice una de las gacetillas—, revestido de las vestiduras sacerdotales el cardenal arzobispo de Toledo, daba la señal, oyóse un pavoroso estruendo, y las aguas, en copiosa catarata, se precipitaron por ambas escalinatas, cayendo con estrépito al fondo del depósito. Fue aquél un momento sublime: todo el mundo quedó suspenso y sobrecogido, desatándose después en gritos de entusiasmo y alegría. ¡Cómo debió latir entonces el corazón de los ingenieros a cuyos esfuerzos se debe tan feliz resultado! ¿Qué más premio para sus corazones que ver aquella multitud escogida, agitada por un mismo sentimiento, dirigirles miradas y voces de agradecimiento y de aplauso?»

Después vinieron los discursos, que tuvieron lirismo de nuevo descubrimiento de América, pues otra Isabel traía a Madrid un copioso tesoro.

Ella estuvo a la altura del acontecimiento encargándose de su iniciativa, aunque no tuvo que empeñar sus joyas para favorecerlo.

«Grande hubiera sido mi sorpresa al ver llegar ese benético

raudal si desde que se me propuso la obra no hubiese tenido la íntima confianza de su éxito.

»Sí, tuve fe en ella, como la tengo en todo lo bueno y útil para los españoles, y con fe y constancia se alcanzan altas empresas.»

El ministro de Fomento, Ignacio Mencos, conde de Guendulaín, tuvo un párrafo de gran pasión, que quiero rememorar:

«Sí, Señora; si el jefe de una antigua República se desposaba con el mar como símbolo de su identificación con la pública prosperidad, puede también decirse que hoy se desposa V. M. con este lago que encierra bajo sus bóvedas el consuelo, la salud, la belleza y la comodidad de la capital de su Monarquía; el verdor, la frescura y la fertilidad de las ardientes arenas de sus campos.»

La gacetilla relata otros momentos de la ceremonia, y, por fin, se refiere al acto que se celebró entre la iglesia de Montserrat y las Salesas Viejas:

«Ya eran las ocho y cuarto cuando la reina se puso en marcha hacia la fuente provisional situada en la puerta de la calle Ancha de San Bernardo. Miles de almas ocupaban ya la calle y la avenida de la puerta, fija la vista en la sencilla fuente que allí se había levantado. Apenas llegó la comitiva jugaron las llaves y hendió el viento un copioso surtidor que se elevó a noventa y tantos pies entre los gritos de la multitud alborozada. Una vivísima y pura luz eléctrica transparentaba el agua, que caía en menuda y rizada espuma. Entonces recordamos las siguientes estrofas del himno que habíamos oído cantar en el depósito:

Portento cristalino
que a los espacios subes:
¿te vas entre las nubes
fantástico a ocultar?
¡Ah, no! Ya con asombro
miramos cómo rizas
tus ondas quebradizas
espléndido al bajar.

Tus ondas que descienden,
cual pálidas estrellas,
en líquidas centellas
de extraña brillantez,
o en copos destrenzadas
de espuma limpia y leve,
como escarchada nieve
de hermosa candidez.

¡Honor, gloria a la Ciencia,
palanca irresistible!
¡Laurel inmarcesible
al genio creador!
Por él Lozoya altivo
se arranca de su asiento,
y eleva al firmamento
su inmenso surtidor.



En ese momento de emoción y arrebató fue cuando Posada Herrera, al acercarse a la reina, dijo algo digno del acto y que después se atribuyó a Fernández y González frente al mismo surtidor emplazado en la Puerta del Sol.

«Señora: hemos tenido la suerte de ver un río poniéndose de pie.»

Al día siguiente la reina envió al director de las obras del Canal, Sr. Valle, el diploma de la gran cruz de Carlos III y la siguiente carta:

«Valle: si Carlos III viviera, colocaría en tu pecho la cruz de la Orden que instituyó para premiar la virtud y el mérito. A su nieta cabe la satisfacción de ponértela, y la de apreciar tu talento, a tu reina.—*Isabel.*»

* * *

Dotado Madrid de esas aguas, y después de otras aguas ricas en anguilas, el invisible microbio nos sigue amenazando, y yo no soy partidario del agua más que en la fuente de su manantial, allí donde el río es el infante que recién nace.

Escépticos del agua hay muchos; pero se creen que el sifón de seltz transforma el agua, cuando lo único que consigue es que los microbios salgan estornudadores y sobreexcitados, creyendo también que el vino requetebautizado emborracha a los microbios y su embriaguez da tiempo a que no se reciba mal de ellos, despidiéndonos de su virulencia antes de que puedan ser perniciosos.

La duda que merece el agua debe ser incesante, y hemos de ašomarnos por nuestros propios ojos al gran pote en que el agua hierve, y los microbios, como relapsos condenados del infierno, aun nos amenazan en la iracundia de las burbujas, debiendo dejar por eso que la ebullición apague, durante un largo rato de hervir, el rencor de muerte que aún sobrenada en el agua.



XVIII

LAS NUEVAS GRANDES VÍAS

La alegría de encontrar el camino de las grandes vías ya poseía a los antiguos propagadores de la ciudad.

El ideal de la Gran Vía es un ideal devastador, pero que busca su camino ancho y luminoso a través de las calles recónditas.

La ciudad es antes que nada un conglomerado de gentes que refugian en apretado haz, que se apeñuscan, que se establecen con miedo y en vista de la resistencia; pero cuando viene su engrandecimiento, todo se vuelve querer demoler esa primera ciudad atemorizada para abrir cauces de luz y de circulación.

Yo haría las grandes vías lejos del centro de la ciudad, en los parajes en que se plantea la ciudad nueva, y respetaría esta psicología que guardan las pequeñas calles, que además desaparecen sin ir a ninguna parte, pues no se ha inventado ni cielo ni limbo para las calles desaparecidas. ¡Pobre recuerdo el suyo en los espectrales planos!

Pero los inventores de grandes vías son de una voracidad insubsanable y luchan contra esos núcleos de casas en que hay memorias y amores antiguos. A ellos no les importa nada de eso. Ellos quieren unir el dintel con que sueñan al comienzo de esta manzana con un dintel lejano, abierto en pleno campo, serrando el umbral del horizonte.

El planeador de grandes vías raya los planos con su pluma devastadora y tira rectas inaplazables, que afortunadamente aplaca el tiempo, pues lo más bello de la ciudad es lo que intima en sus vericuetos y por entre la maraña de sus callecitas.

Los sajadores de las grandes vías cuentan con otros hombres feroces que, sin que les vaya ni les venga nada en el asunto, desean coadyuvar a esa sarracina de casas y faroles. Son como grandes roedores y tienen alma de socavadores máximos.

En vez de hacer la ciudad nueva junto a la ciudad antigua y



desplazar las actividades que necesitan más velocidad hacia las pistas anchurosas, quieren desintrincar la ciudad, desgarrar su alma, deshacer las sombras fértiles en que se guarece su espíritu.

Mesonero Romanos y Fernández de los Ríos ya suspiraban por grandes vías roturadoras, y la zumba zarzuelera preconizó más la idea de una Gran Vía que alegraría la ciudad con rumbo inusitado. ¿Qué se esperaba de la Gran Vía? ¿Qué bazares de libertad y alegría?

En ese primer momento no se sabe por dónde ha de abrirse la Gran Vía, y por lo que más luchan las prensas es por que se guíe por la calle de Fuencarral arriba, uniendo quizá la de Hortaleza con la de Fuencarral, sobre todo en el primer trecho de su recorrido.

Esa idea clara y racional de una gran calle que lleve a los sitios llanos de Cuatro Caminos y Tetuán no encuentra nunca buena acogida, y en vista de eso se plantean otras grandes vías transversales, culminando en planos y dibujos el proyecto de la que había de ir hacia Palacio, matando de una vez las dos Correderas, la Alta y la Baja.

La visión traspasadora y trepanadora de las nuevas grandes vías tiene ya calidad de rayos X y se ve todo a lo largo a través de enmarañados laberintos, de tabiques y paredes maestras. Los batalladores de las grandes vías ven ya al enemigo desaparecido.

El primer golpe de piqueta se retarda, y los arquitectos, hambrientos, no pueden meter el diente a la gran empresa. Silenciosas, casi sin valedores, las pequeñas calles que un tiralíneas fácil suprime sobre los anchos tableros de los arquitectos se defienden con un instinto de conservación misterioso que aplaca el Destino y hace que se alarguen los expedientes.

Por fin, en 1898, el primer proyecto viable de Gran Vía adquiere la realidad deseada. El conde de Romanones, entonces alcalde de Madrid, escribe en el preámbulo del proyecto:

«Cuando en el año 1862 se pensó en la apertura de tan importante vía, hubo que sujetar este proyecto a la legislación entonces existente; pero hoy que en virtud de haberse demostrado de una manera clara y con ejemplos que tanto dinero han costado, por desgracia, al Ayuntamiento, que esta clase de obras no puede hacerse sino al amparo de una legislación que se inspirara en un sentido de defensa de los intereses generales antes que de los particulares; hoy, por fin, que existe la ley de Saneamiento del interior de las grandes poblaciones, que viene a dar

grandes facilidades para que los Ayuntamientos puedan realizar el ensanche de sus vías; hoy que la cuestión capital de las expropiaciones está reglamentada por una legislación que, sin merma de los derechos de los propietarios, pone un límite a la codicia inmoderada de éstos, la Alcaldía Presidencia entendió que este proyecto había que sujetarlo a la legislación actual, no solamente para que hubiera mayores facilidades en su ejecución, sino para que también produjera menores sacrificios al pueblo de Madrid.

»En efecto: la apertura de la calle de Preciados hecha por el expediente antiguo iba a favorecer al pueblo de Madrid; pero también ocasionaría sacrificios inmensos, como lo prueba el que las expropiaciones parciales realizadas se han pagado a precios verdaderamente exorbitantes.

»Teniendo en cuenta la conveniencia de establecer una vía lo más corta posible entre la parte Sur de Madrid con la parte Norte; teniendo en cuenta que ya fue aprobado en principio el proyecto llamado de la Gran Vía, que viene a realizar esta obra, cree esta Alcaldía que con menores gastos y menores sacrificios se puede sanear una parte muy céntrica de Madrid, hoy formada por calles estrechas, oscuras y malsanas, al propio tiempo que se establece una circulación que producirá el mismo resultado que se deseaba alcanzar en la construcción de aquélla, y acogíéndose, por tanto, a la misma ley a que se ha hecho referencia anteriormente, propone al Ayuntamiento que se solicite de la superioridad la autorización correspondiente para establecer una Gran Vía que, partiendo de la calle de Alcalá, esquina a la iglesia de San José, vaya ensanchando las calles de Caballero de Gracia y Jacometrezo y enlace con la nueva calle de Preciados en el punto más conveniente.»

Los arquitectos aún tienen que discutir; pero, por fin, bajo el mandato de Canalejas, el rey da el primer golpe de piqueta en la casa del cura, colindante con la iglesia de San José. Y ese golpe de piqueta mágico consigue que se vayan desmoronando las casas, comenzando los obreros en aquel mismo punto y hora a recoger las tejas de la primera víctima, como quien guarda las muestras expuestas demasiado tiempo al sol.

La Gran Vía avanza destructiva, creando su solar —se engulle la calle de San Miguel y deshace innumerables casas.

Pasado el primer trozo, que no era muy corazón de Madrid y siempre había conservado cierta especial frialdad, entra en el



de la bohemia literaria, periodística y estudiantil. Allí ya nos desgarran en lo íntimo.

Por esas calles arrasadas es por donde me dijo *Azorín* que le gustaba pasear más. En aquellos días de terremoto municipal procuré fijar en mi memoria algo de los rostros descompuestos: aquella enorme esquela de defunción que ponía un escalofrío en la noche y que estaba pintada al dorso de las compuertas de una litografía de la calle del Desengaño; aquel letrero de una carpintería, esquina a la de Jacometrezo, y en la que las letras buscaban su perfil hasta el límite, siendo una hermosa demostración de la habilidad del pintor; aquella muestra de un portalito en que se cambiaban y compraban sellos, etc., etc. (Una observación que no es sólo de la Gran Vía, sino de toda casa que veo tirar, es que las casas mueren jóvenes. Casi todas las casas que se tiran en Madrid son del 1884, del 89, del 80, poco más o menos. Como los hombres, casi ninguna llega a los ochenta años.)

Las torrecitas, los torreoncitos, las atalayas de los tejados, parecía que intentaban luchar, que se resistían, sobre todo cuando daba la casualidad de que era frente a una de esas casas donde se paraba la demolición unas semanas. Todas las casas son heroicas y tienen una gran presencia de ánimo viéndose en el camino de la destrucción. Así, no se ha dado el caso de que ninguna se haya hundido de miedo.

Muchos pequeños detalles se nos aparecen al recordar esos cambios de la Gran Vía. ¿Qué se ha hecho del busto de Gasset y Artime, aquel busto dictatorial y un poco de panteón, pero que era tan de la calle de Mesonero Romanos, que debía estar en el museo de la ciudad, museo que nos falta, museo más interesante que ningún otro —¡qué bien está el de Venecia!—, y en el que no había que admitir las cosas por su valor artístico, sino por haber estado en «la calle»?...

Recuerdo que en uno de los portales de las casas derruidas vi charlando dos tipos de Dickens: ella, sobre todo, con su capotita y su sombrero de viaje. Ellos, que no habían salido nunca a la calle, ni pensaban salir, estaban asustados ante la salida forzosa. No sabían cómo cruzar el dintel. Se estaban dando ánimo, estaban gastando el último cuarto de hora de aquella casa.

Sólo en medio de esa desolación se alegran las casas que al margen de la Gran Vía se quedan al descubierto, deslumbradas y llenas de luz, ellas que habían nacido en una calle estrecha y



Gran Vía

sombría. Están todo el día asomadas a los balcones, a sus balcones, con la mirada fuera.

No se nos olvidarán muchos detalles de la Gran Vía en ejecución, ni aquellos descampados llenos de hierbas ralas que se creyeron campo hasta que no se firmaron, las escrituras de las nuevas edificaciones. ¡Cuánta portera víctima del desalojamiento fatal!

Hoy ya está claro y allanado el camino, habiéndose desarrollado hasta los faroles, que tardaron mucho tiempo en crecer.

La Gran Vía conduce por otro tiempo y por otro mundo. Dentro del núcleo de una vieja población se ha hecho el milagro de abrir un camino hacia lo moderno.

Los que vimos a la piqueta real señalar la primera desconchadura no esperábamos que con sólo abrir un trecho en el viejo mundo se dirigiese la ciudad, más expeditiva y con otras ideas, hacia el nuevo mundo, hacia un porvenir con otros ideales.

Estudiada la apariencia de una conversación en la Gran Vía o en medio de otras calles, se notará que la que se tenga en la Gran Vía estará orientada hacia los grandes proyectos, con más inquietud que la que se pueda tener en las calles remansadas.

La Gran Vía va hacia lo que aún no está roturado, y parece que permite un viaje por un canal nuevo hacia mares antes muy desunidos y lejanos. Las grandes vías se podría decir que son grandes Panamás con reclamos de colores.

Recordando esos cielos que nos hemos encontrado de pronto al desembocar en las obras recientes de la creación del ancho álveo de la nueva vía madrileña, sabemos siempre lo diferentes que fueron al cielo constante de la ciudad y nos hicieron palpitar con emoción de descubridores que a lo mejor encuentran un nuevo golfo que alarga el mapa.

Pronto nos familiarizaremos con esta nueva calle, y sabiendo bien dónde acaba perderemos esa sensación de ir embarcados hacia unas nuevas Américas en el viaje primero, que va fabricando su camino como barco que se alargase y se improvisase a cada paso, o como mar que avanzase ola a ola en dirección contraria a las playas, como avanzó el mar cuando se fundó.

XIX

EL TÉ POPULAR

En el que madruga hay muchas veces el desengaño de las bebidas prometedoras, pero falaces, y entonces se dedica al té cordial, predicador de resignación y del «vamos tirando».

El que nota que pasa mucho tiempo ya sin que la reivindicación llegue, apena con su té suavizador, medicina del más amargo de los tragos: la entrada al trabajo.

El té es como árnica caliente que entrecura la desidia de los estómagos y su acedía desesperada.

El té genuino es este de las pobres gentes que se levantan cuando el cielo es apenas una tapia sin luz y se levanta lívido y alto como muralla entre dos días.

El té aristocrático no tiene este profundo significado tranquilizador y compensador, de verdadera tisana madruguera.

El té burgués es una demasía, un bienestar que se añade al bienestar, un dulcificador cuando la vida es ya de por sí bastante dulce para los que lo toman.

Si no hubiese bastante cantidad de té en el mundo, habría que pensar para quién era primero, si para el pobre o para el rico.

En la plaza de la Cebada, durante la madrugada, en ese andén de frutas y hortalizas, el té es como el hervor de agua en la caldera de los trenes para el trabajo; calor despertante en las gentes friolentas, en las que aún está dormida la sangre; desperatación de las fuerzas para levantar los fardos de plátanos y los sacos de patatas, como cadáveres de miserables pesadísimos, labrantines manchados de tierra, que enseñan la carne por algún roto del saco, nidillos carnales de la patata.

Hierros y cristales —estación a la que ya se parecen sus hijos los puentes— tiene el samovar de los ferroviarios de Abastos, la gran tetera principal.

Desde muy antiguo, delante del Palacio de Bibliotecas y Museos, se establece, en un banco público, otro puesto de té,

que tiene sus clientes tempraneros —mi inolvidable amigo Pirandello, que vivía unos bancos más allá, debía ser su comensal—, parándose a llenar su taza los traperos que vienen de Chamartín y algún jinete que, ya que no vestido de armadura, lleva el metal empleado en latas de leche y cántaras con busto de coraceros.

En la plaza del Progreso actúa desde la medianoche uno de los puestos más concurridos —en traspaso valdría lo que cualquier casa de té exótico—, donde se curan del accidente mortal los que se sienten morir, y la golfemia se atempera para seguir esperando, como quien echa aceite en el candil cuando ya está casi completamente apagado.

Se sospecha que ese gran pote donde hierve el agua dorada tiene comunicación con lo subterráneo, como esos aparatos de gasolina que buscan los yacimientos gasolineros del fondo del terráqueo.

Tiene valor de puesto de socorro el de esas mujeres que mantienen en ebullición el brebaje de hierbas platónicas, y quizá mereciese alguna la aplastante medalla del trabajo.

Algunas tabernas, condescendiendo con esa hora terne, sacan su mesilla de té a la acera, aunque también sacan el frasco que mata al bichillo de la helada y la preparación extraña en que se enrosca una cáscara de limón cortada toda a lo largo, en espiral amarilla, cordializando el preparado, que tiene algo de medicación en la farmacia de la madrugada.

Los borrachos no creen en el té, aunque se diga lo contrario, ni quieren tampoco curarse. El borracho odia las cosas calientes.

A lo más, está ahora de moda, como reconstituyente de los borrachos, la electricidad, y en varias tabernas hay unas máquinas eléctricas en que por diez céntimos el que está bebiendo toma una inyección eléctrica, un calambriño de electricidad; que le coloca en situación de beber unas cuantas copas más, copas que le hacen el efecto, mezcladas a la electricidad, de combinarse con el mejor agua de Seltz.

El hombre que duerme donde puede, tiene un verdadero plano de esas fuentes de rejuvenecimiento, así como de las cocinas de «chuletas» de huerta y de los churreros. Son en su imaginación, como cerrillos en que pararse, como oasis templados, pues nada hay tan hermoso como un churro y una taza de té cuando el hambre ha raspado las tragaderas, y todo adquiere su sabor limpio, sabor de inventores del churro y del té.



Los juguistas temen como una llamada a la sensatez el perfume del té, despertador también de conciencias dormidas, y sólo lo toman con las churreras a las que adquieren su negocio en traspaso, repartiendo churros gratis como en premio a pertenecer a la cola madrugadora, o, como yo he visto una vez, adornan su coche con churros para dar ilusiones y envidia a la Puerta del Sol.

Gibas de la media luz del despertar en la corte de las Españas —estas maquinillas del té—, se entrevén ya en tiempos pasados, y el dibujante que cumple su principal deber de perpetuador de las costumbres las tenía apuntadas, haciendo burla en uno de sus apuntes de aquella funeraria que hubo en Madrid, y que se llamó «The Funeral».

Hay que ser muy ducho y estar bastante trabajado por la experiencia para soportar una taza de ese té del alba, que tiene indulgencias de confesión *in extremis*.

Ese té, que es reanimación entre las dos sombras contradictorias, la última de la noche y la primera del alba —que comienza con una sombra nueva—, es un té que obliga a recapacitar; té tan lleno de atrición, que es el verdadero «te ipsum», abreviatura del «nosce te ipsum».

XX

LA TRIUNFAL PUERTA DE ALCALÁ

La Puerta de Alcalá es la Puerta Grande de Madrid, la puerta para que los reyes entren a tomar posesión de sus tronos.

Siempre que puedo aprovecho la ocasión para pasar una vez más por la Puerta de Alcalá. Yo sostendría que el madrileño que más veces haya pasado por esa puerta es el que más derecho tiene a presumir de madrileñismo y al que más duradera le será la vida.

Podemos considerar que es asegurar longevidad el pasar por los arcos de esa puerta. Es como si se ganasen indulgencias para vivir, es como si se subrayase de un modo alto y solemne la vida que se posee.

Es como si se rebautizase su vida y el reinado que hay en el vivir de cada uno quedase solemnizado y perpetuizado por el arco.

La Puerta de Alcalá sigue cerrando Madrid aun sin puerta de hierro. Parece que si no hubiese una gran puerta triunfal y formidable en las grandes capitales, ni podría entrar en ellas la prosperidad ni podrían retenerla tampoco.

Esta ancha puerta o arco triunfal con cinco entradas triunfales está plantada de frente a todo y afronta con franqueza y nobleza la ciudad. Su colocación en ese preciso sitio, cuya actualidad de autoridad no pasa —pues sigue siendo el sitio más entronizador para un arco—, parece que ha sido posterior, trayéndola ya hecha desde otro sitio lejano. No se supone su nacimiento en Madrid, tan bien hecha y tan orientada.

Yo necesito pasar por la Puerta de Alcalá de vez en cuando para saber que entro en Madrid, que sigo estando aquí, que penetro como a caballo por uno de sus ojos, desde los que todo el pasado sonriente y malicioso nos sonrío.

Sus armaduras sin guerrero, sus armaduras vacías colocadas en las perchas de la altura, quieren decir que el militar no es

nada en la milicia, sino sus armas, su caparazón, lo que pasa de unos a otros sin facciones determinadas.

Su construcción es iniciativa del gran Carlos III, el gran arquitecto de las decisiones. Principióse en 1778, bajo la dirección y con diseños de Sabatini, brigadier a la sazón y después teniente general de Ingenieros. Al construir el edificio se tuvo la idea de erigir un arco de triunfo; pero no se adoptó ninguno de los diseños que trajo Ventura Rodríguez.

Hay quien asegura que la Puerta de Alcalá no es igual por las dos fachadas, y hasta el estilo y la ornamentación son distintos. ¿Quizá es que ante un hecho tan sencillo como que el reverso no debe ser igual al anverso se ha inventado esa versión? El caso es que se dice que el arquitecto presentó al rey dos planos diferentes, para que escogiera. Su Majestad escogió los dos; y el constructor, que no se atrevió a hacer al rey ninguna observación, realizó un proyecto por un lado y otro por el otro.

Muchas veces se puede intentar una pregunta en un momento de descuido del que está lejos de la Puerta de Alcalá: «¿Cuántas puertas tiene la Puerta de Alcalá?» Todos dirán que tres, olvidándose de esas otras dos puertecitas que se abren a los lados.

La decoración consiste en la parte exterior en diez columnas que sientan sobre doble zócalo y llevan capiteles de orden jónico, moderno, modelados por los que inventó el gran Miguel Ángel para el Capitolio de Roma, donde no se llegaron a poner.

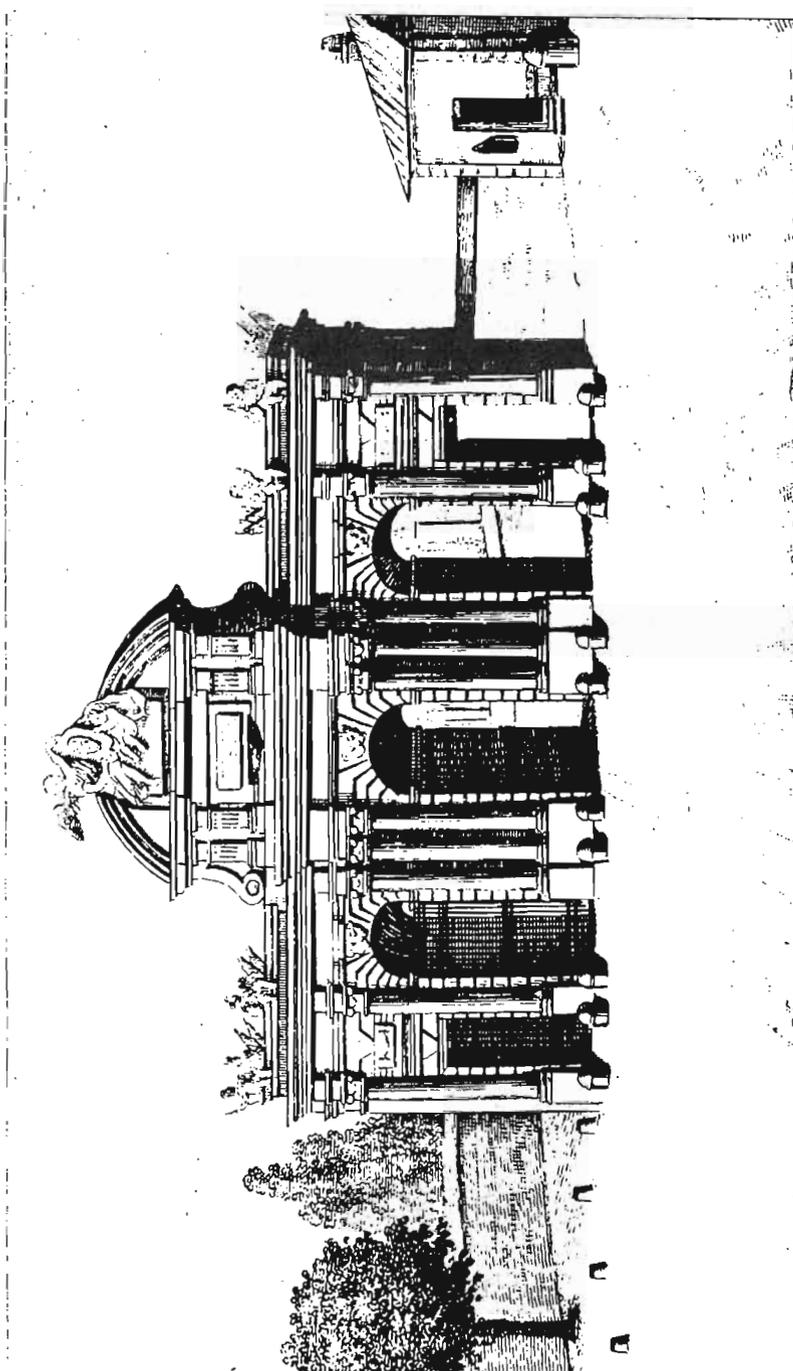
En el ático hay una inscripción, que dice:

REGE CAROLO III.—ANNO MDCCLXXVIII

Frente a esa larga numeración romana han aprendido a leer los números romanos todos los niños. Sobre las teorías de colegio, el verdadero abecedario práctico para leer esos sencillos y difíciles números romanos ha sido siempre la numerosa cifra en letras de ese frontis.

Las cabezas de leones en las claves de los arcos mayores y las cornucopias cruzadas en los recuadros son obra de D. Roberto Michel. Un escudo de armas reales sostenido por una fama y un genio, fue ejecutado por Francisco Gutiérrez, como también los trofeos y niños que decoran el sotabanco.

La elevación total de este monumento es de 70 pies. Ya los puede contar quien quiera y subir como una hormiga por el arco en pie.



Puerta de Alcalá



Muchas transformaciones ha sufrido ese paraje de la Puerta de Alcalá a través del tiempo. Yo tengo numerosos dibujos, grabados y hasta fotografías de este trecho o plazoleta de su entrada; todos son diferentes. Ha variado mucho este paraje y, sobre todo, las casillas de sus contornos, sus tapias y los árboles y enmarañamiento de su alrededor. Los consumidores, los vigilantes de Madrid, los centinelas máximos, han estado a la puerta de esa Puerta. En la casilla, con sombrero, de los consumidores se veía siempre la romana que esperaba la mercancía.

La verja de hierro que la cerraba la hacía verdadera puerta inexpugnable; pero cerraba su grandeza, la reducía, le daba un carácter práctico y útil que le quitaba gallardía; verja contra las fieras era aquella verja de gruesos barrotes. ¿Cómo iban a pensar aquellas gentes presas por la verja que algún día quedaría el arco en medio de una plaza sin verja y sin custodia de ninguna clase?

Por la Puerta de Alcalá ha entrado todo lo importante en España desde la época de su fundación —toda la historia de ese momento, se podría decir resumiendo—. Algunos grabados, más episódicos, perpetúan lo que pasó por aquel arco, y entre ellos se ve la entrada del ejército de la Reina, donde aparece el conde de Vistahermosa con su lanza y con su eterno «jockey», de sombrero de copa y levita, detrás: verdadera extravagancia que llevaba hasta a la guerra. El «jockey» de Vistahermosa y la yegua blanca y el frac azul de botón dorado de D. Pío Pita Pizarro serán históricos siempre.

Sus niños blancos de lo alto tienen experiencia de viejos, y de ahí el color de nieve que tienen sus carnes.

La Puerta de Alcalá está en el camino real de Aragón a Cataluña, y es como el sitio obligado para entrar. Ha tenido varios días de fiesta, y hasta su iluminación correspondiente; todos sus contornos y cornisas dibujados con esas lamparitas de gas azul, fino, fatuo, que últimamente ya sólo se enciende en los balcones corridos de las Casas del Ayuntamiento en la plaza Mayor.

Aquí, donde todo tiene mala perspectiva, la Puerta de Alcalá tiene una perspectiva admirable, de tal modo que muchas veces me he colocado en el fondo de cualquiera de sus portales y he obtenido una visión de Madrid como a través de unos magníficos gemelos de teatro que romantizan lo que ven.

XXI

LA RONDA DE PAN Y HUEVO

Todos los días, al atardecer, admiten sus últimos huéspedes los Refugios. En Segovia, un cubo de la muralla antigua es albergue de caminantes desvalidos, y sobre su cartela se lee: «Este Refugio se cierra a la caída del sol.»

Pobre que se entretenga con el ocaso, que se pare a decirle adiós, que le quiera oír la última palabra en el Gólgota del horizonte, perderá la rendija de puerta por donde hubiera podido entrar en los Refugios espesos por la calentura de la pobreza.

La sensación de cobijo que da un Refugio de pobres no la da ni un gran hotel. Allí se va a dormir con ronquidos supremos, y se va a soñar con sueños de piedra. Los ricos son pobres en sus sueños, y los pobres son ricos en los suyos.

El Refugio para los pobres no asila a nadie: sólo es posada de peregrinos, y los despide al día siguiente. Se contagian del alma de todos, pero sin el vicio de unos cuantos. Es institución ancha, a la que da gran tipo la enorme rotación de la pobreza, su complicación trashumante, la interminable cinta de paisajes de carretera que se proyecta en la oscuridad de sus dormitorios.

Severo y respetuoso es el trato de los Refugios. Se acepta al caminante como a un rey de incógnito; se le da algo caliente y se le permite que duerma tranquilo. No se le lija, se le interroga demasiado, se le hostiga. Ha entrado en una estación de sus trenes y sus viajes. Paz al hombre errante.

Son los caminantes máximos los que se hospedan en el Refugio, los que aún no están cansados de caminar, los recalitrantes que siempre encuentran unas botas como suplemento de billete para viajar, los que temen los asilos y no necesitan los hospitales, aun con todo el frío y las privaciones y los microbios que han sufrido.

En toda provincia y en muchos pueblos se encuentra la

palabra refugiadora escrita en los caracteres improvisados y oscilantes de los «Se alquila». Los mendigos tienen el olfato de su guarida y la encuentran a través de los recodos laberínticos de las afueras, allí donde la ciudad sangra y rezuma por su ladera final un agua herrumbrosa en que se espesan sus sangres.

Madrid, «la Corte», según el decir de los mendigos sobre todo, tiene también su Refugio solemne.

A través de los años en su vecindad me he asomado para ver la nueva tropa de los mendigos apoyados en aquella pared esperando vez, haciendo tiempo para tomar su modesto viático consolador de la cueva del sueño.

Según iba oscureciendo en la calle, y aprovechando esos velos de discreción, iban llegando ellos, rechonchos o zanqui-largos, y ellas, entrapajadas y entoquilladas, como envolviendo un inmenso rubor y apretando tanto su hatillo que parecían llevarlo lleno de joyas. La tribu de la impariedad era singularísima cada día, y todos estaban alegres en la cola mientras no llegaba alguna Doña Pudibundez de Castilla que armaba un gran escándalo de destrozona por si le había requerido el de atrás o el de «alante» y le había llamado marquesa despectivamente.

La última dama iba ya cuando la cola llegaba a la altura de la cartelera que hay en aquel trecho, y se valía de ella como para ocultarse detrás de un biombo.

La pacífica calle de la Corredera transitaba por la acera de enfrente, y todos los viandantes volvían la cabeza para contemplar la redada de seres libres que iban a gozar la preeminencia de aquel privilegio gratuito.

Todos los días eran diferentes, porque está prohibida la insistencia en aquella casa, y el pasajero ha de ser verdadero pasajero, no pudiendo volver hasta pasado un año, pues esta hospedería está fundada para albergue, por una noche, de los pobres transeúntes o que salen de los hospitales —no recibién-dose a los que se presentan después del toque de oraciones—, debiendo ir todos provistos de los oportunos pasaportes, cédula de vecindad o alta de los hospitales.

Aquella emoción de tipos extraños y variados me espesó de personajes de novela y me dio la sensación de las innumerables especies de hombres, encarándome con la raza cobriza, la roja y la de color de pan tostado.

El Refugio fue fundado en 1615 con el título de «Santa Hermandad del Refugio, Piedad de esta Corte, y Hospital de San Antonio de los Alemanes (vulgo Portugueses)», por el padre Bernardino de Antequera y los Sres. D. Pedro Laso de la Vega y D. Juan Jerónimo Serra. Las limosnas eran recogidas por los propios caballeros fundadores, a los que pronto se unieron otros voluntarios que se colgaron la escarcela del peticionario por la caridad.

La Ronda de Pan y Huevo buscaba por los vericuetos del Madrid de aquellos días al pobre que, ya sin fuerzas, se había caído en la esquina del desfallecimiento, y subía a la casa del enfermo para despejarla de ascos y aprensiones, y se llevaba al loco, que daba golpes con la cabeza en la silla de manos hecha ex profeso para la locura, y que por eso tenía maderas en lugar de cristales.

La Hermandad del Refugio compra casa, funda nuevas iglesias, amplía sus fines benéficos, hasta que Felipe V la concede el patronato de la casa, iglesia y hospital de San Antonio de los Alemanes, llamado de los Portugueses porque Felipe III lo dotó para los enfermos portugueses, hasta que, separados los dos reinos, doña María Ana de Austria lo amplió para enfermos y peregrinos alemanes. Establecida la Hermandad del Refugio en San Antonio de los Alemanes y en las casucas adscritas a la manzana de la iglesia en 1879, con lo que la restituyeron por los bienes vendidos por la ley de desamortización del 65, son demolidas las edificaciones que se apeñuscan alrededor de la iglesia, y el arquitecto Ruiz de Salces organiza el nuevo edificio, amparando con armazones nuevas las pinturas de Lucas Jordán, Rizzi, Carreño y otros artífices, que atesora San Antonio.

Todo se ordena en el nuevo edificio de la Hermandad: el hospital de los alemanes —donde se le cura los grandes forúnculos—, el Refugio y un colegio de doce niñas huérfanas. Hasta se abre en el zócalo de su fachada la ventanilla de un torno, sucursal de la Inclusa, cuyo marco recuerdo iluminado por un vago luar con luz de limbo subterráneo.

En el interior de la iglesia de San Antonio se percibe un espolvoreo optimista, pues repercute en la gloria y asueto de la iglesia la satisfacción de la caridad que se realiza a su alrededor y que llega en filtración dorada por las celosías que tiene la iglesia. Por su espalda y sus tres costados es amparador el edificio, del que es desahogado tabernáculo la iglesia, en la que

por eso hay finas luces y finos óleos. Yo me acuerdo de ella a través de algunos Sábados de Gloria de la infancia y de muchos domingos, en que toda ella tomaba hilaridad especial, siendo hasta grato contemplar al sacristán optimista, por otro nombre «pertiguero», que aun hoy se pasea por su nave con su vistosa dalmática azul y encarnada, su peluca blanca y su pértiga con remate de plata: un pertiguero de lujo que para sí quisieran las catedrales, cuyos pertigueros están demasiado usados.

Todo en ese perímetro que forma la manzana 371 tiene un aire de acogimiento muy madrileño, que el que penetra en los misteriosos sabores de la villa y corte sabe apreciar. Yo creo que hasta al teatro Lara llega algo del fervor sencillo y cortesano que se guarece en esa manzana 371.

A través de las innumerables noches de los siglos se afanan allí dentro, en la asiduidad que no mira hacia atrás, los que se dedican a la caridad diaria. Sobre todo, el Refugio cordializa a su hilera de mendigos o vagabundos, formada en gran parada, demostradora de lo larguísima que es la cola de la pobreza.

Allí dentro mullen las camas, las cambian de ropa, fumigan, lavan las mesas en forma de U que sirve al banquete de los viajeros pedestres a través del mundo. Todas las noches, unos hombres que no han encontrado otro amparo y que tienen en sus mapas inscrito este rincón con trazo de almazarrón, se inscriben en el inacabable libro mayor de los pobres, cenan y después se acuestan, guardando su ropa en los armarios numerados en que pueden guardarla para no tener que dormir con un ojo cerrado y el otro abierto, que es como duermen en las cuevas, por miedo a que les roben sus vestidos.

Los caballeros sin desaliento vigilan el condumio, y como los huevos son la base de la caridad, los miden con un aparato que está de siempre en la Hermandad, rechazando los huevos que pasan por la elipse hueca, pues muy a las claras resulta que son raquíuticos, que no cubren la medida. Quizá en esa inspección de los huevos nuevos resulte que han degenerado, y para que no pasen por el aro han de ser de esos que ponen las gallinas del Parque Zoológico, que tienen algo de cantantes de ópera subvencionadas. ¡Terrible binóculo para llevarlo a las hueverías y probar las docenas para nuestro consumo! Peligroso es que se conserve un cerco arquetipal de los géneros. ¡Cuánto darían los vendedores de huevos pequeños por hacer desaparecer esa órbita

para el huevo de ley! Si la lograsen invalidar, todos los huevos acabarían por ser definitivamente pequeños.

Así, los mendigos que todos los días se establecen junto a la tapia roja son los únicos que se toman el huevo sin engaño, con ese privilegio de más que reyes que tienen los miserables en la hora de la caridad.

Suprimida la sopa en muchos conventos y muertos los sopistas, asomémonos a ese cuadro de miseria recalcitrante, donde todos, como aristócratas con el cuello del gabán levantado, esperan con su hatillo la hora de entrar en el gabinete de *toilette* del tren.

En esa fila ha formado alguna vez Eugenio Noel, que en aquellos tiempos en que aún no sabía por qué camino tomar recibió en su pasaporte el sello noble del Refugio, como si así le hubieran dado un grado en el bachillerato de la realidad.



XXII

EL JARDÍN BOTÁNICO

Se crea el Botánico —Jardín Botánico del Museo de Ciencias— frente a la Real Fábrica de Platería, dotado de un bello pórtico y de un despejado frontispicio. Están rodeadas las 30 fanegas de tierra del Botánico por una verja solemne y robusta fabricada en Tolosa de Guipúzcoa por Arrivillaga y Muñoz, con asientos exteriores y sillares en toda su extensión. Tiene dos puertas, una que da a la plazoleta de Murillo, formada por una fuerte y achaparrada edificación de columnas arrimadas y dóricas, y la otra que da al Prado, con arco de medio punto con archivolta y dos columnas entregadas de orden dórico, y a los lados dos pequeñas puertas con arco adintelado. Sobre su frontispicio Juan de Iriarte escribió: «Carolus III P. P. botanices instaurator civium saluti et oblectamento anno MDCCLXXXI».

Primero Felipe II había querido construir uno, anterior en mucho a los de París y Montpellier, y casi coetáneo con los de Pisa y Padua. El mismo herbario de Hernández, que se conserva en El Escorial, revela aquella curiosidad. A orillas del Manzanares y camino de El Pardo está el soto «Migas Calientes», en el que se implanta el primer Botánico o Real Granja. Después, por orden de Carlos III, fue trasladado aquí.

El conde Floridablanca, quizá por la fuerza de su título, fue el que protegió el Botánico.

Un extranjero, en 1879, propuso darle un destino que únicamente el monarca de las Españas podía realizar: «Establecer familias de peruanos, mejicanos, californianos, cuisanos, habitantes del Paraguay, Buenos Aires, Caracas, Puerto Rico, Cuba, Canarias, Filipinas, conservando los trajes del país y sus costumbres.»

El Jardín Botánico tuvo días extraños, entre ellos cuando en esas naves que hoy complican estuvo la Exposición de los ob-



jetos traídos por los expedicionarios científicos que fueron al Pacífico. Allí se exhibieron, a la vista de esos señores de sombrero de copa que tan bien le sientan al Botánico, de esas señoras que van muy del bracete de ellos —¡qué poco se usa eso ahora!— muchas y variadas cosas: rodelas y lanzas, «mariposas de madreperla», «vasos peruanos», «serpientes de colores», «nidos colgantes», «pájaros», y hasta una momia peruana, que estuvo sentada en el suelo de la Exposición, como arcaico pobre de pedir en el suelo de la Exposición, como arcaico pobre de pedir limosna al que hubiese matado el hambre y el frío.

También resulta extraño pensar que el Botánico fue el primer jardín zoológico que tuvo Madrid, cuando escribían los periódicos de la época, glosando el acontecimiento, párrafos como éste:

«La civilización moderna no apetece en el patrimonio de los reyes casas de fieras, costumbre tan inútil como antigua, que caerá en desuso dentro de poco, como tantas otras cosas que nos quedan del fausto y ostentación de la Edad Media. Hoy día, si el interés de las ciencias y la instrucción pública reclaman la posesión y conservación de fieras y animales más o menos útiles, no deben tener lugar como gala de dignidad soberana, sino en vastos jardines zoológicos, con las debidas precauciones y con la amplitud y libertad necesarias para que no degeneren en esclavos los que son libres en sus selvas.»

Tenía el Botánico entonces un lago y un puente rústico. El lago parece que se secó uno de esos veranos de Madrid en que Febo lame las aguas como un perro sediento; ¿pero el puente? ¡Con lo que me gustan estos puentes rústicos, que aún se encuentran en el Retiro en algunos parajes y que hacen más por el romanticismo del jardín que cualquier otro detalle!

En aquel Botánico que fue jardín zoológico había cabañas que cobijaban aves de Méjico, Perú, China, Cochinchina, llamando la atención entre los mamíferos un tigre (*Félix pardalis*), o mejor, grato de Nueva España; conejos de Angora blancos y conejos de orejas largas y colgando, llamados *berlier* en Francia, raza originaria de Rusia. La colección de aves es más rica y variada. Constitúyenla hasta hoy las siguientes: buitre-papa, gallinas de raza andaluza o gallipavos; de Cochinchina, negras y rojas; brahamas de Houdam o normandas, holandesas, blancas moñudas y negras; pavos reales, aves «colas de junco», de la

Carolina, mandarines, «colas de California», silbadoras y gallinas de seda.

Fue un jardín zoológico, de aves sobre todo, con lo que demostramos que siempre fuimos aficionados a Exposiciones de avicultura disimuladas con el nombre rugiente de Parque Zoológico. ¡Magnífico gallinero también el que en la actualidad llamamos Parque Zoológico!

Al repasar este antecedente tan inesperado del Botánico pienso si esa «acacia feroz» sea una de esas conversiones de los animales en plantas y sea la antigua pantera transfigurada.

¡Qué de cosas hay que aprender en el Botánico!

Se aprende, por ejemplo, a no confundir el «lauro» con el «laurel», pues el «lauro» es un árbol de hojas mucho más anchas y brillantes que el laurel. Así yo ya, cuando me refiera a los triunfos del poeta mejor, no hablaré de sus laureles, sino de sus «lauros».

El más magnífico ciprés del mundo está allí. Es un ciprés cebón, que parece ser el mejor porque conmemora nada menos que la muerte de todos los grandes botánicos.

Esos rincones de selva que tiene el Botánico, con grandes pedazos de sol y grandes pedazos de sombra, mezclándose en los largos paseos, son maravillosos.

Pero una de las cosas que yo busco en el Botánico y entre las que me paseo es la añoranza de América fraterna.

Paseando por el Botánico es cuando se encuentra una representación viva del lejano gran pueblo.

Paseando por el Botánico, por entre cuyo ramaje y hojarasca el sol acuña las mejores onzas, los más puros doblones, que caen sueltos muchas veces, y muchas veces en ramas sobre la sombra de los caminos, se va hallando la nostalgia americana cumplida y fehaciente.

No he encontrado esa vida de la lejana patria segunda ni en las cerámicas de esa sala de Museo Arqueológico en que se aglomeran, ni en los idolillos antiquísimos, ni en los hombres demasiado viajeros y turistas, ni en esas especies de sus semillas que se secan en los cuévanos de madera de los museos de Historia Natural.

La vida afincada en España, arraigada en su suelo y, sin embargo, devota siempre y siempre nostálgica de la América lejana; esa vida palpitante y exótica, y, sin embargo, madrileña, está en el Jardín Botánico. Son de nuestra capital, de nuestra

corte, esos árboles representativos, y, sin embargo, en sus cabbelleras se enredan mil nostalgias del remoto suelo, y los propios árboles, como pastores en pie, otean los horizontes ultramarinos.

Sus copas les sirven como la teja de la mano al que empan-talla un poco los ojos para mirar lejos, para ver bajo la mirada firme e irresistible del sol las casas de las laderas o la iglesia de la otra ribera.

Los árboles del Japón y los árboles de África se quedan truncos y chiquititos bajo los árboles magníficos y compatriotas de América.

Es una pura verdad tan cierta la de esta emoción americana de entrar en el Botánico, que en medio del clima riguroso de Madrid sentimos otro clima, porque sabemos que se albergan allí dentro y esparcen un sudorífico aliento los árboles americanos.

Una vaga idealidad nos hace creer que son más que los que hay, porque para nosotros todos aquellos que no tienen el tarjetón de ciego que llevan colgados los árboles del Botánico son, desde luego, árboles americanos. No son muchos los que en su latín clarividente llevan en su pecho la insignia, que prueba su americanismo; pero el conjunto se hace para nosotros conjunto americano. Cuando algún día pasemos por primera vez bajo los árboles de Buenos Aires, nos acordaremos de haber paseado en otra ocasión bajo un palio parecido y en un ambiente de mayo muy semejante también. «¿Dónde?» «¿Cómo puede ser posible?» Y sin tener que recurrir al tópico de otra existencia, nos acordaremos de aquellos paseos del Botánico una tarde de abril.

Al preparar mis paseos de los días añorantes, me digo en el embarcadero de la Puerta del Sol: «Pues me voy a América», y hago los trasbordos necesarios de plataforma a plataforma de los amarillos tranvías, hasta llegar al Botánico. Bajo los árboles americanos del Botánico madrileño se tienen entrevisiones de América como a través de tupidas arboledas. ¿Es quizá lo que nos inspira lo que ven los árboles desde su cima? ¿Es quizá lo que exhalan las plantas, también americanas, que en gran profusión se cultivan en las macetas del Botánico? ¿Quizá sugieren esos recuerdos de lo nunca vivido los trinos de algún pájaro tal vez americano que ha venido a anidar en el cogollo de un

árbol?... El caso es que surgen esos atisbos extraños de la América profunda y desconocida.

Sentado en los bancos del Botánico y dejándome influir por la flora exótica, he visto, primero, un jardín público en Buenos Aires, con elegantes señoras vestidas de rosa, cuyas sombrillas se reclinaban sobre los bancos, en *pose* divina, que vigilaban a unos niños vestidos de vaporosa blancura, en cuyos grandes ojos negros había una admirable fiebre nativa; después, he visto los ríos llenos de islas, las ovejas que están bajo las altas palmeras, como si fuesen sus nietas o cosa parecida; un volcán que, como un hondero que bate el *record* de altura, lanza una fiera piedra hacia el alto tragaluz del cielo purísimo del Mediodía, etc., etc.

Cuando antes de ir a las playas me puse en Madrid el traje claro, que resulta muy amagante para el Madrid, que es hasta oscuro e invernal en su indumentó de verano, me interné en el Botánico, como buscando la salvación en su clima y en la moda americana que se paseaba por aquel paseo elegante de otro sitio. Recuerdo que no salí hasta el atardecer del puro Jardín Botánico, como pollo conquistador de un parque bonaerense.

«Mis tardes de América» podría titular mis tardes del Botánico, y a los que vuelven de allá les oigo como si yo supiese tanto como ellos de su país, porque sentí la transmisión de los grandes árboles llenos de memoria antiquísima y en los que los mismos cuentos de allá y todo lo que escucharon en la noche de los tiempos se repitió en sus semillas y en sus esquejes como una fatalidad.

Tanto creo en ese americanismo del Botánico, que busco entre sus árboles un árbol americano que me he imaginado que sólo existe allí, y en el que las hojas se convierten en pájaros, realizando una antigua esperanza de ver cómo se opera la transición sospechada de las hojas vivas en pájaros volanderos.

¿Quizá ha impuesto en mi imaginación esa fábula aquello que cuenta un escritor del siglo XV, cuando habla de árboles cuyas hojas, caídas en el mar, se convierten en pescado, y las que caen en tierra, en aves, con grandeza de gaviotas?...

Primero, el Botánico tiene el aire de un largo y romántico cementerio. Al primer golpe de vista, desde fuera, es un cementerio. Su verja de gran autor es verja de sacramental, verja no muy alta, que favorece la esbeltez de los árboles, con gruesos pilares intermedios, pilares que en la parte que da al paseo tienen pintadas esas cruces negras y chorreantes que pintan los chicos



como para poner cruz a las tumbas anónimas, cruces que parece que dibuja una congregación que hay para esto, una congregación como la de los Hermanos de la Paz y Caridad, que asiste a los reos de muerte, y la de la Buena Agonía, que asiste a los moribundos. (Junto a la verja hay siempre dormido y tirado un pobre miserable que recuerda mucho a Job.)

Su puerta, de estilo dórico, con columnas de piedra, da al jardín de los Médicis, o cosa que lo vale y lo parece.

Al entrar se ve que el portero tiene una mecedora, porque éste es un jardín un poco particular hasta para el portero.

Aunque Barrès ha hablado mal de los jardines botánicos con muy buenas razones, también se puede hablar bien de ellos con razones también buenas.

El Botánico parece que tiene otros soles, varios soles distintos, y cuando está nublado tiene una niebla hecha de grises exóticos. En su reunión cosmopolita hay una tarde de todos los sitios. Sobre todo en la noche, se congregan en él todas las noches del mundo, lleno y palpitante de añoranzas y nostalgias.

La gracia del paseo de las estatuas del Botánico tiene la gracia que no tiene el del Retiro, cuyas estatuas son gigantescas, hinchadas como estatuas de nieve, inacabadas y terribles. Por el contrario, las estatuas del Botánico son admirables, humanas y sencillas, como si fuesen antiguos transeúntes convertidos en estatuas de piedra. La estatuaria ha sido corrompida en Madrid por las grandes estatuas de la plaza de Oriente y del paseo de las estatuas; hechas para estar en lo alto del Palacio Real, fue transformado su destino y colocadas en lo bajo; eso ha corrompido el sentido de la estatua ligera y delicada, que hasta un mal escultor puede hacer si la hace a proporción.

Erigidos como en un cementerio, está primero Quer, el célebre médico y naturalista que escribió una flora española; después, Clemente, con su capa amplia, la gran capa magnífica del tiempo del gran sombrero de copa, también magnífico (Clemente tiene un tipo romántico, y en el zócalo de su estatua vi un día escrito el nombre de Narciso); Lagasca, el primer botánico del pasado siglo, que se quejaba de que no había grandes estanques en el Botánico para estudiar la flora acuática, y Cabanilles, el célebre autor del célebre artículo «España de la Enciclopedia» y el que clasificó el penacho florido de la «Estepari Stalice».

Todos erguidos, satisfechos entre sus flores, las flores de su

vida, lleva alguno babero y todos chalecos con florecitas, pues ellos fueron los que inventaron esos chalecos, primeramente en Suiza, la patria del inefable botánico Rousseau, allí donde todos llevan un «saquito de mano» de herbolario.

La elegancia del siglo XVIII fueron los botánicos los que la llevaron mejor, con la ingenuidad con que se debe llevar la elegancia.

Separado de esas estatuas, en pie, hay en el fondo un busto de D. Mariano de la Paz.

Ahora veamos los árboles: sus cartelas son como las que llevan los ciegos, y las que están más a ras del suelo, sobre una pequeña varita, señalando el sitio de las plantas raseras, parecen pequeños epitafios de un cementerio profano y también parecen, en la hora de la primavera y de los pájaros, pequeños atriles de música, a los que parece que gastan bromas que les resultan muy pesadas a los botánicos, cambiándolos de sitio con sus picos, como esos pájaros de las adivinatoras que cogen el papelito de la suerte y lo trasladan.

Después de los cipreses, claro está, esos «cupresus piramidalis», que parecen abonados con huesos humanos para su mayor esplendor y que dan carácter de cementerio al Botánico, se destacan los almeces, grandes como elefantes en pie. (Los almeces se ve que han querido ser elefantes, que estuvieron cerca de serlo y no pudieron realizar su ideal.)

Después, los árboles de ramas péndulas y colgantes atraen por su elegancia y feminidad de mujeres que se han desmayado. La «Sophora japónica péndula» es el extraño árbol japonés que parece mentira que nos podamos encontrar aquí, fuera de esas estampas en que todo está irritablemente pintado dentro del agua, todo paisaje submarino y ahogado.

El amarillo árbol del desmayo está también bien, es más en fino el viejo sauce llorón. Tiene estalactitas o flecos de sol durante todo el invierno.

Los tejos construyen aquí unas puertas mudéjares de la hojarasca, por las que es agradable pasar.

Después sorprende en un lado la acacia de «tres espinas» y la «sin espinas»; en otro, el «árbol del cielo», fina especie de acacia que no creemos que sea del cielo; y el árbol de los pájaros, envuelto por una yedra, y que en todo tiempo da hospitalidad a los pájaros, siendo el último refugio de los pájaros en el invierno y en donde se les oye cantar en los días de más frío.

Árboles de las montañas, árboles serpientes, álamos blancos llenos de ojos de la Providencia, árboles con grandes orejas de mona en el tronco y árboles que parece que están en el Botánico por cumplir, por llenar huecos, pues son árboles de la calle, árboles golfos, a los que a veces tienen la avilantez de poner nombres extraños, como «cinamomo». (¿Puede ser este árbol vulgar el cinamomo?) Se echan de menos unos árboles que se moviesen y rugiesen o bramasen.

Resulta curioso que haya muchos falsos árboles, según está escrito en su cartela, abundando mucho los falsos plátanos, que deben ser esos que en los mercados venden a 50 céntimos la docena y están todos podridos.

Detalle importante y castizo del jardín son sus parras, sostenidas por unos emparrados de hierro, sostenes de hierro que parecen haber crecido espontáneamente de la misma tierra y que son como el emparrado de hierro vivo que sostiene el emparrado de madera viva.

Bajo el dosel esquelético y retorcido casi todo el año, y sólo por excepción con hojarasca en agosto, que es en la proyección de su sombra sobre el suelo más un efecto de luna que de sol, ponemos particular atención en leer los carteles que cuelgan de él. Leyendo esos carteles se saborean vagos mostos. Allí están la cepa «Leonarda», la «Rayada» o «Melonera» (¡oh enormes uvas!), la «Bocadilla», la «Torralba», la «Bocal», la de «Albillo», la de «Moscatel», la «Negrilla», la de «Mollar cano» y la de «Guadalupe» (¡oh hermosa y rica «Guadalupe», en cuyo cartel alguien, como un piropo que estaba pidiendo, ha escrito: «¡Preciosa!»). Mucho tiempo, desesperadamente demasiado tiempo, están agraces estas uvas, y el día que están verdaderamente maduras, el jardinero mayor se hincha de comer uvas.

Las acacias, todas las acacias, están muy descubiertas por nosotros: las de una espina, las de tres espinas, las sin espinas; pero de hoy es el subrayar la «acacia de bola».

Otro descubrimiento es el del árbol de las pelucas. ¡Cuántas veces habré pasado por ese paraje del Botánico!, y, sin embargo, ¿cómo no había visto una cosa tan prodigiosa como ese «árbol de las pelucas»? El árbol de las pelucas, aunque debiera estar lleno de pelucas, como un escaparate de peluquero el día de Carnaval, no tiene ni una peluca. Quizá le dio su nombre el que era el apacible refugio de los abates con peluca en la hora del bochorno estival en los jardines versallescos. Yo no sé. ¿Es que

habrán vendimiado y recogido ya sus pelucas, quizá de palafrenero de entierro?

El «tilo plateado» es como un árbol sesudo, de una digna ancianidad, sensato y antiquísimo.

Los olmos son también unos viejecillos sanos, recios, cansados de mirar el horizonte a través de los años.

No acabamos de ver claro cuáles son esos plátanos que no son plátanos y cuáles son los castaños de Indias. Que quede sentado que los que tienen hojas en forma de mano de tres dedos y los que tienen esos madroños con púas de pequeños puercos espines son los «plátanos de Occidente».

La «Betula Alba» es una ingenua a la que hay que aprender a llamar así, en vez de «Abedul», que es ya otra cosa desprovista de galantería y de encanto, una cosa así como llamar a ese árbol gandul.

Los enebros fuertes, gimnastas del jardín, varones viriles.

Los «Almeces» sigo viendo a través de los años que son los árboles a los que mejor sienta Madrid, los más enormes, más fuertes y más arraigados. ¿Cómo entonces no se le ocurre lo indicado al que debiera plantar de almeces la ciudad? ¿Es que no resultaría un espectáculo grandioso, umbroso y como sostenido por árboles atlantes el de los bulevares llenos de almeces? No hay lógica ni perspicacia en nadie.

Siempre hay una vieja de medias blancas que lee un periódico bajo el árbol de la vejez, el buen árbol que la defiende.

¡Qué extraño que en el centro de Madrid, entre casas y ruido de coches y tranvías, en el centro mismo de la gran urbe, suene la estridencia auténtica de la chicharra! Las chicharras del Botánico no las hay en el Retiro, y hay que internarse mucho en la Moncloa para encontrarlas.

En unas plantas chaparras, que abundan no sólo en el Botánico, se encuentran unas falsas flores de azahar, redonditas, blancas, pero mentirosas, como para las falsas vírgenes del matrimonio, esas flores de azahar con que quizá preparan esas cajitas con diademas de falso azahar y esas ligas con broche de azahar en las tiendas de telas.

¿Y ese arce con hoja de fresno? ¡Gran plagario!

Ese «fresno de hojas pequeñas» merece ese calificativo, como lo merece la mujer de manos pequeñas.

Pues ¿y esa planta tan femenina, tan labor de aquella primera

mujer que aplicaba sus primores al bosque, la «planera festoneada»?

Al pasar junto al saúco nos sentimos siempre como en la vieja y primitiva calle del Saúco.

En el Botánico penetran esos rayos de sol de lo alto, de lo muy alto, que sólo penetran en las catedrales y en los bosques.

¿Y cómo no hay faisanes ni pavos reales en el Botánico? Sólo hay pajaritos de todas clases, y eso que sus altos árboles son de esos que tienen en la punta más alta una ramita seca, en la que se establece la tórtola.

Siempre están preparados los atriles de la banda que simulan los letreros clavados en tierra sobre las hierbas medicinales. Habrá música, sí. Parece que van a tocar. «La caza». Las maricas negras están por entre los atriles tiesos y ya con el papel abierto.

Ahora, en estas horas de primavera en que el sol parece entrar en el Botánico por rosetones con cristales de color, se recuerda más y mejor el otoño, cuando sentíamos al entrar el amargor de lo que se moría por momentos, y veíamos caer, como abanicos, las hojas de parra, y lo que quemaban los jardineros olía como a cabeza mal lavada, a esa humedad aviesa que a veces tienen las cabelleras mojadas, y que es de lo más irresistible de lo irresistible.

A por las hierbas del jardín, a por determinado y necesario hierbajo vienen gentes del pueblo con verdadera fe. (Por cierto que, entre paréntesis, en el Botánico se da el «culantrillo» y por él vienen las que quieren abortar, y que como es difícil de adquirir, ya que está prohibido expendirlo, hay unas muchachas pálidas y con los zarcillos de las ojeras muy pronunciados que buscan la planta de un modo furtivo, disimulado, anheloso, mirando mucho a todos lados y dando un salto de presteza cuando al fin la encuentran.)

En el otoño, las avenidas rojizas hacen muy bien. Como cuando se dice «el niño va a ser rojillo», se dice de los paseos que sorprenden con ese tono. El primer aire del otoño ha hecho eso.

Las hojas picadas y taladradas del otoño llenan las avenidas. Parece que los alfombradores han esterado.

El árbol del amor, con las hojas en forma de corazón, muere como un cardíaco.

Se ve que siempre en todo tiempo hay un árbol que pelea y otro que se llena de flores.

Debía de haber pájaros de todo el mundo. Es el sitio indicado para que los hubiera, desde la cotorra hasta el pequeño pájaro. Los cantos también debían ser variados y nuevos; debía oírse al canario alemán de flautas largas y capilares.

La oropéndola estuvo, pero desapareció a últimos del siglo XIX. Hoy sólo los pajaritos, los pajaritos de las acacias y de los chopos de las carreteras españolas, y las urracas negras de las huertas, muchas urracas. Las urracas se ve que gozan el jardín y que se fijan un poco en las cosas extrañas de él. Deben estar encantadas con la variadísima despensa que disfrutan, aunque a veces, por probar una planta desconocida, se envenenen o se purguen. ¿Qué piensan las listas urracas de los cartelitos? Quizá creen que pone en ellos el usual «se prohíbe tocar a los objetos», pero no hacen caso de ellos.

En un rincón hay una alberca andaluza con macetas. El que quiera pintar una tabla andaluza puede inspirarse aquí, pudiendo pintar también lo que tiene de huerta el Botánico.

El Botánico es el jardín de las embarazadas.

Los estudiantes de Botánica son los que no vienen quizá nunca al Botánico. El que va leyendo por sus avenidas lee una poesía y no un libro de Botánica. A veces un farmacéutico de vocación va por allí, y después, cuando de nuevo vuelve a Madrid, ya con barba y con una farmacia en su pueblo, entra en el Botánico para recordar sus tiempos de afición.

En el otoño del Botánico las escobas de los barrenderos no pueden realmente conducir todas las hojas que han caído.

Quizá sólo se sostiene el Botánico para las brujas y las curanderas o saludadoras que vienen a buscar las hierbas que ya sólo existen en el Botánico.

Esas mujeres solitarias que están sentadas sobre los bancos bajos y como hundidos del Botánico, parecen sentadas frente a sus recuerdos, como frente al árbol de su muerto, como si hubiese dado ya su árbol el hueso como de dátil que se ha enterrado con cada muerto.

Al Botánico van de paseo muchos colegios de niños, con sus profesores, que son como arbustos raros de la Botánica. Ante esas filas de niños me acuerdo siempre de aquella fiesta que se celebró el día de la jura de Carlos IV en el Botánico y en que fueron sorteados para figurar en ella 200 niños y niñas, que asistieron a la fiesta con un hacha de cera encendida, y a todos

los que se les obsequió con una rica cena en los invernáculos del jardín.

Hay un medio edificio con dos alas largas, cubiertas de cristales, que figura en el Botánico como su palacete.

Se llama de cátedras de Botánica; pero allí nunca se da clase de Botánica; se distraían tanto los alumnos con el cielo azul y el buen tiempo, que no dio resultado ninguno. Nunca ha sabido qué hacer el Botánico con ese pabellón de tan noble apostura, y por darle algún objeto estuvo encerrado en él el esqueleto de una gran ballena, enorme esqueleto que llamaba la atención de los niños, heridos en su sensibilidad por lo monumento de piedra que resulta el hueso, por esa perennidad triste que hay en las osamentas. Un detalle que evoca aquel esqueleto, más que nada, es el de un intenso olor a aceite de pescado, quizá el aceite con el que le habían untado para que no se descompusiesen las largas y numerosas vértebras; metido en ese recinto tibio siempre de las galerías de cristal, los días de sol olía terriblemente a aceite salado y rancio. En nuestra imaginación se asomaba la interminable ballena, y nos asustaba con su impotencia para moverse, con su tragedia de estar en un sitio sin agua, cuando por lo menos necesitaba un vaso de agua en que cupiese un estanque.

Después, ese pabellón ha estado vacío, y, por fin, se ha dedicado a la conservación de las plantas más finas, esas que necesitan un palacio de cristal para no languidecer. Allí están las plantas más aristocráticas: la Celia, la Princesa, la Cristina, la Resultka, la María Antonieta, etc. Es demasiado, sin embargo, para esas plantas el pabellón. Aquello necesita muebles preciosos, cuadros y una familia real auténtica, que, yéndose en el verano, dejase visitar al público sus riquezas. La cosa es que ese pabellón tuviese al fin la consagración que necesita.

Siempre que veo al final de las frondas del Botánico el elegante palacete, pienso en lo que quisiera ser. Tiene empaque de ser una cosa que no ha sido ni será nunca. ¿Quizá sitio en que conservar las más bellas muertas incorruptas? (Tipo sí tiene de optimista pabellón de cementerio; pero tampoco es eso.) Quizá ése debía ser el palacete del hada, el hada del Botánico, el hada de las flores, y quizá por la ausencia de esa hada, que no es fácil improvisar ni hallar, bosteza de ese modo, sin su objeto ni su razón de existir, ese pabellón de trazo elegante y con una dignidad extraña.



El Botánico está lleno de hojas, de más secas hojas que ningún jardín, como si se hubiesen deshojado en él los voluminosos libros de Botánica.

¿Qué luz es esa en que se destacan los carteles de los árboles? Sobre todo cuando no se entra en el Botánico, cuando se pasa de largo, es cuando más llamativa resulta esa calidad de esos carteles de los árboles, que se parecen a esos que llevan colgados del pecho los ciegos con toda su variedad de leyendas: «Pobre ciego con la gota serena», «Pobre ciego del Cáucaso», etc., etc.

El Parasol de la China no se encuentra muchas veces, sobre todo cuando se le busca para enseñárselo a un amigo. Parece que desaparece, que hoy no ha abierto su parasol el Botánico.

Vamos siempre viendo y repasando de nuevo los árboles:

El árbol del cielo, ese árbol en el que hacen sus nidos los ángeles que durante el invierno huyen al cielo, como las golondrinas al Egipto.

Los grandes abetos, olmos comunes, castaños de Indias.

El... (Algunas enredaderas oscurantistas tapan el letrero de algún árbol.)

El laurel común, que es para los mediocres, y el venenoso laurel rosa para los genios crueles.

El fresno de Castilla es ese que nunca se rompe en manos del arriego. Sirve para hacer varas, pero no bastones.

¿Y el nogal del Cáucaso? ¿Es del Cáucaso? Parece que, como si hubiera cumplido ya su condena, le han enviado a un país meridional. ¡Qué gran recomendación le ha debido valer esta buena suerte! ¿O es que estos árboles pertenecen a la carrera diplomática de los árboles?

En el Botánico se oyen cosas curiosas y raras. En el Botánico yo he oído decir a una madre a su hijo pequeño: «Anda..., Héctor... Anda... Vamos, Hectorín.»

Parece que para cuidar cada árbol de éstos tienen que traer tierra de distintos países, y así como la tierra del cementerio de Pisa fue llevada de Jerusalén, en el Botánico hay tierra del Asia y de la Oceanía.

Debían recomendar los doctores el Botánico a sus enfermos, escogiendo bien la sombra de cada árbol para cada enfermo. Mi doctor Inverosímil sabría sacar ventaja de eso, y, sobre todo, elegiría para aquel que tuviese dolor de muelas el árbol llamado «Raigón». Eso ni que decir tiene.

La viuda, esa viuda española encerrada en el manto sucio,

pequeñita y con pies y calzado de viuda, que no se casará ya otra vez, va al Botánico con sus cinco hijos vestidos de negro.

El viejo, que ha vuelto a deletrear, lee con disimulo a dos viejas que cosen.

El Botánico está unido al recuerdo de ese edificio de la calle de la Farmacia, que también mandó construir el gran rey Carlos III, que fue todo un maestro de obras, edificio en el que se estudia para farmacéutico. Pocos edificios dedicados a la enseñanza frente a los que se note más lo que ha de salir de ellos. De ése no pueden salir más que farmacéuticos, nuevos botánicos, como los antiguos, aunque más desmemoriados, porque los anuncios y los periódicos han destruido la memoria de este siglo. El día que estudien los farmacéuticos en otro edificio nuevo, claro, lleno de puertas y de compartimentos de cristales, saldrán verdaderos falsificadores, que sabrán preparar admirablemente preciosos envases para las medicinas en frascos como búcaros y en cajitas como de bombones... Por el contrario, de esa casona vieja, color de palo de regaliz, con grandes balcones, con sendas persianas de madera, y al fondo un jardín de floricultor, salen aún los botánicos, que por dentro son los mismos de chupa y chaleco con florecillas, aunque por fuera tengan tipo de seminaristas, de piernas cortas y torcidas, que no dejan el sombrero hongo quizá porque el hongo corresponde a la Botánica y al botánico.

Un gabán deslustrado no está mal en el Botánico; hay árboles que se combinan con él en una relación de mimetismo.

En los invernaderos está lo que nos queda de las colonias, de Cuba, de Filipinas, de América: un par de macetas que recuerdan aquellas posesiones y algo como un poco del aire tibio de aquellos países concentrado en las *serres* de cristales.

En el otoño del Botánico las hojas de los castaños de Indias caen, poniendo muy bien la mano al caer. Los tiestos muertos y vacíos del invierno, unos encima de otros, son como gorros de clowns en hilera. Huele a huesos de fruta abiertos, a castañas de Indias rotas, a bayas partidas, a almendras amargas. La magnolia echa en el otoño una piña falsa, la piña que remata los tirsos, la piña torneada, pero sin fondo ni metamorfosis posible.

Al atardecer hay olores de atardeceres fantásticos y lejanos. Debía haber un Botánico de los senos, un verdadero y amplio Jardín Botánico en que figurasen todas las especies de senos del universo, sostenidos y alimentados por las mejores mujeres

de todas las especies. Ellas podrían estar desnudas, con sus senos al aire, y estáticas como los árboles. El cartoncito latino que cuelga de los árboles y de las plantas de los Botánicos colgaría del intervalo de sus senos como un medallón, señalando la procedencia de cada mujer y el nombre de sus senos: «*SENUM ABISINIUS*», «*SENUM GOMORRIENSES*», «*SENUM JAVANESES*». ¡Oh, admirable Botánico, en los cálidos invernaderos durante el invierno y en el jardín el resto del año! El misterio de Bellas Artes debía ocuparse de eso.

Entre las plantas que conservan en la Biblioteca de las Plantas están la dracoena, la tecomas, hiphocampylus, magaricarpus, perrettia, el ecluites y los humildes granos de cien diversos géneros.

Semilleros; modelos de secano, campanitas de cristal debajo de las que se colocaban los ejemplares de los trigos de que habla Clemente en su adición al Herrera; maderas exóticas, formas, resinas, etc., etc.

«En los primeros días de la estación calurosa —dice Madoz— se ve sumamente frecuentado este jardín por una sociedad escogida, que busca el deleite que les ofreció su fundador, así como la clase menesterosa las hierbas medicinales que se les proporciona gratuitamente, llevando receta del facultativo, si su aplicación es peligrosa.»

Hay una noria y una casilla como esas que se dan a copiar a los niños, y que tienen algo de molino, algo de alquería, algo de casa del herbolario.

Las mujeres, en cierto día de su mes, no pueden tocar a las plantas, porque las secan. Yo veo en ese día una mujer fulva, espléndida, terrible, que quiere contagiar todas las plantas, y aunque la contiene su novio, para evitar que se aseuele el Botánico, toca un árbol que más se defiende de todas las asechanzas, y ese árbol languidece poco a poco y, al fin, muere.

Se ven por los sótanos que tiene abajo la Biblioteca del Botánico —todos los libros, ilustrados con pistilos, hojas y flores orladas de letras, como trigonometrías—, se ven unos grandes caracoles marinos, detalle que no se puede olvidar al recordar el Botánico.

En una habitación oscura, en donde pone «Herbolarios», hay una puerta con gatera para que los gatos puedan perseguir a las grandes ratas del Indostán y de la Cochinchina que aquí crecen.

Los carteles son lápidas en un cementerio de pájaros. ¿Querrá volver a salir el año que viene esa planta en el mismo sitio de su inscripción o transmigrar a otro garaje más lejano y allí arraigar una semilla sembrada por los pájaros?

Parece que no son los mismos los nombres de los árboles, como si jugasen a las cuatro esquinas o como si los directores se rectificasen unos a otros y variasen los nombres de vez en cuando, según de la escuela que sean o según sus particulares opiniones, habiendo quizá discusiones pintorescas entre el director saliente y el entrante.

—¡Que le digo a usted que es un «aliso crispado»!

—¡Que no, que es una verdadera «acacia feroz»!...

Es cuando el jardín huele más a tila, quizá porque las hojas de los tilos, deshojados, preparan una perfumada tila de otoño.

En los invernaderos ya están internas las plantas, invernando, estamiándose en el asilo de cristales, viendo a través de ellos los malos días en que el calorcillo de estufa que allí respiran las plantas hace que aparezca una consecuencia humana en sus cristales, o sea que resulten esmerilados por el vaho de su calorcillo natural.

Las escobas de los jardineros recogen las hojas abarquilladas, atirabuzonadas, con cansino esfuerzo, con aire de viejos que matan el tiempo. Esta liquidación que hace la escoba de los jardineros es a la que se dedican más premiosamente, con sorna mayor. Hoja a hoja, van barriendo el camino, al que abanicán más que barren sus anchas escobas.

Todo se ha involucrado en el Botánico; pero un buen observador de la botánica debe estudiarlo también en este tiempo, pues se descubren árboles que en el buen tiempo no se acaban de destacar. En la tristeza de este paisaje invernal se ve el madroño de Madrid, que por esa su tierra debía de crecer más y es la adelfa melancólica.

¡Qué interminable lección la del Botánico!

A veces observo cosas tristes, como, por ejemplo, que la *pulmonaria* ha muerto, la *pulmonaria*, que es lo indicado para la pulmonía en mi terapéutica ideal... ¿Qué será de nosotros sin la *pulmonaria*? ¿Por qué no la metieron en el invernadero?

El Botánico tiene dos momentos culminantes: la primavera y el otoño; sobre todo el otoño.

Los árboles comienzan a hacer la propaganda de sus hojas y el jardín se convierte en el salón de los pasos perdidos.

Allí los árboles adquieren su gran vuelo selvático, y la última y más alta umbela que lanzan algunos es ya como un «Mont-golfier».

Los tilos, sobre todo, son los que se despojan de más hojas, unas simpáticas hojas nacareñas que dan mayor tipo al otoño. Los tilos preparan así la tila suave del otoño.

A veces suelo inclinarme sobre el suelo y recoger las hojas mayores y más características, porque algo hay escrito en ellas, como en los retazos de una carta de despedida rasgada con precipitación.

Alguna muchacha sentada en un banco veo que mira también ensimismada una hoja que encontró sobre la piedra. Parece que lee el reverso de una hoja de almanaque y que piensa en la charada indescifrable.

El jardín se va suicidando lentamente. Los estudiantes de Botánica han perdido el libro de la experiencia; se les ha desencuadernado. Ya no sabrán si la hoja del *Espicorum* es lanceolada o no lo es.

Las tórtolas del Botánico ya han emprendido su vuelo al África y lanzan allí sus carcajadas, vestidas con el color de la suprema elegancia.

El infiel que había buscado el Botánico como sitio en que no será sorprendido por la esposa tiembla al ver que desde la lejana reja se le podría ver paseando en rigodón solitario con la dama de la mantilla sobre los ojos.

Las parejas juveniles del Botánico también se encuentran más desamparadas, y él, en vez de enlazarla a ella la cintura como una serpiente, sólo la coge una mano.

El Botánico se entrega al viento, se va en él, parece enviar sus misivas de nostalgia a los bosques aborígenes.

Sólo los cipreses y los tejos y las araucarias van quedando en medio de la desolación vestidos con sus estameñas fuertes, capaces de resistir todos los inviernos. Parecen usar verdaderos paños ingleses.

Ahora más que nunca son verdaderas tarjetas de identidad las que cuelgan de los árboles. Gracias a ellas se puede uno imaginar lo que son esos árboles pelados.

Las mismas parras van perdiendo su hoja y ya se muestran sarmentosas, con reuma articular, llenas de sabañones.

Enlaza y envuelve en un ambiente propio al jardín y se da la última densidad el humo de sahumero que se eleva de las

montañas de hojas quemadas, necesariamente quemadas porque así pierden todas las plagas vegetales, esas herrumbreces y esas piojerías que se comen a las plantas y que lo inundarían todo si en vez de ir a la fogarata fuesen a los estercoleros las hojas muertas.

Y en este otoñecer del Botánico los que más viven son los botánicos muertos, y medran como en su aniversario las estatuas de Clemente, de Cavanillas y de Mutis. Es la época, por decirlo así, de su consagración anual, la época para sus coronas, que debieron ser hechas con las flores de que más gustaron y que, por ejemplo, tratándose de la de Cavanillas tendría que ser de sus predilectas monadelfas.

En recuerdo a los botánicos yo entraría en la Biblioteca; pero temo que su bibliotecario note demasiado quién no es un botánico ni en ciernes, cosa que se debe apreciar con sólo ver destacarse las orejas del que entra sobre la luminosa ventana que da al jardín. (¿Por qué las orejas? Porque son nuestras dos hojuelas.)

Me gustaría pedir la obra de Mutis sobre *La vigilia y sueño de las plantas* o repasar el herbario que él formó con la flora de Santa Fe de Bogotá o de Nueva Granada, es decir, darme un paseo en el día gris por los parques floridos de Santa Fe.

Pero la supuesta mirada calicatera del bibliotecario me echa hacia atrás, y sigo el paseo por el cementerio de los botánicos, de tan simpática y amable fisonomía, de mirada lince, con un gran memorión que está repasando todas las especies mientras encaran la posteridad.

En un rincón me sorprende un árbol con tipo de árbol de la ciencia, a cuyo tronco se enrosca, como su terrible serpiente, una enredadera.

Algo de Museo de Anatomía hay en el Botánico autumnal, en que se crispan los bíceps de los árboles, de los que se ve el juego de tendones y los finos nervios. Algunos esqueletos de árbol tienen aire amenazante y otros parecen gladiar con el cielo. Se podría decir que en esta temporada otoñal se descubre la intención secreta de cada árbol, su carácter místico o violento, su aire de bailarín o su aire de predicador.

Da pena salir del Botánico. Es como volver de un viaje o como salir de una cárcel de añoranzas. Nos amarga tenernos que encarar de nuevo con los cajones tristes de los tranvías y con las construcciones rectilíneas, sin una maceta y sin un laurel de bola en los balcones.

XXIII

LAS COMPARSAS DE SAN ANTÓN

En la calle de Hortaleza, tan antigua, tan clásica, tan ensiericida, vive el día de San Antón con alegría y rumor de calle mayor de la feria.

Esa calle de sacerdotes, antiguas pensiones, de boticarios y de inquilinos que ni se asoman al balcón al correr del tiempo, se pone contenta como calle de Pamplona en el día de la fiesta del patrón.

Calle oscura, casi tétrica y huraña, la calle de Hortaleza— ¡qué diferencia con la de Fuencarral!— recibe las bromas de la fiesta más animal de las fiestas. Se podría decir que es una vía desgraciada hasta en el festejo, y se puede decir también que es, aun después de empedrada, camino de herradura, la más clara salida de los burros de Madrid.

La calle de Hortaleza tiene una cosa de calle en que ninguna de las dos aceras es acera del sol; es la calle de las tiendas insensiblemente tristes; la calle en que todas las casas parece que se surten del agua de los viajes antiguos y en la que más se mueren en las epidemias.

¡Qué diferencia con la de Fuencarral! No son hermanas, aunque lo parezcan al principio, y para demostrar lo diferentes que son, acaban bastante distanciadas, muriendo mucho antes en Santa Bárbara la rancia calle de Hortaleza, con su color de calle curada al humo, con sus casas de tipo rezagado, en cuyo interior viven las últimas huérfanas del pasado.

Si se mira por las primeras bocacalles la bullanga y la luz de la de Fuencarral, se ve con envidia la simpatía que corre por la vía paralela, en la que se da el fenómeno raro de que es una hora más temprano que en la de Hortaleza. En una cláusula un poco arbitraria, pero verdadera, se puede resumir eso: «La calle de Fuencarral tiene una hora más de sol que la de Hortaleza.»

Pero contra todo lo que predispone a la seriedad, la calle de



Hortaleza, contra ese aire de calle de los curas y mayorazgos supervivientes, hay un día de gran juerga, el día de San Antón, en que se descompone toda la fisonomía de esta calle.

Es la fiesta de San Antón en la calle de Hortaleza fiesta desgarrada, descompuesta, agria, con un tipo de brutalidad que no tienen las otras fiestas. Tiene un «aquel» de antevíspera del entierro de la sardina, de lejano pero primer antecedente del Antruejo; y yo me acuerdo de ella en los días más vivos del pasado, como queriendo ser una fiesta de Carnaval, un Carnaval medio de pueblo, medio de capital de provincia; un Carnaval de narices postizas y trompetas de cartón.

San Antón tenía antaño una desaforada y desarmónica alegría, a la que se mezcla la bestialidad de los animales, que no en vano son los protagonistas de la fiesta, sobre todo los burros de cabeza grande e incomprensiva.

Tenía la calle de Hortaleza algo de calle profanada, algo de esas casas serias en que se celebra una cachupinada y todos se aprovechan de la excepción, excediéndose con villanía. Recuerdo que había unos atardeceres bestiales, de apreturas deshonestas, de descaros lanzados a los balcones, de pisoteo ensañado de la calle, todo con tan rudo afán, con tan desconsiderada y abusiva manera, que parecía quedar deshecha para el día siguiente la calle de Hortaleza, como casa a la que han estropeado las alfombras las muchas visitas.

La fiesta de San Antón ha decaído mucho porque los animales de tiro y recreo han disminuido, siendo sustituidos por automóviles y motocicletas.

Ya no puede tener la mañana de ese día aquel aire de día de bautizo, confirmación o jubileo de animales. Ya no hay jacarandosos caballos para montar, pues los mismos chalanes se compran una «chocolatera» cuando sacan algún dinero de vender malas bestias.

Aquella cosa de palmas en la frente de los animales, de muchos cascabeles y cencerros, de mantas jerezanas y de colas magníficas, ya ha pasado.

Todavía acuden algunas bestias a que las bendigan y bendigan su cebada. Son las últimas creyentes; pero ellas solas bastan para poner en la calle algo de aquel aire bestial en que, más que nada, se destacaba el pesado espectáculo de la bestia de tiro utilizada como bestia de paseo, bestia para jinetes como el mozo de mulas o el carretero.

Aun tiene este día para todos los animales que hacen servicio en la ciudad algo de día de asueto, y las varas fresneras hacen una tregua, y respetando que es el santo de las caballerías no señalan sus costillas, emballenándolas el cuerpo a palos.

Con todo, ya está muerta esta fiesta, y ahora deberían ir los automóviles a que bendijeran sus 40 caballos desde una especie de púlpito para las bendiciones que se prepara en San Antón. Es una lástima que no se haya inventado el sustitutivo de lo que desapareciendo compromete la fiesta. Ha debido darse su valor de bestias a los automóviles, y convertir en peregrinación automovilista la antigua peregrinación de caballos, burros y mulas.

Así como el sistema de velas eléctricas ha sustituido al de velas de cera en las iglesias, así también había que habilitar este día clásico para la bendición de automóviles, y en vez de la cebada darles gasolina.

Fiesta entre grisura y catarros es la fiesta de San Antón, pero impera aún, contra todos los inconvenientes de la fecha.

Es como un remedo de Carnaval precoz y tiene algo de mascarada con las narices postizas y rojas del frío. Fiesta en la maldecida cuesta de enero y frente al desamparo de los vientos del Guadarrama, necesita toda la tozudez madrileña para celebrarse a través de los años.

Día de perdón entre el hombre y la bestia, ha querido ser durante mucho tiempo como día de cumpleaños del animal, al que ese día se le concede el armisticio en que se reconoce la magnanimidad humana.

Antes de San Antonio Abad, durante las fiestas que se dedicaban a Neptuno, y también en las de Ceres, se engalanaban caballos, asnos y demás bestias de carga, coronándoles de flores y dándoles un buen descanso.

San Antonio Abad, que parece haber nacido en una casa de la calle de Hortaleza, es, por el contrario, del tiempo en que Madrid era sólo arenal deshabitado. Nacido bajo el imperio de Decio, en la aldea de Coma (Egipto), el año 250 de Jesucristo, se retiró al desierto e instituyó la Orden de los Cenobitas.

Todo es inventado en su protección de los animales, pues en las primeras imágenes en que aparece representado con un animal a su vera es ésta el ratón emblemático del país en que había nacido, y sólo después se convierte dicho gran roedor en opulento cerdo, en que parece que se representaban las bajas pasiones que había vencido su santidad.

Convertido en protector de los animales por la querencia popular, se estableció la costumbre de mantener el cerdo del concejo, tanto en Madrid como en los pueblos de alrededor.

En el día de su conmemoración, en el campo de Atocha, y junto a la ermita de San Blas, se reunían los porqueros de la villa con los cerdos y verracos del concejo, adornados de cintas y campanillas, y se les obligaba a una carrera hacia una artesa con cebo, siendo proclamado rey el que llegaba primero. Después se echaban suertes entre los zagales jóvenes, y al que le tocaba la principal se le nombraba rey de los cochinos, coronándole con la ristra de ajos y guindillas con que se había galardoneado el cerdo.

La gran comparsa que se formaba detrás del rey de los cochinos, montado en un asno sarnoso, se dirigía al convento de los Escolapios, donde se bendecía la cebada y paja que llevaban para dar de comer a los ganados, y al mismo tiempo en los panes se imprimía la cruz en forma de T, que es el Tau egipcio, y que es como la marca del Santo.

Prohibida la gran algazara del rey de los cochinos, la romería adquiere un aire de paseo tranquilo, con caracoleos de los animales y contoneo de las personas.

Un periodista de esa época en que la fiesta se civiliza la describe:

«Las llamadas *Vueltas de San Antón* se celebraban el 17 de enero en las calles de Fuencarral y de Hortaleza, y allí era de ver al labrador del pueblo inmediato con su par de mulas llenas de moños y de campanillas, confundido con el lacayo del obispo, que llevaba las del coche de Su Ilustrísima, no menos engalanadas y compuestas que las del tahonero y las de la noria; y entre aquellas pobres bestias se paseaba muy oronda y muy llena de lazos la burra de la lechera, el burro del yesero y los buchecitos de las verduleras.

Pero entre todos los animales que corrían de un lado a otro, brincando de alegría al acercarse a la santa reja donde el fraile escolapio, revestido de estola y sobrepelliz, bendecía la cebada y los panecillos del Santo, eran de ver el matachín de la plaza de toros, y el chulo de los caballos, y el calesero, y algunos otros tratantes en bestias de mayor cuantía, todos en traje de fiesta, cabalgando sobre jacas de dos cuerpos vistosamente arreadas, y llevando a la grupa cada cual a su cada ella, todas chorreando alamares de plata y flecos de seda y broches de abalorio, con su

pantorrilla de diosa Venus, su pie de Cupido, su talle de mimbre, su garganta de nieve y sus ojos de fuego.

Allí era de ver a la maja saltar del jaco para besar la mano al fraile que bendecía la cebada; y recogidos en un saco dos celemines de ella, echaba un doblón de a cuatro sobre la bandeja, y con el pie sobre la rodilla del manolo ponerse de un brinco en la cabalgadura y salir de estampía por la calle de Hortaleza hasta detenerse en un puesto de bollos y gastar un peso duro en *panecillos del Santo*.»

Los panecillos de San Antón se anunciaban en el *Diario de Avisos de Madrid*, de cuyo número del día 16 de enero de 1830 reproduzco algunos reclamos:

«En la confitería de la calle de Fuencarral, frente a la casa de Astrearena, se hallará un abundante surtido de los acreditados panecillos de mostachón al estilo de Barcelona, titulados de San Antonio Abad; también los hay de mazapán, limón, fresa, rosa, frutas y brillantados.

En el horno de bizcochos de la calle de las Hileras, número 8, se despachan los panecillos de superior calidad titulados de San Antonio Abad a precios muy arreglados.

En la confitería de la Puerta del Sol se halla un surtido de panecillos llamados de San Antón, de las clases siguientes: de bergamota, limón, mazapán, canela, naranja, rosa, mostachón, canela al estilo de Barcelona, y de yema lisos y brillantados.

En la confitería de la Red de San Luis, al lado de la pastelería, se halla un completo surtido de los acreditados panecillos de San Antonio Abad, que tanto han agradado al público en los años anteriores, de las clases siguientes: de mazapán, de fresa, yema, brillantados, limón, dulce de naranja, polvo de batata, canela, mostachón a la barcelonesa, bergamota y de anís.»

Panecillos de acíbar se mezclaban a esos panecillos dulces para pega de los amigos, llevando improntados los verdaderos y los falsos la campanilla del cenobita o la T de la cruz.

A la llegada de ese momento democrático, pintoresco y campechano del Madrid de últimos del XIX, la cabalgata de San Antón por la calle de Hortaleza es fraternización de reyes, magnates, grandes gananciosos, toreros, picadores y ultramarineros.

La calle de Hortaleza al ir y la calle de Fuencarral al volver se volvían estaciones para los vinícolas, y los escuadrones se

terciaban y paraban al sesgo mientras las bandejas ascendían hasta los jinetes ofreciéndoles sus lamparillas de tinto.

En este momento la fiesta está clara, espaciada, llena de lagunas de empedrado, lívida de desanimación. ¡Hay tan pocos caballos!

De todos modos, sin saber de dónde, siempre sale un alazán de una esquina, y aun queda una manta zamorana para adornar unas grupas y alguna redecilla de velador para que caiga sobre los ijares. Colas largas, de aquellas que había que recoger con un nudo a los caballos para que no se enredasen con ella al trotar, pocas hay ya, pues también las gastan cortadas a lo *garçon*.

La calle de Hortaleza, que es tan difícil de alegrar de ninguna manera, no logra cordializarse con tan poco público.

Algunos tiznados de recalcitrante borrachera quisieran sustituir la falta de burros con sus aspavientos, gritería y rebuznos de trompeta; pero la recua tendría que ser mucho mayor para resucitar el *carrousel* animado de la fiesta.

Algunas mulas arrancadas al tiro ominoso de los volquetes pasan con sus cabezas enormes y monstruosas con quijada de piedra. En vez de formar la decoración de la romería la profanan, entristecen y prognatizan.

Convenía no dejar caer en un abandono mayor una fiesta en que el hombre encuentra algo del valle ancestral, con sus supersticiones y temores por las bestias que le acompañan.

Habría que llevar a paseo los caballos del circo y bajar por rampas a propósito los caballos de las estatuas, debiendo Botín llevar en formación escolar hasta la verja de los Escolapios la piara de sus lechones.

Los mismos automóviles debían llevar sus veinte o sus cuarenta caballos a la ventanilla milagrera y que les bendijesen un bidón de gasolina, como nuevo forraje de los caballos hipotéticos.

Hay que estar bien con ese Santo, que quizá es el protector contra las gripes súbitas, ya que el *fuego sacro* que padeció Francia en 1089, y que debió de ser una apestosa y subitánea gripe, acabó gracias a la invocación de San Antón.

XXIV

CASILLAS Y RASCACIELOS

Primero fueron las casas debajo de tierra, sin despacho ni salón. Sólo con dormitorio, comedor y el gran salón del botín.

Eran verdaderos hormigueros humanos de sólo una familia.

Después salieron las primeras cabañas, como brotes tiernos de las primeras casas hechas con cal y canto.

Más tarde brotaron las primeras casas, sólo con piso bajo.

Un poco después, las de un piso, y ya, sin interrupción y bastante sincrónicamente, las de dos y las de tres.

En las de tres se detuvo la iniciativa muchos años.

Parecían temer los arquitectos que el cielo se volviese contra ellos haciendo casas mayores, y además temían ensombrecer la ciudad poniendo en ella casas excesivamente altas que eclipsasen la luz.

Un inquilino más arriba del tercero se hubiera sentido venido a menos y convertido en el menesteroso habitante de la guardilla.

¡Qué de conflictos hubiera visto un arquitecto de aquéllos en la erección de una casa de quince pisos!

Hubiera visto una multitud en éxodo perpetuo, bajando y subiendo las escaleras, y el pánico humanitario para caso de incendio no le hubiera dejado trazar los planos sino con pulso tembloroso.

La casa con tres pisos es la casa madrileña por excelencia, la casa que está próxima a la calle, aun en sus alturas, y que permite que el novio apostado en la esquina pueda oír a la novia asomada al tercero.

Hacia el año 1891 aparecen en Madrid bastantes casas de cinco pisos, y en sus escaleras ríen las visitas del que vive en el piso quinto y aparenta vivir en el tercero. La pega del entresuelo, primero y principal chocó al principio como la cosa más hipó-

crita y convencional del mundo. ¿Qué hubieran dicho de ese principal que hoy es quinto piso?

El Madrid del nuevo siglo hace que todos sus transeúntes miren al cielo muy escandalizados cuando aparecen las casas de seis y siete pisos.

No tenían postura hecha para mirar a esas alturas, y se les iba la cabeza muy hacia atrás, con postura de contempladores de lo astronómico. Aún me acuerdo de aquellos gestos contorsionados ante la novedad inaudita.

Los vecinos de aquel último piso eran como gentes que habían subido en globo, y sólo se mudaban a los pisos muy altos los que tenían la cabeza muy firme.

Angustia sentían las mujeres al ver asomado a alguien a aquel último piso, y cuando en la fiesta de sombrillas todos los vecinos se asomaban con sus quitasoles correspondientes, los de los últimos balcones parecían asomarse con paracaídas.

La primera casa de ocho pisos que se construyó en Madrid tenía a su alrededor un público de circo, como si estuviera viendo la acrobacia más difícil, el ejercicio más peligroso del mundo. Aquellos desocupados de entonces, que eran mucho más desocupados que los de ahora, presenciaban todo el crecimiento del último piso sin perder el equilibrio de ninguno de sus ladrillos.

Todos los que pasaban contaban esos ocho pisos entre la apuesta de si eran siete u ocho. El pánico con que se contaban los pisos puestos en pie hacía que se equivocasen los que contaban, y hasta a veces llegasen a contar nueve pisos.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —decía horrorizado el que oía el número.

Hoy la cosa ha llegado más allá. Ya se mira hacia arriba como se mira hacia los lejanos horizontes. Tanto, que parece que el horizonte se ha incorporado y se ha despezado sobre las alturas.

Sabemos mirar a lo alto como los de entonces no sabían mirar, pues se relajaban y se enjorobecían mirando hacia arriba.

Madrid ha crecido hacia el cielo como no era de esperar, y los aviadores tienen que elevar sus vuelos al sentirlo cerca. Ya es gran obstáculo de torres y terrazas. Ya lo de desde Madrid al cielo no es una fantasía, sino un tramo más en las altas terrazas.

Hay muchos habitantes de los últimos pisos que tienen que

ver más con el cielo que con la tierra, y a los que les llega la brisa refrescante que los aeroplanos derrochan con sus hélices.

Una luz de libro muy abierto junto a la gran lámpara diurna se refleja en esas alturas, y las lontananzas son vistas como si se hubiese salido de la ciudad en galera acelerada, pudiéndose observar los barrancos que rodean a la corte y las montañas que la cierran.

Los altos pisos sirven a la meditación y aclaran los problemas cotidianos. Una muchacha acostumbrada a un último piso es menos sentimental y se deja engañar mucho menos que la que habita un piso entresuelo, así como un muchacho que vive en el octavo piso se plantea el porvenir con mucha más decisión que el que vive en un piso bajo.

También en este ensayo sobre los rascacielos madrileños se podría decir que en los últimos pisos apenas hay pianos.

La característica del Madrid actual son grandes casas, en que la originalidad del arquitecto crea una arquitectura rara que va a hacer de Madrid la ciudad más estrambótica del mundo, personalidad que no es de desdeñar y que mareará a los turistas.

Madrid va a ser la ciudad de los cimborrios y remates estrafalarios, altisonantes y elocuentes, siendo de admirar esta arquitectura de creaciones que son como anteproyectos del proyecto del porvenir, diferentes modelos de construcción para que el porvenir elija.

Escaleras de seres que quieren subir al cielo, los nuevos inquilinos tienen un asomarse de suicidas al alto balcón; pero pronto se establecen en las alturas, y encienden con tranquilidad cotidiana la luz de fareros de las estrellas, evitando que los que no llevan luz tropiecen con las chimeneas del poblado.

Fotógrafos, muchas veces sin máquina fotográfica, son todos esos habitantes de los últimos pisos, y se ven los rostros en el espejo de tocador como si su cabeza estuviese guillotizada por la luz.

En la Gran Vía se ven crecer los altos edificios como por encanto, y la Asociación de la Prensa es como el edificio de edificación continua, sobreañadido por la cantidad de periódicos que han de caber en sus casilleros, remontado por lo distintos que han de ser los colores de sus periodistas, complicado como un número extraordinario de todos los periódicos venideros o una corrida benéfica con veinte toros. Las plumadas para cons-

truir ese edificio perdieron el hilo y hubo que anudarlas a la guita de una cometa.

Como floración que el sol del verano alienta y fecunda, el edificio de la Telefónica se adorna todos los días con un nuevo piso de ramaje de hierro, apareciendo esa gran araucaria japonesa que es como esqueleto de pagoda en toda construcción moderna.

Los que han salido en los ómnibus del ¡adiós, Madrid, que te quedas sin gente!, cuando vuelven se encuentran con varios rascacielos, nidos de máquinas de escribir, atalayadores del negocio, archivadores automáticos del mundo.

Pero no es lo sorprendente toda esta nueva creación arquitectónica, sino cómo se han enjaretado pisos en las construcciones antiguas, y la pequeña casa de campo ha recibido sobre sus hombros cinco pisos más, y aquella otra casucha bobalicona que era como un caserón del antiguo Madrid ha sido aumentada hasta hacer a las nubes esponjas de sus terrazas.

¡Qué enorme dolor de riñones y de pies el de esas casitas, que ya nadie sabe que están hundidas bajo una apariencia de boyante rascacielos!

En algunas de ellas el caso es sorprendente, porque no tenían cimientos, y se puede decir que están sosteniendo todo el peso poniéndose de puntillas sobre la punta de los pies.

Al andar de nuevo por las ciudades grises y contrastarlas una vez más con Madrid, he encontrado que nuestra villa y corte es lo que más se parece a Nueva York.

Primero lancé esa idea con miedo entre dos o tres amigos que me preguntaban: «¿Y cómo está Madrid?»

—¡Ah, sí? —respondieron mezclando admiraciones e interrogaciones en una misma frase, aunque lo tiene prohibido la Academia.

Después busqué una reunión de veinte personas para hacer una nueva experiencia de mi reciente teoría, y noté que mi nueva opinión de Madrid no armaba escándalo.

Mi suposición es una suposición intuitiva, pues yo no he estado nunca en Nueva York. A lo más, en los días en que el aire está limpio y la baja marea es más baja, se atisba la silueta de Nueva York desde Lisboa, ya que están frente a frente. Con eso y con saber qué hora es en Nueva York cuando aquí es otra, y con lo visto en revistas y cines, ya tenía yo un atisbo para calcular lo que ha sucedido en la fisonomía de Madrid.

—Pero ¿en qué encuentra usted que Madrid se parece a Nueva York? —me pregunta el consumidor de las opiniones.

Entonces yo comenzaba a hacer gestos de convicción, y decía:

—En la nueva arquitectura, que generalmente no tiene tradición... En la altura que se da a los edificios... En la claridad que conservan todas las arquitecturas y las fachadas... En cómo no hay repugnancia a ninguna novedad... En no sé qué; en algo que otras ciudades no admiten, en el aire simple y alegre con que se vive la calle.

Mi teoría corría ya por París, y cuando yo entraba en algunas reuniones notaba un silencio especial, como si de pronto hubiesen dejado de discutir el asunto.

Notaba yo cierta envidia en los demás al decirles que era la única ciudad de Europa que espejeaba ese aire rotundo y claro de ciudad norteamericana.

Alguien me tomó rabia desde el punto y hora en que di por viable la nueva teoría de Madrid, y yo creo que ya habían formado una Junta panamericana para ahogar mi teoría.

Pero mi teoría está en circulación, y mi antiguo condiscípulo Torres Perona, que ha llegado a Madrid después de muchos años de ausencia, durante los cuales ha vivido precisamente en Nueva York, ha aceptado mi hipótesis y la ha convertido en hecho verdadero, pues lo primero que dice a todo el que se encuentra es lo mucho que Madrid se parece a Nueva York.

Así, mi teoría, que era un globo sonda en París, y que Torres Perona, en un «bar» de Lutecia, recibió con un granel de exclamaciones entre dudosas y carambitantes, es ya una opinión irremovible.

No quita el que tengamos churrerías, cafés cantantes y barrios castizos el que seamos neoyorquinos «crúos».

Para ser justo en la historia de este descubrimiento, tengo que reconocer que ya había algunos madrugadores que en sus falsificaciones ponían «Made in U. S. A.»; pero lo hacían para garantizar sus mercancías ante esos lerdos palurdos que no se daban cuenta de que Madrid podía emparejarse con Nueva York. Ahora espero que pongan «Made in U. S. de la Puerta del Sol».

XXV

LAS NOBLES CALATRAVAS

La iglesia de las Calatravas tiene un empaque extraño, en que la arquitectura se escapa, se va hacia atrás, se va hacia adentro, se peina «hacia la nuca».

Es una iglesia de gran corazón, de gran recato y de gran cúpula; que la agobia de tal modo, que llega a parecer como la barquilla del globo anchuroso y remontante de la cúpula.

No tiene gran historia esa iglesia, aunque se graba en la imaginación del madrileño o del que pasa por la corte como raro y complicado bordado de sus recuerdos.

Tuvo principio este convento en un despoblado del obispado de Cuenca, de donde pasaron las religiosas a la villa de Almonacid de Zurita, en 1576, trasladándose a Madrid en 1623, por mandato de Felipe IV. Después de haber estado en Santa Isabel, y posteriormente en una casa de la calle de Atocha, fue construida esta iglesia, que se levantó, con adornadas cresterías y ricas labores de jareta y ganchillo, en plena calle de Alcalá, en la primera mitad del siglo XVII. El monarca y los magnates de la corte dieron grandes donativos para que la iglesia fuese espléndida.

El convento y la iglesia fueron restaurados gracias a la munificencia del rey D. Francisco de Asís, cuyo retrato aparece en el pórtico, y bajo la dirección de D. Juan de Madrazo, siendo retocado de nuevo hace pocos años, anulando este último retoque el valor del anterior.

La iglesia es de planta de cruz latina, decorada por pilastras de un orden tan caprichoso como el de todo su adorno. Las esculturas del retablo mayo son de D. Pablo González Velázquez.

La advocación de este convento es de Nuestra Señora de la Concepción; goza del título de Real y en su sacristía se asocian las Órdenes militares de Calatrava y Montesa.

¡Cómo recordamos en una histórica sucesión de fotografías, que parecen siempre las mismas, esa sacristía antigua de las Calatravas, en que los caballeros vestidos de blanco —como comendadores infiltrados en el convento desde el otro mundo—, se destacan sobre las oscuras puertas de cuarterones profundos, toscos, como las acusadas onzas de unas enormes libras de chocolate!

La cruz de Calatrava que está inscrita en el rosetón principal del edificio parece que está pintada en el pecho de la portada y figura en nuestro recuerdo de las Calatravas —sobre todo los días que no la vemos—, como pintura al fresco que la cubre, como desarrollo de aquella cruz que, así como un rey la pintó en el pecho de Velázquez valiéndose de uno de sus mismos pinceles, otro rey la trazó en su pórtico el día de la inauguración, como condecoración concedida por gracia pictórica de Su Majestad.

La cruz de Calatrava toma parte en toda la decoración imaginativa que se sobrepone a la misma decoración de la iglesia.

Esa cruz adornística por excelencia, que es la cruz de Calatrava, influye con sus ringorrangos en que sea más insinuante y plateresca la visión de esta iglesia.

Es, desde luego, la iglesia de las Calatravas una iglesia eminentemente cortesana. Tiene tipo madrileño neto, y cada vez más tipo «de la calle Alcalá».

Por eso tuvo y tiene tan marcado aspecto de iglesia de moda, de iglesia en que a cualquier revuelo parece que se va a verificar la salida de una boda de personaje, o que quizá van a salir el rey y la reina.

La pretenciosa mañana de los domingos de Madrid la ha subrayado esta iglesia, cuya arquitectura también parece que se endominga los domingos, fenómeno raro, cuyo secreto, después de todo, debe consistir en que es que lleva traje de domingo toda la semana.

La salida de esa iglesia, más cubierta que ninguna por una especial pasamanería decorativa, tiene descaro elegante, y las mujeres que salen irrumpen de lleno en la plataforma de las fotografías de la calle de Alcalá. Si no fuese una imagen un poco profana, yo diría que esa salida tiene algo de salida de baño en el mar, escogiendo el sitio de la playa en que se reúnen todas las miradas, en que hay mayor aglomeración de jóvenes galantes.

La iglesia de lujo un poco recargado, la iglesia para esas



Las Calatravas



buenas elegantes madrileñas, a las que les sobran algunos adornos, agremanes, trencillas o gaiterías en la interpretación de la moda, es la iglesia de las Calatravas. En la plateresca mañana dominguera de Madrid nada tan bonito como ver bajar el estrado a las damas que salen de misa de doce.

También las Calatravas armonizan muy bien en Semana Santa con las envolantadas muchachas que recorren las estaciones con la mantilla terciada y el abanico a la defensiva. Es en la iglesia en que las «juevesantistas» adquieren más solemnidad y en que al salir salen como retratos ya «fijados», encuadrados y con el fondo a propósito.

En el frontispicio de esa iglesia se verifica una teatral transfiguración de las dos estatuas que lo decoran, y que, no sé por qué, en el remoto estar pensando se me aparecen muchas veces como estatuas de Don Juan y de Doña Inés, porque, para ser más típica, castiza, y estar siempre en plena y viva *reprise*, es como la iglesia del *Don Juan Tenorio*.

¿Y cómo pensar que, aun con todo eso, esta iglesia de los hombres mundanos, y de las damas abonadas al Real, y de las elegantes de Semana Santa, y de las que se casan con mayor estrépito y lucimiento en su noviazgo, lleno de mañanas de domingos, tiene un grave fondo de clausura que la hace recoleta?

Las constituciones de las religiosas de la Purísima Concepción, comendadoras de Calatrava de Madrid, dicen:

«Dos son las clases de religiosas que componen nuestra Orden: las de coro y las llamadas legas. Las primeras entienden en el canto del Oficio Divino y en los oficios principales de la casa, y las segundas ayudan a las primeras en el desempeño de los quehaceres más humildes. Se distinguen las unas de las otras en que las de coro, cuando novicias, visten de blanco y llevan correa, y cuando profesas, llevan el hábito blanco y el escapulario y velo negros, y asisten al coro con cogulla blanca; y las legas, de novicias llevan el hábito negro, correa, velo y escapulario blancos, y de profesas, todo negro, y cuando asisten al coro, manto blanco.

»Las de coro llevan al pecho la cruz de Calatrava y las legas no. Procuren las hermanas legas ser siempre muy atentas al obsequio de las religiosas de coro, sirviéndolas y tratándolas con toda humildad, respeto y amor, como a siervas y esposas de Jesucristo, dedicadas especialmente a su culto en sagrados ministerios. Las de coro, a su vez, estimen, amen y consuelen a las

hermanas legas como a espirituales hermanas en Cristo, siendo con ellas muy afables, benignas y caritativas. De unas y otras no se han de recibir sino las que fueren aptas para el fin y de provecho a la religión. Éstas han de tener, por lo menos, quince años, han de ser virtuosas y muy inclinadas a la perfección y de fuerzas bastantes para tolerar los trabajos de la Orden.»

En ese fondo oscuro y grave de convento que tiene esa iglesia, con fachada como «hecha por la modista», queda todo el rigor de esos capítulos de la Regla titulados: «La castidad», «La pobreza», «De la clausura», «Del ayuno» —palabra que hubiera debido tener *h*, pero que para ser más ayuno, para que haya en él más padecimiento que en hambre, no la lleva—, «De la labor de manos», «Del oficio de las consiliarias», «Del oficio de las escuchas» —las que asisten a los locutorios para oír todo lo que hablan las religiosas que salen a ellos—, «De las refitoreras» —que deben ser muy limpias y preciadas, para que cuando salga la comunidad del refectorio quiten todas las superfluidades—, «De la diferencia de las culpas y sus penas», etc., etc.

Pero lo que pone un negror más triste en ese fondo de iglesia, lo que da más resalte a esos grupos de hombres de mundo, que por un momento se ponen los blancos ropajes del mayor arrepentimiento, es la angustia de agonías sofocadas que siempre flota detrás del enrejado del coro, y que ha quedado flotando de siempre; agonías tétricas de las monjas que anuncian las que velan a la enferma, «tocando las tablas» para que acuda toda la comunidad.

DEPARTAMENTO



XXVI

LA ENMARAÑADA CALLE DE SEVILLA

Los nostálgicos de su antigua calle se agrupan aún alrededor de «El Suizo», de «El Inglés» y de «El Diván», los cafés que habían ido naciendo en aquel trecho como nidos de los contertulios de la calle. Protegidos por esos establecimientos estancos de las conversaciones y del vagar que son los cafés, los últimos tipos parados charlaban a la vista de sus cuartelillos.

Los cómicos, que abandonaron antaño las esquinas de la calle del León, desde las que gozaban en el tramo de la ciudad las perspectivas de su Retiro y su Prado, se encararon con la calle abierta y hasta engrosaron sus grupos, porque Madrid había crecido y su expectación teatral llegó a la mayor intensidad.

Los toreros, con sus chaquetillas cortas llenas de conteras y guardapuntas colgantes, lucían el anillo de calva de su coronilla, media luna en menguante, de la que nacía el tirón de su coleta. Dando su imponente reverso al público, aquellos toreros eran como grandes cincos con las manos en los bolsillos y el calañés muy metido sobre los ojos.

Al anoecer, aquella calle de Sevilla se llenaba de apretujones de baile lleno de bote en bote, pues era la época en que la multitud bailaba el agarrado. Con cuerpos parecidos a los de esas mujeres con sólo busto que se exponen en las ferias, muy engasadas y apretado el nudo de sus gasas en la cintura avispal, las hembras tenían reflejos de escarabajo en sus ojos, movidos y jugados con voltejeo que ahora apenas se lleva.

Las joyerías —hoy tan frías— tomaban a aquella hora un aire frenético y apasionado, pues el vivaz carbunco que había en cada piedra preciosa no se había congelado aún. (Hoy las joyas tienen algo lunar, porque ya no es tan absoluta la cosa de ambición máxima que tenían y que precipitaba la combustión entre joyas y miradas.)



¡Desaparecida calle de Sevilla! Desaparecida cuando más urbanizada y ancha es, y como vacía y sin nadie cuando más gente la transita, ¿por qué es que el caudal sea siempre distinto y nunca cobre la personalidad y carácter de lo que se estanca y se queda a tertuliear? Los parajes más tristes de soledad son los ríos, porque están pasando siempre, y cuanto más rápida sea la corriente, más solitarios.

Ya no se trasparece el secreto espíritu de esta calle. Se diría que se nos ha evaporado de pronto.

El que sin estar en antecedentes cruce ahora la calle de Sevilla no podrá sospechar que allí se ha defendido hasta última hora el espíritu complicador de la ciudad, esa bohemia de cómicos, toreros y políticos que añadían personalidad novelesca a la tendencia de ser sólo un gran clasificador a que propende el orden y la burguesía de la sociedad cortesana.

La calle de Sevilla era recoveco de lo que es la ficción y el juego trágico de la vida, mezclándose el político a esa confabulación de los actores y los toreros, porque el político aquel era el hombre de la estratagema, de la farsa elevada a la elocuencia, y sabía seducir Poder y tener sus horas de rumbo en sillones de zarzuela grande.

Toda esa superfauna —quédese lo de fauna para otras multitudes— necesitaba más esquinzos y recodos, pues el viento y la luz la empujan como a fantasmas de fácil levitación.

Rectilinizada la calle y aclarados sus laterales, la superfauna ha tenido que huir y guarecerse entre piedra y piedra de sillería de los grandes edificios, en estrecho nidal de salamandras.

Era aquella calle de Sevilla, insistentemente desvirtuada ahora, el trascorazón de Madrid, ese revés de la ilustre víscera en que se fraguan el sentimentalismo y la fantástica esperanza.

Lo que de vago, iluso e improvisador de fiestas y entusiasmos tiene la vida, mantenía sus larvas en aquellas esquinas y rinconadas.

Hubo un tiempo en que el tema de la calle de Sevilla era tópico de los divagadores, y yo conocí a alguno que, por ampliar el sablazo que daba en aquel paraje, lo describió con coro de adjetivos farandulescos y lo publicaba siempre que le pedían un artículo. En todas las colecciones de los periódicos de la época figura aquel artículo, escrito con retórica de cómico y de autor dramático, esa elocuencia para desparramada a telón corrido y que no se sabe si está escrita en el papel o si es el cómico el que

la improvisa, pues es digna de su lengua, su psicología y su topiquismo.

Hoy ha llegado a ser un tema original el de evocar la calle de Sevilla barrida de comparsas, de cuadrillas y de arbitristas. Parece que la han acertado, y un peluquero le ha arreglado el pelo demasiado al rape, y la han repulido para que sea resbaladiza y pasajera. Se la recorre en un soplo, y ruega que se transite con una conminatoria voz baja de guardia. Ya no tiene barrera en que los toreros se paren, y los cómicos famélicos se han trasladado al otro mundo para tener sus tertulias de esquina, y hoy se reúnen en los rincones de cementerio.

* * *

En los primeros planos de Madrid, la calle de Sevilla es la maraña en que se recoge la intriga. Llamada de los Panaderos en un principio, después se llamó de Peligros Ancha, frente a la de Peligros Angosta, que es la actual de su nombre, llamadas ambas así porque hubo en el convento de Vallecas —que se levantaba donde hoy está el café de Fornos— una Virgen que trajo un cautivo y que hizo el milagro de salvar a una niña que cayó en un pozo en relación con una atarjea, exclamando la madre al ver a su hija a salvo: «¡Virgen mía de los Peligros!»

En aquel tiempo, entre el vericuetto de sus casas, plantadas por ese niño que las coloca como en un nacimiento al principio de las ciudades, había una bocacalle que, frente a la de Arlabán, salía a la calle de Alcalá y se llamó de los Bodegones; después, de Hita, y, por fin, antes de construir la Equitativa, travesía de los Peligros.

Con el escape de la de Arlabán y el callejón inmundo de los Gitanos, allí jugaba al escondite Madrid.

Asfaltada, pero sin consentir el paso de carruajes, se llamó de Sevilla, quizá por cómo evocaba la calle de las Sierpes y era burladero de piropos y sitio de colmados.

Esos madrileños que se ensañan contra todo lo pintoresco, consiguiendo crear lagunas de *nada* en lugar de lo que era algo, consiguieron abrir demasiada brecha en aquel refugio de peatonas y peatonas.

Día de alegría progresiva fue aquel —mayo de 1879— en que la piqueta comenzó a derribar la casa número 1, donde tenía su taller el famoso sastre Utrilla, autor de las mejores levitas



grises de la época, y también le tocó caer entonces a la administración de loterías de las Cuatro Calles, que era la reputada de tener más suerte entre todas las de la corte.

Todavía, después que hubo pasado por ella, con insoportable orgullo, el primer coche de dos caballos, se resistió la calle de Sevilla y conservó casucas, rinconadas y biombos para que sus transeúntes hablasen en grupos. La piqueta —el zapapico, como preferían decir entonces— continuó su tarea y se levantó la Equitativa, que compensó con su sombrío aspecto, al estilo de Londres, el ramalazo de luz que había entrado por la abertura de la calle de Alcalá.



XXVII

LA SEÑORIAL TORRE DE LOS LUJANES

Al mirar la Torre de los Lujanes se piensa en la grandeza de Francia, imperecedera e inmarcesible, encerrada dentro de su encarnación máxima en aquel recinto estrecho, aunque bien altivo.

El hecho de una comprensión tal es lo que maravilla frente a la torre desmedrada. ¿Cómo pudo concentrarse en tal torreón la grandeza de aquellas campiñas llenas de poder y de aquellos castillos en que se refugia Francia sin ceder a ninguna circunstancia?

Parece que una representación tal en tan reducido espacio debió dilatarlo y que la torre, convertida en dirigible de anchas proporciones, hubiese salido para Francia con su rey en la barquilla del portal.

Así como otros monumentos de Madrid tienen una significación propia y España se levanta en ellos, en esta torre lo que se monumentaliza es el fraterno pueblo, por una vez huésped más que cautivo de España.

Momentánea circunferencia de Francia, circunscrita por la plaza de la Villa en combinación de fronteras con el callejón del Codo, plaza del Cordón y calle de Puñonrostro, el suceso es extraordinario, no por la victoria, sino por la coincidencia.

Gran frasco de esencias de la Francia inmortal es para mí en las horas de contemplación la torre modesta, que es como desván de las cosas que han sobrado en el palacio de al lado. Como a tantas torres de Castilla, la ha salvado el recuerdo del prisionero que encerraron en la parte encumbrada de la casa, para no humillar más su prisión y porque para los prisioneros sin alcurnia están las cuevas. Los encerrados en torre tienen otra categoría, y por eso los inmortales prisioneros de la Torre de Londres y de los áticos del Palacio de Venecia, donde los plomos derretían los cráneos, tuvieron tan altas cámaras.

La plaza de la Villa siempre tendrá su altivez en esa torre, ya sin autoridad, y, sin embargo, más autoritaria que las que puntiagudizan el Ayuntamiento. Pero lo municipal, ¡qué pequeño al lado de lo que resume un deliquio o paroxismo histórico!

* * *

Era la hora monumental de España, esa por la que una niña preguntaba a su mamá en Noruega: «Y esto, mamá, ¿cuándo fue de los españoles?»

La batalla de Pavía, dada en el Carnaval de 1525, tenía sobre el campo de combate aires de auténtica carnestolenda, pues sus grandes jefes vestían el disfraz de hierro de la armadura, y sobre él, para más hermetismo, llevaban sayo de terciopelo, que en el rey de Francia era morado y bordado de efes, como enjambre del recuerdo de Francia; el del virrey de Nápoles, que dirigía las tropas de España, bordado de castillos, y el del príncipe de Escocia, que acompañaba al rey de Francia, de brocado sembrado de cruces blancas.

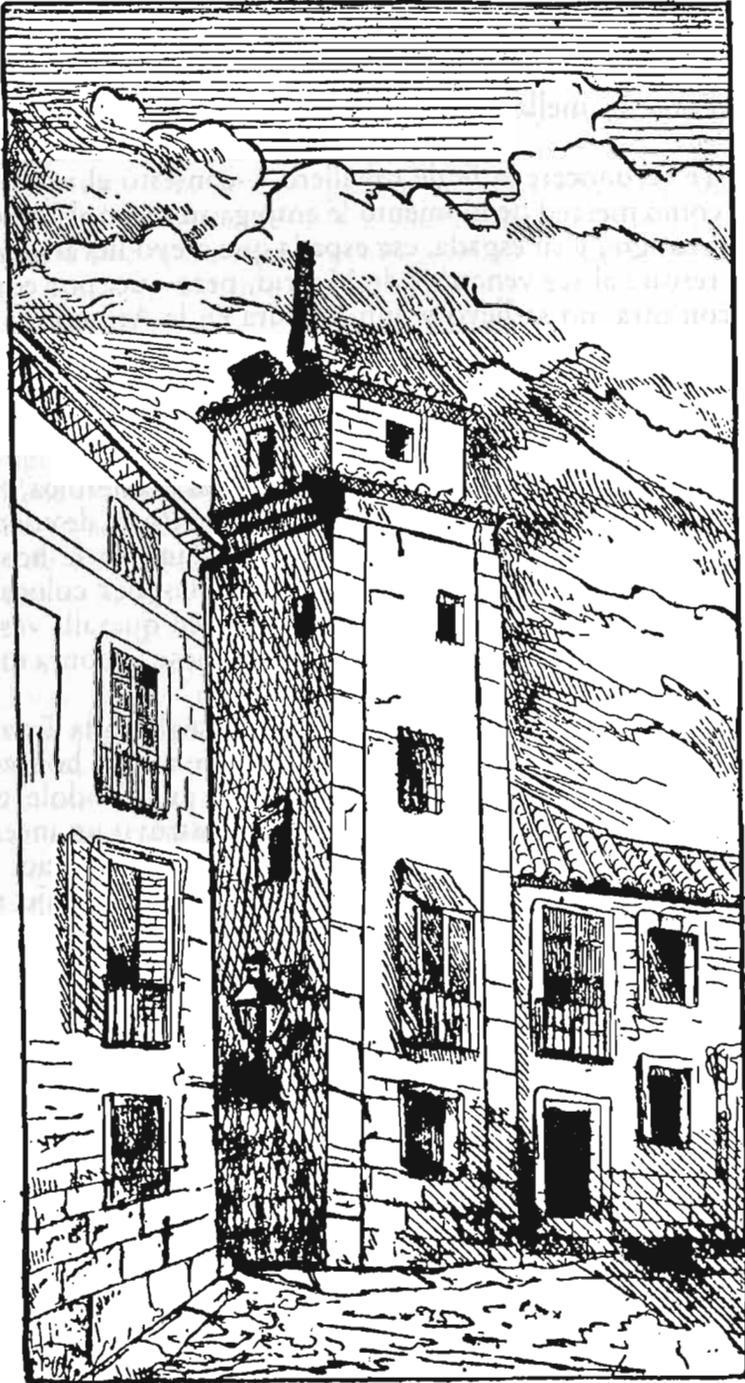
La mascarada del «no me conoces» sangriento tuvo esas fases de ciclones contrarios que rectifican varias veces la victoria, que parecía venir de un lado y que cambia de otro.

El marqués de Pescara, valiente, insubordinado a las órdenes de sus jefes, campante por su cuenta, como todos los grandes capitanes de España, engañaba a sus soldados para que no retrocediesen y los lanzó hacia el campo enemigo para que saciasen su hambre de pan en discurso que acabó con estas palabras: «Por tanto, hermanos míos, la cuenta es que, si mañana queremos comer, allí lo hemos de ir a buscar.»

Decidida la batalla en favor de los españoles, porque estuvo dada en rebelión contra el mando demasiado político del que iba en silla de manos, el rey de Francia es descubierto por el soldado Juan de Urbieta, que, no pudiendo darle alcance con su caballo, dice a un arcabucero: «Aquel caballero que huye es el rey de Francia... Yo no puedo alcanzarle; que le alcance tu arcabuz.» El arcabucero dispara, y el caballo del rey de Francia cae herido y pilla bajo su peso a su jinete. Juan de Urbieta lánzase sobre Francisco I y, poniéndole la punta de la espada en el rostro, le conmina a rendirse.

—¡Me rindo al emperador! —contesta el rey, omitiendo al criado que le sojuzga.





Torre de Los Lujanes

El enmascarado Urbieta se levanta entonces la visera de su careta de hierro y enseña su dentadura mellada al rey, diciéndole:

—Por esta mella podréis reconocer siempre al que os ha rendido.

—Te reconoceré, a fe de caballero —contestó el rey.

Y como merced de momento le entrega su manopla derecha, tinta en sangre, y su espada, esa espada que creyó llevarse Murat como rescate al ser vencedor de Madrid, pero que, por equivocarla con otra, no se llevó y aún perdura en la Armería.

* * *

Después de esa primera parte de la mascarada heroica, el rey cruza el mar, desembarca en Valencia y entre vítores de consuelo llega a Guadalajara, donde el duque del Infantado le hospeda como si fuese su cortesano del Louvre, y después coloca una inscripción en su palacio en que sólo se dice que allí «estuvo aposentado el rey de Francia», como si ésa fuese la honra mayor del gran caserón.

Trasladado a Madrid, Francisco I se hospeda en la Torre de los Lujanes, para que a los pocos días aprecie más el honor que le dispensara el emperador recibéndole y guardándole en el Alcázar, en aquel primordial Alcázar que destruyó un incendio y sobre cuyo solar estratégico se levantó el actual Palacio.

Ha habido discusión sobre la verdad de ese hospedaje, porque algunos historiadores no lo relatan, quizá por recomendación de que resultase más decidido el honor de que el prisionero penetrase directamente en el Alcázar; pero el maestro Gil González Dávila, cuya autoridad no ha recusado ningún historiador, da ya por cierta la estancia del rey en el primer piso de la Torre de los Lujanes, piso de interior ricamente alhajado y cuya techumbre de gruesas alfardas o tirantes estaba enriquecida, así como los intervalos, de frisos y follajes pintados con brillantéz y orificencia. (Francisco I tuvo el antojo de unas fresas en aquel recinto.)

Lo que puede ser legendario es que le introdujesen por la puerta pequeña para que tuviese que humillarse bajando la cabeza al entrar, pues no va bien ese rasgo con la cortesía arrasadora de las plumas del sombrero por el suelo con que en

rendidos saludos le llevaron y le trajeron sus guardianes de honor durante toda la travesía.

Francisco I, en la Torre de los Lujanes, fue tratado a cuerpo de rey, sin que le perturbase la escena fanfarrona y rumbosa en que seguramente intervino un soldado llamado Roldán, que le presentó una bala de oro que había preparado a su salud, deseando darle muerte de una manera digna, y que Francisco I agradeció por la buena intención revelada al fabricarla tan costosa y por el regalo que de ella le hacía.

* * *

Declarada monumento nacional y restaurada después de mil ambages, la Torre de los Lujanes ha tomado un aspecto de castillete de teatro que no tenía su estampa.

La Academia de Ciencias Morales y Políticas ocupa el palacio de los Lujanes, y en su gran salón, a la par que algunos discursos luminosos, muchos viejos políticos han leído sus plúmbeos discursos, de esos que dan más sed al público que al orador, y con cuyos folletos impresos no se sabe lo que hacer, dándonos ganas de soltarlos al salir de nuevo a la luz de las plazas y que vuelen hacia los parajes en que no se habla, y donde se irían tan a gusto a sacudirse sus letras.

En ese recinto histórico también se vuelve histórica la Academia, que no barruntó la manera con que hay que gobernar el mundo, empeñándose en retrasadas fórmulas en momentos de latidos impacientes y nuevos, inesperados a la derecha e inesperados a la izquierda.

Pero la torre no tiene que ver nada con nada, guardando en su frente un recuerdo categórico y gozándose en ser avizora y vigía, como todas las torres, que, si vieron y vivieron el pasado, en su talante genial y levantado está la facultad de que vean y divisen lo por venir.

XXVIII

EL PALACIO DE LAS SIETE CHIMENEAS

Desde luego, al pasar por la calle de las Infantas se siente la impresión de esta casa, como la de esas que emergen sobre las ciudades castellanas, y que, con su rostro rojo y severo, encejado con hierros fuertes, se encaran con el horizonte.

Yo, que soy madrileño y he bajado desde muy niño por la calle de las Infantas, porque la niñera buscaba esa calle para que no nos perdiésemos en la balumba y la ruda corriente de la calle de Alcalá, recuerdo mi impresión de la «casa de las siete chimeneas» con cierta justeza, que me hará no mentir ni inventar esa impresión llena de netitud que se obtiene en la infancia.

El edificio sombrío, en el que brillaban los cristales de los balcones, me anublaba un poco la tarde. «Ahí vive —me decía uno de los últimos señores de horca y cuchillo— un hombre que no sale de casa porque cree que todos los días llueve.»

—Esa es la «casa de las siete chimeneas» —me dijeron un día, sin poderme explicar bien claro por qué era la «casa de las siete chimeneas», siete chimeneas que en mi imaginación se convirtieron en quince, dieciocho o veinte chimeneas, y no chimeneas de cocina —tengo que anotar este detalle—, sino chimeneas de salón, chimeneas a cuyos pies se sentaban los numerosos hidalgos de barba entrecana que habitaban la casa. Eran para mí aquellas chimeneas como teléfonos de las brujas, como buzones por los que los tragos echaban un zapato, un pie danzante y coleante o una cabeza guiñosa y que sacaba la lengua macabramente.

En mis paseos de muchos años, la casa de las siete chimeneas me merecía un reajo amedrentado y sospechoso. Los hidalgos, que nunca salían a la calle, se veían pasar desde sus altos sitios, colocados al fondo de los salones, y desdeñaban al joven de otra época que iba hacia el Retiro, que para ellos era un lugar arrancado al dominio de los reyes, para el que hubieran exigido la



reserva de que sólo lo pudiesen visitar los que tuviesen la autorización real, para ellos y «personas que les acompañen».

El viejo hidalgo estaba momificado en la casa roja, astringente, con un entronizado balcón principal para la arenga. Guardaba allí sus muebles de caoba oscura, y tenía un criadito negro para respetar la tradición de los hidalgos que estuvieron en tierras de esclavos.

Todo el Madrid viejo y arcaizante se condensaba en esa casa, atezada por los soles del pasado.

Después fue Banco de Castilla.

¿Pero fue así siempre este edificio? No. Nos engañan con su gran hipocresía las cosas reconstruidas. Nos engaña como si fuese el mismo el Alcázar de Segovia, completamente reconstruido, y el campanil de San Marcos, edificado con ladrillos nuevos, de hace muy pocos años.

Era otra esa casa. Más chaparra, más arrinconada, entre el callejón de las Siete Chimeneas —no existía entonces la plaza del Rey— y la calle de las Infantas, pasándose a su vez por un camino entre tapias, tapias de conventos y tapias de huertas, en la hora en que Madrid estaba lleno de calles entre los biombos de las tapias pueblerinas, detrás de las que sonríen y se sienten a salvo y bajo la luz del día al mismo tiempo los moradores.

La historia de esta «casa de las siete chimeneas» comienza el día en que sobre la huerta y jardín que fue en tiempos, y en la que brotaban siete «bodegones de puntapié», alumbrados por siete farolillos, surgió esta casa de campo, que elevó sus siete chimeneas al cielo para expiación de los siete pecados capitales que se cultivaban en el antro de los siete bodegones. Fue un montero de Felipe II el que hizo crecer la finca para dotar a una pupila o hija suya que iba a casarse con un capitán de la Guardia Amarilla, y fue el arquitecto Juan Bautista de Toledo el que erigió el edificio, con la ayuda de Antonio Sillero.

El capitán Zapata murió en Flandes, y a poco de morir apareció sin vida en su lecho nupcial la joven viuda, sin que se supiese a ciencia cierta cómo había muerto.

Sacada a pública subasta la «casa de las siete chimeneas», la compró D. Juan Ledesma, secretario de Antonio Pérez.

En el año 1577 llegó a Madrid D. Juan Arias Maldonado, que servía en el Perú y fue declarado cesante. Traía consigo a su bella esposa, doña Ana, que le acompañaba para gestionar su reposición. Don Juan Ledesma se encargó de conseguirlo; pero,

enamorado de la hermosa doña Ana, un sagaz joyero de la corte, D. Baltasar Cotaño, la pretendió, y al no recibir prenda de ella, se propuso, de acuerdo con Ledesma, arruinar a Maldonado, aconsejándole que llevase una vida de mucho lustre, para conseguir mejor su empeño, y haciéndole que comprase al fiado la «casa de las siete chimeneas» para mayor dignidad, consiguiendo al fin su intento de ruina y que a poco falleciese, no consiguiendo que doña Ana le aceptase ni con el regalo de la «casa de las siete chimeneas» con que se había quedado el usurero para engatusarla.

Desde la época del *Perulero* se saben pocas cosas de la turbia casa, hasta que la adquiere el doctor D. Francisco Sandi, fundando con ella un vínculo o mayorazgo en 30 de junio de 1590, siendo el heredero del vínculo D. Segismundo Colmenares, que la reedificó en parte al construirse el Circo Olímpico, hoy Circo de Price.

En la «casa de las siete chimeneas», que aparece habitada por el embajador de Inglaterra en 1623, se hospedó el príncipe de Gales, después Carlos I, muerto en el cadalso.

La habitó también, en tiempos de Carlos III, D. Leopoldo de Gregorio, el célebre marqués de Esquilache, hasta que el Domingo de Ramos, 23 de marzo de 1766, huyó de la «casa de las siete chimeneas» ante el motín precedido de guitarras y bandurrias y escrespado de chisperos y manolos armados de garrotes, navajas y escopetas, motín que arrasó sus bodegas, sus despensas y sus salones, no prendiendo fuego a la casa por ser propiedad del marqués de Murillo.

Después de Esquilache habitó la «casa de las siete chimeneas» otro favorito, Godoy, que oyó serenatas populares y supo también de la impopularidad, pues la multitud volvió a asaltar la «casa de las siete chimeneas», tirando por los balcones todos los muebles y enseres de la casa, que ardieron en medio de la calle en imponente pira.

Desde 1808 no pasa nada, hasta que en marzo de 1820 solemniza Madrid el alzamiento de Riego, y la multitud se acuerda de que en la «casa de las siete chimeneas» habitaba en recatada oscuridad la viuda del teniente Lacy, que había sido arcabuceado injustamente en Palma de Mallorca por liberal, y se dirige en manifestación patriótica hacia la «casa de las siete chimeneas», vitoreando a la viuda enlutecida y paseando en hombros al huérfano de Lacy.



Resentida la «casa de las siete chimeneas» por el paso del tiempo más que por los acontecimientos, la adquiere don Jaime Girona en 1833, y encarga al arquitecto Sr. Capo que la derribe, para después reconstruirla más airosa, pero conservando su estilo y las siete chimeneas, aunque ya no hagan servicio. De entonces data este edificio, que resume tantas cosas y tiene un empaque cetrino y los cristales negros del pasado, destacándose sobre su montera las siete chimeneas, por alguna de las cuales no brotó el humo nunca, y que así son chimeneas simbólicas, condición que hace que la chimenea adquiera el sentido dignificador de un monumento.

XXIX

LAS BELLOTAS DE SAN EUGENIO

Hay el santo que tiene rosquillas, el santo que pasea un cerdo de un cordelillo y el santo de las bellotas.

San Eugenio vuela sobre los carrascos y encinares que tiene bajo su protección, como santo vestido de rudas estameñas que dan consistencia a ese fruto último, que, si es el más retrasado, es también el más consistente, entre fruto y boliche o perinola, teniendo tal elasticidad de adorno, que la arquitectura, la carpintería y los forjadores de arte lo mezclan a sus ramas de piedra, madera o verja.

No ha logrado saberse por qué se relacionan las bellotas con este santo, que fue arzobispo de Toledo. Quizá, si alude a la proximidad preferente del paisaje, debía ser su fiesta en cigarrales y que todo el mundo recogiese la aceituna que le viniese en gana. Lo de bellota, realmente, parece un sustitutivo.

¿Es coincidencia de bellotas en fiesta del santo, y fue antes el alborozo madrileño por las encinas de El Pardo que por el altar de San Eugenio? Parece más bien eso: que las multitudes se citaban ese día, y se subrayó su nombre del almanaque por ser ésa la fecha de la coincidencia.

Sea como sea, el caso es que ese día la bellota es gratis para todo caminante, como en algunas regiones de Asturias lo es por este tiempo la castaña, pudiendo apanar el que pasa cuantas castañas pueda de las que hay caídas en el suelo. ¡Por eso se dan tanta prisa a recogerlas los que son dueños de un catañar!

Bueno es encararse con ese espectáculo de encinas y carrascos, que es tan español, como si las siestas saliesen del cobijo de esos árboles y gran parte de la salud recia de España se filtrase a través de su hojarasca dura y rijosa.

Las chicharras rumorosas parece que todas salen de entre esas arboledas, y el campo se torna más campestre, más monte

seco, a la española, gracias a esa decoración de chaparros y encinas.

Árbol uñoso, que fríe el sol entre sus ramas, ahora es cuando se humaniza más y deja caer abundante el fruto de sus pezones, cada uno una obra acabada de ajuste y pulimentación, pero dañados de desprestigio porque les dio a los cerdos por comer de él, cuando los cerdos, si hubieran visto trufas caídas, también se hubieran engatusado con ellas.

La encina es un primer árbol, un árbol bíblico, un árbol que no enselvatiza las tierras en que se da, sino que las deja claras, aseguibles al mirar y sin demasiado miedo. El peregrino que marcha por entre los carrascos y las encinas se siente caminante a campo traviesa, anegado en una medio soledad muy humana, pero sin la imponencia de los bosques.

Al ir a Portugal he cruzado numerosas veces por campos y campos de encinas, reborondas en la mañana, enjugándola, fortaleciéndola, dándole consistencia campestre, entonándola de agrestura para pastores, buhoneros y labrantines.

La encina es un árbol con personalidad rústica —con lo que quiero decir lejano de los que tienen personalidad legendaria y pavorosa—, y bien merece esas caricias de palos con que se le agasaja en El Pardo el día de San Eugenio.

Parece que esta fiesta ha de celebrarse entre rescoldos del verano ido; pero el otoño se encarga de desencajarla lo bastante para que resulte otoñal y se vea con el pánico ya la imponente Sierra, asomándose los excursionistas a la ermita del Santo Cristo de El Pardo, la ermita de la Pulmonía, donde lo más sobrecogedor son las velas ofrecidas al Cristo en Pliego oficial, con todos los sellos y rúbricas de circunstancias, para ver si salvaba a D. Alfonso XII de la última pulmonía.

García Gutiérrez ha descrito la fiesta en un rinconcito de sus poemas:

...¡Es mucha lid!
Todo el pueblo se alborota
y acuden a la bellota
los vecinos de Madrid.
¡Bailan que es cosa de ver!
Las chicas muerden el cebo,
y como place lo nuevo,
las retoza el alcozer.

No hay madre que viva o duerma,
que nos las quitan el ojo;
mas como el ganado es flojo,
todos los años hay merma.

Flores también describe la fiesta y relata su final en este párrafo:

«Terminado el banquete, álzanse los manteles, pero no se recogen las provisiones que sobraron, y los pobres son invitados para disfrutar de aquel botín. Vuelven a bailar hasta que el sol les avisa que se va con la linterna a otra parte; a cuya hora se acomodan en los carruajes y vienen haciendo apuestas de celeridad, a fuerza de dar propinas a los caleseros, a parar a la puerta de un café, donde termina la broma, si no hay baile y cena dispuestos en casa de alguno de los concurrentes.»

Tarde de merendola en que antiguamente celebraba sus últimas nupcias con el campo todo un señorío de sombrero de copa, hoy sólo queda el merendar para algunos recalitrantes, en su mayor parte menestrales, que sienten que se arraigan más en la vida siguiendo el culto de la tradición.

El automovilismo ha adelantado y trastocado todas las horas, pues prepara en el campo de los días buenos su merendola de gallinas asadas y termos varios, y precisamente es en el refugio de ese ramal de carretera, pacífico para las tomas de sol, donde se esparcen los automovilistas, celebrando un San Eugenio sin bellotas, muchas tardes del año.

La merendona ya no es aquella desperezadora hora de confianza con el verde suelo, en que todos se sentaban un rato en su amplia camada, sino especie de té elegante con sillines desplegados y hasta mesa con mantel a cuadros, que impone al campo una circunspección rara, cambiándose entre los merendadores, no la bota, sino el champaña, y habiendo juntaciones de meriendas que convierten la merendona en merendonaza.

Hay que tocar, sin embargo, las campanas de víspera para mantener esa tradición, en que quizá se vuelva propicio el invierno si las muchedumbres le aplacan sacrificando en su ara de El Pardo corderos y pellejos.

Realicemos las fiestas específicamente. No es necesario que haya las pendencias y las borracheras arrastradas de antaño. Conseguir la indulgencia, y a casa.

Debe ser fruto de buena suerte la bellota; algo así como haba de la fortuna humilde en la estación de peligro que comienza.

de la fuerza humana en la época de la prehistoria y el comienzo de la agricultura y el pastoreo. En esta época se utilizaban ya los metales como el cobre y el hierro.

El período de la prehistoria se divide en tres etapas: la Edad de Piedra, la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Cada una de ellas se caracteriza por el uso de un determinado material para fabricar herramientas y armas.

En la Edad de Piedra, el hombre utilizaba herramientas fabricadas con piedra, hueso y madera. En la Edad del Bronce, el hombre comenzó a utilizar el metal para fabricar herramientas y armas. En la Edad del Hierro, el hombre comenzó a utilizar el hierro para fabricar herramientas y armas.

El período de la historia se divide en tres etapas: la Antigüedad, la Edad Media y la Edad Moderna. Cada una de ellas se caracteriza por un determinado modo de vida y un determinado nivel de desarrollo cultural.

En la Antigüedad, el hombre comenzó a utilizar el metal para fabricar herramientas y armas. En la Edad Media, el hombre comenzó a utilizar el hierro para fabricar herramientas y armas. En la Edad Moderna, el hombre comenzó a utilizar el acero para fabricar herramientas y armas.

El período de la prehistoria se divide en tres etapas: la Edad de Piedra, la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Cada una de ellas se caracteriza por el uso de un determinado material para fabricar herramientas y armas.

En la Edad de Piedra, el hombre utilizaba herramientas fabricadas con piedra, hueso y madera. En la Edad del Bronce, el hombre comenzó a utilizar el metal para fabricar herramientas y armas. En la Edad del Hierro, el hombre comenzó a utilizar el hierro para fabricar herramientas y armas.

El período de la historia se divide en tres etapas: la Antigüedad, la Edad Media y la Edad Moderna. Cada una de ellas se caracteriza por un determinado modo de vida y un determinado nivel de desarrollo cultural.

XXX

RIGODONES DE ARTE

Las Exposiciones de otoño abren sus puertas a los últimos transeúntes del jardín, a los que, con tal de agotar la colilla de los días bonancibles, se meterán en posibles escalofríos y barrizales, pues ahora el mal tiempo sorprende en las ciudades como a los barcos en alta mar.

No voy a ocuparme de la importancia de estas Exposiciones, sino de lo que supone una apertura de Exposición general de Bellas Artes, lo que tiene de apertura de un salón para presentar a los artistas en sociedad con una solemnidad parecida a la que representa en el gran mundo el que tales señoritas hayan sido puestas de largo.

Lo que verdaderamente sucede en las salas de una de esas Exposiciones nacionales es que se baila un rigodón entre cuadros, artistas y público, teniendo ese ritmo la cineplastia de avanzar y retroceder en el encuentro de los temas y los espíritus.

Lo que tienen de conmovedor socialmente esas fiestas y reuniones es eso que tienen de bailante en acople de rigodones, saludos, reconocimientos, miradas con los gemelos de las manos.

Una cosa de fiesta casera de la clase media han tenido siempre las Exposiciones nacionales de Bellas Artes, hora de cita de las gentes que iban siendo civilizadas, capaces de tener unos cuadritos en el comedor y en la sala. Algunas de ellas, poseedoras de esos cuadros pintados sobre cobre que no valen absolutamente nada como fuesen convertidos en calderilla, cuadros que vienen de una época en que las planchas de cobre valían tanto como las láminas de cartón.

En la ilusión que tuvo el postrer momento del siglo XIX, y hasta los primeros del siglo XX, de que se iba a un tiempo de amor al arte y de convivencia en salones muy colgados de esa cuestión y de muchos «sí» y «no» en vaga discusión artística, estuvo el último esplendor de las Exposiciones; aun se creía en

el arte oficial, y la medalla de honor brillaba como un solcillo interior del local, pero de la misma calidad que el sol grande.

El público de aquellas Exposiciones se saludaba como un público de vencedores, pues no en vano habían pasado dos años y era victoriosísimo el hecho. Los mismos artistas soñaban lo más grave que podían soñar: casarse con una de aquellas aficionadas que se perfilaban ante los cuadros como si fuesen espejos, como si en los paisajes o en las mismas marinas hubiese algún trozo de luna en que mirarse.

La sociedad daba halago al arte, y los bohemios no eran aquel día bohemios.

* * *

¡Qué diferencia entre las Exposiciones últimas y aquellas en que los Velázquez y los Murillo se exponían en plena calle Mayor, de costumbre frente al palacio de Oñate, aprovechando el recuenco de la fachada!

Después, sólo en algún interior de palacio o conventos podían apreciarse conjuntos de cuadros, y, por fin, en el patio y escalera de la Academia de Bellas Artes se solían celebrar Exposiciones generales, en concurso libre de esperanzas y ambiciones.

En aquel rincón de la Academia de Bellas Artes es donde se inicia ese fisguelo a fecha fija en que rompe la crisálida de los artistas que están en cierne hasta el día visperal del barnizado.

Binóculos, lentes informes, catalejos, miradas de paleta, miradas de admiradores a lo clásico, gustos perdidos de paseantes en corte, pretenciosos entornados de los entendidos, miopías de eruditos de arte, etc., etc., vigilaron aquellos primeros cuadros, expuestos en saloncitos de paso, en la primera garita que se alejaba de la calle o del ámbito cerrado de los salones.

En diferentes sitios de Madrid, en Recoletos, junto al Buen Suceso, en el Hipódromo, surgen edificios consagrados a la Exposición anual o bianual de Bellas Artes, feria de ilusiones que adquiere más prestigio cuando Isabel II va, rodeada de uniformes, a inaugurar los nuevos brotes del arte, saludadora de personajes directamente y después en el miraje de las paredes, pues era época de muchos retratos vivos, de amarillos bordados, en que se concedía plaza inmortal a todo medio prócer.

Rincón de palacio desplazado fuera de palacio era el local

de las Exposiciones, engallardetadas y empavesadas como barcos alegres. La reina iba a conceder caridad a los artistas, como se la había concedido antes a los niños del Hospicio. Frente a los retratos —siempre había, además, dos o tres de Su Majestad— se sentía ella retrato de estrado, y es cuando andaba con paso de quien va por la galería de los tronos.

En el Hipódromo comienza el arte a emprender sus rebel-días, pues allí ya se acrecienta con vigor de gloria, que lleva a las salas de rechazados los cuadros más vivaces, los primeros de Zárrega —D. Ramón del Valle Inclán en su jardín de otoño—, alguno de Gris, y así por el estilo. ¡Inquietantes salas de los rechazados, que eran las de más luz en los pisos altos, como si pareciese que el arte académico temiese la demasiada luz y abandonase a su fiereza el arte nuevo!

Tuvieron aquellas primeras Exposiciones de Bellas Artes del Hipódromo algo de Exposiciones universales, como ya alentaban en ellas todas las ideas y los aires libres de fuera con más amplio sentido que habían tenido nunca.

Después, las Exposiciones del Retiro convirtieron en fiesta ciudadana y pedagógica la fiesta del arte; niños y niñas, de las manos de sus papás, a ver la nueva cosecha. Quizá se hundieron en aquel valle de las colonias perdidas, y por eso son como barco encallado al que cada vez combaten más las lluvias.

XXXI

GLORIA Y DECADENCIA DE LOS VENDEDORES DE PERROS

Siempre han existido en las plazas centrales de las grandes ciudades del mundo los vendedores de perros.

Alercos el Oscuro nos habla de este tipo en la plaza Mayor de Babilonia, pintándonos ese chalán en perros que es en su puesto como el padre humano de los perrillos, algo así como el inventor de sus perrillos diferentes, con el mecanismo espontáneo de la vida bajo sus cataduras diferentes.

El vendedor de perros es comerciante pacífico, que no quiere negocios complicados, que tiene algo de vagabundo desocupado y que toma el sol displicentemente sin tener que abandonar su negocio.

El vendedor de perros es el hombre que encuentra una disculpa suficiente para vivir y la sabe aprovechar. Las criaturitas perrunas que sostiene en sus brazos como muestrario vivo y variado de las especies le hacen sentir la palpitación inquieta de la vida. Se envuelve en su calor y en cierta cordialidad filial que se escapa a sus carnes de piel suave.

Pastor de perros que envuelve en su regazo y en su dintorno todo el puñado de sus ovejas, recibe las miradas caritativas de las personas que aman los perros, que no saben que, según las últimas experiencias, hasta el perro que no está rabioso ni incurrirá en la rabia, que avisa a tiempo, ni haya mordido, puede inocular la rabia a una persona sólo con el contacto de su saliva.

Ese pastor de perros no cree ni en la rabia, pues a él le han mordido todos sus perros, alguno que huyó de su amo para no ensañarse con él, y nunca sintió otra cosa que la flemática impasibilidad con que espera a los que buscan un perro huérfano que se acostumbre a su falsa bondad, buena para los perros, mala para los criados y las madres.

Ofrece a la caridad sus perritos, esperando que alguien los reconozca y le gratifique espléndidamente por haberlos salvado.



Antes los tenía metidos en unas alforjas, y «hacían pasar un perro de lanas crecedero por un americano liliputiense, y le teñían la piel hasta dejarlo negro como el ébano, el gato por liebre del comercio camino», o sacaba del bolsillo izquierdo un perrito recién nacido y decía con voz de pavor: «¡Se vende el tigre!», y después, sacando otro perro tan pequeño del bolsillo derecho: «¡Se vende el león! Se vende.»

La vida de esos perros en casa del vendedor es mucho peor que la de los pupilos del licenciado Cabra. El vendedor tiene unos huevos, con que los entretiene como a los niños con los chupones ingastables.

En sus talleres privados, les somete a diferentes transformaciones, aplastándoles con planchas y pesas, como si fuesen yacimientos de pavo trufado, para conseguir los perros alargados, medio perros, medio lagartos. Alguno es colgado, y algún otro, emparedado.

Ese típico vendedor de perros tiene que vivir en chozas aisladas, en esas chozas aisladas en medio de solares muy grandes. Solares que no se venden nunca porque sus dueños se han empeñado en no parcelarlos. El despertar de la jauría tiene algo del despertar del carro de los perros de un cazador que debiendo ir a partir de caza de un momento a otro se lo recuerdan sus perros.

Nuestro hombre, que es tan tempranero a la fuerza, lo primero que hace es dedicarse al aseo, aseo difícil, como el de los niños que van a salir de paseo y necesitan ir peinados y limpios. El hombre se indigna de que no se den cuenta de que van nada menos que a la Puerta del Sol.

Con tantos hilos en la central de su mano derecha como lleva la vendedora de globos, sale el vendedor de perros. Le transporta un poco la fuerza de sus perritos, su querencia a ir hacia adelante.

Tiene su sitio asignado, y de allí no se mueve. Él y los perros toman posición y gesto de observadores de la vida, y ven pasar las gentes con un ligero movimiento de cabeza, siguiendo a las figuras que pasan con cierto automatismo.

Han aprendido paciencia, y en la gran distracción apenas ladran. Toman un aspecto modoso e hipócrita para ver si se apiadan de ellos y tienen la suerte de ser prohijados por la vizcondesa.

El vendedor de perros mira con mirada muy enviserada por



Vendedor de perros



el cráneo, hablando apenas con sus perros, quietos y atemorizados ante los castigos que pueden sufrir cuando lleguen a casa si son malos.

Son perros que ha criado el especulador en calderilla, y, sin embargo, siempre parecerán perros encontrados en la vía pública, como manguitos perdidos por las señoras descuidadas.

Quizá lleguen a ricos todos los vendedores de perros. Luis de Val, el autor de las novelas por entregas, hubo un momento en que dejó de escribir folletones que echar por las rendijas de las puertas y se dedicó a la cría de perros, tomando para el negocio una amplia torre en las afueras de Barcelona, torre llena de ventanas, que pronto se colmaron de perros asomados, como en ese cuadro fantochesco titulado «El incendio» que se celebra en el escenario de las domadoras de perritos. Con los perros ha llegado a hacer Luis de Val mucho más dinero que con las novelas.

Hay gentes que se dan cuenta del negocio y emprenden la cría de perros o gatos en las casas de vecindad; pero acaba la cría ese día en que el casero, en nombre de todos los vecinos, les amenaza con el desahucio si no acaba pronto su crianza.

* * *

Del último vendedor de perros de la Puerta del Sol, llamado el *Tuerto*, voy a contar su historia por lo menudo.

—Se dice que fue confidente de la Policía durante muchos años.

—¿Quién? ¿De quién hablabais?

—De aquel hombre de gesto extraño.

Esta conversación pasaba en la Puerta del Sol hace bastante tiempo.

Al ir a dar vuelta a la esquina de la calle de Alcalá, un hombre cargado de libros nos proponía una alegre novela, de esas que tienen una mujer en camisa en la portada. (Siempre era en el mismo trecho, el trecho de su impunidad.)

Era un verdadero regate el que hacía con sus libros y sus ofrecimientos, entre los que figuraba una colección de doce postales en un sobre misterioso.

Este hombre de catadura extraña parecía estar asentado en su cargo y sentirse dominador de la España que los pusilánimes no acaban de comprender. Ejercía su comercio con valentía de

torero, con el aire de capitanes que suelen tener los que compran y venden las «vueltas» de los trenes.

Tenía ese cierto tipo energumenal de «puede con la Policía», y que permite la atipresencia en la vida de tipos que debían estar al margen.

Después, el vendedor de libros alegres y ligeros apareció con la misma postura de «en jarras», sino que llevando perros en vez de libros bajo las asas de sus brazos.

El vendedor de perros de la Puerta del Sol ha sido un tipo castizo de ese puerto de los Madriles en que hay una universalidad de cosas y ofrecimientos. Hay viejos grabados de madera que lo pintan con montera, ofreciendo los hijos expósitos de la perrería andante.

El nuevo vendedor de perros parecía haber ascendido en sus avatares, y estaba siempre lleno de los perros de moda, perros lobos en cierto momento, perritos blancos en tal otro.

Como no podía llevar todas las crías debajo del brazo, llevaba algunas cogidas con cuerdas, quedándose como centro en aquella rueda de perros que podrían trazar círculos a su alrededor atados a sus radios flojos.

Emergía en la dorada plaza como un tirano de perros, y se pensaba en las famelias que pasarían aquellos pupilos en la posada del vendedor. Se hubiera necesitado la afilada pluma de Quevedo para recitar los ayes de la perrunería en la esclavitud de paso, en espera de prebendas y solaces.

El conocido mercader del puerto centro español daba citas en un portalón de la calle de Toledo, y allí mostraba gran variedad de canes por los que solía pedir con voz firme «cincuenta duros».

Los perros estaban flacos, pero en cuestión de días adquirirían otra proporción, y sus patas de liebre se rellenarían de redondez. Él no podía mostrarlos sino como proyectos de cómo podían ser. Otra cosa hubiera sido una primada y un exceso de celo.

Todos sospechábamos que el capitán de ese esquinazo de la Puerta del Sol, con flotante comercio de libros y de perros durante muchos años, iba a retirarse un día a gozar sus emolumentos de tipo característico de una ciudad y de su plaza primera; pero nos hemos visto sorprendidos al encontrarle en el mismo ángulo de sus especulaciones, vendado, con cristales ahumados, gorro de dormir en los días de frío —pone gorro de

punto a la cocorota de Madrid—, y pidiendo limosna con gesto sin palabras, ofreciendo su sombrero con gesto cansado de hablar.

Es terriblemente española la aleluya de este desgraciado, mascarón pintoresco de Madrid durante cuarenta años, y que es remate pobre del mismo esquinazo de sus más brillantes especulaciones.

Tiene algo este español típico de quien en vez de meterse a fraile se mete a limonero. Su gesto es de no oír lo que sucede a su alrededor, de haber alejado su pensamiento del mundo chalanero, que conoce demasiado, y estar dispuesto a depurarse en parada de fríos y de calores hasta ganar la hora suprema. (Su gorro de dormir con perinola blanca es gorro de orate pintoresco que pone pipiripingo quijotesco a la Puerta del Sol.)

Siempre hay un pobre moralizador por excelencia en el punto más visible de Madrid. Desapareció aquel prócer de la miseria que vendía periódicos junto al misionero del dinero y ahora aparece este otro junto al Banco poderoso.

Por falta de experiencias y moralejas no dejaremos de ser pobres.

Sólo ese hombre-institución tiene el difícilísimo permiso oficial de establecerse en la Puerta del Sol con su brazada de perros. Debe ser éste un puesto que se compra a mucho precio de unos en otros vendedores, y cuya primera concesión está escrita en pergamino antiquísimo, que firma un rey melencólico, de los primeros de la historia de España: «Se mantendrá este privilegio —parece que dice el pergamino—, concediéndole el sitio que ocupe el compás de sus pies y su sombra, más el que cubran los diez perros sentados sobre sus cuartos traseros, que pueden llevar tirantes de cordel, más los que lleve así juntillos o suspendidos de sus alforjas.»

XXXII

LA PLAZA DE LA PAJA

Cada plaza de la ciudad se puede decir que es una plaza fuerte, por cómo se ha tenido que defender para continuar siendo plaza.

La plaza de la Paja es en el Madrid viejo una plaza que se disimula y atrinchera para comenzar siendo con la ciudad y continuar siendo aún.

En el cuadro psicológico de las plazas, ésta es la plaza escondida que tiene entereza de plaza contra todos los pronunciamientos.

En la plaza de la Paja hace su primera parada el carro que sube, y el fardero que lleva un bulto a la cabeza es allí donde echa el primer cigarro.

La plaza de la Paja es la plaza, dentro de la ciudad, en que el tiempo previsor comenzó a hacer cábalas de cómo sería el Madrid futuro.

Allí se congregó la primera feria y la primera fiesta cuando Madrid era aún el pueblo de paso, la aldea de moros en la que nadie podía suponer que se escudase la capital de las Españas.

El primer alto en que descansaron los segovianos que hicieron bueno el dicho del rey Alfonso VI proponiéndoles que se alojasen en el inconquistado Madrid, ya que habían llegado tarde a su llamamiento, fue en la plaza de la Paja.

Se nota en la escarpadura de esta plaza cómo fue la plaza del primer cobijo, antesala del futuro y reposo solemne de la noche antigua, preñada ya de la ciudad futura.

Costanilla de San Andrés, por mejor nombre que el vulgarete de plazuela de la Paja, fue en su primera etapa cementerio de fundadores, y allí reposó San Isidro, que probó la tierra primera bajo su suelo.

En los planos —que son las cartas anotadas que el pasado escribe al futuro— figura la plazuela de la Costanilla de San



Andrés como la primera Puerta del Sol de la ciudad; tal que el ventrílocuo de su primer recinto.

Esa plaza, que en las noches actuales duerme como un pobre tirado en el quicio de la villa, sostuvo los principales palacios de la corte, todavía en su minoridad, y allí se levantó la casa de D. Pedro Laso de Castilla, cuyo solar señalan en sus noctivaguedades actuales los Lasos, que muchas veces nada tienen que ver con aquel Laso en cuyo palacio se albergaron los Reyes Católicos, la reina doña Juana la Loca, el deán de Lovaina, que llegó a ser el Papa Adriano VI, y González Clavijo, al que por entonces llamaban «el orador por su facundia», y que hizo un viaje a Samarkanda en tiempo de Enrique III.

Desde el balcón de aquel palacio, el cardenal Cisneros dijo a los nobles de Castilla, que le pedían demasiadas explicaciones, señalando la artillería que acampaba cerca: «Esos son mis poderes, y con ellos gobernaré hasta que mi príncipe vuelva.»

En ese palacio, y aprovechando el pasadizo que le unía con la iglesia de San Andrés —ese San Pedro de Roma para nuestras noches de luna—, se celebró el bautismo de un nieto del favorito de Felipe III; bautizo solemne que culminó en un banquete popular entablado en la misma plaza y en el que se sirvieron más de doscientos platos de ojos de vaca, pichón, ternera hojaldrada, salmón, pernils, pato cardado, jigote de cabrito, chanfaina de menudos y una trucha tan inmensa que de ella comieron más de cien personas, según cuenta la crónica. ¡Gran trucha dragón!

Los Vargas adosaron su palacio a la esquina de la plaza en que los vientos se amansan y el aire del Guadarrama se embota, y allí alardearon de su poder hasta que un día la multitud saqueó su casa.

En decadencia por fin todo el palatinismo de la costanilla, su principal palacio se convirtió, con ostentoso título, que evocaba el refectorio de los pesebres, en «Posada Nueva de la Paja y de Isidro».

Toda la plaza se convirtió en mercado de paja y cebada principalmente, y el rebuzno era elocuencia de los balcones y de la alta ventana que daba al patio celestial.

En el palacio de los Vargas se estableció el café-teatro de España, dando espectáculos de a real la pieza.

El último vestigio de toda aquella grandeza queda en los rasgos de arquitectura antigua del palacio de los Vargas, aunque

antes de ser remozado últimamente sufrió ese menguar de la animosidad de los edificios antiguos que van hundiendo los arcos de sus puertas en la tierra.

Doña Baldomera, la hija de Larra, dio celebridad a esta ruina de los Vargas, tomándolo en traspaso al teatro-café España y estableciendo la oficina de su gran negocio típico, del rogado Banco del Español, de la mucha renta vitalicia por un capital de pitillos. Bien estuvo, pues, el engaño de doña Baldomera, puesto que más querían engañarla a ella pidiéndola renta desmesurada, contestando ella a los que le pedían garantía: «¿Garantía? El Viaducto», quedando todos convencidos ante tan temeraria respuesta, que después, sabida por los jueces, fue razón para que la exculpasen.

Todavía la plaza de la Paja tiene una época frutal, en que huele a melocotones, y los melones y las sandías hacen cadalso de decapitados los medios de la plaza. La plaza de la Cebada no ha congregado aún en ese tiempo el conjunto del comercio de las huertas, y allí se desuncen las mulas y los bueyes, que dan el espectáculo de su desperezo y su confianza de arenal en plena villa y corte. ¡Fuera los cuellos de tirilla de las coyundas, y a pensar en los tiempos bíblicos un rato!

La plaza, después del desembalaje de los serones, queda llena de paja, pámpanos y hojas de morera. Tiene regalo ideal para los vagabundos que buscan blandura de cama improvisada y que dejan al día siguiente perdida.

El cronista de ese tiempo oye la conversación de los tratantes y recoge las palabras valencianas de los naranjeros y la rotundidad murciana de los pimentoneros.

—¡Chavó, misté que yo diquelo fino y no vale guiñal la mosca!

—¿Yo que y tinch que vore?

La plaza de la Paja vive ensanchada por el comercio y se refleja de sus fachadas como un rubor de salud: el optimismo de sus frutos.

Por fin, la plaza de la Paja oculta modestamente su historial y se convierte en vericuetto de la ciudad detrás de un biombo de casas y de la corpulencia de una magnífica iglesia, a la que aún no se la ha marcado el contraste que consigue su grandeza.

Yo, en las noches de presentación de la ciudad, exalto esta plaza, que es escenario del teatro primero en que, durante la escena capital —que después crea toda la ciudad—, el personaje

vocero se asoma al balcón y dice las palabras conminatorias y mágicas.

La luna en la plaza de la Paja tiene luz de farol de la ronda y proyecta el nacimiento de la ciudad sobre el *écran* de cualquiera de sus tapias.

Allí está el Belén de Madrid, la cuna angosta, arrinconada y pesebrera de la hidalguía de la ciudad, que después sabe levantarse sobre su cuna y dormir sobre lana, sin acordarse de que durmió sobre paja.

La Costanilla de San Andrés es el puro recodo y el esquinzazo viril de lo que después se reproduce y se amplía tan lejos de la modesta plaza, en las anchas y grandes vías y en las plazas muy redondas y muy pavimentadas, en cuyo centro está proyectado un gran monumento.

Remetida la matriz de la ciudad en el ángulo cerrado de la plaza de la Paja, se siente la vitalidad de la evocación y se venera lo paridora que fue la sobrecogida y antañona costanilla.

Los aires de gran depósito de acuosidad religiosa que tiene la parte postrera de la iglesia de San Andrés gravitan sobre el contemplador, pues aquellas puertas traseras de la iglesia, que no se abren, son como compresas o esclusas de esa incontinenencia y ese fragor religioso acrecentado en el gran depósito de religiosidad que abrumba la noche de la plazuela.

La provincia que pudo ser Madrid está latente en aquel ángulo de la verdadera entrada a la capital, y allí llegan los pitidos de los trenes y los cantos de los gallos como al andén acústico por excelencia.

«Amigos —digo yo a los compañeros de excursión por el secreto obstetricial de la corte—, asistimos aquí al puerto primero de Madrid, a la plaza que puso al socaire la navicella de orgullo y dignidad retumbante que fue después la unidad nacional, impuesta, si no voluntaria, violentamente; es decir, lo que armó la gran ficción de la capital española... De la suerte que tuvo esta plaza, que empuña su aire y su conciencia como ella sola, dependió en mucho la vitalidad de nuestra nacionalidad y el dominio de la invención política.»

XXXIII

LAS FRATERNAS PLAZAS DE LA PROVINCIA Y SANTA CRUZ

En la plaza de Provincia se produce un conflicto de planimetría, pues no hay límite que separe la plaza de Provincia de la plaza de Santa Cruz.

En realidad son una sola plaza, pues no hay dos almas distintas, ya que se inmiscuye una en otra sin valla que valga, sin raya alguna.

La plaza de provincia y la plaza de Santa Cruz son hermanas siamesas y forman una plaza en ángulo con dos últimos términos que no se ven uno a otro. Tienen los nombres superpuestos, y en verdad parece que se trata de una plaza que se llamó en una época de Santa Cruz y ahora se llama de Provincia.

Tienen historias muy diferentes las dos plazas.

La que limita con Esparteros y Atocha, y que es la genuina de Santa Cruz, toma su nombre de la parroquia derribada en 1868 y que evoca lejos de su pura cepa la moderna iglesia de Santa Cruz.

Estaba aquella parroquia en el número 1 de la plazuela de su nombre, frente a la plaza Mayor, donde se hallaba la puerta principal, con otra en la misma plazuela frente a la Audiencia—actual ministerio de Estado— y otra a la plazuela de la Leña.

Es difícil desenredar lo tergiversado; pero mi principal empeño es situar claramente los sitios del pasado que el presente hace sinónimos de sus creaciones recientes.

En aquella iglesia de Santa Cruz todavía el año 60 se exponían los sábados de Ramos las cabezas y miembros de los descuartizados durante el año, recogidos durante la Semana Santa en las cunetas de los caminos, adonde eran echados por mandato expreso de los Tribunales, en diseminación cruel, como para que no pudiesen ser recompuestos nunca y les costase trabajo resucitar el día de la resurrección.

Oigamos al historiador un resumen de aquella iglesia:

«Fue ermita en época remota, y tiene derecho de parr. desde el tiempo de los árabes, por estar poblado el terreno inmediato de cristianos, que vivían fuera de la pbl. Después de la conquista de Madrid llegó a ser la parr. de jurisd. mas estensa, á causa de los muchos caseríos que había en dirección al santuario de Atocha. Por los años de 1620 sufrió el templo un incendio, en el que fueron presa de las llamas los ornamentos y papeles; otro más fuerte aun estalló en 9 de Setiembre de 1763. En esta ocasión se desplomó la cúpula y perecieron cuantos objetos tenía la igl. Reedificó esta D. Francisco Estéban, utilizando los muros ant., y el día 9 de Agosto de 1767 fue trasladado el Santísimo con una ostentosa procesión al templo que en la actualidad existe. En su fachada principal sencilla, y no de mala forma; pero la portada de granito que en la misma se halla, como obra del corruptor José Donoso, de aquel gusto caprichoso y muy falto de gracia que dominaba en tiempo de Carlos II. Tiene 2 columnas jónicas esentas, y en el segundo cuerpo un bajo relieve que representa la invención de la Cruz, ejecutado por D. Pablo González Velázquez. El interno es una cruz latina de cortas dimensiones para una parr. de tanta consideración, por los barrios del centro que comprende su felig. Está decorada con pilastras dóricas y tríglifos en el cornisamento, y en la capilla mayor hay un suntuoso retablo de mármoles, compuesto de 2 columnas corintias, con basas y capiteles dorados y un coronamiento de buen gusto adornado de esculturas. En el intercolumnio hay un cuadro que representa la Santa Cruz. Delante de éste, y encima del basamento del altar, está la urna que contiene el cuerpo del beato Rojas. Varias esculturas enriquecen esta capilla mayor, que está adornada de pilastras istriadas, y tiene pintado al fresco el cascarón ó medio punto por D. José del Castillo, de quien son 2 de las pechinas, y las restantes de D. Ginés Aguirre. Entre las buenas imágenes que adornan esta parr. se cuenta San Antonio, de Mena, de quien es el Sto. Cristo, e igualmente Ntra. Sra. de la Soledad. Obra de D. Luis Salvador es la Virgen de la Paz, regalada por la duquesa de Medina Sidonia; de D. Juan de Villanueva la Concepción, y Ntra. Señora de la Caridad del citado Mena. Adornan la sacristía, entre otros, 4 cuadros que representan los Evangelistas, de D. Andrés de la Calleja.

»Había en Madrid antiguamente dos torres propias de la misma v., la cual tenía en ambas el escudo de sus armas. Lla-



mábase la una, que era la de esta parr., *atalaya de la córte*, y la otra, que era la de San Salvador, *atalaya de la villa*. En una y otra pagaba el ayuntamiento las composturas del reloj como objeto de su propiedad, y gratificaba asimismo al sacristán de la parr. de Santa Cruz y al de San Salvador por tocar las campanas cuando ocurría un incendio.»

En el promedio de esa plaza había también una fuente, hoy desaparecida, que inauguró en tiempos de Felipe III el sistema de fuentes públicas.

La obra rematóse en Gaspar Ordóñez, «maestro de obras vecino de esta villa, y a cuyo cargo está la que al presente se hace en el Palacio de S. M.»; el cual por escritura hecha en 9 de mayo de 1617 ante Pedro Martínez, escribano de número y del Ayuntamiento de Madrid, se obligó a construirla, a toda costa, por precio de mil quinientos cincuenta ducados, pagados en cuatro pagas y en plazo de tres meses, contados desde la fecha de la escritura. El mes siguiente (día 26), Gaspar Ordóñez concierta con los maestros de cantería Juan Chapitel y Martín de Azpillaga la cesión y traspaso de la obra, quienes la aceptan «con todos los pies hechos y gastos que en la dicha fuente está hecha (*sic*) hasta hoy día, que montan dos mil y novecientos y cuatro reales, y cuya cantidad reciben a cuenta».

Aquella fuente, que remataba un Orfeo y que adornaban distintos relieves, vivió más de doscientos cincuenta años en aquel suelo, que ya no la recuerda absolutamente nada, y a fines de 1865 fue desahuciada, yéndose al cementerio de las fuentes muertas el año 1870.

La otra plaza, la plaza de Provincia, llamada así por su aproximación a las antiguas escribanías llamadas de *provincia*, que estaban en el edificio de la Audiencia, afronta ese edificio gracioso que fue cárcel, Palacio de Justicia y hoy ministerio de Estado.

Tenemos en las manos el mapa primero del edificio.

Este palacio es uno de los pocos que posee Madrid del tiempo de la Casa de Austria, de aquel período tan brillante para la arquitectura española. Hízose con diseño y bajo la dirección del italiano Juan Bautista Crescenti, habiendo puesto la primera piedra el cardenal De Trejo, presidente del Consejo, en 14 de septiembre de 1629. La fachada es muy sencilla y seria, cual conviene al objeto. Consta de dos pisos con once huecos cada uno; a los lados se levantan dos torres con chapiteles, uno de

los cuales se quemó, no la torre, como dice alguna obra, y en los ángulos y en ventanas se puso un almohadillado de mayor a menor, de piedra. De esta materia es la portada que ocupa el centro, y se compone de dos cuerpos, cada uno de los cuales tiene seis columnas entregadas, de orden toscano en el primer cuerpo y dórico en el segundo, terminando el todo con un frontispicio en el que se ven las armas reales, ejecutadas por Antonio de Herrera, de quien eran igualmente las cinco estatuas que en otro tiempo coronaban esta elegante portada; al presente sólo hay un ángel sobre el vértice del frontispicio triangular del remate. Los tres vanos que la dicha portada contiene son de arco adintelado las tres puertas, y sobre las de los costados se lee la siguiente inscripción: «Reinando la Majestad de Felipe IV, año de 1634, con acuerdo del Consejo, se fabricó esta cárcel de corte para comodidad y seguridad de los presos.»

Al frente de la puerta principal se halla la escalera, que es de piedra y de un solo tiro, ancha y majestuosa, con mesillas intermedias. A los lados de la misma hay dos patios de planta cuadrada, con cuatro arcos de medio punto por banda, sostenidos por columnas toscanas y dóricas que forman dos galerías, hallándose la superior en el plano de la conclusión, o sea desembarco de la escalera.

En la parte trasera, no obstante la inscripción del frontispicio, es donde estuvo la verdadera cárcel de corte, pues en seguida la Justicia consideró que era mejor edificio para ella que para los presos y se lo robó para la Audiencia.

En el fondo de esa cárcel se repitió la moral para forzados que hacía infectas y depravadas las cárceles españolas, y sólo después de muchas prédicas se consiguió que se formase una benemérita Comisión de visita de cárceles que corrigió los males de aquella promiscuidad y explotación, tan grave, que los magistrados de la Audiencia, cuando hacían la visita a la cárcel, iban precedidos de dependientes que quemaban incienso o plantas aromáticas para aminorar la fetidez que exhalaban las prisiones.

Arreglado el fondo del edificio para mayor aseo de los presos, tenía un régimen de aposentos de pago y de celdas de presos pobres a los que el Ayuntamiento pasaba una ración de libra y media de pan blanco, tres onzas de garbanzos o judías y seis de patatas, alternando para el almuerzo con dos de fideos un día, cuatro de lentejas otro, y otro con once de patatas,

condimentado todo con las especias correspondientes y el tocino a proporción.

En ese momento del Madrid poblacho, la plaza de Provincia lleva su nombre por esa razón de provincianismo, por la que parece haber sido bautizada por los poetas más que por los escribanos.

La iglesia de Santa Cruz la confina al mismo tiempo que la iglesia de Santa Tomás, que proyecta su sombra sobre el edificio y encierra aquellas plazas en más preocupación religiosa y provinciana.

Hay que resucitar aquella iglesia, pues apenas si tiene ya sitio en ninguna memoria.

«Tuvo su origen el conv. de dominicos de Santo Tomás en el siglo XVI, por haber establecido religiosos de Atocha una cátedra de teología en un edificio que al fin se convirtió en conv.; y habiendo aceptado su patronato el célebre conde-duque de Olivares, se dió principio a la construcción del templo actual, cuya primera piedra se colocó en 1635. Mucho duró la obra, pues en 1656 quedó habilitada como igl. la nave sin el crucero, que trazó posteriormente Manuel Torija y construyó en parte D. José Churriguera, habiéndole cerrado sus hijos D. Gerónimo y D. Nicolás con una cúpula que se desplomó en 1726, á poco tiempo de haber sido terminada, y causó la muerte de 80 personas según Baena. Sensible es que todo el templo no se concluyese bajo el plan que empezó, pues atendida su extensión, hubiera sido uno de los más bellos de Madrid. Fue consagrada en 1735 por el obispo de Ávila D. Frey Pedro de Ayala. El retablo mayor fué diseñado, según Ponz, por un lego de este convento, y es uno de los grandes maderajes dorados que se hicieron según la escuela churrigueresca. En las capillas, a uno y otro lado de la nave, hay objetos artísticos dignos de particular atención. Entrando por la puerta principal se halla a la izq. la capilla de Nuestra Sra. del Rosario, cuya imagen hizo Don Luis Salvador y Carmona; inmediato á la puerta de esta capilla se conserva en un altar el apreciable grupo de escultura, con figuras casi de tamaño natural, que representa el Descendimiento de la Cruz, obra de Don Miguel Rubiales: es igualmente notable en este sagrado recinto el bello monumento sepulcral del conde de Gausa. La imagen que se venera en uno de los retablos es temida por una de las dos que presentó Becerra a la reina Doña Isabel de Valois antes que esta señora aceptase la Virgen llamada de la



Victoria que se halla en San Isidro. Ejecutó los dos cuadros que adornan esta capilla Herrera el mozo; y los de la siguiente, dedicaba á San José, que representan los Desposorios y el Tránsito de este Santo, un pintor veneciano llamado Francisco Leonardi, del que habla Ponz. Digno es de particular mención el cuadro de las Ánimas con Jesucristo y la Virgen, pintado por Lucas Jordan, e igualmente el de Pereda en el altar de la capilla de Santo Domingo, cuyo patronato posee el marqués de Cerralbo. Hállanse las bóvedas de esta iglesia pintadas al fresco por Juan de Toledo, Montero de Rojas y Francisco Camilo; pero no lucen por estar muy ennegrecidas.»

Un día, este convento, en que pasó las últimas horas de su vida el valiente general D. Diego de León, fue pasto de las llamas, que prendieron de nuevo en la torre de la Audiencia.

La plaza se defiende en la importancia de sus aledaños, y ya que ha perdido sus dos iglesias limítrofes logra levantar la iglesia de Santa Cruz, atalaya nueva de la ciudad.

A últimos del siglo pasado, la Audiencia también se convierte en ministerio de Ultramar, y por fin en ministerio de Estado, extraña conclusión, pues que parece que el ministerio de Estado requiere un edificio nuevo y modernista, como sus diplomáticos un frac nuevo y reciente siempre.

De su antigua condición de cárcel apenas conserva nada, a no ser la solidez de sus muros, la forma de su patio y sus excesivos sótanos, con columnas de piedra y grandes barrotes en las ventanas.

De sus tiempos de Audiencia conserva más: conserva alguno de esos cuadros con pátina de Audiencia que en vez de decorar las salas de los jueces las llenan de mayor tristeza y grima. Cuadros que da pena que hayan sido pintados para quedar prisioneros en tan oscuro sitio, porque esa sonrisa espiritual que hay en todo cuadro confieso que no la he sentido en los cuadros de Audiencia, y que los hubiera roto, si hubiera podido, con los raspadores de oficina. ¡Qué hermosos y betuminosos cuadros, con asuntos grecorromanos y con bosques mentirosos y disputas bíblicas, se quemaron en el incendio del Tribunal Supremo!

De cuando fue ministerio de Ultramar no queda nada, porque aquel ministerio, con las colonias y con los recuerdos de todo aquello, desapareció por escotillón.

Hoy, como símbolo colgado en la incongruencia del nuevo

empleo del edificio, queda la marmórea estatua con alas postizas y falsas, alas de niño que va en la procesión y las lleva atadas a los hombros, alas deleznable de alambre y cañamazo; ese arcángel San Gabriel enhiesto sobre la cárcel porque fue el primer guardia que hubo en la Creación.

La mañana es muy madrileña en esa plaza. Sus torres en punta, tan flamencas, le dan una gracia antigua y la hacen parienta de la plaza Mayor, su vecina, y tan agraciada como ella, por otras torrecitas en punta y otros tejados de pizarra. Por la mañana está muy ministerial, pero con carácter oficinista en la hora de oficina del ministerio de Estado, no con ese otro carácter ministerial que toma en la hora solemne de las recepciones.

Por la mañana ese quiosco de flores que hay en el centro de la plaza de Provincia, que es uno de los más tradicionales de Madrid, y en el que se venden las flores más encarnadas y frescas de nuestros jardines, tiene todo un valor de Quiosco Presidente y vende muchos ramos, que la ramilletera envuelve en su clásica golilla de encajes.

Por la tarde en la plaza de la Provincia hay sombras tenues y delicadas, sombras de otro tiempo. Se ven muy bien las casas de alrededor, las tiendas de telas, la gran tienda de alfombras, los maniquíes de niños, los boas de marabú al cuello de los maniquíes de cera.

En esa hora es cuando más se destacan las intimistas cosas de la vecindad; ese colegio de niñas en esa casa antigua con grandes persianas de madera que se abren como dos pesadas alas del balcón, cría las dueñas de casa más modosas. Al atardecer, la que está interna —más que como una interna como una huésped— sale al balcón y lee, rebañando con su libro la luz del día, ese libro que se titula *Tardes de invierno*, si es invierno, o si no *Tardes de verano*, o si no *Tardes de otoño*, o si no *Tardes de primavera*.

En esa hora es cuando más «saudades» tenemos de aquel café que había en el chaflán frente al ministerio, y en el que entramos antaño para atisbar la plaza por las rendijas de los visillos. ¡Qué bien se la veía! Como quien se come una tarta de esas que imitan un castillo o una cabaña, así se sorbía en el café algo de la plaza; con media tostada se fundía más la esencia de lo edificado. La eterna tienda de telas ocupa hoy el lugar del café, ¡aquel café tan indicado para oír la lectura de un drama frotándose las manos de alegría de oír el intento! (Ése era el sitio

para oír con arrobo una comedia de esas que se titulan, por ejemplo, *El primer traje de baile.*)

En la noche de esas íntimas plazas confraternas es cuando se pone interesante su ándito, pues con el suficiente recuerdo de todo su día se ve además su noche.

El farol de tres brazos que hay en la parte en que se celebra en Navidad la feria de los Nacimientos está encendido y recuerda a esos candelabros de plomo que se venden en esa fecha, llegando a parecer como el símbolo de la feria de los candelabritos.

Sólo hay algunos días en que cambia todo el aspecto de la plaza de Provincia: cuando en el ministerio de Estado hay recepción diplomática. Esas noches los balcones de una lujosa vidriera corrida y de doble mampara de cristal están iluminadísimos, y las arañas dejan caer copiosa lluvia rosiclerena de nocturnidad; hombres elegantes que representan a todos los países, con sus esposas, con sus hijos, con sus amigos, están reunidos con diversas familias de la aristocracia y la alta burguesía, que han ido muy compuestas. Dos criados de casaca guardan las entradas de la escalera. Sobre el fondo iluminado del portal se destaca el escudo de España rodeado del Toisón, que está pirograbado en el cristal de la puerta de entrada. Una música de sarao, muy ensordinada por las alfombras y la delgadez de las rendijas, llega a la calle.

* * *

Las alturas, el panorama de los tejados de Madrid, están mejor que los de ninguna otra ciudad. En todas partes se ha adoptado el sistema de poner una «frente» la casa en vez de las buhardas y de los remates. Las guardillas de Madrid son algo inefable, son como cajas de pájaros humanos con su agua —su botijo— y sus cañamones —sus garbanzos.

Mirando a las alturas de las altas cúpulas redondas y pesadas se ven, en lo alto de lo alto, bolas de oro rematadas por una cruz que pertenece a otras iglesias; se ven muchas espadañas; se ven interesantes y fantásticos torreones, torrecitas, garitas, vigías con persianas, con ventanitas, con saeteras y una estrella de los vientos en la cocorota —terracitas de antiguos astrónomos—, se ven alfiles y flameros de última creación y que un día el viento echará abajo; y más cruces y crucecitas, algunas muy complica-

das, altas, con un pedestal, y que no corresponden a una iglesia, sino que son el solideo clerical de una casa de vecindad, a no ser que haya muchas iglesias insospechadas, escamoteadas, y que sólo aparecerán el día en que se hagan las nuevas Grandes Vías. Tanto abundan las cruces sobre los tejados de Madrid, que se sospecha que aquí, antes de los pararrayos de Franklin, hubo pararrayos sagrados. Cruces de hierro que metían el rayo en casa.

Sobre ese conjunto de torrecitas y de cruces que hacen suponer un cementerio anónimo y elevado, se destaca y se ve desde todos los sitios la torre de Santa Cruz.

Un día se quemó la primitiva iglesia de Santa Cruz, que tenía una enorme torre también —una chispa quiso quemar el que hoy es ministerio de Estado y una de sus torrecillas comenzó a arder—. En el incendio de la primitiva iglesia de Santa Cruz desaparecieron muchos libros con las partidas de bautismo de mucha gente, por lo que hubo, indudablemente, alguien que se quedó como si no hubiese nacido, porque allí estaba la única constatación de su existencia.

Desde 1872, que se incendió, hasta 1899, que se comienza a edificar, pasaron los años de tregua en que el solar se orea y se despereza mientras los cepillos de madera se llenan y muere la señora que deja un millón para que la iglesia se reconstruya. La base del nuevo proyecto es, entonces, que la torre tenga aquellas dimensiones que caracterizaron a la antigua. (La misma iglesia cristiana reproduciría la torre de Babel si pudiese, esa torre de Babel que ya ha sobrepasado el aeroplano, pues nunca hubiese podido alcanzar las alturas que el aviador alcanza.)

Por fin, en enero de 1902 se inaugura la iglesia y la torre, que ya se había inaugurado a sí misma, destacándose en las alturas. (Hecha con ladrillo, surge una duda: ¿el ladrillo es sustancia religiosa? Ese hueco que hay en los ladrillos, ¿está lleno de Dios o de vacío? ¿Es ortodoxo que no sea maciza como las catedrales? Además de que los ladrillos morirán deleznablemente, porque los mordisquea primero por las esquinas y se los comerá después el tiempo engolosionado por ellos como por libras de chocolate.)

Es sorprendente la torre y es como superior al objeto que se la dio. Quizá les sorprendió a los mismos que la planearon y la miraron con recelo porque les salió la torre señora, un torreón moro más alto y triunfal que ninguno de los moros, una Torre del Homenaje a Alá, estupenda y castiza.



Sí. La torre de Santa Cruz es hija como de un golpe de inspiración del instinto; tanto, que después de haber recorrido un poco el mundo y haber visto los campaniles de Venecia y Florencia entre otras eminencias, hay que alabarla con decisión, encontrando antes de que *sea antigua* su especialidad y su rotundidad. Es el remate de Madrid —hay que exponerse a decirlo— que ha sabido con más carácter —sanguíneo, abencerraje— tener fisonomía madrileña.

No es lo morisco y lo castizo del pasado lo que eleva esta torre, sino lo morisco y lo castizo del presente, reunido y fundido con algo de lo que el progreso tiene de pintoresco, porque desde lejos, y aun desde acerca, tiene algo de cuadrada chimenea —la ideal chimenea de Madrid— y algo de ese gran cáliz de ladrillo que se destaca sobre Cuatro Caminos y que es el depósito-sifón que eleva las aguas de los depósitos hasta Madrid, pareciendo por esto que es un resumen de edificios laicos y civiles, tanto más cuanto que no le remata la cruz.

Ante ese edificio y esa torre se piensa que por ahí va la religión adonde nosotros vamos, considerándola como tipo de un Falansterio ideal para los días de fiesta y en la que se consagrarse y se simbolizase con un aprecio superior los edificios en que se trabaja durante la semana.

Siendo la torre de Santa Cruz un monumento trivial, impensado y nuevo, es el que de pronto ha caracterizado más la ciudad, y el gran industrial que quiera simbolizar Madrid y anunciar el producto de Madrid, debe recurrir al rojo y al blanco de esta torre sobre un cielo muy azul.

Se la ve desde todos sitios, se comunica con el Cerro de los Ángeles, se la ve desde todas las afueras y quizá no tanto por su altura como porque ha brotado en el sitio más alto de Madrid y porque toda la ciudad, reconociendo que ella es la atalaya de la corte, se quita un poco de delante para que se vea bien a su torre capitana. Desde lejos se ve también que tiene algo de exaltación rústica y pueblerina, como uno de esos palomares de Castilla rojos y con cúpula blanca sembrados por el campo y elegantes con sus diademas encaladas que refulgen de blancor sobre la tierra verdeante.

Sus remates blancos, esas especies de dentelamientos que son como coronas moriscas que no acaban de dentelarse, están muy bien, y esos blancos párpados de piedra blanca que entornan como persianas entornadas sus grandes ventanas como ojos ba-

jos, están muy bien también, aunque parecen amenazar con esa inclinación oblicua.

Bajo el sol, esa torre genuina se pone profundamente roja, bermeja, y sobre la tarde de Madrid parece que actúa como algo que la sazona y pone en ella el pimentón meridional. Hasta parecen salvar a la ciudad de la solanera y de la jaqueca terrible sus partes blancas, que son como un turbante en la cabeza, y como paños de agua con vinagre en las sienes. Al mismo tiempo, en el invierno, esa rojez de la gran torre cura un poco el frío con ese rojo que lleva en la masa de la sangre y da calorías a Madrid.

El ocaso exalta a la atalaya rojiblanca; en el ocaso ya no puede ser más colorada y se desangra en las almas que la miran. Bajo la luna se ve que está roja, y hace un hermoso contraste en esas noches en que vuelve a tremolar sobre «Magerit» el pendón de la media luna.

Todo esto en cuanto a la torre, que es lo importante, aun cuando también haya que entrar por su puerta y mirar hacia abajo.

A los dos lados de la nave central hay capillas de encargo adornadas como salitas. El altar mayor es como el antipático proyecto de un altar mayor hecho por un arquitecto de altares en el papel de planos. Toda la iglesia se ve que está llena del orgullo de su celefacción por agua caliente, de su gran instalación eléctrica de bombillas y focos, y de su órgano eléctrico, que es el mismo que trajeron del extranjero para el teatro Lírico, órgano alegre, profano y zarzuelero.

Y ya dentro, después de encontrar en la sacristía la sombra de la Asociación de la Paz y Caridad, que aún existe aquí para acompañar a los reos de muerte, hay que subir a la torre. Subamos. La escalera es amplia y sólida, aunque de vez en cuando tiene unos tablones que tiemblan. Durante toda la ascensión se oye el tictac cardíaco de la torre —como si por la subida nuestro corazón latiese con ese ruido—, la palpitación de su gran reloj, ese reloj cuya hora nadie ve, un reloj de pesas de 200 kilos, que suena como todos los relojes de torre.

Ya arriba se ve el pararrayos, que parece atraer un rayo aún en ese día despejado y cerúleo en que hemos subido, y asomándonos al balaustre de las falsas almenas de la torre, vemos la parte de plano antiguo que queda de Madrid.

XXXIV

EL MILAGROSO LABRADOR

En esa vera marginal del río de secano tenía que brotar un santo tan terreno, un verdadero labrador, que sólo gracias a la intervención divina pudo hacer fructificar a la tierra ingrata.

Pero no es lo importante de San Isidro lo que hizo en esas lomas del ribazo madrileño, sino el que es la figura del segundo Santiago.

La encarnación vaga y primera de ese santo es la que más vale, pues él fue el que se apareció al «Rey Don Alonso el Noble, VIII del nombre», para guiar al ejército cristiano antes de la batalla de las Navas.

San Isidro, en aquella primera aparición, tomó un modesto aspecto de pastor, y sólo después de muchas testificaciones pudo atestiguar que fue el mismo que, ya más tranquilo por la suerte de las tierras castellanas, se dedicó a fecundarlas con su arado.

Las crónicas señalan este hecho de modo categórico:

«El rey Don Alonso el VIII de Castilla, agradecido al socorro que experimentó de San Isidro para alcanzar la victoria en las Navas de Tolosa, le edificó Capilla en donde fuese venerado su cuerpo; le hizo una rica y vistosa Tumba o Arca para guardarle; y una estatua de madera que le representase, guarnecida toda y chapeada de planchas de plata sobredorada. También solemnizó su primera Canonización con asistencia de su persona, de la Reyna Doña Leonor y de su Corte; y en aquel acto dio testimonio de haber sido el Santo quien se le apareció en el puerto del Muradal, facilitando el paso al ejército.»

Como en las cajas de los magnates egipcios, en la caja que se mandó hacer para San Isidro se relataron sus principales milagros con todo cuidado. Oigamos la visión de la caja:

«El primer suceso, comenzando de la izquierda del que mira, que suponemos ser la cabecera de la Tumba, es cuando Iuan de Vargas, amo de San Isidro, fue a reprenderle porque llegaba

tarde a su labor, habiéndose detenido en las Iglesias; y vio con admiración que dos ángeles con dos pares de bueyes suplían ventajosamente el trabajo que había perdido Isidro. Esto se ve figurado en la manera siguiente: primero se representa Santa María de la Cabeza, mujer propia de nuestro Santo, de gentil estatura, bastante moza, bien faccionada y con buenos colores: lleva una túnica o brial encarnado ceñido al cuerpo, y encima de él, jubón amarillo con falda medianamente larga, ajustado de cuerpo y de manga hasta los puños. Por debaxo del jubón en la parte superior sale una toca blanca, con la qual está cubierto el cuello y la cabeza, no descubriendo más que la cara. Por haber saltado el color no se le ven los pies; pero en otro paso en que se representa del mismo modo, el brial no cubre los pies, y se ven calzados de alpargates o sandalias, con medias azules. Está en ademán de llevar la comida a su marido, como se echa de ver por una cesta que tiene sobre la cabeza, sostenida de su mano izquierda, y una alcarraza de cuello angosto con dos asas que pende de su mano derecha; por lo qual se manifiesta que el suceso aconteció bien entrada la mañana.

»Sigue San Isidro, alto, bien agestado, barba no mucha, de color castaño rojo, con diadema de Santo, mirando a la parte opuesta, y arando con un par de bueyes rojos. Está vestido de una túnica o sayo de color aplomado oscuro que tiene ajustadas las mangas y está ceñida con una correa bordana.

»En el tercer claro se presenta Iuan de Vargas con espada ceñida, y montado en su caballo blanco. En el quarto intercolumnio hay pintados dos ángeles vestidos de blanco, arando con dos pares de bueyes rojos, al opuesto de Iuan y siguiendo la misma dirección que San Isidro; aquí fenece la mitad del plano.

»En la otra mitad se representan dos sucesos. Primero: el haberse aumentado milagrosamente la harina en el molino, sin embargo del menoscabo que tuvo por el que nuestro Santo dio a unas palomas hambrientas, quando iba a molerle; y el segundo haberse llenado milagrosamente de vianda la olla vacía, quando fue Santa María a dar de ella a un pobre contra lo que le constaba, y sólo por obedecer a su marido, que se lo rogó. Conforme a esto se ve en el quinto claro un jumento o azemilla con su aparejo, y sobre él un costal lleno, con unas faxas o marcas encarnadas: enfrente hay un árbol, y sobre sus ramas puestas varias palomas. A la parte opuesta del jumento se des-

cubre San Isidro, vestido del mismo modo que antes, en disposición de descargar el costal.»

En el claro siguiente, que es el sexto, se descubre el edificio del molino, la tolva, la muela y demás artificios, y dos costales arrimados a la pared, llenos y con las mismas marcas que el primero; con lo que se quiere indicar, según parece, el aumento que había tenido el trigo o la harina.

Por el siguiente claro, que es el séptimo, se ve parte del aposento en que vivían los santos casados, y a la santa, puesta de pie derecho, vestida del mismo modo que antes, con un cucharón en la mano derecha, la olla delante puesta sobre la lumbre, y allí junto, San Isidro, mirando ambos hacia el siguiente claro, que es el último, por el cual se descubre un pobre descalzo de pie y pierna, túnica encarnada y sobre ella puesto un albornoz negro o capa corta con capucha caída por la espalda. Está mirando a los santos, con la mano derecha levantada, extendidos los dedos en ademán de echar la bendición.

Así sigue largo trecho la descripción de esa caja, en que aparecen las primeras aleluyas del santo, pues este santo es el más aleluyero de España, inculcándose más su figura por esta sencillez de su historial.

San Isidro es el santo menestral y modesto que más fácil es de imaginar al pueblo de Madrid, y casi todos sus milagros son disculpas a su estar distraído, aunque claro que su distracción es la distracción santificadora de la oración. A las reprensiones del amo, porque ora y descuida la labor responden los ángeles haciéndola adelantar, y a las dadivosidades del santo con el grano del amo responde el milagro acreciendo las sacas de trigo.

Ese amo gruñón, que no comprende la paz espiritual de la contemplación, es el que más obliga a San Isidro a declararse milagrero, complaciéndose mucho en darle una lección de agua haciendo brotar una fuente en la pradera enarenada de seco sol.

Mientras tenga el paraje de San Isidro esa horizontalidad de tierra arable en la que se imagina uno a la yunta en caminata regular de un lado a otro de la pradera, nos representaremos bien a San Isidro.

La mayor fuerza de este ferial es esa de su cosa rústica, escalonada con su antiguo asiento de tierra laborable y desnuda a la otra orilla de Madrid, distinguiendo la primera romería de la última en lo que sus desmontes pierden de ingentes.

Todo es sencillo en San Isidro, hasta el milagro de salvar a

su hijo del pozo en que cayó, pues las aguas comenzaron a crecer y se lo devolvieron a flor del brocal, como muñequillo de porcelana flotante, como bebé insumergible.

La adoración de San Isidro no es de las que amedrentan o compungen, y por eso su pradera está llena de alegría, *carrouseles* y columpios.

Hasta en el año de su canonización se permitió Lope de Vega un concurso de poesías, en que hubo también sitio para las burlas, pues Lope leyó unas noticias literarias de por entonces graciosas y sin ofensa:

«Los Poetas del Hospital general son muchos, y pasan extrema necesidad. V. R. los encomiende por la parte que le toca; pedirán para ellos dos Poetas jubilados, y aun se quedarán con ello.

Un Poeta ha compuesto 27 Comedias, no halla quien se las represente ni se las oiga; si hubiese alguna persona que se las quiera trocar a papel blanco, recibirá en ello caridad.

Una dama Poetissa, y persona honrada, que por ser entrada en edad no puede invocar las Musas, ni la visita Apolo, no va a Misa por no tener Manto. Quién tuviera algún soneto viejo, pues esta tarde sobrarán tantos, algunos Tercetos que no le sirvan o algunas Redondillas trahidas, acuda al sacristán desta santa Iglesia, que recibirá limosna y merced.

Quien huviere menester un Poeta de edad de 22 años, que hace la letra que aquí se ve, y dará fianzas de no escribir Comedias ni Seguidillas, acuda a la Academia de los Poetas donados, que allí dirán del y de todos.

En la Academia de los Poetas legos hay disparate plenísimo, murmurando lo que quisieren por la paz y concordia de los Poetas christianos: gánase hasta puesto el sol, porque después todo hombre guarde la cabeza.»

Santo sin martirio, San Isidro convida a merendar, a tomar roscas y a sentir la flor del anís en los adentros.

Esta romería, si nos atuviésemos a la verdad primera, habría que llamar de San Isidoro, pues así es como se oyó llamar en vida este Santo, al que, para mayor brevedad y facilidad del nombre, ha convertido el pueblo en San Isidro.

El Códice de Juan Diácono, que es el documento más esencial en la determinación del nombre del Patrón, dice:

*«Magne virtutis titulo,
Collandemus egregium,
Divina laude sedulo,
Exemplar vigilancium
Ex meritorum cumulo
Sanctum virum Isidororum.»*

Así es que la verdad es que el afortunado labrador se llamaba y «tendía» por nombre de Isidoro, que significa «don de Isis», así como Teodoro y Heliodoro, «don de Dios» y «regalo del sol».

Pero como lo que menos se puede variar es el nombre de una romería, sólo aclaro la verdad, porque sé que le gustará a la gente establecerla en su memoria, aunque siga con la rutina imperecedera.

San Isidro es un santo del que se acuerda uno siempre que ve los hondos relejes que meridianilizan España, en huellas rectas, monótonas, interminables, de las que son cresterías kilométricas los camellones tiesos.

También representa San Isidro el ideal nacional de que los ángeles sean los que aren con sus yuntas blancas los campos pedregosos y difíciles, llevando el arado como tiralíneas sin ripios.

Esos concursos de labrador en que se premia al que lleve más recto el arado en derecha del horizonte, siempre los hubieran ganado los ángeles.

San Isidro Labrador es el santo campechano por excelencia, el santo sin tribulaciones que sólo tuvo la tristeza de morir.

San Isidro tuvo, además, la suerte de que su esposa fuese una santa, pues su único peccadillo fue charlar con vecinas y conocidas cuando se las encontraba yendo por una alcuza de aceite o un cuerno de vino, pasando el puente que une el Madrid del campo con el Madrid cortesano.

La pobre esposa, arrugada en la áspera vida del campo seco y lleno de heladas y de rigores del sol, era la buena asistente del marido.

Primero no se la canonizó a ella, quedando postergada al marido; pero por fin, como reuniendo al matrimonio en círculos superiores, se acabó por declararla Santa María de la Cabeza.

Es encantador este matrimonio canonizado, que no conoció lo que con toda clase de eufonías de llama «reyerta conyugal». Se les ve llevándose muy bien, muy sentados frente a la escudilla común en que ella había sazonado el puchero de la tarde, con sustancia de estrella vespertina, que le daba un regustillo a tuétano del día.

Es San Isidro el santo al que se recurre más y al que se despierta con más insistencia para prolongar las aleluyas amarillentas de sus milagros. En cuanto había una sequía o el rey se ponía enfermo, se acudía al santo, se le destapaba, y a través del cristal de la tapa se veía cuan largo castellano fue. Así como en las horas de heroicidad se acude al cofre del Cid, en las horas de alarma se acude al arca de San Isidro.

La ceremonia de llevar a Palacio el esqueleto de San Isidro para que salvase a Carlos III es interesante.

El rey acababa de responder al patriarca, que le había preguntado, según es de rúbrica en el ejercicio de la Extremaunción, si perdonaba a sus enemigos: «¿Pues había de aguardar a este punto para perdonarlos? Todos fueron perdonados por mí en el mismo acto de la ofensa.»

El monarca, después de esas palabras, manda que lleven a Palacio los sagrados cuerpos de San Isidro Labrador y de Santa María de la Cabeza, su esposa; cosa que se realiza al instante, y se forma la procesión, delante de la que va el pertiguero con su ropa y vara; los acólitos, con sus roquetes, alumbrando con hachas; los sacristanes menores, los mayores y los cantores, todos de sobrepelliz, con velas; y los canónigos, con sus hábitos corales; etc., etc.

Después sacan el santo del féretro, a trueque de que se convierta en polvo, y le acercan a la cama de S. M., percibiéndose entonces, como siempre que se saca y se orea al santo, sin ambigüedad alguna, la fragancia milagrosa que siempre ha echado de sí desde que fue desenterrado del cementerio. De la santa también le presentaron al rey el cráneo y «dos huesos de las canillas», que no se sabe por qué pidió expresamente S. M.

La última vez que se ha abierto el arca de San Isidro ha sido hace cinco años, a propósito de su centenario, descubriéndose de nuevo en el baño de su inmortalidad, con el cuerpo unido y entero en huesos, carne y piel, a excepción de que tenía algo comidos o gastados los labios y la punta de la nariz —arrechuchos de la muerte—, y también le faltaban la mayor parte de los dedos de los pies y dientes de la boca, y un poco de la carne de la pantorrilla izquierda.

Los ocho poseedores de las ocho llaves con que se abre la urna histórica volverán a reunirse varias veces en el porvenir; pero así como la última vez se habían perdido las llaves 2, 4, 5 y 7, la próxima sólo se podrá recurrir a la del rey, que tiene la

particularidad, que no poseen las demás, de abrir las ocho cerraduras de la caja.

San Isidro es la carroña que inquieta la tierra de labranza y la da el sabor del milagro y la aparición, por permanecer incorrupto siempre.

Es él el muerto que se encuentra el arado que levanta a los muertos al remover las tierras. Sale y vuelve a salir en un desenterramiento providencial.

San Isidro es el labriego de Madrid, reservado, cargado de espaldas, con tipo de Pérez Galdós con túnica, y que se dedica a la contemplación de la perspectiva de Madrid, como si ese fuese su principal oficio.

Siempre le vemos a aquel lado del Manzanares, en aquella cama del río, bajo los toboganes de los montículos, sentado y mirando a la ciudad, mientras los bueyes tardos seguían un paso rítmico por salvarle del trabajo, por dejarle contemplar, por permitirle rezar.

Nos sentimos del otro lado del mundo. Hemos descendido a pie hasta la pradera. Es el día de medir Madrid y darnos cuenta de su realidad en perspectiva.

Ya no madrugan los habituales de la pradera.

La procesión principal aguarda a media tarde.

Las gentes de poder, en vez de bajar, como antaño, en sillas de manos, calesines, diligencias, carretelas u otras arcas de Noé por el estilo, precipitando el ritmo un poco de entierro que debe tener la comitiva de la fiesta, bajan ahora en automóviles y «motos».

San Isidro es peregrinación lenta, y cuando ya se está allí, comprobación de Madrid, rústica comprobación de la vida.

Los pobres de antaño continúan, como si fuesen inmortales, como si igual que esos muebles contrahechos que pasan de prendería en prendería, ellos hubiesen pasado de época a época sin que el desgaste ni la muerte los quisiera consumir.

En el estilo aleluyesco que siempre ha merecido esta fiesta, se escribió entonces, y se puede repetir ahora:

En días tan divertidos
la corte de las Españas
saca a lucir de sus nidos,
en lisiados y tullidos,
las visiones más extrañas.

Los pobres de antaño pedían en latín para dar más solemnidad a la limosna, para que las gentes se diesen cuenta de lo litúrgico que es dar un ochavo. En latín de pobre de pedir limosna decían: *Facitote caritatem*.

Los gitanos que viven en las Cambroneras, a un paso de la pradera, han pasado a pie el río y dan tipo de gitanería a la fiesta, poniendo en ella esa sombra nómada que le dan sus tiendas de campaña y sus tenduchos.

Domina la gitanería, pues ya van pocas damas de alta alcurnia, de aquellas, que, al decir de doña Dolores Gómez de Cádiz, iban «vestidas de glasé».

Todos los que van leen en la tosca lápida de la ermita la siguiente décima, que no se recomienda ciertamente por la gracia de la dicción ni la sublimidad de los conceptos:

¡Oh aijada tan divina
como el milagro lo enseña!
Pues sacas aguas de peña
milagrosa cristalina,
el labio al raudal inclina,
y bebe de su dulzura,
pues San Isidro asegura
que si con fe la bebieses
y calentura trujeres,
volverás sin calentura.

En la pradera, a la vera del río, todos nos encaramos con el Manzanares.

La romería de San Isidro tiene, pues, ese encanto pueblerino y silvestre de pasear a la orilla del río, junto a esa vena sincera de la tierra, que es el agua corriente que va a dar en el mar.

Recuerda la fiesta de San Isidro, con un remedo persistente y violento como un sartenazo, la remota época en que la Humanidad era tribu trashumante y todos se entremezclaban en las cañadas o valles de la vida. Se siente el hedor y el rumor antiguo de aquellas multitudes pastoreantes. Por un día se incurre en aquella aglomeración arcádica.

Nuestra romería no se distribuye y se ordena, sino que es la más espesa y enredada que se conoce, y en eso ha estribado precisamente el encanto de ese madrileño guisote popular.

Agranda la pradera esa espesura de gente en el laberinto de la gente. Los tiovivos por eso son redundancias en medio de



San Isidro el Real



Observatorio astronómico



Puerta de Alcalá



Museo del Prado



esta multitud que da vueltas; tanto, que llega a sufrir de mareo por lo giróvaga que es.

La «isidrada» está en decadencia, porque todos bajan buscando la fiesta antigua, en vez de buscar lo que tiene de fiesta sobre la costra del mundo y frente a una visión idéntica a la de antaño.

Vamos un poco a comer de la merienda de los demás.

No es verbena esta fiesta. La verbena es del atardecer y de la noche. No es romería tampoco; la romería es algo más blando, soporífero y soñoliento. Es feria de Madrid, santo del patrón desproporcionado de la desproporcionada capital de las Españas.

Ya no canta en la pradera, como esos días silenciosos en que hemos ido a visitarle antes de hoy, el rodorín del grillo —he dicho: el rodorín del grillo, y no hay quien lo mueva, porque esa gracia que hay en el fondo del silbato es lo que suena en el grillo. Llega ahora un ruido espeso, de voces que se mueven.

Todos los paletos que estos días preguntan en todos los tranvías que van a la Puerta del Sol: «¿Va a la Puerta del Sol?», están ya en la pradera. San Isidro es el mito del labrador y casi todos ellos son labradores. Para que un santo fuese más madrileño, tenía que haber sido torero, periodista, actor. ¿Cuándo saldrá de estas clases un santo?

En esta contemplación ideal de la pradera, desde el puente, se piensa en el campo de los moros, que es el campo de allí abajo, lleno profusamente de gitanos siempre y de tipos moros, siendo las tiendas de moritos. Después de una antigua y depurada idea de la fiesta, esto es realmente lo que se piensa como resumen mirando el amplio álveo del río lleno de gente. «El sitio de Madrid por los moros» se podría titular ese cuadro.

Además, en ese puente nos salen al encuentro San Isidro y Santa María de la Cabeza —ven pasar a la multitud y ellos no se apresuran—, Santa María siempre yendo a la fuente con su cántaro o a la tienda otras veces —cuando nos la encontramos en otras calles—, con su alcuza de aceite; ella es la buena mujer del labrador de Madrid, desgraciado, desapercibido, viviendo siempre en una casilla, sólo con planta baja, al otro lado del río. San Isidro es un santo de faja, larga faja morada como esas que desde el tren vemos desenvolverse interminablemente a esos labriegos que se destacan frente a una tapia; y también es de esos

palurdos a los que le suena al andar por la carretera el aire comprimido en sus pantalones de pana.

San Isidro, como un rejoneador, se apoya en el rejón del arado como el tío del pueblo que hace eso mismo con una gran cayada. Ante los dos tipos tan de la calle, tan transeúntes de las rondas, se piensa: «¿Son santos auténticos? ¿No serán santos por recomendación de las que tanto prevalecen en esta Corte de los milagros?» Y se redobla la intensidad de la duda cuando se piensa en que tuvieron un hijo, un arrapiezo de blusa.

La fiesta de San Isidro tiene, sobre todo, la exaltación de las fiestas que se celebran al lado de los cementerios. Se sigue el camino de los entierros, y ya encima de la verja del camposanto se tira hacia la pradera. Así parece que se va también a que los muertos se llenen de cierta alegría, esa alegría que se les quiere comunicar en las romerías asturianas que se celebran junto a sus tapiales.

Toda la multitud fermenta al sol. Muchos se contagiarán esta tarde y morirán en días sucesivos, sobre todo los que beban del agua del Santo, que brota de entre los muertos.

Las campanas de la ermita aumentan el ardor, dando vueltas y destrozándose. ¡Qué dolor de riñones tendrán al final!

Como abundan tanto los militares en la fiesta, y las barracas y tiovivos tienen un techo de lona como el de una tienda de campaña, da la sensación el conjunto como de un ejército que vivaquea y al que ha venido el pueblo a ver, como en esas zarzuelas en que hay militares y paisanos.

Se mezclan a la vida y a la realidad de la fiesta los humos de aceite espeso que salen de los puestos de comida y bebida y de las churrerías; los pobres que pululan por la pradera, y que con sus caras de leprosos hacen más romería esta romería; la guardia civil a caballo, con sus sombreros enfundados de blanco y con su correa amarilla —«fuselaje» diría yo para darle toda la importancia—, nuevo, formidable y vistoso; los desmontes, por los que se tiran los chiquillos y los alegres chatos y las descosidas filipinas.

El «Laberinto» no falta entre los recreos de la pradera, ni las cosas rusas, que dan un carácter ruso al ferial, como la montaña rusa y la fiesta de la gitanería, en la que se destacan las gitanas, entre cuyos pañuelos ajustados al talle se ve un triángulo terso de una carne morena menos ajada y descompuesta que la

de sus rostros, gitanas que bailan sobre el tablado de su barraca, verificándose después de sus bailes la lucha del hombre con el oso, un oso «del Cáucaso», un oso que parecería un hombre disfrazado de oso si no se notaran en sus nalgas aplastadas que es un oso, y en esos ojos muertos e inconfundibles del oso, ojos que son sólo un agujero redondo y mate, lleno de la sombra de la animalidad.

Las ruletas que juegan cajetillas y «bibelots» de caramelo hacen más giróvago el conjunto, que tiene ya, por sus tiovivos y por sus «ruedas persas», en que se cangilonean las parejas temerarias, algo de gran Montecarlo popular, en que todo gira, jugándose las pocas fichas de nácar que flotan en el cielo de la tarde, y entre ellas la ficha máxima de la luna, transparente y confusa en el cielo claro.

Vamos ya sin la bula llena de rúbricas que se compraba antaño en honor del santo; pero sabemos que ese labrador, que no llega ni a labrantín, nos disculpa de esa prueba de nuestra pobreza y dejará que nos convidemos en sus casetas blancas y azules.

La gitanería sigue moviendo incesante sus faldas de campana por el ferial y presenta más osos de aquel antiguo Madrid oseznizado; tanto, que el bisabuelo aun contaba que, estando en Carabanchel, vió un oso que se comió una colmena.

Por eso la fiesta es más sosa, y se pudiera decir que se realiza en su estadio «la búsqueda de la fiesta perdida».

Quizá ha entibiado también la romería el que en vez del peleón de Arganda, de la «ratafia» y el «hipocrás», mezclados siempre a la «flor de aguardiente», se bebe mucha cerveza mezclada al agua de la fuente de «la Salud», la fuente del Santo, cuya agua convendría hervir antes de tomarla, pues hervida conservaría sus facultades milagrosas y perdería sus inquietantes microbios.

Esa cantidad de cerveza clara que ingurgita hoy la multitud hace que no se les «suba a todos el santo al cielo», y que en vez de quedarse entre Pinto y Valdemoro queden sólo encharcados y lejos de ser esos moros salvajes en que los convertía el morapio fornido y «moromuceño» de antaño.

Además, casi todos un poco en régimen de no engordar —magnífico pueblo convertido a ese régimen—, ya no se dedican a los grandes atracones de huevos fritos, lacones, perdices

y escabeche con postre de rosquillas y bollos de Fuenlabrada o de la Tía Javiera, tan emparentada con todas las vendedoras que

Pronto no habrá, ¡chachipé!,
en madrid duque ni hortera
que con la Tía Javiera
emparentado no esté.

Los columpios de la pradera son los columpios aviadores; columpios frenéticos que llegan muy a lo alto en sus evoluciones, resultando algunos como dos largas aspas de molino, en cuyos extremos hay gentes que unas veces bajan al abismo y otras suben al cielo como fuera del espacio.

Toda la multitud parece que baila bailes desordenados en rueda, en masa, al son del arístón. En la mezcla de unos con otros hay como una gran sardana.

La perspectiva de Madrid desde la pradera entra en el encanto de estar en ella, y se ve la ciudad castellana, que es construida sobre un monte, en cuyo barranco, lleno de huertas y de chozas, estamos. Al goce de esta perspectiva de Madrid se une en la retirada la otra perspectiva, la de la pradera llena de gente garapiñada viva y hormigueante, en contraste con los cementerios de cipreses erguidos, cementerios de los que, en la hora del atardecer en que ascendemos a la ciudad, parecen descender esas lucecitas amarillas que comienzan a brillar en los puestos, tiendecillas y barracas de la feria como amarillos y leves fuegos fatuos... ¡Gran compadrazgo de vivos y muertos promiscuados en esa sombra que se comienza a espesar en la pradera a las ocho de la noche!



LA PLAZA DE LA ARMERÍA

Este palacio tiene el aspecto suntuoso y frío del Palacio del Zar de las Rusias. Su visión de conjunto está en todos; por eso ya al afrontarle se busca un detalle: ese busto colocado en lo alto, cogido por el cogote por una especie de aparato de fotógrafo para que no se vaya a la calle y que tiene tipo de artista y es el único que tiene sombrero civil, una especie de gorro de taller; esos ábacos y armaduras de chimeneas cegadas que hay bajo las ventanas del piso bajo; o los frascos de la botica de Palacio que se entrevén por una ventana y en los que se sospechan esas sustancias inapreciables traídas del antiguo Oriente y que salvan la vida muchas veces; o encaramándose donde sabemos, ese ciprés insospechado que se eleva en un patio de las Caballerizas, un opulento ciprés que parece denotar el sitio en que está el cementerio de los opulentos mayordomos de Palacio.

Lo importante, lo que vamos buscando es entrar en la plaza de la Armería, en ese blanco desierto. Los balcones de Palacio que se abren sobre esta plaza están alegres, son los menos trascendentales, pues los de los otros lados piensan cosas más sombrías, cada uno lo suyo; el uno tiene presentimientos, el otro piensa —verbigracia— en Carlos IV, el otro tiene melancolía, el otro piensa en Riofrío o en Somosierra.

Cuando verdaderamente hay que situarse en esta plaza es en invierno o en otoño, estaciones en que resalta su fuerte color a constipado, este constipado tan castizo que hizo construir en Segovia un HOSPITAL DE RESFRIADOS.

El retablo de piedra de la gran fachada que da a este lado, tiene además de su santo un reloj con una sola manilla, una manilla que sólo piensa en las horas, como si en Palacio se desdeñasen los minutos. Una luna y un sol un poco humorísticos, componen un precioso conjunto en ese reloj de piedra. En los resquicios de esa fachada se ven las palomas grises de Castilla

con cuello de marabú gris claro, palomas suaves, serias y representativas.

La plaza de la Armería es el patio de internado de los soldados, entre los que se pasea algún oficial acompañado a veces por una señorita abnegada, y entre los que se destaca el tambor de guardia con los palillos atravesados sobre el pecho en los ojales de su banda de cuero.

Niños y doncellas —entre las que está la que ha tenido más novios— alegran este conjunto, dándole una alegría de pueblo. Los soldados juegan a los barquillos, y así se proveen de un fusil de barquillos con el que presentan armas a las niñeras y a las amas.

Algunos alabarderos hacen bulto. Adoradores de Palacio, no se quieren apartar de él. (Por la mañana es más su hora y es cuando se ve mejor lo «papel de soldados» recortables que son y cómo ya están pegados sobre la vida. Son hombres aseados que de tocar la flauta o el *piccolo*, que es el instrumento que más domina en sus filas, tienen un poco de tipo aflautado, y lo envidiable de ellos es que por haberse dejado perilla no tienen que dar a la navaja esa difícil vuelta bajo el labio inferior; en ese recodo en que la navaja hace el verdadero «rizo» peligroso.)

El momento mañanero de la «Parada», cuando le sirven el desayuno musical al rey, es el mejor momento de su día, lleno de optimismo de antesala de casa grande.

La Parada mañanera despereza las fuerzas que vigilan la corte. Ya funciona más tarde que antes; pero, de todas maneras, deja levantada la vida nacional. Quizá sin ese despertador marcial la vida de la ciudad se quedaría dormida hasta las ocho de la noche.

Todo lo que sucede en la Parada es conocido y aumenta el apetito del que por equivocación se ha lanzado a la mañana. Pedirá huevos fritos con chorizo cuando llegue el mediodía.

Gran cotillón de bandas y fuerzas, con lentos movimientos de rigodón antiguo, hay un momento en el espectáculo en que queda graduado el meridiano histórico, la llamada hora histórica en cada mañana de cada día.

Misa de músicas, procesión sin procesión, alarde silencioso, la Parada bate la claridad de cada día.

Los guías de la ciudad se lavan la cara en sus músicas, y los forasteros encuentran el espectáculo central, la palpitación del corazón de lo oficial y consuetudinario.

Pero lo que yo voy a anotar hoy en este acto litúrgico es su coletilla, su última rúbrica, una cosa que sucede en cuanto la artillería da su difícil media vuelta hacia las puertas de salida.

En ese preciso momento, en que queda un claror de arenas silenciosas detrás del tráfago de ejes, cañones, blindajes y ruedas, todas las palomas de la plaza de la Armería descienden de sus cobijos en las cornisas de Palacio y forman un escuadrón que con paso militar sigue al despejen marcial, a primera vista como adiestradas en la disciplina, de tanto ver el acontecimiento; pero a segunda vista, y después de ver lo que han dejado los caballos en el suelo, se comprende el verdadero motivo de la maniobra.

En medio de toda esta explanada no hay bancos. Sólo en el quicio de las ventanas bajas del fondo o en una especie de incómodos caballitos de piedra sobre los que se elevan los faroles, se logra sentar los niños. Así se ve que hay muchas personas con aire de estar completamente rendidas de estar de pie. ¡Si dejasen sentarse en esos dos cañones que están al fondo arrinconados y que antes estaban en el centro de la plaza y apuntando descaradamente a la multitud!

Pero lo magnífico de la plaza de la Armería no es nada de esto; lo magnífico son esos balcones públicos, esos miradores que tiene para el sibarita del pueblo que quiere igualarse al más poderoso. Un pintor que pintase estos balcones y los varios paisajes que se ven por ellos, pintaría la síntesis maravillosa de España. Es inapreciable el acto de soberanía íntegra, aunque latente, que supone poderse asomar a los balcones de ese palacio, que es más palacio real por eso que por nada.

Al asomarse a esos balcones se ve cómo cae el cielo como en un barranco, porque la sensación a escarpe de estos balcones es de altura, siendo como los ojos de la torre del homenaje y del poder sobre el murallón cortado a pico y precipitado en un precipicio ideal.

Todos los balcones de España son de ella; pero no son, por excelencia, «sus balcones».

Los balcones de España son estos de la plaza de la Armería, que son seis, y una puerta balcón, por la que se baja al fondo de arboleda del palacio.

Una nación debe tener más ojos que un individuo, por lo que está bien que sean seis.

El ejercicio mayor de ciudadanía es asomarse a esas cuencas vivas de los ojos de España.

En la plaza de la Armería están inscritos aún los invisibles mapas de las horas solemnes, pues las salidas de los ejércitos hacia Flandes, Nápoles, Portugal, comenzaban su formación en la arena de la plaza, y los clarines de banderín lanzaban las primeras notas de la empresa.

Álbum de todas estas salidas de España hacia la aventura interminable hay en ese claro estadio que es gran patio de armas y trampolín para tomar por el plano de los caminos.

En la plaza de la Armería quedan gritos perdidos, «¡vivas!» que aún salen de las piedras para tomar el sol, que es troquelado en esta plaza con las armas de España, como el oro en la Casa de las Monedas.

El sol que cae en esta plaza es el sol en libramientos y la gente muy cortesana que sabe muy bien dónde se reparte lo bueno, lo que va a tomar durante todo el año, ese sol de intendencia que socorre a los resfriadizos.

El ritual de la tarde de la monarquía española, en lo que tiene la monarquía de asentada en las plazas, se cumple en esta plaza, en que hasta las palomas que vuelan con sus alas de madera pertenecen al concierto histórico.

Las primeras palomas se deben al regalo que el fraile Francisco de Paula hizo al rey Fernando de Nápoles, y que Carlos III trajo para adornar el cautiverio de su reinado, lejos del inolvidable Nápoles.

Recuerdos vivos del extenso dominio de España, se han reducido a no tener ninguna nostalgia y vivir en la paz soñada del palacio, rozando el reloj de España, como si quisieran hacer más propicias las horas y hacer sonreír a las que son graves y preocupadas.

Entre las palomas de la plaza de la Armería hay palomas castellanas y palomas catalanas, pues cuando, en ocasión de un cumpleaños del rey, se trajeron de Barcelona palomas mensajeras con el fin de que tornasen allá como contestaciones a la postal felicitadora de Cataluña, muchas de ellas se quedaron en las cornisas de este palacio, sin querer volver a ser mensajeras, ganadas por las palomas de Madrid. (Sus plumas caídas son péñolas para los historiadores.)

Pero todo eso es preámbulo, viñeta, vírgula decorativa y antecedente histórico antes de asomarse a los grandes balcones.

El rosario de la visión de España está en esos balcones, y conviene llevar por orden las estaciones. Se ve todo lo que se

ve desde cada uno de ellos, y, sin embargo, no es lo mismo lo que se ve desde cada balaustre.

El Norte se presenta con nieves y arbolado en un facsímil extraño, y el Mediodía se presenta repelado, siendo sus únicos árboles las largas antenas de la telefonía sin hilos, señales también para los aviadores perdidos.

Una cinta de agua hace relucir su sable en el fondo del paisaje, y se ve muy pequeña, como chamizo de viajes esperanzados, la ahumada estación del Norte, que tan grande es cuando se parte o cuando se llega.

Las ermitas de la Casa de Campo relucen como iglesias de las primeras aldeas, las aldeas arcádicas de hace mucho tiempo, siendo como el ejercicio rústico de dibujo para los tapices de las infantas de España.

Un ofrecimiento del campo a la ciudad hay en ese paitario de las guerras, las conquistas y los viajes.

El Guadarrama, desde estos balcones es desde donde mejor se ve, este Guadarrama que insiste sobre la ciudad y al que los pintores veían antes mejor y con el que contaban más, dándose cuenta de lo señor que es y de su estatuaria magnífica.

Después se ve la castiza proporción de El Pardo, con sus arbolitos achaparrados por la distancia y entre calveros que les hacen resaltar, encinas refritas bajo el sol, pero de un verde seco y valiente. Más acá se ven los árboles clásicos —árboles de Turner— de los jardines de la Casa de Campo, entre los que es grato ver la casita de campo que parece un cortijo de Andalucía y la ermita tan bien enjabelgada como los cortijos solitarios y antiguos de Sierra Nevada.

Después se ve el cogollo próximo de los jardines del Príncipe, que son como una grande y apretada lechuga para Madrid, de espesas hojas y troncho oculto y jugoso. No se ven los paseos de ese jardín en el que los príncipes juegan con juguetes maravillosos que quisieran ver los niños plebeyos que se asoman a esos balcones. Señalando el límite entre ese jardín y la parte popular y abierta, se eleva la torrecita de la Virgen del Puerto.

Volviendo ya la cabeza bien, se ve la Castilla y la Extremadura peladas, color pajizo y trigueño, el asta de la telegrafía sin hilos —como un largo salvavidas para los aviadores que se elevan también en ese trecho—, un poco de un puente y los cementerios, entre cuyos cipreses se elevan los altos andamiajes de los



nuevos mausoleos del rico, andamiajes cuyas siluetas dan un aspecto de gasómetro al cementerio.

¿Y a qué continuar? No se verán mejor estos paisajes dando un trasunto más descriptivo. Hay que subrayar que lo importante es que se vean reunidos los tres paisajes más nacionales como en un mapa vivo y abreviado. (Sólo faltan unos viñedos en este paisaje —que tiene un rinconcito de olivos—, unos viñedos que pusieran en él esa nota acoliflorada que tan bien dibujan sobre el acero o la madera los grabadores en acero o madera.)

¡Cómo medita y da vueltas el pensamiento frente a esos tres tapices *españolinos* y únicos, por los que el pensamiento se puede lanzar, se va lejos y ve desde el otro lado los mismos balcones! Ya allí lejos recordemos como en una visión invernal, que es la más eterna, cómo se ven desde allá estos balcones de Palacio lívidos, desencajados, con toda la amenaza del nublado que se ve como en grandes espejos acerados, en las lunas tan bien planchadas de las vidrieras.

Aunque en las ventanas es donde el sol da hasta última hora, se nos va haciendo tarde. Anochece y nos quitamos de la gran balconada temerosos de esa neblina, visiblemente venenosa, que se tiende sobre la parte baja de ese paisaje, neblina que brota de la artesa del Manzanares, alma del jabón que han espumado, las lavanderas durante la tarde y que flota en sucios chales sobre el río.

Volvemos la cabeza al centro de la plaza de la Armería. Aún queda gente en su playa como si esperasen aclamar al que se puede asomar por el balcón regio o esperando que entren después de las carrozas del sol las carrozas de la luna. Frente a esa especie de expectación se abre de pronto un balcón. ¿Quién? No. Es un chambelán que cierra las maderas, por entre cuyas rendijas se ven encendidas las grandes arañas que ocupan el gran salón alto de techo.

Por fin se encienden los faroles de la plaza militarmente y como después de haberse *cursado* las órdenes oportunas. Se encienden en varios golpes; primero la gran bellota que remata cada candelabro y después las otras cuatro almendras que la rodean. *Desvelados* por esta luz fría de la plaza de la Armería, luz solemne y sin sal preparada en la fábrica cortesana de Palacio, nos alejamos llenos de escalofríos de ese claror que se hace



en el gran patio y por último miramos al gran portalón de Palacio.

☞ A través de la vida vamos recogiendo nuevos matices de la plaza de la Armería. El que es muy ducho en sus aspectos puede saber, sólo con mirar sus piedras, el día que va a hacer.

Cada vez son más juguetones los soldados que la guarnecen y persiguen con más ahínco a las doncellas que huyen de ellos. Quizá por no ver eso no se asoma jamás nadie a las ventanas de Palacio.

Las grandes asiduas de la plaza de la Armería son tan tenaces, tan aficionadas a ella, que se ha dado el caso de una embarazada que hasta salió de su cuidado en la plaza de Palacio, porque se había empeñado que su hijo naciese en sitio regio. Fue asistida por el gran comadrón en la farmacia de la R. C.

Sólo el gran paleta siente curiosidad por la Armería Real o por las Caballerizas Reales. Al ir hacia una cosa más seria y más humana que todo eso, hacia los balcones de la plaza de la Armería, nos es muy molesto y muy deprimente ver a esos «guías» que nos salen al paso para guiarnos por el salón de la Armería Real o por las salas de las Caballerizas Reales.

La Armería sola, sin estar, como en Cluny o como en Kensington, rodeada de otras cosas más cordiales, más humanas y familiares de la Edad Media, es algo frío, irracional y grotesco.

«Los caparazones de los antepasados», como llamó a las armaduras de un aristócrata un cronista de sociedad, son algo fiero e irritante. Pasando junto a esos vestigios del pasado, se les dicen cosas rigurosas y divertidas, como, por ejemplo: «Vamos, ya estáis bien muertos, distinguidos cocodrilos...» «Cangrejos sórdidos...» «Inofensivos buzos...» «Ranas blindadas...» «Érais unos verdaderos mozos de cuerda de la heroicidad... Porque, ¡lo que debía pesar eso!», etcétera, etc.

Carlos V, aquel káiser que tuvimos, es el que tiene más armaduras. Casi todas son de él. Su rostro maligno y cruel aparece repetidamente por entre el aparato ortopédico que encierra su cabeza. Se ve la estatura justa que tenía, pues se ha hecho la figura que sostiene sus armaduras al tamaño de esos trajes irrompibles que llenaban sus roperos.

Todas las armaduras mezcladas en un solo salón dan un aspecto de pesadilla a esta Real Armería, pesadilla que, sobre todo los extranjeros, glosarán con pánico.

Es duro este espectáculo de hojalatería amazotada, revuel-



ta, erizada de lanzas, de grandes espadas y, sobre todo, rematada por veinte elevados caballeros vestidos de acero sobre veinte caballos de balada, vestidos de acero también, y con lanzas inconmensurables al arzón.

Entre esos tanques individuales del pasado, como menuda curiosidad se destaca el turbante en acero esmaltado del gran turco; tres hijos de rey metidos en tres armaduras para el carnaval de los niños, y un lebrél blindado como para las batallas, aunque le vestían así sólo para ir de caza.

¡Amenazante «caserna» de muertos, a los que, no pudiendo con sus corazas, la muerte tuvo que envenenar! Se sale de ella para desvanecer la visión, asomándose a los balcones de la plaza, que dan al tiempo presente.

* * *

Entonces, recobrado el optimismo y la imaginación, he inventado un cuento para niños, que se podría titular «Las palomas del Rey».

En la plaza de la Armería luce la arena del suelo con la alegría de día sin colegio.

Hasta esa arena del rey es especial y no tiene la suciedad de la de los otros jardines. A Luis lo que más le gustaba por eso era jugar en la plaza de la Armería, en el patio de la casa del rey.

—¿Dónde quieres ir? —le preguntaba su muchacha Rosaura, la chiquita Rosaura de faldas de campana.

—A la plaza de la Armería.

Le gustaba a Luis ver el palacio inmenso, lleno de balcones, por los que seguramente alguna vez se asomaba el rey y le veía jugar.

Algunas atrevidas amas secaban al sol los pañales de los niños, que se habían humedecido.

Algunas señoras, que eran abonadas antiguas de la plaza de la Armería, tanto que se decían unas a otras: «Ya ve usted... Yo vengo desde niña...» «¡Pues yo nací en la misma plaza!» «Pues yo...» (y ya ésa no sabía qué decir), sacaban unos sillines de pescador y se sentaban muy cómodas.

Los abanicos de las colas de las palomas volaban constantemente por el cielo.

A ratos le entraba a Luis cierta timidez de seguir jugando porque el rey le miraba por entre las cortinas y encontraba quizá

demasiado tonto su juego. En esos ratos que creía que le miraba el rey se agarraba al delantal blanco de Rosaura y se escondía detrás de él como si se ocultase detrás de una cortina.

Con otros niños se juntaba Luisito en la plaza de la Armería, y todos abundaban en las mismas sospechas.

—¿No ves al rey?

—Sí... —contestaba Santiago—. Pero por aquel otro balcón se asoma de vez en cuando la reina.

—¿Estás seguro? —preguntaba preocupado Luis.

—Sí... —respondía Santiago—. Asoma el rostro y sonríe... Lleva su gran collar de perlas...

En otras ocasiones, emocionados por estar en el patio del rey, un poco cerca de su Salón del Trono, casi en la antesala de Palacio, se le ocurrió decir a Pedro, el amigo silencioso que siempre estaba comiendo naranjas:

—Aquel niño es un infantito... Le ha mandado a jugar en la plaza de la Armería su papá, el rey, para que conozca a los niños que han de ser sus ministros... Porque todos los que juegan de niños en la plaza de la Armería son después ministros del rey...

Aquella tarde estuvieron muy preocupados los tres amigos Pedro, Santiago y Luis por lo que hacía aquel niño con guantes blancos de seda, que no jugaba con nadie y que andaba por entre todos los niños con una curiosidad desesperada, triste de no encontrar niños que le invitasen a jugar.

Pedro, Santiago y Luis le siguieron y no pudieron despejar el misterio.

—Mira —decía uno—: parece que desde aquella ventana le vigilan...

—Mira —indicaba el otro para hacer creer más la gran mentira—: sus zapatitos de charol son de infante...

La plaza de la Armería despertaba por todas esas cosas una gran inquietud en Luis; pero siempre volvía ansioso de aventuras a pasar los arcos y las bóvedas del patio del rey.

No sucedía nada en la plaza de la Armería y, sin embargo, pasaban cosas entre reyes, príncipes y princesas. Luis se acordaba más que en ningún sitio en el gran patio de los reyes de aquellos cuadros que colgaban en una de las clases del colegio y en que había reyes con manto amarillo que levantaban del suelo a sus súbditos arrodillados...

Una de las cosas que más le gustaba a Luis era jugar a coger alguna paloma de las muchas palomas del rey que le llevaban el

soplo de lo que opinaba el pueblo, palomas mensajeras entre el pueblo y el rey.

Las palomas de la plaza de la Armería, con su paso de chambelanes, parecían dejarse coger y, sin embargo, jamás se habían dejado tocar por las manos de los niños, pues en el momento oportuno echaban a volar con desdén de princesas.

Luis las perseguía, las acosaba y esperaba a que se parasen un poco más allá para volver a la carga.

—¡Vaya, qué niño tan pesado! —se decían por fin, y se iban hacia el balcón principal de Palacio como para acusárselo al rey.

Luis las hacía volar alto, y temeroso de la delación, esperaba a que se posasen en la cornisa de piedra que ponía gran marco a los balcones. Entonces comprendía que le habían perdonado y volvía a perseguir a otra.

Un día por fin atrapó a una, la acosó en un rincón de los claustros del gran patio, y sofocado de tanto correr se quedó acurrucado sobre ella, quieto, temeroso de que le viesan, notando que iba a ser demasiado bulto para guardársela debajo del gabán.

Se quedó frío. Un sudor congelado le recorrió por todo el cuerpo. Se sintió malo y soltó a la paloma, que salió más rauda que una golondrina, seguramente esta vez a contárselo al rey.

Luis aquella tarde no pudo seguir jugando y corrió a avisar a Rosaura que quería irse a casa porque tenía mucho frío.

* * *

Gran fiebre la de Luis. No bajaba de los cuarenta.

Por fuera sólo se le oía delirar y decir cosas que no acababan de comprender ni sus papás ni los médicos.

Entremos nosotros en su fiebre, porque nosotros tenemos permiso especial; somos sus amigos y le hemos visto jugar el último día que se puso enfermo, la última tarde de plaza de la Armería.

Los demás sólo oyen desde la parte de fuera de su fiebre:

—¡Yo no he sido...!

—¡La paloma vino hacia mí!

—¡Yo no la apreté!

—¡Perdón!

Nosotros vamos a entrar en el día de verano de su fiebre. Hace calor, sí, en la fiebre de Luis, mucho calor; hay que ir

sin gabán para no pillar después a la salida la pulmonía que el pobre ha pillado.

Luis está delante del rey, en el salón en que unos leones de oro tienen la fiera pata derecha sobre un queso de bola también de oro.

—Niño: ¿qué hiciste con mi paloma, que ha muerto después del achuchón que la diste apretándola las alas contra el cuerpo...?

Luis no sabía qué responder.

—¿Yo...? ¿Yo? —se atrevía sólo a decir como cuando el director del colegio le llamaba después de una acusación. El Salón del Trono resplandecía, y los grandes espejos con marco dorado se le tragaban. Todo él estaba tembloroso sobre la hermosa alfombra en la que parecía atrevido pisar como lo es el andar por encima de las flores de un jardín.

Temía también que el rey le regañase de pronto por pisar la alfombra, y entonces él no sabía qué hacer, porque ¿cómo no pisar la alfombra si el rey le había llamado a su presencia y había tenido que pasar por encima de ella? Azorado, mortalmente sobrecogido, levantaría un pie y después otro como una cigüeña, siempre con timidez también de pisar la tierra.

—Todas las palomas de Palacio —le dijo el rey después de un silencio en que le estuvo mirando fijamente— se han puesto de negro, y la Corte llevará quince días de luto por la muerte de la más ilustre de mis palomas, la que más quería la infantita María Luisa.

Luis entonces, consternado, miró hacia la plaza de la Armería por el balcón de la sala y vio un día blanco, completamente blanco y luminoso, de los que tanto abundaban en la gran plaza, y notó también que las palomas que volaban eran negras como cuervos.

Le horrorizó aquello, y cubriéndose la cara con las manos, lloró.

—¡Ya ves lo que has hecho! —le dijo el rey con tono de reconvención—. No tengo más remedio que entregarte a mis alabarderos para que te lleven a las prisiones de Palacio, y tengo citado al Consejo de ministros para tratar lo que se hace contigo...

Luis, más sobrecogido que nunca, dejó de llorar, miró con entereza a los alabarderos, cuyo paso militar sonaba hasta sobre la alfombra, y le chocó que fuesen de luto, todos de negro, y

para que su luto fuese mayor todos con el rostro rodeado de un pañuelo negro como si les doliesen las muelas...

—Por ti están de luto —dijo el rey al niño, apoderándose de su pensamiento.

Los alabarderos le cogieron por un brazo y le llevaron por los inacabables corredores y escaleras de Palacio a la prisión subterránea, cuyas rejas daban a la plaza de la Armería.

¡Cuántas veces se había asomado a aquellas rejas desde arriba para ver lo que había allí dentro!

Cuando se quedó solo en su mazmorra pensó en seguida: «¿Estarán Santiago o Pedro por ahí? ¿Y si ellos me salvasen?» Y comenzó a gritar desesperadamente:

—¡Santiagooo! ¡Santiagooo...! ¡Pedrooo! ¡Pedrooo!
Nadie le oía.

* * *

Era el día en que la pulmonía hace su crisis y o comienza a curarse o se agrava.

Todos estaban alrededor de la cama pendientes de la fiebre de Luis.

Todos oían la monótona llamada de Luis a Santiago y a Pedro, grito que había estado lanzando durante los tres días últimos sin parar, con verdadera angustia, volviéndose de un lado y otro de la cama, tirando al suelo las ropas.

—¡Santiagooo! ¡Pedrooo!

Todos se preguntaban por qué llamaba a aquellos dos amigos con insistencia. Sólo nosotros sabemos a qué atenernos, porque por ser íntimos amigos de Luis podemos penetrar en el secreto de su fiebre.

Nosotros sabemos que por fin ha sido sentenciado a muerte por el rey, y en la misma plaza de la Armería, cuando se verifique la Parada de hoy, le va a ser cortada la cabeza por el verdugo vestido de rojo en la Corte vestida de luto riguroso.

Ya han comenzado a llegar las primeras tropas. Luis ya se ha callado; ya sabe que no tiene salvación, ya no llama a Santiago ni a Pedro.

—Menos mal que tardan mucho en formar el cuadro de la Parada —se dice Luisito como si ésa fuese la última esperanza de que dure un rato más su vida.

Tardan en ir llegando y en colocarse cada cual en su sitio.

Hay un batallón al que se le han pegado las sábanas y que tarda. Luisito, mientras, ha sido sacado de la prisión y le han cortado mucho el pelo para que se le vea bien la nuca. El frío de la tijera, al hurgarle en la nuca, le daba grandes estremecimientos.

—¡Pero ese batallón que no llega! —decía el rey impaciente—. ¡Esa artillería pesada siempre tan pesada!

De pronto se oyó un ruido desordenado, como si removiesen la tierra, y la artillería apareció sublevada. El general que iba a su frente se adelantó, y le dijo al rey:

—Majestad... No podemos permitir que se mate a un niño... Nos oponemos a ello... La artillería le protege...

Esas palabras han producido confusión. El verdugo ha tirado su hacha y ha echado a correr...

Luisito ha podido huir.

* * *

La fiebre ha comenzado a descender desde ese momento, y se ha iniciado la mejoría de Luis. Todos los que estaban asomados a su cama no saben lo que sucede; sólo nosotros sabemos que ya se ha salvado de la muerte Luis y que volverá a jugar a la plaza de la Armería, aunque ya no perseguirá nunca a las palomas del rey.



XXXVI

FERIAS DE SEPTIEMBRE

Las ferias de septiembre eran antaño espléndidas, reconcentradas, vendimiadoras.

Septiembre merecía esas ferias madrileñas repletas de cosas.

Es una fecha septiembre a la que hemos ido olvidando y quitando importancia. Es sólo un mes puente el septiembre actual, cuando esencial y realmente es el límite granado, recolectado y profundo del tiempo anual, momento solemne y equilibrado en que la balanza del año se mantiene sopesada en la estabilidad.

No está nada bien que hayamos dejado de dar importancia a septiembre. Estoy deseoso de escribir una novela que se titule *Amor septembrino*, para recoger con acopio lo que hay en este mes de sentimental, abnegado y generoso. Pintaré unos amores que comiencen y acaben en septiembre, y cuya protagonista se inclina a la concesión por la influencia de septiembre.

El que viva con atención y mesura sus septiembrines habrá cumplido su vida mejor que los demás y habrá encontrado descansos supremos en la vida, que corre con insania. La vuelta del veraneo, la preocupación del invierno en cuanto acaba el verano, hacen que nos distraigamos de este mes adorable, de cuyo olvido debíamos estar muy arrepentidos.

Septiembre, que es un mes tan bello, tan filtrado, tan justo, tan bondadoso, tan bonancible, tan a punto de caramelo, es un mes que cuando queremos recordar ya se nos ha pasado; es el mes que se nos pasa volando. Esperamos un mes más contrastante, y nos equivoca octubre.

En la distribución de las ferias le tocaron a Madrid sus ferias en septiembre, considerando esta fecha la equidistante de todo mal tiempo.

En la villa de Valladolid, y a 18 de abril de 1447, expidió el rey don Juan II un privilegio, haciendo merced a Madrid de dos



ferias francas en los días de San Mateo y San Miguel, concesión hecha a los madrileños por haberles quitado las villas de Griñón y Cubas para dárselas a un criado de Palacio. Por alcanzarse las dos ferias en el mismo tiempo, nació ese plural con que la costumbre las señala.

Prohibiéronse las ferias en el año postrero de la centuria décimosexta, por auto del corregidor de la villa y corte; se restablecieron andando el tiempo, y en 1804 se verificaron en la plaza de la Cebada; fueron trasladadas al Prado de San Jerónimo en el año 1809, y luego, en 1813, a la plaza de la Cebada, y tres años más tarde a la plaza de Santa Catalina; hacia 1817 volvieron a celebrarse en la ancha calle de Alcalá; estuvieron en el paseo de las Delicias en 1834 y en la plaza Mayor en 1839; otra vez figuraron en la calle de Alcalá desde 1846 y, por último, fueron llevadas, en 1858, al paseo de Atocha.

Eran aquellas ferias de septiembre ferias y almonedas al mismo tiempo, encontrándose puestos de muebles viejos mezclados a los de libros.

La fruta seca y la fruta del tiempo se entremezclaban al real de la feria, y los puestos de juguetes distribuían su mercancía entre los niños, como si se tratase de los Reyes de septiembre.

La animación del paseo de Atocha durante esas ferias era inusitada. En las tardes de luz blanca y reflectora de septiembre, el Madrid modesto y que hacía entrañable vida de familia se echaba a la feria y hacía el dispendio de unos reales, porque la feria es cosa modesta y más bien festejo del paseo y desahogo de la humildad pueblerina de la corte. El tener sus ferias daba a Madrid ese tipo castellano que tiende a perder, y le hacía hermano de Palencia, que por San Mateo celebra todos los años el santo de la ciudad.

En el *Zaragozano* se establecen todas las ferias del año, y es grato reparar su sucesión fecunda. Madrid ya no consta. Su feria se ha perdido. Sólo consiste ahora en libros, cuando antes se mezclaban en ella los productos de la industria y de la agricultura, además de los *in cuarto* y de los *in folio*.

Da pena ver a Madrid cada vez más artificial, por haber perdido el hondo sentido de sus ferias, esa ingenua y fértil fiesta genuina, que tiene un orden de celebración que siguen con cuidado los trashumantes feriantes y los curiosos carteristas, en cuyos libros de notas figura el itinerario de las ferias: «Septiembre: 1, Torrijos, Villanueva de la Fuente, Iniesta; 3, El Toboso;

4, Aranjuez, San Martín de Valdeiglesias; 5, Navalcarnero; 8, Torre del Burgo, Uceda, Villarrubia de los Ojos; 9, Requena, Ocaña, Maranchón, Jadraque, Santa Cruz de Mudela; 11, Puebla de Don Fadrique, etc., etc.»

El ladrón de ferias combina difíciles viajes circulares, en que sigue la candidez festiva de las ferias, épocas en que anualmente renace el optimismo y la francachela de cazuela de conejo o cabritillo de los pueblos, desatándose por única vez esas bolsas cuyo cuello cierra el largo cordón encerado de tripa de cordero, que lo hace más invulnerable que si fuese cerrado por un candado.

Los libros están siempre bien; pero mejor estaban mezclados a las otras frescuras y espontaneidades de la vida. Toda esa jugosidad que los rodeaba, anatomía de los muebles, trastos viejos y retratos, servía para que fuera más penetrante su influjo y se impusieran a gentes que iban al descuido paseándose por la feria de las muchas cosas.

Hoy los libros se encaran en su biblioteca al aire libre como manía de abismado, como camino áspero y jaquecoso. Debían estar alternados con las casetas inocentes de antaño. Sólo unos cuantos puestos de acerolas y garrapiñadas curan la sequedad libresca.

Pero ya que las ferias —muy otra cosa que las verbenas— no pueden tener su seriedad y su exterior de antaño, contentémonos con los libros. Eran el espíritu de aquellas ferias, y a él se han quedado reducidas. Menos mal.

La feria de libros es cada vez más caudalosa y llega más lejos. Las galerías de libros tienen siempre igual variedad, y el azar forma los solitarios variados de los libros, como baraja en complicada proyección sobre las anchas mesas.

No hay que hacer caso a los que dicen que no se encuentran cosas. Se encuentran más que nunca, aunque no se encuentren esas gangas que no son para leer, sino para revender, para creer que se ha hecho la fortuna, para esconderlas en las vitrinas enrarecidas. Caza para esa ambición malsana de los cambalaches y los eruditos (¡qué ganas me dan siempre de escribir erudito con h!) no la hay en estas ferias; pero sí hay una gran profusión de libros que leer con más provecho y delectación que nunca, es decir, libros que han alcanzado más porveniristas confines de la curiosidad, de la pinturería y del saber que los de antaño.

La feria de libros ofrece hoy libros claros, ediciones nuevas



de cosas viejas, ediciones de cosas que con una mediana edad nos eran desconocidas y son un hallazgo para nuestro encanto, ya que no para nuestro maligno y procaz eruditismo.

En la actual feria de libros completamos nuestra biblioteca de transición con libros en que sorprendernos de muchas cosas, con libros en que no repugnarnos de la lectura ni entrar en la sórdida chochez; libros, en fin, de los que aclaran la vida y la dan la curiosidad actriz y contemporánea.

Todos los libros han vuelto a ser escritos para que recojamos la nueva cosecha.

Muchos libros viejos tienen aspecto de nuevos, de libros que por primera vez se encaran con el público, como las obras anuales del Prado en combinación con el Botánico.

En el fondo de las barracas, en el recodo de la izquierda, según se entra en ellas, hay un aire sereno de despacho veraniego lleno de sorpresas. La biblioteca en la casa de campo ofrece una amenidad inusitada, y todos los estímulos vuelven a reponerse en este ambiente de balneario intelectual que toma el paseo de Trajineros con sus tipos inacabables. Los eternos bañistas del balneario de los libros aparecen por aquí, bebiendo a pequeños sorbos en uno y otro libro la nueva seguridad, la sana confianza de que todos los libros dicen lo mismo, y casi nunca interesa la página siguiente a aquella por la que han sido abiertos.

Las ferias antiguas ocupaban también estos andurriales aunque un poco más abajo, junto a la basílica de Atocha.

El aire era el mismo de hoy, pues los viales de árboles tomaban el mismo aspecto de «alameda intelectual». El gris septembrino y el tono membrillo de los filos de la luz sirven impecablemente para crear esa «alameda de libro» al margen de la gran ciudad que atesora las glorias castellanias.

En aquellas ferias había sombreros de copa, gran dignidad que falta en las ferias de hoy y que, indudablemente, daba a las ferias aquellas una gran distinción de «apertura de las Cortes del libro».

Eran como cabezas más capaces aquellas cabezas de hombres tocados con sombreros de copa, y al inclinarse sobre los libros parecían grandes y severos doctores que los tomaban el pulso, y de algún modo se llevaban memoria de todos los libros en el fondo de su alta chistera. Aun con sombrero de copa, aquellos hombres se inclinaban al suelo para recoger y revisar los libros del montón, y se echaban al bolsillo de sus levitas unas avellanas,

unas acerolas, unos torraos o unas nueces, de esas que se venden junto a los libros para distraer la preocupación, para reponer el gran desgaste que se sufre de tanto buscar como con un candil la existencia de los buenos libros, cargando la memoria en el camino del hallazgo con enormes estanterías de libros vanos y vagos.

Todos los amigos sensatos que vivimos con dedicación la vida intelectual nos citamos siempre, después de la breve ausencia del verano, en la vereda de la feria de libros.

—¡Hasta la feria de libros de septiembre! —nos hemos gritado de ventanilla a ventanilla del tren en el cruce para distintos pueblos.

Muchas de nuestras erudiciones del invierno proceden de lo que se adquiere en estas ferias. Nuestros nuevos libros de texto para el nuevo curso en esa feria los adquirimos, volviendo a casa repletos, dejando sobre el motor del tranvía y metidos en el depósito de la arena nuestros montones de libros.

El más madrugador de los que aparecen en las ferias de libros es el que se lleva los mejores hallazgos. Aún están tocando los platillos con los libros los libreros de viejo para quitarles el polvo antes de colocarlos en los estantes, cuando ya los mira el «madrugador».

En las grandes mesas de redacción en que se colocan los libros en montón, más apelmazados que en los estantes, es donde se les escapa a los «madrugas» alguno que otro libro importante. El olfato, además, vence a la anticipación, y todo depende del modo de dar vueltas, de zigzaguar, de rastrear bien el libro interesante. Hay que aceptar esas paradas como involuntarias del instinto y tantear el libro de lomo vulgar y como ilegible.

¡Qué gran festín de libros! Las grandes y largas mesas de comedor para servir los libros han sido ampliadas este año, poniendo todas las tablas que admite su extensibilidad, las tablas máximas que reciben las de comedor el día del bautizo, de la boda o la noche de Navidad.

¡Qué gran tortícolis le entra al glotón de tanto inclinar la cabeza sobre el plato! ¡Grandes ambigús del libro, en que todos son «sandwiches» de todas clases, como en un estupendo *lunch* oficial pagado por el más espléndido de los Ayuntamientos!

¡Qué ganas más heterogéneas asisten al ferial de libros! Transitan por entre los libros carreteros que se paran muy medita-

bundos ante cualquier libro, y como sugestionados van leyendo hoja tras hoja, como yéndolo a dejar a cada momento, y, sin embargo, reteniéndolo hasta que se va toda la luz. Transitan y se desparraman por entre los libros las Congregaciones religiosas, que se desparraman por la feria buscando los libros buenos, y a la vez los libros malos y perversos como para expulgarlos. «¡Ah, como ellos encuentren una historia de los jesuitas por el padre Mir!» (En sus conventos arman las grandes fogatas con los libros malignos.) Transitan y se embeben en los libros los profesores, rigurosos examinadores que los van calificando, señalando el gesto de desdén o el de aprecio: si es de desdén, tirando el libro como las cartas en el descarten, y si es de aprecio, poniéndole con mucho cuidado en su sitio o, si pueden, en un sitio mejor. Transitan también por entre los pasillos de libros los soldados, embobados, con las manos detrás, con el ros abrumador sobre la frente, sin saber qué libro buscan, quizá porque no saben leer, quizá porque el que ellos quisieran sería un libro para poder llegar a ser generales rápidamente. Etcétera, etc.

El primer día de feria de los libros de Madrid es algo como una apertura de curso de los que ya no cursan nada, de los escritores, los críticos y los vagabundos literarios. Los más vivos, los que tienen bien señaladas las fechas en un libro de notas, van ese primer día y se llevan lo mejor. Al día siguiente ya faltan los libros impares y únicos.

Al Prado va durante la feria la que busca música, el que no sabe lo que busca y el que pregunta cualquier cosa a los libreros.

Esa feria de libros del Prado es en modesto esa feria de Leipzig de la que tantas fotografías se han publicado en las revistas. Se ve en esos estantes, y sobre la grandes mesas de libros para «disectar», los libros de todos los años, los libros de siempre.

Tienen junto al Botánico una cosa de plantas secas, de herbolarios variadísimos, tal vez alguno de fruto membrillo. Ha habido, puesto que es otoño, una caída de la hoja impresa, una caída del libro. Se escapa de ellos un fuerte olor de humedad de la lluvia que cayó sobre los montones de hojas impresas.

Nosotros dejamos sitio y paso al coleccionista ciego como un fanático. Comprendemos al coleccionista de estampas, y comprenderíamos el de libros si no dedujese leyes y altiveces demasiado amplias de su afición, de su suerte y del hecho de tener su colección. Tiene en qué entretenerse buen material,

nociones que se combinan, todo lo consultable, pero no por eso tiene la sabiduría y menos el talento. El mayor servicio de sus libros será para quien haga una deducción o un resumen genial de ellos.

Uno busca el libro, que busca y no busca, para estar más cerca de él, para facilitar en la urgencia de nuestro trabajo fértil y de algún modo público y concluyente la búsqueda inmediata. Ellos esperan toda la vida para no hacer nada toda ella. Se preparan, pero como están desfondados nunca consiguen que esté reunido lo de antaño con lo de hogaño.

Yo por lo menos no me presto ni un momento a esta comedia de consideraciones que me exige el leído o el erudito. ¡Si fuesen sencillos! Serían por lo menos amables hombres en vez de bestias libreras, que comen y despedazan los libros en vez de leerlos.

No cambiaría yo por nada este saber abandonar el libro viejo que no dice nada y quizá de tirar a un lado el libro que valdría una fortuna en manos de negociante. Prefiero todo el desdén y toda la indiferencia enteros y verdaderos, y escoger el libro que no vale nada y por el que no darían nada, pero que es el único que aclara algo las cosas, que dice algo nuevo.

En los puestos «de la sardina», o mejor dicho, del «boquerón», esos en que pone «a 15 céntimos a elegir», y se puede dar la vuelta al gran montón buscando lo bueno, no hay mucho. Es donde lo revuelto del piso podía preconizar un hallazgo y es donde menos lo hay. Si todos los libros están revueltos, fueron echados uno a uno por el tasador, que por bruto que sea sabe el coste y la consabida clasificación para la venta.

Los curas, envueltos en su negra sombra, vienen a pasearse por entre los libros de viejo. ¡Están tan aburridos de la vida! Además, es por donde menos se ve lo feos que se han puesto y cómo se les ha retorcido y engarabitado la expresión. En estos puestos es donde aprenden vidas de santos que no conocían y otras nociones, con las que podrán sermonear todo el año y hasta ir a los Concilios. Cuando se paran un rato y se inclinan sobre los libros, parecen estar ante los anchos facistoles leyendo el latín de las oraciones.

Las maderas de las librerías se combean terriblemente, pues son delgadas para el gran peso que soportan. Hay una cosa de



barco que va a naufragar con toda la tripulación en ese pluteo que se derrenga.

El valenciano es el gran vendedor de este paraje.

El valenciano tiene un gran tipo de hombre de ciencia, de profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Está regañando siempre en «valensiá» con toda la gente que tiene alrededor. Él quisiera un gran orden en su inmensa biblioteca.

Primero le teníamos una gran antipatía. Después hemos visto que es un hombre simpático y tratable. Aconseja libros y dice, animando a la gente: «Cada uno es un pozo de ciencia...; lo que es necesario es sacar y sacar bien.» Tiene varios niños que le ayudan y a los que dice: «Todo lo de “Melicina”, aquí...» Refiriéndose a las cosas en inglés, dice: «Todo el “te”, aquí...»

De este valenciano, Baroja ha dicho que es «el Atila de las librerías de viejo», «un hombre de pelo rojo y de gafas» «que se dedica a estropear los libros, cortándoles con la guillotina los márgenes para vender después éstos como papel».

De este mismo valenciano ha dicho Solana: «Es un hombre que viste un largo delantal amarillo; es vegetariano y ateo; tiene gran fuerza y agilidad; lleva la cabeza al descubierto y rapada, lo mismo en verano que en invierno, y los pies desnudos; mira los tomos muy de cerca con los gruesos cristales de sus gafas y trepa por la escalera como un mono, bajando y subiendo libros que limpia a zorrazos, levantando nubes de polvo, dando chillidos al enfadarse con la demás dependencia y poniéndose encarnado por la cólera.»

El mejor regalo para los niños que somos es un libro que tenga la sorpresa de una flor disecada; pero nunca se sabe en qué libro la habrá, no se debe saber, como en ese juego de los *paquetes* que los niños juegan en la calle abriendo el paquetito y encontrando una sortija de plomo.

Ya está allí hasta el libro que su autor se dedicó a sí mismo. Si el autor ha muerto, eso no es extraño; pero si vive, la sorpresa de ver ese ejemplar allí le desengaña a uno de todo, hasta de sí mismo.

Los libros sin portadas abundan mucho; tristonos, como sin párpados.

Muchos libros encuadernados. No llaman la atención esos libros. No se les mira ni se lee su lomo. Se desconfía del libro encuadernado como de un libro que, aunque sea bueno, está convertido al burguesismo. Los libros encuadernados general-

mente desmerecen; están más muertos, aunque hayan sido embalsamados; son más privados; están como en la caja del muerto preparados para la sepultura perpetua.

Los diccionarios, ¡qué viejos!; todas sus palabras parecen haber variado.

Numerosos tomos médicos, que contagiarán del tifus u otra enfermedad al que los compra, sobre todo si tratan del cáncer. Un libro como éstos, como el del cáncer, sobre todo, sólo está antiséptico y aislado en las librerías de nuevo.

No debe comprarse ningún libro por el título y lo que diga el autor de él en su prólogo personal; y si el libro está en la mesa de PRECIOS CONVENCIONALES, no se debe preguntar siquiera por él. Hay que declarar el boicot a los precios convencionales.

Más estanterías de obras de Medicina tratando de más enfermedades, y muy insistentemente de Ginecología. Ante estos libros de Medicina se piensa que ha variado todo el sistema de tratar las enfermedades y eso hace antiguos e inservibles los libros, y nos da miedo que algún médico provinciano o inexperto compre y trate a sus enfermos ateniéndose a sus fórmulas amarillas.

Todo el aspecto de los puestos es el de los libros en la hora de la mudanza. Ningún librero sabe si tiene otro libro que *La hija del jornalero*.

Todos son como libros caídos, libros del otoño, libros que el viento ha barrido hacia allí. Sobre sus chibaletes, escalonados, el mejor está el último y se disimula con modestia. Da pena ver que no se le encuentra, que no hay ninguno que elegir después de seguir a nuestra secreta adivinación en un juego como el de «¡frío...!», «¡caliente...!», «¡templado...!», «¡frío!»

Sobre todo, lo que más nos defrauda en esos baratillos de libros es que nunca se encuentra un libro que trate, como debe tratar, de la muerte. El enigma de la vida, además de tener momentos de evidente e indecible evidencia, por lo menos es breve y todos los libros lo quieren aclarar; ¿pero y el de la muerte? Ni un solo libro humano, dócil y sentido, sobre la muerte y los muertos, cuando ese libro era el libro que debía estar en esta feria como más propio también de este paraje.

Lo único encantador de esos libros que, por comprar algo, se adquieren en el Prado, es esa hoja de un almanaque de hace años que a veces se encuentra entre sus páginas. ¿De qué año?

No se sabe, porque no pone sino el día y el mes, porque no están hechos para la posteridad los almanaques, sino para el año que corre.

Así, el que se encuentra esas hojas vive otro día que su día, un día que no es de sus días, lo más redivivo de un día pasado. Las hojas de esos almanaques antiguos se transparentan ya y se ve por el reverso la cifra de la fecha. ¡Delgado y consumido tiempo caduco!



XXXVII

LA CATEDRAL DEL JUICIO

Esta última catedral que se fragua en Europa es como la muela del juicio de las catedrales, siendo su raigón difícil de prender y de lento desarrollo.

Ya su primera nave lateral mira con sus ventanas bajas, y si la solemnizo es porque ha echado sus primeras gárgolas, esas bromas antiguas que resucitan en los cangilones modernos.

Las gárgolas de la nueva catedral son ya monstruos que nacen sin dar miedo, y, por lo tanto, no tendrán aquella actuación de actores lúgubres que muy en serio tuvieron las gárgolas. Estas son gárgolas más domésticas, y siendo pétreas resultan como reproducciones en yeso de las auténticas gárgolas del pasado.

Aquella vomitación de leyendas que tenían las antiguas gárgolas ya no podrán tenerla estas que han de verter por sus fauces el agua simple del presente, un agua menos luctuosa y suscitadora que la del pasado.

Aquella elocuencia abrupta y enconada, en que rebullía la herejía aplastada de las antiguas gárgolas, es en éstas silencio claro.

De lo único que sí son pruebas estas gárgolas es de que la catedral madura y tiene los brotes significativos de su pubertad, pues la primera piedra de esta catedral fue colocada en 1623, en ceremonia patética y esplendorosa que presidió Felipe IV y su hermano don Carlos, y que describe Lope de Vega en su poema *La Virgen de la Almudena*:

A ver poner la piedra y fundamento
que el edificio próspero asegura,
salió ISABEL, y estuvo el cielo atento,
cual suele amanecer el alba pura;
por un cristal miró su pensamiento,
y el mundo entre sus velos, su hermosura;
que si no le sirviera de cortina
¿quién pudiera mirar su luz divina?

No menos a voto estaba atenta
la hermosa y serenísima MARÍA,
puede formar su resplandor al día;
y FERNANDO también, que representa
la púrpura mayor, la monarquía
del sucesor de Pedro en años tiernos
tan digno de apostólicos gobiernos
que cuando el sol de nuestro mar se ausenta.

Como en el marco del balcón se veían
al Oriente del alba semejante,
iluminando cuadro parecían
con la moldura y el cristal delante;
por él con tanta luz resplandecían
como se mira el celestial diamante
cuando del sol en los dorados giros
se mezclan esmeraldas y zafiros.

La plaza de Palacio atravesaban
dos líneas de crucíferas banderas,
que en escuadrón marcial acompañaban
verdes, rojas y cándidas veneras;
los ecos de los bosques y riberas
adonde el río, que en Madrid pretende,
poco cristal en mucha arena extiende.

.....
Las ceremonias de la Iglesia santa
la colocaron con aplauso y fiesta;
llora el hórrido infierno, el cielo canta,
MADRID su gloria en luces manifiesta;
desvela el arquitecto la gran planta
de líneas y de círculos compuesta,
y a la villa también la empresa ilustre
del templo que ha de darla eterno lustre.

Sin brotes aquella primera piedra abonada de monedas de plata y oro, vuelve a sembrarse el hueso del ciprés catedralicio en 1736 y en 1859, hasta que por fin, en estos días del año 1927, florecen las primeras gárgolas como retoños de primavera en el ciprés cuidado por alarifes y pedreros.

A los pies de lo edificado suena la campana inmensa, como tienda de campaña del enorme badajo.

¿Cuándo será colgada del alto campanario? Quizá, como va a ser lengua de la catedral del juicio, suene para el día del llamamiento supremo, vengándose así de esa larga etapa en que ha sonado bajo un chamizo de estación, como campana enana, teniendo derecho a más alta alcurnia.





XXXVIII

EL PORTALÓN DE SAN FERNANDO

En plena calle de Alcalá hay un cajón de sombra recalcitrante, con cortinas de oscuridad siglo XVIII, en el que siempre meto la mirada como para tomar agua bendita de otros tiempos, y que mi persignación redunde en mayor eficacia de éstos.

El portalón tiene cada vez psicología más propia y huidiza en medio de las luces industriales que batallan a su lado. Aquel valor de refugio que tenían los portales durante los motines y algaradas, lo tiene éste cada tarde recogiendo el espíritu amilanado que atacan bocinas, velocidades y ambiciones groseras.

No son artistas de la pintura solamente los que se refugian en el condensado portal, sino todos los espíritus concentrados y elevados de la época, todos los atropellados por la calle brutal, a la que dan tono las multitudes que van por caminos de bajo materialismo y que no se han enterado de casi nada de lo que hay que enterarse.

Los del 98 se guarecieron en ese portal mientras escampaba la lluvia del año triste, pedrisco de fracasos condensado por años anteriores, parturería difícil del cielo, que después de lograda se quedó despejado sobre un pueblo al fin pobre de colonias.

El portalón tétrico tiene el aire de los Conservatorios, y en las grandes copas que rematan y altarifican los primeros tramos gemelos de la escalera se sedimentan inciensos de inspiración plegados allí como velos inconsútiles.

Los *Proverbios de Goya*, que se venden en aquel portal y que están abiertos de alas en los marcos de aviso de ventas, acaban de darle aspecto de nidal de lo extraño, de lo fantasmagórico, de lo que debía ser inspiración perpetua del arte español. El último residuo de la casa de Goya y de su sombrío recuévano está en ese portal, en que entran a ser juzgadas por el juez cruel a la par que magnánimo, que es el artista, las siluetas negras de la España obsesa.



La vida del portal ese es independiente de pasados y porvenires, y lo que el edificio tiene de Escuela, de Academia, de Museo y de taller de vaciados no influye en su terreno *nullius*. Ni siquiera los porteros galoneados que tiene logran imperar en el rebelde portalón.

El gran zaguán tiene una solemne presencia cavernosa muy a la española, y en él hay paraninfo de trasmundanos tráfugas.

En los rellanos de su escalera hay como lectura de pensamientos indecibles, y el que se siente muy mal en la calle banal entra allí a reponer su cabeza, a colocársela otra vez bien.

Mucha simpatía tengo yo al portalón ese —no hablo para nada de la Academia—, y si de algo quisiera yo ser desgachado académico, lo sería de ese portal, de las reuniones indisciplinadas que en él se verifican, de la conspiración de los sin categoría, que se amparan de sus sombras, siempre influidas y saturadas por la calle, que da vuelta en ese recodo, pues si en él se confina un aire de otro tiempo, también entra en la cubeta, con dintel y umbral, el aire de lo moderno, fundiéndose así la buena sombra de las soleras fértiles.

Los pisos de ese edificio no tienen importancia, y todo el valor está en ese paraninfo del vagabundaje, donde parecen estar anidados los mochuelos de Goya.

Edificada la Academia para estanco de tabacos —tan importante en aquellos tiempos, que San Antonio de la Florida es ilustrado por Goya porque los del fielato del tabaco están en auge—, fue Churriguera quien la adornó; pero don Diego Villanueva reformó sus caprichos —¡qué iba él a hacer si sus contemporáneos le nombraron para eso!— y ornamentó sólo el portal con esas dos columnas dóricas, exentas y estriadas, que con el correspondiente cornisamento le sirven de marco, con una cartela que dice, según composición de Iriarte:

«Carolus III Rex Naturam et Artem sub uno tecto in publicam utilitatem consociavit. Anno MDCCLXXIV.»

Gracias que en el portal se guarecen, con permisión inmodificable, todos los liberales de la imaginación.

XXXIX

LA PLAZA DE ORIENTE

Trazado el esquema de esta plaza, radiante y dichosa, en la época azarosa de José Napoleón, con el derribo de la parroquia de San Juan, la Biblioteca, la huerta jardín de la Priora —cuya fuente era muy celebrada— y más de cincuenta casas, no fue, por espacio de muchos años más que un campo inmenso, irregular y sumamente molesto para el tránsito en el rigor de las estaciones.

Fernando VII se esforzó después en modificar aquella gran corralada, y pretendió que se hiciese una magnífica plaza circular y un gran teatro, malgastándose muchos millones de reales en construir el teatro y dos galerías que habían de enlazar con él, una de las cuales llegó a estar bastante adelantada en su alzado, con sus arcos de medio punto, sus columnas dóricas, sus triglifos, metopas y demás ornatos, yéndose todo abajo porque de pronto consideraron que resultaba mezquina la obra, quedando cercadas aquellas ruinas con una empalizada, y convirtiéndose poco a poco en un muladar, que entaponó el espacio comprendido entre Santiago, la Encarnación, la calle del Espejo y la de las Fuentes, en cuya embocadura había que colocar de día un puentecillo para poder pasar.

Poco después se niveló el terreno, se edificó el teatro y se edificaron varias manzanas de casas entre la iglesia de Santiago y calle del Espejo, formando calles simétricas, pero que resultaban tristes y poco transitadas. El corazón sereno de la ciudad había de estar ahí.

En 1841, el director del real patrimonio, don Agustín Argüelles, en compañía de Martín de los Heros, acometió la empresa de embellecer la plaza de Oriente, aprobándose poco después los proyectos de los ingenieros Juan Merlo, Fernando Gutiérrez y Juan Rivera. Se elevó la glorieta central como dos pies sobre el terreno, y se la rodeó de una elegante escalinata,



compuesta de tres gradas de piedra caliza, interrumpidas por veinte zócalos de granito, en los que se asientan los cuarenta pedestales que sostienen las cuarenta estatuas en piedra de Colmenar que, colocadas sobre la balaustrada que corona el Palacio Real, amenazaron con hundirse y fueron encerradas en los sótanos hasta el día en que se pensó en esta mejora de la plaza de Oriente. Esas cuarenta estatuas abrumadoras, aun en lo bajo, pues resultan disformes, porque fueron ejecutadas para engañar con su tosquedad y vaguedad, como las nubes que simulan alguna imagen, representan a los reyes godos Ataúlfo, Teodorico, Eurico, Leovogildo, Suintila y Wamba; a los de Asturias D. Pelayo, don Alfonso I el Católico, D. Alfonso II el Casto, D. Ramiro I, D. Ordoño I y D. Alfonso III el Magno; a los de León D. Ordoño II, D. Ramiro II, D. Alonso V y D. Alonso IX; a los condes de Castilla, Fernán González, primer conde; D. Alonso VIII y doña Berenguela; a los reyes de Castilla y de León D. Fernando I, D. Alonso VI, doña Urraca, D. Alonso X el Emperador, D. Sancho IV, D. Alonso XI, D. Juan I, doña Isabel la Católica, D. Fernando V y D. Felipe II; al fundador del reino pirenaico, Iñigo Arista; a los reyes de Aragón D. Ramiro I, D. Ramiro II, Sancho Ramírez, D. Alfonso V el Batallador, doña Petronila, D. Jaime I, D. Sancho IV el Bravo, y a los condes de Barcelona Wifredo el Velloso y D. Ramón Berenguer. ¡Difícil lección de historia! ¡*Revolutum* como el que nos armamos en nuestra niñez con todos los reyes! De pequeños, nos gustaba subirnos a sus pedestales, cosa fácil apoyándose en sus salientes y en las coronas de laurel de bronce —cuyos grandes churretes de óxido han ensuciado irreparablemente la piedra—. Ya encima del pedestal, nos gustaba guarecernos bajo el manto de los reyes desnarizados, y tentarles la ropa de piedra, como teniendo así trato con su poder y su realeza. Ver desde allí una procesión o una retreta era el colmo de nuestra gloria.

Todos esos reyes —hay que repetirlo— hacen un gesto fallido con su mano derecha, porque a todos les han quitado el cetro. Debíó ser diversión de una época quitarles el atributo, y de ahí que se han quedado haciendo con la mano el gesto de una medida.

En el centro de la glorieta, adornada con dos filas de acacias, se eleva, sobre rocales de cantería y piedra de Colmenar, con asientos a uno y otro lado, la elegante verja de hierro bronceado,

rematada por faroles de gas, que encierra un lindo jardín que entonces tuvo hasta árboles frutales y muchas flores entre sus graciosos surtidores de rana.

En medio de este jardín se elevó la estatua ecuestre de Felipe IV, sobre un fuerte y alto zócalo de granito, adornado con bajorrelieves, en que se representa a Felipe IV condecorando a Velázquez con el hábito de Santiago, y al mismo rey dispensando su protección a las Artes y a las Ciencias. En el frente que da a Palacio, hay un recuadro en mármol, cuya inscripción dice: «Reinando Isabel II de Borbón, año 1844»; y en el otro que da al teatro, «Para gloria de las Artes y ornamento de la capital, erigió Isabel II este monumento». En cada uno de los frentes hay una fuente, que consiste en la estatua de un anciano que simboliza un río, el cual vierte el agua de la urna en unas conchas, que la derraman en un gran pilón circular. Parecen dos figuras del tiempo con carne de viejo fuerte, pero seco y enjuto, que derraman, en vez de agua, tiempo líquido, tiempo compacto y diáfano, el tiempo de aquellos niños que juegan a su alrededor y que no lo notan ni lo saben...

En los cuatro ángulos se ven cuatro pedestales, con otros tantos leones de bronce —España ha tenido, se conoce, por la gran profusión de leones como éstos que la decoran, unas maniguas en que había leones de bronce con rugido bronceo—. ¡Cuántas veces los niños, como valientes domadores, han metido la mano en las fauces de estos leones! —a tres de los cuales les han arrancado la lengua los que les acariciaron—. ¡Qué de palmaditas en los cuartos traseros, como a caballos a los que se anima!

Todas las obras escultóricas del pedestal son de los escultores don Francisco Elías y don José Tomás.

En los dos estrados de piedra que quedan a ambos lados del monumento, y en cada uno de los cuales hay dos bancos de piedra, y a los que se sube por una escalinata —la escalinata de los sedientos—, hay dos fuentes asequibles, dos fuentes —grifos de dos cariátides—, de las que puede beber un niño. ¡Cuántas veces hemos puesto un pie en el borde exterior y otro en la pestaña de piedra interior de ese pilón bajo y que parece un baño de piedra, en que cae el agua, y hemos bebido en esta postura incómoda, temiendo caernos en el agua del baño y chupando la fresca vena del agua del oasis! ¡Qué deliciosa agua, después de las carreras, jugando a «justicias y ladrones», o

después de las peripecias y los sudores que tenía el jugar a los voluntarios de la Cruz Roja!

La obsesión principal de esa fuente sobre los niños es la de sus ranas, ranas de estirpe extraña y como mágica, las primeras ranas con que se tropiezan los niños de la ciudad, ranas que se pegan al borde del gran pilón y que a veces se dejan cazar. Ranas y renacuajos, con un profundo sentido inolvidable.

La estatua de Felipe IV eleva la plaza hacia el dios del Arte. Esa estatua estuvo primero, en el siglo XVII, en lo alto del viejo Alcázar, siendo descendida de allí por orden de don Juan de Bustrón, y siendo erigida en el patio del Palacio del Buen Retiro, que por eso se llamó patio del caballo.

«¿A qué vino el señor don Juan? —dijeron entonces las comadres epigramáticas de la época, refiriéndose a aquel rey—. A bajar el caballo y a subir el pan», y otras dijeron: «Pan y carne a quince y once,—como fue el año pasado;—conque nada se ha bajado—sino el caballo de bronce.»

Es esa estatua ecuestre una obra magnífica y una de las tres o cuatro estatuas ecuestres que se pueden salvar en el mundo, de las tres o cuatro que cabalgan en el espacio puro y alto de la inmortalidad. Su historia merece refrescarse siempre: Felipe IV escribió a la gran duquesa de Toscana, Cristina de Lorena, que encargase esta obra al célebre escultor Pedro Tacca. Tacca se encargó de ella, y después de hacer algunos estudios se le hizo presente el encargo del rey de que no quería el caballo como los otros de su género, sino en actitud de corveta o galope, enviándosele al efecto un cuadro de Velázquez en que estaba retratado el rey a caballo, y otro del rey, de medio cuerpo, detalle que no debe olvidarse, porque el gesto de ese caballo recuerda la presancia y la temeridad de los de Velázquez. (Madrid exige lo genial, y por eso el rey pidió tan difícil consecución.)

Entonces surgió en Florencia una de esas dudas de la verosimilitud que aquellos grandes artistas siempre han vencido. A todos les parecía imposible que se pudiese mantener en el espacio de los pies una mole de más de dieciocho mil libras. Algunas noticias de aquel tiempo indican que el célebre Galileo consideró imposible la idea, aunque también se asegura que fue el propio Galileo el que dio la solución. Tacca hizo la obra en trozos para conseguir el equilibrio, aumentando y disminuyendo los pesos.

Aunque los inteligentes en el arte de cabalgar discutieron si la figura del caballo no corresponde ni a la que hace en la corveta

ni a la otra empinada operación que el caballo hace en el aire, y que se llama «posada», hay que acabar sus hablaturías tontas sosteniendo que estos caballos del arte son como los inteligentísimos caballos del circo, seres maravillosos que toman posturas gallardas y plásticas sostenidas hasta lo inverosímil. ¡Pues no faltaba más que quisieran comparar esos caballos ideales con los caballos de sus cuadras!

Acabada la obra, que fue admiración de Florencia, murió el artista por graves disgustos que le ocasionó un ministro del gran duque, quizá el tesorero que no le quiso pagar. De todas maneras, vinieron a traer la estatua a Madrid dos hijos de Tacca, que, sabios en el oficio del padre, colocaron la máquina en su sitio.

Valuada esta obra en los inventarios del Retiro en cuarenta mil doblones, aunque costó menos sin comparación, hoy no tiene precio, como las grandes cosas, y quedará cabalgando en las nubes, inmortalizando el nombre del autor, que, debiendo ser el que cabalgara con su figura en el caballo en vez del rey, figura modestamente en la cincha de ese caballo de gran empuje y grandes entrañas: «Petrus Tacca F. Florenciae, anno salutis MDCXXXX.»

Alrededor de esta hermosa imagen para la admiración, que hizo escribir a Rodin con entusiasmo: «¡Qué bien galopa al aire el caballo de la plaza de Oriente, coincidiendo en ella las miradas de los niños que hemos buscado con meticulosidad, todas las gracias que envuelven el brío central de esa obra, los calados encajes de la banda del rey —que no destriza el viento de los siglos—, hilados con el cincel y el fuego, las finas labores de los estribos, frenos y silla, hasta las venas del caballo hinchadas por una presión arterial formidable, y hasta la larga cola del caballo, de esas largas colas como cabelleras que son el orgullo de los caballos españoles.

El viejecito Hartzenbusch cantó a los primeros niños que jugaron alrededor de ella en aquellos versos que comienzan así: «Niños que de siete a once,—tarde y noche, alegremente—jugáis en torno a la fuente—del gran caballo de bronce—que hay en la plaza de Oriente...»

Desde entonces, éste es un jardín alegre, en el que, si ahora ya no tocan como antaño las músicas militares, la infancia canta todos sus cantares, que suenan con música propia. En un corro cantan:

La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar
con el conde, conde de Cabra,
conde de Cabra de este lugar, etcétera.

En otro:

Una tarde de verano
me sacaron a paseo, etcétera.

En otro:

Soy el farolero de la Puerta el Sol;
cojo la escalera y enciendo el farol...

En otro:

Tan alto como la luna.
¡A! ¡Ay!

En otro:

Alalimón, que se ha roto la fuente;
alalimón, mandarla componer;
alalimón, no tenemos dinero...

En otro:

Mambrú se fue a la guerra;
no sé cuándo vendrá;
carabí-urí-urí-urá;
si vendrá para Pascua...

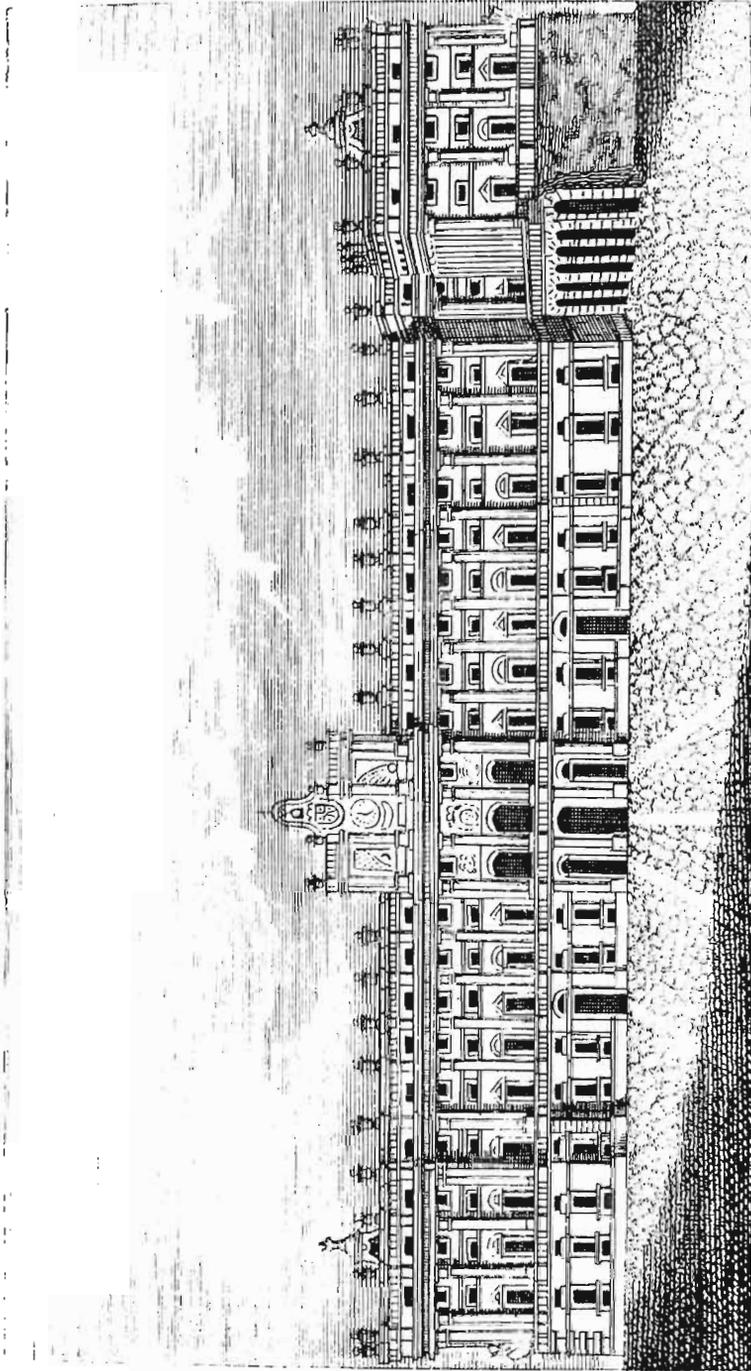
Y el eterno, dulce y melancólico

¡Ramón del alma mía...!

Junto a esta principal glorieta de la plaza de Oriente hay que recordar los dos jardinillos personales e independientes que tiene a su derecha y a su izquierda.

El jardín de la derecha, según se mira a Palacio, es el de los niños tristonos, altivos, incongruentes.

El de la izquierda también es para niños de poca fantasía; pero resulta más claro y menos arrinconado, y entre calles frías como el otro. Es demasiado sencillo, la vida entra menos en él, y es temible que salgan de él niños extraños y un poco oscuros.



El Real Palatio



Los niños que van a esos dos jardines resultan sacrificados en eso por sus padres o sus guardianas atrabiliarias.

Antes, dando vuelta a la plaza, había aguaduchos, con sus grandes faroles y sus botijos inmensos, que sólo aquellas buenas mozas que eran sus dueñas sabían inclinar hacia delante. La más paradisiaca y deliciosa agua con aguardiente se bebía allí.

Por debajo de la plaza de Oriente se dice que hay un pueblecito sepultado, muchas pequeñas casas de los primeros tiempos.

En la plaza de Oriente, yo fumo siempre pitillos de cacao, tabaco ideal que en los días de mayor encarecimiento del tabaco se ha vendido allí.

Unos personajes interesantes de la plaza de Oriente son los inválidos, esos inválidos que parece que han escondido una mano en la manga. Con sus numerosas cruces en la chaqueta oscura —más que cruces, medallas— parece que las han obtenido para pasearlas por la plaza de Oriente, donde también pasean los soldados que aún no son inválidos, los soldados negros por haber estado en África, y que volverán en seguida allí. A la plaza de Oriente van también los niños más inválidos, el cojo, el jorobado y cojo, el contrahecho, que tiene una pequeña renta desde que le cogió un automóvil; niños que no pueden ir a los jardines extremos y se quedan en este jardín central, en medio de ese barrio de hidalgos modestos.

Aquí se celebran los amores de los soldados, de los desocupados y de los casados que se la dan de solteros con las doncellas que roban polvos y potingues a su señora, quedándolas las orejas y el bozo terriblemente grabados. En alguno de estos amoríos va unido el interés, y las roban los pretendientes los ahorros, aunque hay algún *sorche* simple como un niño, que cuando ellas se descuidan se bebe la mitad del biberón del niño.

Los personajes principales de la plaza de Oriente, del jardín del centro y de los dos de la derecha y de la izquierda, son los guardas. Ser guarda de la plaza de Oriente parece la más alta recompensa que el rey puede conceder a sus servidores. Los guardas de la plaza de Oriente tienen también cruces y medallas, y su banda, más que del guarda jurado, es como una de esas bandas que llevan emparejadas las grandes cruces. En vez de una varita de fresno, estos guardas usan un bastón con borlas. De niños representaron para nosotros la autoridad suprema, y esa casita en que guardan sus llaves nos parecía un pequeño palacio.

Sobre los perros tienen una autoridad omnímoda, y pueden matarles en el acto si quieren.

Saludan a Felipe IV cuando abren el jardín. Cuando tenía verja el jardín central, los días que se ponen enfermos o que no quieren ir, no se abría el jardín, y resultaba desolador ver el jardín inasequible, todos los niños agarrados como monos a los barrotes de su verja y mirando hacia dentro, como si se les hubiese quedado dentro la alegría, como una pelota imposible de rescatar.

El coche de los niños da constantemente vueltas, como en juego del paraíso. Sus borricos, que son ya los más viejos de la ciudad, se complacen en llevar a los niños.

Tan agradable es de contemplar y de convivir esta plaza, que han crecido sobre las casas que la cierran dos filas superpuestas de ventanas, fisgonas guardillas que miran también a Palacio y que son muy vigiladas, sabiéndose si son buenos o malos los que viven en ellas.

En la plaza de Oriente es donde amanece antes y con más belleza, dándose el fenómeno brillante de que en las lunas perfectas y enteras de los balcones de Palacio parece que se refleja el ocaso al amanecer, pues todos se llenan de un oriente maravilloso y encendido.

En mayo es cuando tiene su consagración, y los niños se desarrollan en ella y se vuelven hombrecitos a ojos vistas, mientras dan la vuelta con el aro al «velódromo» para aros que es la plaza de Oriente. Su primer amor lo tienen aquí, y aquí adquieren su primera indigestión de cacahuètes, torraos y chochos, que les pone a las puertas de la muerte, siendo el día más lúcido de su vida cuando vuelven a la plaza de Oriente después de su visión de muerte.

En la plaza de Oriente presencian los amores de sus muchachas —amor de cachorras—, que las hace olvidarse constantemente de ellos. En la plaza de Oriente ven primeramente las opulencias de la vida, sufren la inquietud de los premios de colegio, huelen el jardín de la vida concentrada, como no lo está en el perdidoso Retiro y en el bosque sin límites de la Moncloa. De la plaza de Oriente salen por esto niños de mayor categoría, con mayor conciencia de la realidad y la vida, los niños más sensatos y probos de Madrid.

La plaza de Oriente tiene una casa de plaza de monarquía antigua. Nos sentimos, pasando por ella, niños de otros reina-

dos, y si no del demasiado lejano reinado de Chindasvinto, del de Felipe IV.

Podríamos decir que vemos pasar mujeres con trajes antiguos, de aquellos que frufroteaban mucho e iban dejando caer lazos de seda.

Tiene un romanticismo especial la plaza de Oriente, y por eso aún se pasean por ella los guardias de Corps.

Al dar una vuelta a la plaza de Oriente, se construye el círculo mágico de los recuerdos. Después de construido ese círculo, ya se puede sentar uno y comenzar a ver las cosas. Se ven de otro modo. Se ven en un recinto evocativo más puro.

Se van viendo las cosas en su verdadero valor. Esas especies de espadañas con plumeros blancos que crecen en su jardín son como flores viejas, de pelo blanco, sequerizo, de la planta de las grandes galas y también de los adornos que se eternizaban en los jarrones que emergían sobre las cómodas de antaño.

Las ranas que echan agua en las fuentes pequeñas —siempre se habla sólo de la gran fuente de en medio— son las ranas encantadas de los cuentos de niños; una de ellas, la que está junto a la segunda puerta según se sale, es la rana auténtica de aquel cuento de las tres bolas de oro.

Por sus esfinges, por sus dioses tienen a estas ranas de hierro las ranas de verdad. Conocen su existencia. Las adoran. Las elevan sus preces.

Hay muchas ranas en la plaza de Oriente, y allí es donde el niño madrileño ha adquirido más trato con ellas, un trato que le da ingrediente de misterio y sospecha para siempre. Salen descuidadas a los bordes del estanque grande y a veces se las caza. Pero ¡qué asco cuando se pilla un renacuajo, ese ser como informe e inacabado aún, que arrastra un rabo piltrafoso y repugnante!

El encalme interior de la plaza de Oriente es prodigioso. Todo viento de inquietud se para allí dentro.

Yo era niño del lado derecho de la plazoleta central, de aquel trecho que hay junto a la puerta que se hunde en tierra, porque allí está el trecho más independiente, más tranquilo, sin que se asomen tantas gentes como por el otro lado a la mirilla corrida de la verja.

No recuerdo haber conocido a los niños de los otros lados, y a lo más, en mi grupo entraban los del reverso de la verja, con los que hablaba amigablemente, como preso que se asoma a la

ventanilla del locutorio. Con los del reverso, hasta me daba citas en la puerta para emprender excursiones juntos y jugar a escondernos detrás de los pedestales de las estatuas, preciosas para el escondite; tanto, que siempre hay personas ocultas detrás de esos burladeros, hasta personas formales que no gritarán «¡orí!» nunca, pero que se esconden.

Recuerdo que aquellas citas con el amigo del lado de allá tenían un momento de emoción como de ir a conseguir la libertad en cuanto recorriese el sector de verja que había hasta la puerta. Al otro lado, el de fuera, caminaba libre, pasando su cabeza por los barrotes del enrejado, como ballena de barquillero por los hierrecitos de la ruleta. ¡Qué respiro cuando nos uníamos en la gran puerta! Habíamos comprobado lo que va de la libertad al aherrojamiento.

Allí también se fuma el primer cigarrillo de cacao, los únicos cigarrillos para los que hace la vista gorda la Tabacalera, y que no llevan ningún sello ni concesión. Es el primer rasgo de hombre del niño, y se realiza con verdadero pánico. ¿Surgirá el padre por algún lado?

En los señores que se ven pasear a lo lejos se cree distinguir a un tío, a una visita de la casa, a un señor de esos que se meten con los niños que fuman. Se oculta muchas veces el cigarrillo, y por eso se queman tanto las blusas y los pantalones. La charla entre niños que fuman es una charla trascendental. Ya no se juega al fumar. Se adquiere cierta inmovilidad de salón de conferencias, y se forman grupos de comentaristas y proyectistas.

Los primeros diálogos de teatro en que se tomó parte fue fumando los primeros cigarrillos. Todos los niños comprendieron entonces que tenían aptitudes para la vida de relación, que harían buen papel en sociedad, que podrían muy bien tener una situación como la de sus padres. El primer cigarrillo hizo salir, mezcladas a su humo, esas ideas, esas frases, esas improvisaciones, que hubieran ignorado en ellos mismos si no hubiesen encendido el primer cigarrillo de cacao.

La plaza de Oriente tiene también una cosa de *carrousel* eterno, de viejo tío vivo enorme, destartalado, con el eje torcido. Hay en ella movimiento de rotación y hasta cierto movimiento de traslación. No se está inactivo y contemplón al estar en ella, sino que se entra en una especie de vida giróvaga que entretiene y ameniza.

Todo eso en la plaza central, moviéndose con ella los reyes;



tanto, que podríamos casi asegurar que Recaredo está unas veces a Poniente y otras a Oriente, y D. Fruela, como figura de adorno del mismo *carrousel*, también está unas veces en un lado y otras en otro.

* * *

En la alta noche cae el sol de la helada en la plaza de Oriente, y una escarcha florida adorna el jardín, y las cadenas que hoy la encadenan, como para que nadie se la lleve, están ateridas.

Sólo la mucha luz reconforta un poco la plaza.

Yo, que jugué de niño en aquel jardín, ahora juego allí de noche, la otra hora de juego para los que van madurando ya, y acabo muchas noches dando unas vueltas en el *carrousel* de los reyes.

El simbolismo de la Historia está allí, barrocamemente, como escenario trascendental, y Silverio Lanza dio un tono raramente profundo a un cuento, haciendo que un niño en la miseria ofreciese un pedazo de churro a Recaredo.

En estas noches en que las calles se espolvorean como montañas de nacimiento, hay un tipo insólito que habla con las estatuas, un mozo de cuerda que parece medio borracho, y que lleva colgando las cuerdas de su oficio, como destripado caballo que arrastrase por la calle el intestino delgado.

El tal mozo de cuerda tutea a los reyes y les dice esas cosas del entredelirio de los borrachos:

—¡Tú no me gustas!

—¿Así es que tú eres sabio?

—¡Ya te podían poner un manto nuevo!

—¡Muchas barbas tienes tú para que hayas sido bueno!

Ya al final, cuando el mozo de cuerda cree que ha hablado demasiado con los reyes, escoge uno de ellos, el que enfila más las calles por las que ha de irse, y le dice muy campechano:

—A ti te convidó a una copa en la calle de la Cruzada.

Tiene algo de juicio o cita de Dios ese rasgo del borracho, impresionado quizá por un Don Juan en que las estatuas medran y se multiplican, siendo demasiados convidados de piedra para un hombre solo.

—¡Ya lo has oído!... En la taberna de la calle de la Cruzada —dice por último el borracho, y se pierde en la callejuela próxima, donde hoy duermen los inválidos, que antaño se llamaban

«estropeados», y donde Núñez de Arce lanzó sus lugubreces.

Todo ha sido dicho de corazón por el borracho, pues es capaz de convidar y de llevarse a cuestras al rey si éste le pide que le desaupe de su pedestal.

* * *

Por algún conducto misterioso se supo que iban a robar la plaza de Oriente o que iba a escaparse, y por eso la cargaron de cadenas.

¿O aquella verja de intermedio de circo, tan frágil para los cuatro leones de la fuente, se ha dado por inútil al cabo del tiempo al comprender que los cuatro leones son mansos?

El peligro no estaba en ellos, sino en la plaza, que, por cómo se hundía, parecía querer ir a los abismos.

—¿Qué hacer? —se preguntaron los encargados de velar por ella—. ¿Buscarle los cimientos? ¿Reponerla hasta el fondo? ¿Suspenderla de una grúa? ¿Replantear los reyes?

—Todo eso sería carísimo —repuso el ahorrador.

—Lo mejor es encadenarla a unos pilotes de piedra, como barco atado a las anillas del puerto —opinó el más practicante.

Dicho y hecho. La plaza se quedó sin verja, y tiene ya el aspecto de esos jardines londinenses que son antesala de palacio y sólo se guardan con cadenas.

Hasta ahora Madrid no tenía más edificio encadenado que la Bolsa, precaución tolerable, porque nada es tan apetecible para los ladrones. Pero ¿por qué esclavizar con cadenas a la plaza de Oriente? ¿Por qué haber hecho caso de anónimos absurdos?

El guarda, que es un veterano de antiguas guerras y antiguas cortesanas áulicas, está consternado. ¡Él, que tenía el orgullo de cerrar las puertas y que tenía señalados días en que no abría el jardín, ha perdido su principal prerrogativa y guarda las llaves como único consuelo!

Ahora, el viejecito de banda blanca no puede despejar el jardín al atardecer, con aquel gesto omnímodo con que se llevaba al niño que no quiere irse y lo ponía fuera del paraíso. ¡Qué momento aquel en que el guardián miraba a todos los echados, quedándose solo y poderoso en el jardín de su mando!

Ahora sólo el que transgriede las leyes de las platabandas y macizos puede oír su amonestación. Todos los demás están

libres de los gestos conminativos de su bastón de chambelán de jardines.

A todos los reyes de piedra que dan vuelta a la plaza ya les habían quitado el cetro de piedra, y de ahí que se hayan quedado por eso sus manos en ese vano gesto cucuruchal de oradores que puntualizan. Pero ¿por qué quitarle al guardián de más categoría el cetro de su mando y dejarle amo de un jardín sin puertas?

Ya en medio de la noche se puede uno sentar en el interior de ese jardín; sueño que acariciamos desde niños los que jugamos en la plaza de Oriente durante toda la infancia.

El sapo de las bolas de oro estaba en uno de aquellos estanques, y según nuestra imaginación, salía durante la noche en el jardín confinado.

Cumpliendo ese sueño antiguo, me suelo sentar alguna noche al relente de su pilón, lleno de algodones verdes de cuando le hicieron la primera cura a la estatua convaleciente de don Fluvio —padre del Ramón y Cajal, de Macho, en el monumento del Retiro—, y he visto la luna bien afondada en el estanque lleno de tiempo y agua.

El niño que una vez se ahogó en este estanque suspira en la noche, y como él, también nuestra niñez ahogada en la misma linfa, y que si es invisible bajo la rotundidad de las luces meridianas, se entrevé en este descanso contemplativo en medio de la noche.

Los ginerios ponen de gran gala al jardín impregnados de luz de luna.

La plaza tiene más movimiento de *carrousel* con mejores faroles y más comunicativo todo su redondel.

¡Qué diferencia entre aquella plaza embrauzada, encrespada y cubierta de bosqueje, y esta plaza franca, abierta, que no se retrepa de verdes y matojos!

Hasta está roturada de revuelos, aquellos revuelos con que la llenaban los profesionales de las crisis, en murmullo de improperios, mientras unas veces los de la derecha y otras los de la izquierda contaban por los dedos los yerros del partido que se iba.

Para contemplar la visión nueva de la plaza, antes de retirarme a casa, doy una vuelta por su parte fuera y reconozco a sus reyes, y me asombra cada vez más el pensar la cantidad de

reyes que se hicieron para lo alto del palacio. ¡Como que si se llegan a colocar se hunde la obra de Sabatini!

Se encuentran reyes de éstos en el paseo de las Estatuas, en la plazoleta de las Pirámides, y por fin, recostándose en la portada del Museo de Artillería.

Las coronas de hierro de los pedestales regiois han soltado dos largos chorros de herrumbre que son como cintas coronales.

Es curiosa la galantería de los escultores que esculpieron estas estatuas, acordándose de las reinas consortes y añadiendo su relieve en el largo escudo sobre el que apoya su mano izquierda.

Hago un saludo especial a las reinas doña Sancha, doña Berenguela, doña Petronila y doña Urraca, alguna con el relieve de su esposo en el escudo, mujeres muy de pueblo, que no fueron muy felices, pues sobre algunas, según cuentan las historias, S. M. «puso las manos y los pies sobre el real cuerpo de su esposa», y dadas las últimas buenas noches, el empedernido noctámbulo se va a casa.



XL

TRAVESÍA DEL CONDE

Hay un momento en el paseo nocturno por Madrid en que todo se confunde, en que la calle pare en la calle un nuevo plano intrincado, el plano en chico de una ciudad grande, un revoltijo de calles es intrincada revuelta, un raquíptico planisferio.

¿Por dónde íbamos? Por la calle del Sacramento. Enseñaba yo el callejón tétrico del Panecillo, nido de tordos en la angostura de la noche, soplido de lechuza en la paz de la manzana. La blanca neblina de la helada vestía con su espléndido traje de noche a la noche, y al andar por en medio de la calle se pisaban los charcos helados y se oía un chasquido prolongado.

Señalé la casa de esa cerería que pienso comprar o alquilar algún día, casa de nacimiento, de un piso escaso, desencuadrado, y en cuya cerería yo sería capaz de establecer una librería para vender los libros y las revistas que no se venden nunca, pero que hay unos asiduos que repasan con ansiedad siempre.

Seguimos hasta la calle del Rollo, y allí comenzó la fuga del plano, la entrada en el cerebelo intrincado donde está lo inconsciente, la ilusión del laberinto.

Primero en este recodo de la calle del Rollo debía haber un coche desenganchado, dormido en lánguido reposo sobre sus varas, con la braga amarilla. No lo hay, y el recodo resulta desusado, inhabitado, en estacionación de lo que no se sabe.

Seguimos. Unos poyos de piedra se oponen al paso de los carros y salvan al paraje intrincado de la ingerencia de la circulación rodada. Un carretero, por eso, con su navaja de rebanar las grandes hogazas para poder aguantar las leguas, ha rebanado el saliente del poyo.

Entramos en el paraje del jamón, punto estratégico de Madrid en que se puede oler el perfume de sazónada fiera. Hay que pararse para olerle en ese escalonado de la calle, un poco más abajo o un poco más arriba, un poco más a la izquierda o un



poco más a la derecha, según, porque el perfume del jamón, como el de las flores, tiene engaños y caprichos de coquetería en la proximidad del plantel.

El caso es que de este andurrial y de estos sótanos, y hasta de las ventanas entreabiertas de los pisos bajos, brota un olor a jamón, típico, enjundioso, digno de ensayar lo que de perro pachón tiene el hombre.

Los miserables vienen a esta rinconada para alimentarse con el olor y hasta roncan un poco al oler. Ellos cazan como nadie las vetas del olor y se colocan en postura extática sorbiendo candela de jamón.

—He estado a oler jamón en la calle del Rollo —dice un miserable a otro al encontrarse en la estación central de la miseria que es la plaza Mayor.

Pasados esos almacenes de jamón, cuyo perfume también las ratas escuchan como la mejor música, con esa atención religiosa de la rata parada en expectativa, entramos en la calle del Conde.

«¿De qué conde?», se preguntaba uno. Del conde anónimo, del conde misterioso, de ese conde del que hay un cuadro en el Museo, no poniendo en la tablilla otra cosa que «retrato de un conde».

Los cronistas suelen inventar el nombre de este conde, pero es mucho mejor dejar al conde en vago, como un mote, como una silueta de alma en pena, como un pleonasma burlón de la miseria de la calle.

De la calle del Conde vamos a la plaza de San Javier. Todo está resuelto y agravado en este paraje. Sigue el conato de un plano salvaje de ciudad irredenta e irredimible dentro de la ciudad general.

La plaza de San Javier es un recodo la meditación, en que se fragua lo muy madrileño, en que el Destino se guarece y se recuesta, en que el genio de la raza se come una sardina entre dos pedazos de pan.

La posada de San Javier, con el nombre pintado en donde lo ostentaron las mejores posadas, en la viga que cierra la puerta en lo alto y angarilla sobre su robustez toda la casa, es la posada silenciosa y escondida, con huéspedes antiguos que vienen por tradición de siglos a este mesón, en busca del ambiente que no se despega del de sus pueblos.

Vista la plaza de San Javier, visitado el espíritu de Madrid que se arrincona en estas últimas revueltas, tomamos por la

travesía del Conde. Este era el estrecho que veníamos buscando.

Pirandello, nuestro mendigo favorito, nos habló una noche de una hospedería que había en el pasadizo del Conde, donde él dormía los días de lujo, acostándose, cuando por excepción tenía un duro, en la habitación reservada para el príncipe, en la cama con palio que adornan las arañas.

La travesía del Conde resbala hacia la calle de Segovia, y tiene balcones atónitos por el resbalón que da la calle, balcones que están siempre mirando el pasar. La hospedería no está donde creíamos, en esa casa que contempla la ancha calle y que ve la mañana con ojos francos y destartalados. Está a la derecha según se resbala, y tiene ese portal sin cancerbero que sólo tienen las casas de dormir pobres, ese portal iluminado como si hubiese fiesta arriba y en que el miserable se para un momento, respira, se siente salvado de la noche que silba fuera, mientras se redime del tirón con que doña Pulmonía le ha tenido un momento agarrado por los omóplatos como si fuesen las solapas de su espalda, las solapas para tirar de un ser hacia la muerte.





XLI

EL SECO MANZANARES

El trecho que más nos interesa de esa vera del Manzanares por la que pasea Goya es el que va del Puente de Toledo a más allá del puente de Segovia, pues en aquel paraje parece más serio y más rehecho camino del Tajo, como si fuese río de más consistencia, siendo por eso quizá por lo que se le ocurre al rey dotarle de un magnífico embarcadero y llamarle embarcadero del Canal. Con grandes presas o con magníficas tribunas de navegación, se quiere hacer al río mejor, llamando sobre él la atención de las aguas. Goya cree también en ese sueño, porque los reyes son capaces de acrecentar los arroyos, y él sabe lo que ha pasado en Zaragoza con el canal ansiado y fluyente.

Tienen una gran importancia las orillas de los ríos en esa época. Son, por pequeños que sean, sus prohijuelos, los andenes del mar, y en contacto con su corriente hay como un contacto eléctrico y unánime con las distancias y las playas.

La gente busca la proximidad de la más universal de las transportaciones, y adquiere capacidad especuladora y solaz de fantaseos, gracias a ese pasear ciñéndose al río.

Es por el único sitio por el que ir lejos, y el sitio en que todos se ven con más luz, abiertas las sombras por una espada de claridad.

Los cortesanos se cotejan como en las vueltas y revueltas de la verbena, y gracias al río y sus puentes, las bellezas tienen sin igual frescura en aquel paraje, como si de alguna manera las regase y refrescara el río.

Aún congrega y guía hacia esas orillas el antiguo atavismo de seguir el curso de los ríos, de comenzar toda peregrinación por ese camino hecho por el gran peón caminero de la Providencia.

Goya busca esa animación que da el bajar hasta allí, parán-



dose a ver esa abigarrada multitud que forma cuadros plásticos y coloreados, sino que ¡ay! efímeros, en las plazoletas.

El Manzanares es el río seco, río huerta, por cuyo cauce, vacío de agua, corre el verbo castellano, el habla de Quevedo y Cervantes, la invisible improvisación del estilo que todos toman de su contenido invisible, pero cierto.

Ya que no tiene agua, el río de la capital de las Españas tiene greda fresca para las creaciones y légamo para los monstruos. ¡Gran primera materia es esa argamasa ideal del barro manzanareño!

En la nave vacía del álveo del gran río se encuentra al atardecer la niebla de la fantasía española, una especie de nimbo o limbo en que están incluidos los sueños españoles. En esa nebulosa de lo por crear se acució Goya para sus proverbios, sus caprichos y sus disparates.

Es el vaho espeso en que la atmósfera de España se condensa, y en el que está la más gravitante cuajadora de invenciones. Légameos contrastadores y contradictorios en que se debate el ser y el no ser, la mujer hermosa y el esperpento.

El Manzanares ha merecido tantas palabras ingeniosas, que para ver lo crecido de verbo que va el río tengo que describir versos y frases.

En el entremés cantado *La puente segoviana*, Luisa de la Cruz, una graciosa comedianta, cantaba estos versos:

No es moneda que corre Mançanarillos,
pues que sólo de noche passa por río,

dando a entender que sólo pasa de noche, como «cuarto» falso.
El maestro León Marchante le llama:

¡un río de plata falsa,
que en el verano no vale
para dar una sed de agua!

Dice el texto de Vélez de Guevara:

«... el río Manzanares, que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él no teniendo agua, que solamente tiene regada la arena.»

Goya asiste a las fiestas o a las meriendas y cenas que durante el verano abundaban en las orillas del que por ello ha sido llamado «el más merendado y cenado de cuantos ríos han en el mundo».



Puente de Toledo



Lope de Vega, refiriéndose al viejo puente anterior al de piedra, dijo:

La puente, a quien da nombre y señorío
la ciudad imperial, honor de España,
en madera gastada, al viejo río
sólo sirve de báculo de caña.

Pero después el mismo Lope de Vega, refiriéndose al inmenso puente que le agobia, dice:

Quítenme aquesta puente que me mata,
señores regidores de la villa:
miren que me he quebrado una costilla
que, aunque me viene grande, me maltrata.

«Yo aconsejaría —advierde otro ingenio— la venta del puente para comprar agua.»

Don Alfonso Núñez de Castro escribe:

Tenéis una hermosa puente
con esperanzas de río.

«Hay un río en Madrid para el recreo —escribe el guasavi-va—, sin el peligro; para los divertimentos, sin el riesgo.. Pocas barcas fiadas, no sin peligro, a la inconstancia de las ondas, hacen tratables deliciosamente los demás ríos; en el de Madrid, todos los coches y carrozas sirven de góndolas o de breves edificios portátiles, gustoso recuerdo de las delicias de Venecia, con cuya diversión, y las suaves mareas que trae de las Sierras Manzanares, hace que parezcan las noches un soplo.»

Los poetas no dejan de propinarle flores de sutileza:

Rico de plantas de pies
y de agua menguado y pobre.

Y otro:

Aunque el título de río
llegastes a merecer,
ha sido sin posesiones,
pues estado aún no tenéis.
En esto de agasajar
no es general vuestro bien,
pues por admitir las ranas
despedís a todo pez.

Góngora le llama «pozo canicular», y refiriéndose a la puente que le acoyunda, y con alusiones a una crecida reciente, le espeta estos versos:

Duélete de esa puente, Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media fuente,
y que ella es puente para treinta mares.
Hoy, arrogante, te ha brotado a pares
humildes crestas tu soberbia frente,
y ayer me dijo humilde tu corriente
que eran en marzo las caniculares.
Por el alma de aquel que ha pretendido
con cuatro dracmas de agua de achicoria
purgar la villa y darte lo purgado.
Medí cómo has menguado y has crecido,
cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria.
—Bebíome un asno ayer y hoy me ha meado.

Góngora le dedica de nuevo sus filigranas:

Señora doña Puente Segoviana,
cuyos ojos están llorando arena:
si es por el río, muy enhorabuena,
aunque estás para viuda muy galana.
De estrangurria murió; no hay castellana
lavandera que no llore de pena
y Fulano Sotillo se condena
de olmos negros a loba luterana.
Bien es verdad que dicen los doctores
que los orines dan salud al río.
Te causan paroxismos los calores;
que a los principios de diciembre frío
de sus mulas harán estos señores
que los orines den salud al río.

No contento con estas nuevas definiciones del río en que culmina la sutileza, Góngora escribe estos nuevos versos:

Manzanares, Manzanares,
ves que en todo el acuatismo
duque sois de los arroyos
y vizconde de los ríos,
soberbio corréis, mi pluma
mercóles ese corvillo
de polvo canicular
en que os veréis convertido.
Bien es verdad que os harán

marqués de Poza en estío
los que entrando a veros sucios,
saldrán de veros no limpios.
Enano sois de una puente,
que pudierais ser marido,
si al besalla en los tres ojos
la llegareis al tobillo.
Al tobillo, mucho dije:
a la planta apenas digo,
y eso no siempre, descuida,
porque calzada ha vivido.

Cervantes, ante su *Gitanilla*, se pregunta: «¿Cómo el humilde Manzanares ha podido producir una maravilla tal?»

Lope de Vega le ha dicho cosas peregrinas, ingeniosas y fáciles. Así en estos versos:

Madrid que humilde Manzanares baña,

.....
Baja de una alta sierra con tal brío,
de fuente original, que no de nieve,
que le faltan las fuerzas al estío,
y él mismo, con la sed, sus aguas bebe;
o ellas se bajan a su centro frío,
donde el arena hasta el humor embebe,
o el sol que su dulzura considera
las sube con sus rayos a su esfera.

.....
La puente, con soberbio señorío,
se siente ociosa en arcos bien labrados
con intención de pretender un río
abriendo montes y rompiendo prados.
.....

Lope vuelve a decir:

Y aunque un arroyo sin bríos
os lava el pie diligente,
tenéis un hermoso puente
con esperanzas de río.

Hasta en una inscripción que alguna vez se refleja en sus aguas estaban escritos estos versos anónimos:

Ya que nos traen tus pesares,
a que de esta insigne puente
veas la humilde corriente
del enano Manzanares,
que por arenas rojos
corre y se deja correr,
que en tal puente venga a ser
lágrimas de tantos ojos.

Quevedo, el enorme matritense, escribe refiriéndose al «sedito Manzanares»:

¿Qué pudo sucederme en este río
que no se harta de agua en el invierno,
y aun no lava sus pies en el estío?

En otra composición en que «el Manzanares descubre secretos de los que en él se bañan», dice el gran Quevedo:

Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río,
practicante de Jarama,
buena pesca de maridos.

.....
Muy hético de corriente,
muy angosto y muy roído,
con dos charcos por muletas,
en pie se levantó y dijo:
«Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.
Yo soy el río avariento
que en estos infiernos frito,
una gota de agua sola
para remojarse pido.

Ensañado como él solo, Quevedo insiste:

Estos, pues, andrajos de
que en las arenas mendigo,
a poder de candelillas
con trabajo los orino.

Continuando el agudo don Francisco en otra composición:

Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna, que lleva
con todo su argamandijo.
Pide a la fuente del Ángel,
como en el infierno el rico,
que con una gota de agua
a su rescoldo dé alivio.

.....
Al revés de los gotosos
ya no se muere estantío,
pues de no gota es el mal
del que le vemos tullido.

En otros versos de Quevedo:

Llorando está Manzanares,
al instante que lo digo,
por los ojos de ese puente,
pocas hebras, hilo a hilo.
Cuando por ojos de agujas
pudiera enhebrar lo mismo,
como arroyo vergonzante,
vocablo sin ejercicio.

También los versos que Quevedo dedica al Esgueva se podrían referir al Manzanares:

Más necesaria es su agua
que las del mismo Pisuerga,
pues, de puro necesaria,
públicamente es secreta.

Salvador Jacinto Polo escribe sobre el río indeseable por voluntad de los poetas:

Al río que es en Madrid
el Valle de Josafat:
Manzanares; aquel río
cuyas corrientes están
tan sin carnes, que parece
esqueleto de cristal.

Juan P. Forner escribe:

Esta es la villa, Coridón famoso,
que bañada del breve Manzanares
leyes impone a los soberbios mares.

.....
¡Y fueron para otros ríos
los delicados cantares!
¡Y para ti, los desvíos
y pesares!

Fray Diego González dice:

Estos, pues, andrajos de agua
que en las arenas mendigo...

Más adelante, el poeta escribe, ciñéndose más al río y encontrando unas inauditas ninfas que debieron tener carne negra de gitanas:

Y tú, precioso río, si aprendiste
a ser piadoso de los regios lares,
que bañas ledo, atiende a mi gemido,
y aprueba la razón de mis pesares
el coro de las ninfas que te asiste.

El mismo Fray Diego González le agasaja en nuevos versos de cortesanía:

Precioso Manzanares,
que entre arenas caminas, lento el paso,
cuanto en aguas escaso,
tan rico en virtudes singulares;
dote que fue debido justamente
a la estrecha corriente;
que nunca en lo crecido y abundoso
cifró Naturaleza lo precioso.
A ti mi dulce acento
se consagra esta vez, y si me es dado,
la lira celebrada
de los Lesbios, tu nombre daré al viento,
y el triunfo por tu medio conseguido,
si fuese permitido
de los cisnes que pisan tus arenas,
de cuya grande fama el mundo llenas.
A tu margen se dignan
congregarse los dioses celestiales,

cuando de los mortales
los negocios más graves determinan;
por eso, gracias mil te concedieron,
y cuna te eligieron
de claros, poderosos, altos reyes,
que en dos mundos dominan y dan leyes.

Tirso de Molina le dedica un romance que da curso de versos
a su curso seco de aguas:

A las niñas de Alarcón
las cantaba Paracuellos,
mientras se juntan al valle,
debajo el olmo, estos versos:

Fuérame yo por la puente,
que lo es, sin encantamiento,
en diciembre, de Madrid,
y en agosto, de Río seco.
La que haciéndose ojos toda,
por ver su amante pigmeo,
se queja del porque, ingrato,
le da con arena en ellos.
La que a la vez que se asoma
a mirar su rostro bello,
es, a fuer de dama pobre,
en sólo un casco despejo.
La petrina de jubón
que, estando de ojetes lleno,
cual pícaro, no trae más
que una cinta en los gregüescos.
Por esta puente de anillo
pasé un disanto, en efecto,
aunque pudiera a pie enjuto
vadear su mar bermejo.
Ríeme de ser su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular,
no sé si le dije aquesto:
—No os corráis, el Manzanares;
mas ¿cómo podéis correrros,
si llegáis tan despejado
y de gota andáis enfermo?
Según arenas criáis,
y estáis ya caduco y viejo,
moriréis de mal de orina,
como no os remedie el cielo.



Y en fe de aquesta verdad,
azadones veraniegos,
abriendo en vos sepulturas,
pronostican vuestro entierro.
Postulando vais vuestra agua,
y por esta causa creo
que con Jarama intentó
Felipo daros comento.
No lo ejecutó por ser
en daño de tantos pueblos;
mas, como os vio tan quebrado,
de piedra os puso el braguero.
Título de venerable
merecéis, aunque pequeño,
pues no es bien, viéndoos tan calvo,
que os perdamos el respeto.
Como Alcalá y Salamanca
tenéis, y no sois colegio,
vacaciones en verano
y curso sólo en invierno.
Mas, como estudiante flojo,
por andaros con floreos,
del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos.
Pero dejando las burlas,
hablemos un rato en seso,
si no es ya que os tienen loco
sequedades del cerebro.
¿Cómo decid, Manzanares,
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta corte
y en Palacio lisonjero?
Un siglo y más ha que andáis
hipócrita y macilento,
saliendo al paso a los reyes
que tienen gusto de veros.
Alegar podéis servicios;
díganlo los que habéis hecho
en esa Casa de Campo,
sus laberintos y enredos.
Su Troya burlesca os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su artificio envidie
los del Tajo y su Juanelo.
En azafates de mayo
presentáis a vuestro dueño
flores pancayas, que en frutas
convierte después el tiempo.
¿Qué es la causa, pues, mi río,
que tantos años sirviendo,

no os den siquiera un estado
que os pague en agua alimentos?
Filipo os quiso hacer grande
después de haberos cubierto
delante de él con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.
Pedidle al Cuatro mercedes,
que otros han servido menos
y goza ya más estados
que cuatro pozos manchegos.
«No soy —diréis— ambicioso»;
mas, a fe, aunque os lo confieso,
que andáis siempre murmurando,
por más que os llamen risueño.
Ánimo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro;
y pues rondáis a Palacio,
entraos una noche dentro.
Fuente tenéis que imitar,
que han ganado con sus cuerpos,
como damas cortesanias,
sitios en Madrid soberbios.
Adornadas de oro y piedras,
visitan plazas y templos,
y ya son dos escribanas;
que aquí hasta el agua anda en pleitos.
No sé yo por qué se entonan,
que no ha mucho que se vieron
por las calles de Madrid
a la vergüenza en jumentos.

El conde de Ribibines, embajador del emperador Rodolfo II de Alemania, repite: «El Manzanares es el mejor río de Europa, porque se puede pasear por su cauce a caballo o en coche.»

Fernando VII lo mandó regar en una ocasión para poderse pasear a su vera gozando de la fresca humedad.

Napoleón, «hinchando el telegrama», relata su entrada en Madrid vadeando el Manzanares «con el sable en la boca».

Alejandro Dumas le quiere dedicar un vaso de agua y Gautier dice que estuvo buscando al río, pero no lo pudo encontrar.

Manzoni, cuando pinta las conquistas de Napoleón, le hace honrosa alusión: «Dall' Alpi alle Piramidi. Del Manzanares al Reno.»

Ventura de la Vega se refiere a él con estas palabras:

y a quien hizo el que dos puentes
enormes le puso encima,
que dos sarcasmos de piedra
tuviera siempre a la vista...

Aunque el flaco Manzanares
apenas en su corriente
lleve el agua necesaria
para apagar cuatro *sedes*,
dicen que tuvo en sus días
más caudal que arenas tiene,
y que si hoy, mísero y pobre,
hunde en el polvo su frente,
fue porque los taberneros
lo han ido dejando *asperges*
a puro adobar cuartillos
del tinto de Arganda y Yepes.
Mas, para probar que en todo
mintió la poesía siempre,
no hay más que ver, asomado
a la *segoviana puente*,
que de sed mueren los olmos
que sus orillas guarnecen,
y que él mismo, al agua extraño,
pide paraguas si llueve...

De este «aprendiz de río», tan burlado que, según el duque de Rivas, es «de menos caudal que nombre», también se han dicho muchas cosas en frases sueltas, llamándole Zabaleta «arroyo aprendiz de río y río con mal de piedra que humedece la tierra, como si la señalase con el dedo mojado en saliva», que «el caudal de sus aguas procede de las lágrimas que lloran los ojos de sus puentes al verse sobre seco», y que «las bolas que decoran la Puente Segoviana significan que la puente y el río son pura bola».

Hasta hubo un tiempo que se quiso engrosar sucaudal gracias a la intervención divina, para lo cual se consultó a los teólogos, que no dijeron nada más que: «cuando Dios no quería había que resignarse, ya que con un solo *fiat* podía crecer y salirse de madre».

El río se queja en versos nuevos:

De tanta multitud quedó cansado,
de suerte que al agosto se retira,
tomando posesión el sol dorado
de las arenas que desiertas mira.

Y otro poeta festivo le añade:

Que soy arroyo insolente,
que a mí se me pone turbio
y más blanco que la leche
con dos libras de jabón
y dos copas de aguardiente.

Víctor Hugo, tomándolo en serio, dice: «Compostela tiene su santo; Córdoba, la de las maravillosas casas viejas, tiene su mezcuita, donde la mirada se pierde contemplando maravillas, y Madrid tiene el Manzanares.»

Flores le llama «río homeopático».

Todo lo que le han dicho y le van diciendo le ha vuelto río de ironías, por lo que nos llaman a los madrileños ballenatos, naciendo el mote un día en que la riada, llevándose las cubas de un tabernero ribereño, le hizo prorrumper en gritos de desolación: «¡Que va llena! ¡Va llena!», quedando una leyenda de burlonas ballenas, que algunos aseguraban haber visto.

Ortego dibuja a unos que le echan un botijo y a otros que aprietan sobre él una esponja para darle vida.

Hasta Paul Morand ha dicho de él que «va chupando gujarros».

¡Pobre Manzanares! No importa que transcurra lleno de guasa para que haya sido fecundo en figuraciones y rico en dragones poéticos, con sólo que Goya lo viese desde los balcones de su casa y allí atrapase las figuraciones del atardecer y trazase aguafuertes y aquelarres en que se mezclaban los hombres de las afueras, como larvas del barrizal humano.

Goya evocó perfiles extraños y gestos espantapájaros en que un elemento rebelde a su destino se levanta del río seco. Así como los ríos caudalosos se llevan las fantasías hacia la lírica imponente del mar, este río madrileño contrasta la ciudad con su poca agua y la recuaja en la meditación de su secura. El ancho cauce de este río tiene alegría remolona y convida con apetito a la merienda, para la que no ofrecen la bastante agua si no se ha traído vino, apartando de la alegría la tentación perniciosa de la demasada agua. El objeto de los puentes que tiene es el de servirle de brazaletes o de ajorcas, objeto de adorno y apenas de utilidad. Tan lindo es, que cada rey le regala un puente, y aún tenemos que ver más, como si fuesen arcos de un acueducto raro, el acueducto del que cada arco tuviese personalidad propia,

y en vez de estar en hilera de recua estuviese en fila humana. El paseo por la orilla del Manzanares es un paseo prudente que no impregna de esa melancolía, ese pavor y ese trascendentalismo de que nos sentimos humedecidos al pasar ante otros ríos más caudalosos. El «nuestras vidas son como los ríos que van a la mar, que es el morir», no se nos puede ocurrir frente al Manzanares, que parece que se queda en la vida y que es inverosímil que vaya a parar al mar, remolón, lento, de vida muy larga, siendo sus últimas aguas esas que se quedan quietas y estáticas en la desembocadura del Tajo. Yo, en Lisboa, asomado al pretil sobre el gran lago del Tajo, me he sentido en presencia de las aguas pandas y serenas del Manzanares.

Más que río, parece una huerta de agua, y numerosas ranas le adoran, porque es el río discreto para las ranas, el río que no las ahoga por su exceso de caudal o por su precipitación, estando sólo resfriadas con irritación de sus gargantas, que se pasan la vida rascando con sus modulados carraspeos intercadentes.

Río humano e irónico, influye en nuestras musas, y por lo tanto, en nuestros grandes hombres.

Así como el Sena pare a Víctor Hugo, y ante el Arno se comprende la lírica del Dante, y el Volga influye en la literatura rusa, y el Rin en la alemana, Goya encuentra en el Manzanares sarcasmos y humedades prolíficas, y por su sobriedad concibe mejor la estatuilla humana y sus gracias, mientras las lavanderas, para emulación del pintor, le ofrecen sus lienzos tendidos, como lienzos para posibles cuadros, como vivero de pinacotecas.

Por lo menos tiene lo que de espejo ha de tener un río.

El sol, que viene despacio,
el Manzanares retrata,
pues es con la luna de plata
espejo de su palacio.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO	7
I.— LA PUERTA DEL SOL:	
Diversidad de la Puerta del Sol	19
Algunos sucesos acaecidos en la Puerta del Sol	43
Los cafés de la Puerta del Sol	46
Otros aspectos de la Puerta del Sol	49
Las casas de la Puerta del Sol	51
Las reformas más importantes de la Puer- ta del Sol	55
Las fiestas de la Puerta del Sol	57
Más anécdotas	58
Época actual	68
Algunas horas en la Puerta del Sol	73
Greguerías de la Puerta del Sol	90
II.— LA CUESTA DE LA VEGA Y EL BARRANCO DEL MORO	109
III.— LA CURTIDA PLAZA MAYOR	119
IV.— EL CERRO DE LOS ÁNGELES	127



V.— LA HONDA CAVA BAJA	131
VI.— LA IGLESIA DE SAN GINÉS	137
VII.— LA EXÚBERA PLAZA DE LA CEBADA	141
VIII.— VICISITUDES DE LA CIBELES	145
IX.— LA ÍNTIMA PLAZA DE SANTA ANA	151
X.— BODEGONES	157
XI.— LA CASTELLANA	161
XII.— LOS CIEGOS DE MADRID	165
XIII.— EL PARTERRE DEL RETIRO	173
XIV.— EL LAGO MAYOR DE MADRID	177
XV.— EL PASEO DEL PRADO	183
XVI.— PREGONES DE AYER Y DE HOY	217
XVII.— EL AGUA DE MADRID	235
XVIII.— LAS NUEVAS GRANDES VÍAS	241
XIX.— EL TÉ POPULAR	247
XX.— LA TRIUNFAL PUERTA DE ALCALÁ	251
XXI.— LA RONDA DE PAN Y HUEVO	255
XXII.— EL JARDÍN BOTÁNICO	261
XXIII.— LAS COMPARSAS DE SAN ANTÓN	279
XXIV.— CASILLAS Y RASCACIELOS	285
XXV.— LAS NOBLES CALATRAVAS	291
XXVI.— LA ENMARAÑADA CALLE DE SEVILLA ..	297
XXVII.— LA SEÑORIAL TORRE DE LOS LUJANES ..	301
XXVIII.— EL PALACIO DE LAS SIETE CHIMENEAS	307
XXIX.— LAS BELLOTAS DE SAN EUGENIO	311
XXX.— RIGODONES DE ARTE	315
XXXI.— GLORIA Y DECADENCIA DE LOS VENDE- DORES DE PERROS	319
XXXII.— LA PLAZA DE LA PAJA	325
XXXIII.— LAS FRATERNALES PLAZAS DE LA PRO- VINCIA Y SANTA CRUZ	329
XXXIV.— EL MILAGROSO LABRADOR	341
XXXV.— LA PLAZA DE LA ARMERÍA	355
XXXVI.— FERIAS DE SEPTIEMBRE	369
XXXVII.— LA CATEDRAL DEL JUICIO	379
XXXVIII.— EL PORTALÓN DE SAN FERNANDO	383
XXXIX.— LA PLAZA DE ORIENTE	385
XL.— TRAVESÍA DEL CONDE	401
XLI.— EL SECO MANZANARES	405



Esta edición de ELUCIDARIO DE MADRID,
de RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA,
se terminó de imprimir
el día DOS DE MAYO
de 1988

Se edita este libro por encargo de
la CONSEJERÍA DE CULTURA
DE LA COMUNIDAD
DE MADRID







